

Paczensky/Ganslmayr

Nefertiti quiere volver a casa

Los
tesoros
del Tercer
Mundo
en los
museos
de Europa

Lectulandia

Con el traslado a Berlín del busto de Nefertiti, el entonces director del Instituto Alemán de Estudios Egipcios de Berlín, Ludwig Borchardt, logró sustraer a los egipcios —con métodos maquiavélicos que este libro describe por primera vez— uno de sus más valiosos tesoros artísticos.

Son innumerables las obras de arte y objetos de culto sacados de forma poco ortodoxa de sus países de origen, y que en la actualidad se encuentran en las galerías de arte y museos de Europa y América.

¿Es posible que algunos importantes museos sean en realidad —como afirman los autores de esta obra— «elegantes cuevas de ladrones»? No puede negarse que muchos tesoros arrancados a la tierra desde principios del siglo XIX por los arqueólogos europeos y norteamericanos sirvieron para sentar las bases de nuestros conocimientos sobre las antiguas culturas. Por otra parte, los países del llamado Tercer Mundo han comenzado a reclamar con insistencia la devolución de lo que consideran pertenece a su patrimonio cultural. Estos pueblos, en busca de su propia identidad, se sienten despojados de su pasado artístico.

La UNESCO y algunos científicos independientes, en número cada vez mayor, apoyan estas reivindicaciones.

Gert von Paczensky y Herbert Ganslmayr exponen en este libro, a través del ejemplo de famosas obras de arte, las peripecias y la audacia que acompañaron el traslado de las reliquias de otras culturas lejos de sus países de origen. Una empresa en la que sabios, diplomáticos, ladrones, contrabandistas y encubridores hicieron causa común. El resultado es un impresionante pliego de cargos contra este tipo de tráfico científico ilegal. Al mismo tiempo los autores ofrecen, con gran abundancia de datos hasta ahora inéditos, una perspectiva general sobre las actuaciones de la UNESCO encaminadas a reparar las injusticias coloniales y los enormes esfuerzos que se llevan a cabo con el fin de desterrar esos abusos y salvar el amenazado patrimonio cultural de la humanidad.

Nefertiti quiere volver a casa es una obra importante, rica en información y novedosa por su temática, cuya lectura una vez empezada es difícil dejar.

Gert von Paczensky & Herbert Ganslmayr

Nefertiti quiere volver a casa

Los tesoros del Tercer Mundo en los museos de Europa

ePub r1.0

Titivillus 13.05.2023

Título original: *Nofretete will nach Hause. Europa – Schatzhaus der «dritten Welt»*

Gert von Paczensky & Herbert Ganslmayr, 1984

Traducción: Mireia Bofill

Ilustraciones: 1, 2 y 7, British Museum; 3, Rietberg Museum; 4, Museum Berlin; 5 y 6, ZEFA;
8, Sotheby's. 9, Wallace Collection; 10, ZEFA; 11, Sotheby's; 12, 14, 15 y 16, Bildarch.

Preuss. 13, British Museum

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Índice

1. ¿Nefertiti era prusiana?
2. Napoleón: el avance hacia Oriente
3. La mutilación del Partenón
4. Un altanero desdén
5. También puede procederse de otra forma
6. La llamada de la ruta de la seda
7. Coleccionismo en gran escala
8. Cadáveres para los museos
9. Saqueo autorizado
10. El saqueo de Benin
11. Ostentación de oro robado
12. «Trueque» en los mares del Sur
13. Expediciones a Alaska
14. Ladrones, contrabandistas y diplomáticos
15. Precios
16. Bangladesh
17. Pueblos sin archivos
18. Devolución problemática
19. Derecho internacional y colonialismo
20. ¿Quién reivindica qué?

Egipto
India
Líbano
Malta
México
Tanzania
Tailandia
Turquía

21. El catálogo de Sri Lanka
22. Una excavación en Panamá
23. ¿Salvadores y conservadores?
24. Enjuiciamiento científico de la situación
25. Ejemplos alentadores

Bélgica
Países Bajos
Australia
Nueva Zelanda
Sudáfrica
Los amerindios
Egipto
Etiopía
Guatemala
India
Indonesia
Irak
Islandia
Yemen
Camerún
Kenia
México
Panamá
Perú
Siria
Tahití

26. El caso Nefertiti

Sobre los autores

Notas

1. ¿Nefertiti era prusiana?

El arte de los pobres en las moradas de los ricos

¿Consideraríamos normal tener que viajar a Tokio, Jartún o São Paulo para poder ver las partituras de Beethoven, consultar los documentos de Federico el Grande y de Bismarck, contemplar el *Sachsenspiegel*^[1] o los originales de los cuadros de Durero, o admirar las tallas de Riemenschneider?

Sin embargo, muchos pueblos del Tercer Mundo se ven obligados a acudir a los museos de Londres, Berlín, París y otras ciudades de Occidente para poder contemplar y estudiar piezas esenciales de su legado cultural, como si no les supusiera ningún esfuerzo costearse el largo viaje.

El famoso busto de Nefertiti está considerado como parte del «patrimonio cultural prusiano»; el Código de Hammurabi, del francés; la Tara del Bodhisattva de Sri Lanka, del británico, por citar sólo tres ejemplos particularmente conocidos. Estos casos no tienen equivalente inverso.

Hasta la fecha no se ha tenido noticia de ninguna expedición arqueológica japonesa a la selva de Teutoburgo, ni tampoco ha sucedido que un grupo de arqueólogos nigerianos descubrieran un importante tesoro en monedas mientras excavaban en las afueras de la ciudad de Múnich, en el terreno de una ceca de mediados del siglo XII, y luego se las llevaran a un museo de cultura europea pagana de Lagos.

Excavar en busca de objetos antiguos y coleccionarlos es una pasión casi exclusivamente europea, que tradicionalmente se ha orientado más hacia el exterior que al propio territorio. Desde tiempos lejanos, investigadores, aficionados y comerciantes europeos, y más tarde norteamericanos (y sólo muy recientemente también japoneses), movidos por esta pasión, trasladaron lejos de sus lugares de origen cantidades crecientes de antiguos tesoros de la historia pasada de pueblos extranjeros, para depositarlos en los museos y colecciones privadas del mundo adinerado. No los preocupaba que estos pueblos tuvieran su propia conciencia histórica o pudieran desear desarrollarla algún día, para lo cual necesitarían apoyarse en las huellas de su pasado. A los excavadores y a sus patrocinadores y beneficiarios esto les era indiferente, dada la escasa consideración que les merecían, en todos los aspectos, los pueblos cuyo suelo removían. La mayoría habían quedado sometidos a la

dominación u ocupación europea, y además eran demasiado débiles para poder opinar sobre su patrimonio y menos aún resistirse a su expolio. Los excavadores sólo se interesaban por ellos en tanto que portadores y peones encargados de realizar al trabajo físico de la «obra». Únicamente manifestaban respeto hacia sus antepasados o hacia los pueblos que habitaron aquellos países en un pasado lejano. Sus sucesores eran tachados de perezosos y primitivos. Lo cual servía a los europeos de justificación adicional para imponer su voluntad a los débiles, negándoles todo derecho a unos intereses propios. Una actitud todavía muy extendida en la actualidad. Son muy escasos los gobiernos y museos europeos dispuestos a paliar, al menos mínimamente, las pérdidas culturales ocasionadas por sus excavadores a aquellos pueblos.

El arte es patrimonio de toda la humanidad, pero algunos parecen ser más humanos que otros. En cualquier caso, raras veces se pregunta a los artistas dónde desean que se conserven y se exhiban finalmente sus creaciones.

Los ricos poseen más obras de arte que los pobres, muchísimas más. Lo cual no significa que no haya habido muchos artistas pobres. Pero a los pobres les resulta mucho más difícil conservar su arte que a los ricos. Y ello no sólo porque producen para vender a los ricos. En efecto, estos últimos han estado desde siempre en situación de apropiarse del arte de los demás sin una compensación proporcionada y a menudo sin pagar absolutamente nada.

No nos referimos aquí a la lucha de clases en su sentido habitual, sino a aquella otra lucha entablada desde hace siglos entre los distintos pueblos. El mundo se halla dividido entre unos pueblos situados arriba y otros abajo; relación que en gran parte también se cumple en términos geográficos. Casi todos los pueblos ricos de los que aquí trataremos viven al norte de los pueblos pobres, de los que también nos ocuparemos.

Es posible que los pueblos meridionales todavía sean pobres en cuanto a su productividad científica, pero en términos de creatividad artística son tan ricos, cuando no más, a su manera, que nosotros. Algunos ya lo eran muchos siglos atrás, y otros siguen siéndolo. En este libro expondremos numerosas pruebas que lo atestiguan, componentes de la cultura universal, de un mundo con el cual sueñan muchas personas y por el que trabajan muy pocas. Algunas de estas obras de arte nos resultan extrañas y distantes, entre ellas las que inspiraron a algunos artistas europeos de principios de nuestro siglo, desencadenando la explosión del expresionismo. Pero también muchas cosas europeas, y más tarde norteamericanas —«blancas», en suma— resultaban igualmente extrañas en el sur del planeta, y no sólo extrañas, sino también funestas y destructivas.

El resultado fue la evolución del mundo hacia un desequilibrio catastrófico, justamente el mismo que intenta encubrir más que designar la expresión «desigualdades Norte-Sur». Un desequilibrio que también existe en el campo de los tesoros culturales; no de la cultura, que quede claro, sino de sus tesoros. Su actual distribución es tan injusta como el usufructo de los tesoros del subsuelo o el control de la economía mundial; de la pobreza y la riqueza, en suma.

En este libro no sólo expondremos cómo se ha llegado a esta situación. También propondremos una nueva redistribución más equitativa, que venga a poner fin a esta situación injusta. En términos cuantitativos, el patrimonio occidental casi no se vería afectado, pues se estiman entre 25 y 30 millones los objetos de arte, religiosos y utensilios de valor coleccionable procedentes de los países de ultramar que hoy se encuentran en Occidente. Pero en cambio devolvería al manos una parte de su legado cultural —testimonios de su pasado, puntos de referencia de su identidad cultural a los que tienen derecho — a muchos pueblos, pequeños y grandes, a los que tantos tesoros culturales se arrebataron (en parte por la fuerza) durante la época colonial. A algunos de ellos no les resta ya casi nada, a otros absolutamente nada, y el legado cultural de todos sufre por añadidura el embate de una civilización de masas que no han buscado, sino que les ha sido impuesta, no pocas veces también por la fuerza. La gravedad del daño sufrido quedará patente, de forma incompleta pero aun así abrumadora, a lo largo de este libro.

En el seno de las Naciones Unidas y de su Organización Especial para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) se viene debatiendo desde hace años la posible reparación al menos de una parte del daño causado, si no de su totalidad. Y se ha evidenciado que los representantes de los pueblos perjudicados se muestran extraordinariamente moderados en sus pretensiones. Sólo desean recuperar un número bastante reducido de piezas, de particular importancia para ellos, pero ni con mucho la totalidad de lo que les fue arrebatado.

Como en tantas otras ocasiones, la primera reacción de Occidente fue de rechazo total y en seguida se intentó crear un estado de opinión. El Tercer Mundo quería recuperarlo «todo», se decía. De lograr sus propósitos, tanto el British Museum como el Louvre se verían obligados a clausurar la mayor parte de sus salas, y tendrían que cerrar prácticamente todos los museos etnológicos de Europa y Norteamérica. Esta exageración ha quedado desmentida hace tiempo. Basta un par de datos para demostrar claramente la relativa insignificancia del peligro. La sección etnológica del British Museum,

el Museum of Mankind, alberga ella sola diez veces más obras de arte africanas que todos los museos actualmente existentes en el África negra. Los museos berlineses de la Fundación del Patrimonio Cultural Prusiano (Stiftung Preussischer Kulturbesitz) cuentan con unas 330 000 piezas y tienen fama de poseer la mayor colección etnológica del continente. En cambio, toda una serie de pueblos del Pacífico, cuyo legado cultural puede admirarse en Berlín, no poseen ya ningún testimonio de su pasado. Aunque Berlín debiera, o quisiera, ceder un cinco por ciento de sus colecciones —de momento no cabe hablar de ninguna de las dos posibilidades—, aquéllas no se verían apreciablemente afectadas. También Berlín Este y otros museos de la República Democrática Alemana poseen su parte del botín.

La mayor proporción del arte africano del pasado se encuentra, con creces, en museos y en manos de coleccionistas y anticuarios occidentales. El Museum of Mankind de Londres se precia de poseer «la mayor colección de máscaras precolombinas de turquesas procedentes de México, uno de los tesoros más destacados de los muchos que alberga la sección», sin que nadie se pregunte por qué el mayor tesoro no se encuentra en México. Más de la mitad de los más valiosos tesoros artísticos y culturales muebles de los países asiáticos se hallan en Occidente. A este respecto, Nigel Cameron escribió, en fecha meritoriamente temprana, pero sin ninguna resonancia apreciable, en la *Far Eastern Economic Review* del 16 de julio de 1976:

«Si las gentes de Occidente se pararan a pensar alguna vez cuál sería su reacción al descubrir que la mitad de las obras conocidas de Leonardo y Miguel Ángel, la mayor parte de los Cézanne, los Turner más importantes y las primeras ediciones de Shakespeare se encontraban en Kuwait, Bombay y Pekín, tal vez podrían hacerse una idea de lo que sienten los asiáticos inteligentes al pasear por los grandes museos de Occidente».

«Nosotros» no consideramos normal este estado de cosas. En 1983 se levantó un ruidoso clamor en los medios culturales de la República Federal de Alemania cuando el industrial y coleccionista de Aquisgrán Peter Ludwig vendió una importante colección de 144 manuscritos medievales al Getty Museum de los Estados Unidos. Sin embargo, Ludwig ya había adquirido la mayoría de esas piezas, entre ellas importantes muestras del patrimonio cultural alemán y francés, en los Estados Unidos.

Cuando en 1978 se subastó en Londres la famosa colección del barón Von Hirsch, que contenía importantes tesoros culturales alemanes, la indignación en la República Federal de Alemania fue grande. En nuestro país la cultura es competencia de los estados federales, pero éstos y sus museos asediaron al

gobierno de Bonn con sus solicitudes de ayuda, con objeto de reunir el dinero suficiente para pujar al máximo «por Alemania». Finalmente, se lograron reunir unos 40 millones de marcos, y los comisionistas pudieron hacerse con todas las obras alemanas por las que pujaron. El objeto más caro de la colección Von Hirsch, un pequeño escudo circular medieval esmaltado, se subastó en unos 5,8 millones de marcos; por la acuarela de un paisaje de Durero, *Die Kirche S. Appolinara am Doss Trento* (adquirida por el barón en 1950 de la colección de la Sociedad de Artistas de Hannover por 20 000 marcos), se pagaron 2,5 millones de marcos.

Una historia sumamente instructiva. En un país que, a pesar de algunas pérdidas sufridas a causa de la guerra y la partición, literalmente rebosa de tesoros culturales y que no puede afirmar haber perdido ninguna pieza esencial de su patrimonio, la idea de que un par de cuadros de maestros del pasado (aun así abundantemente representados en Alemania) pudieran ir a parar al extranjero provocó un estado de exaltación patriótico-cultural. Esto debería impulsarnos a comprender a los pueblos que no han podido conservar una parte tan importante de su propio patrimonio cultural y, al mismo tiempo, tampoco pueden soñar en recuperarlo a través de las subastas, a causa de los elevados precios. La magnitud del contraste queda patente al comparar este caso con los esfuerzos de Nigeria por recobrar algunas piezas del tesoro de máscaras y bronce de Benin, saqueado por las tropas británicas en el siglo pasado.

La colección del barón Von Hirsch que se puso a la venta había sido comprada. Los soldados y oficiales de la expedición británica evidentemente no pagaron nada por las colecciones y piezas de Benin que hoy se encuentran dispersas en numerosos museos y colecciones occidentales. Sin duda no nos equivocaremos mucho al aventurar que los museos de Occidente, tan bien provistos, tampoco tuvieron que desembolsar un alto precio por ellas. Cuando, tras su independencia, Nigeria se vio en la imposibilidad de exhibir un solo original en el museo recién construido en la ciudad de Benin, y tuvo que conformarse con mostrar fotografías, el gobierno solicitó de los museos de Occidente que al menos le prestaran una de las máscaras. Su ruego no tuvo eco. Posteriormente, Nigeria ha logrado adquirir algunas máscaras y bronce en las subastas, pujando cantidades desorbitadas por ellos.

Los representantes de los museos occidentales pueden afirmar, y tal vez incluso lo crean, que han adquirido todos estos tesoros del Tercer Mundo de forma legítima. Pero esto representa un abuso de nuestra confianza no sólo en su buen juicio sino también en su moralidad. Ello no es óbice para que esta

respuesta defensiva se escuche en todas partes, ya sea en Frankfurt, París o Londres. Así, el lector del *Times* doctor Richard Pankhurst escribía en octubre de 1982, en una carta dirigida a su periódico, que la portavoz del British Museum, Jean Rankine, «afirma que ninguna pieza del museo ha sido adquirida de forma ilegal. Técnicamente, tal vez sea cierto. Pero es indiscutible que al menos en el caso de la colección de Magda la, el representante del museo, Richard Holmes, adquirió objetos que le constaba procedían del saqueo. Las tropas británicas empeñadas en el ataque contra el emperador Teodoro de Etiopía saquearon el 13 de abril de 1868 la fortaleza de Magdala. Entre los objetos así obtenidos figuraban 350 manuscritos etíopes, que actual mente, tras la reorganización del British Museum, se hallan en la British Library». El 24 de octubre de 1981, otro lector del *Times*, el doctor David Hamilton, añadía, en una carta al director, que esos 350 manuscritos «formaban parte de la colección personal del emperador Teodoro. Una parte de ellos es absolutamente imprescindible para el estudio de la historia de Etiopía. Otros manuscritos de suma importancia para los estudiosos etíopes se encuentran en bibliotecas de Oxford, Cambridge, Manchester y Windsor, así como en Italia, Francia y los Estados Unidos».

Desde luego, muy pocos investigadores o estudiantes etíopes cuentan con el presupuesto necesario para permitirse viajes de estudios a las citadas ciudades y países.

Contra la reivindicación de que las colecciones públicas occidentales (de las privadas difícilmente cabe esperar parecida comprensión) se desprendan de algunas piezas, cuya importancia para los países de origen es muy superior que para nosotros, se levantan muchas celosas objeciones. «No es de extrañar que algunas declaraciones de los representantes de los museos europeos y norteamericanos a veces suenen arrogantes a sus colegas de los países en desarrollo», declaraba el director de la Asia House Gallery de Nueva York, Allen Wardwell, en septiembre de 1980. En seguida veremos a qué se refería.

Hace unos años, a principios de 1978, se inauguró con grandes festejos un museo de tapices en Teherán. Tratándose de alfombras persas en su país de origen, era lógico esperar encontrar piezas de primer orden. Sin embargo, Souren Melikian, especialista en colecciones, museos y subastas de arte del *International Herald Tribune*, informó: «En los museos iraníes no se encuentran alfombras autóctonas de gran calidad. Así quedó claramente demostrado con motivo de la inauguración del Museo de Tapices... Del mismo modo que el saqueo a que se vio sometido el país durante el último siglo lo dejó prácticamente sin ninguno de sus manuscritos iluminados,

también sus alfombras de estilo han desaparecido, con la sola excepción de unas pocas conservadas en santuarios. Y ni siquiera la protección religiosa pudo evitar el robo de la alfombra persa más bella del mundo a finales del siglo XIX. En efecto, la alfombra de Ardebil se exhibe ahora en el Victoria and Albert Museum, el cual la adquirió a su llegada a Londres. Una copia, sustraída de las ciudades santas en la misma época, puede admirarse actualmente en Malibú, California».^[2] En Malibú se encuentra el Getty Museum, al que corresponde la cifra de compras más elevada del mundo.

Si después de conocer todos estos hechos el lector tiene la impresión de que este estado de cosas no puede ser normal, no se equivocará. Nosotros compartimos esta sensación e impulsados por ella hemos escrito este libro. Poco antes de entrar en prensa, la República Federal de Alemania demostraba que nuestro punto de vista no puede ser demasiado errado. En Londres salió a subasta el Evangelio de Enrique el León. Una vez más corría el riesgo de perderse un tesoro cultural alemán «irremplazable». Donaciones públicas y privadas lograron evitar finalmente la pérdida... al precio de 32,5 millones de marcos.

2. Napoleón: el avance hacia Oriente

Nadie ejemplifica mejor que Napoleón I la pasión coleccionista occidental a expensas de otros pueblos más débiles, a pesar de que nadie la combatió tanto como él. También sus campañas europeas fueron acompañadas del sistemático saqueo de las colecciones de arte. Pero después de su derrota, Francia se vio obligada a devolver la mayor parte del botín. De hecho, cabría suponer que los europeos, y en particular los adversarios de Napoleón, deberían ser conscientes desde entonces de la injusticia que supone la apropiación de tesoros artísticos extranjeros. Pero la noción de que también los pueblos de las zonas menos privilegiadas del mundo tienen derecho a su propio legado cultural no se había desarrollado aún. Se los consideraba y se los trataba casi universalmente como seres humanos de segunda. El hecho de que en su mayoría no profesaran la religión cristiana los convertía en una presa todavía más fácil.

Cuando Napoleón, que entonces era sólo general, inició en 1798 su expedición a Egipto, se llevó consigo numerosos científicos, egiptólogos, arqueólogos, historiadores y también técnicos de las distintas disciplinas, en total 167 especialistas, con una impresionante biblioteca llena de útil bibliografía sobre el Nilo y el país, con instrumentos científicos y todo tipo de aparatos de medida. Nada más llegar a El Cairo en el mes de julio, Napoleón fundó un Instituto de Egiptología, cuyos miembros iniciaron de inmediato la tarea de medir y dibujar el país, tomando nota de sus tesoros, que procedieron a registrar y coleccionar. Su misión consistía en seleccionar todas aquellas piezas antiguas consideradas de suficiente valor e interés, desde pequeños escarabeos hasta inmensas estatuas de dioses, y prepararlas para el transporte... a Francia. Así lograron reunir un impresionante tesoro arqueológico. También los oficiales y soldados del cuerpo expedicionario se llevaron todo lo imaginable de los templos, sepulturas, casas y otros yacimientos arqueológicos. Pero las piezas recogidas por los estudiosos, al menos los más preciados monumentos de piedra, no llegaron nunca a Francia. Las tropas francesas capitularon finalmente frente a los ingleses y, según las cláusulas de la rendición, todos los objetos tan cuidadosamente coleccionados también pasaron a manos de los británicos.

Este tesoro comprendía la piedra hallada en la localidad de Rosetta, de la cual ha tomado el nombre: una lápida de basalto negro con una inscripción trilingüe (en griego, demótico y jeroglíficos egipcios). Los franceses conservaron un vaciado en cera y, 23 años más tarde, Jean-François Champollion lograba resolver el enigma de los jeroglíficos en París.

También formaban parte del botín británico esculturas mucho mayores, algunas de dimensiones colosales; unas treinta en total. Una colección tan grandiosa, que obligó a reformar el British Museum para recoger el nuevo patrimonio en una galería idónea. De modo que este museo londinense en el fondo debe a Napoleón la primera colección de importancia de su sección egipcia, obtenida gracias a la astuta desviación de las estatuas apropiadas por los franceses y destinadas al Louvre, unas obras de arte de una belleza hasta entonces inigualada en las exhibiciones de su competidor londinense.

A nadie se le ocurrió dejar una parte en Egipto o consultar al gobierno de este país y a las autoridades locales, dependientes de la Sublime Puerta. A pesar de que los británicos, tras una breve ocupación, devolvieron la administración del país a los representantes de la Puerta. Muy al contrario, el general H. Turner le escribió a Nicholas Carlisle, secretario de la Sociedad de Anticuarios, que la piedra de Rosetta era «un digno trofeo» de las armas británicas, «obtenido no del pillaje de nativos indefensos, sino como noble conquista lograda en los avatares de la guerra»^[3].

Casi en ningún otro caso puede observarse con tanta nitidez la evolución del proceso de «ennoblecimiento» de las conquistas de la época colonial. La frase «no obtenido del pillaje de nativos indefensos» difícilmente puede aplicarse a los primeros coleccionistas. Pero sus sucesores ya piensan que la pieza era realmente propiedad de los primeros, de quienes la obtuvieron por la fuerza de las armas, conquistándola «noblemente». Y todos los que vinieron después, en este caso el British Museum y con él el Estado británico, se sumaron a esta valoración simplista. Cuánto más tranquila no se sentiría su conciencia, de todos modos ya buena, si lo entregado por el primero al segundo hubiera sido comprado y pagado, aunque sólo fuese para cubrir las apariencias...

No es tan grave que entonces se razonara de esta guisa, como que se siga pensando igual en la actualidad. El conservador del Departamento de Antigüedades Egipcias del British Museum, T. G. H. James, emplea palabras todavía más interesantes para describir la obtención de la piedra de Rosetta. Considera que la pieza arrebatada a los franceses fue «confiscada»^[4]. Ciertamente, no cabría imaginar una actitud más correcta, más legítima.

La expedición napoleónica no enriqueció sólo al British Museum, cosa que sin duda no formaba parte de sus planes. Los expertos franceses lograron salvar documentos y dibujos, y procedieron a desarrollar una actividad tan amplia como entusiasta. Sus publicaciones hicieron crecer en toda Europa el interés por Egipto y por la antigua cultura de ese país, considerada la civilización más antigua del mundo, hasta que nuevos descubrimientos vinieron a ampliar la perspectiva histórica. El interés por Egipto se traducía en interés por los objetos antiguos. Al ocasional turista, diplomático o negociante que se llevaba una que otra pieza, se le sumó un alud de buscadores de tesoros y excavadores de numerosos países. Al principio, eran principalmente franceses; luego fueron predominando cada vez más los ingleses. Al final, casi todas las naciones «occidentales» tenían en Egipto a alguna persona buscando las huellas del pasado y desenterrándolas, o comprándolas por poco dinero. La enorme demanda provocó la aparición de una multitud de saqueadores de tumbas, ladrones de templos y contrabandistas egipcios, dedicados a proporcionar nuevos tesoros a los extranjeros, con total descaro al principio, y cada vez más sigilosamente después. Durante algunas décadas fue posible «trabajar» de este modo, y los extranjeros se llevaron cuanto quisieron.

Sólo en 1858 se creó un organismo de control de las antigüedades, el Service des Antiquités, bajo la dirección del francés Mariette. Siguió un período de limitaciones transitorias, que provocaron airadas protestas de los extranjeros. El grupo de presión occidental era poderoso y, a la muerte de Mariette (en 1881), consiguió a través de presiones diplomáticas la renovación de los permisos para la realización de excavaciones de gran envergadura.

Como ya señalábamos, Egipto se hallaba sometido inicialmente a la administración turca, si bien con el tiempo los virreyes o jedives designados por Constantinopla fueron adquiriendo una creciente independencia y autonomía. El poder de los turcos era cada vez más teórico y, de hecho, empezó a ceder paso a la influencia inglesa, hasta desembocar en una dependencia directa de la soberanía británica. El Service des Antiquités continuó bajo dirección francesa.

Las expediciones extranjeras gozaron de relativa libertad hasta la segunda guerra mundial. Las autoridades francesas lograron establecer unas normas obligatorias de reparto, así como la construcción de un museo. El contrabando era enorme, y sólo en las últimas décadas se ha acabado con la burda y

arrogante expoliación de Egipto por los extranjeros y se ha puesto coto al tráfico de antigüedades.

Existe abundante bibliografía sobre las excavaciones y los apasionantes descubrimientos arqueológicos realizados en Egipto y en otros lugares. Casi todos los excavadores y jefes de expedición de renombre describieron personalmente sus hazañas. Los escritos sobre sus personas, sus hallazgos y su importancia llenan bibliotecas enteras. En el presente contexto es importante destacar que algunos de ellos, y no los menos famosos, ni mucho menos, «coleccionaron» piezas en proporciones francamente desmesuradas. La cantidad de objetos obtenidos y remitidos a sus países de origen va mucho más allá de los límites justificables por el interés científico. No pocos de estos primeros héroes de la arqueología vendían luego sus hallazgos a museos o coleccionistas privados; algunos también se dedicaron al contrabando a favor de instituciones científicas o en beneficio propio. Y su actitud hacia lo que no tenía un interés directo para ellos fue poco respetuosa; incluso destruyeron muchas piezas.

Debemos a estos hombres muchos descubrimientos fundamentales, testimonios de tiempos pasados, importantes datos e intuiciones. Pero también destruyeron muchas cosas; tantas, que resulta inevitable preguntarse si no habría sido preferible que algunos de los tesoros arqueológicos que admiramos hubieran permanecido enterrados hasta que excavadores más competentes pudieran hacerse cargo de la tarea con métodos más perfeccionados.

También los representantes oficiales de los Estados europeos se ocuparon de favorecer sus intereses personales. El tráfico absolutamente comercial de antigüedades desarrollado por el cónsul general francés en Egipto Bernardino Drovetti (antes de 1814 y, posteriormente, de 1820 a 1829) muy poco tuvo que ver, sin duda, con el servicio a la cultura. En cualquier caso le sirvió para enriquecerse; en parte también gracias a las ventas realizadas a Berlín.

Su colega británico Henry Salt seguramente no le iba a la zaga. Se repartió con Drovetti el valle del Nilo en zonas reservadas, si bien por su parte ya contaba además con pedidos en firme del British Museum. Lo cual no excluía la compra de sus hallazgos por parte de ese museo, que luego heredaría otros a su muerte. Con el tiempo, Salt aprovechó sus credenciales para trabajar cada vez más por cuenta propia. El grueso de su colección sólo salió a subasta ocho años después de su fallecimiento; más de un millar de lotes que se cotizaron en más de 7 000 libras esterlinas. Todavía en vida logró vender una colección al rey de Francia por 250 000 francos. El conjunto de

los objetos reunidos a muy bajo precio durante sus once años de servicio se cotizó por más de 20 000 libras esterlinas: alrededor de 20 millones de pesetas actuales. Suecia y Noruega nombraron conjuntamente como cónsul en Egipto a un próspero comerciante de antigüedades y cliente de los saqueadores de tumbas egipcios, Giovanni Anastasi. El mayor transportista de aquella época fue al parecer Giovanni Battista Belzoni, el cual «reunió» grandes cantidades de piezas, en parte por cuenta propia y en parte al servicio de su cónsul general Salt y del British Museum. A él se debe la obtención de algunos de los más preciados tesoros que pueden admirarse actualmente en el British Museum. Entre ellos, la cabeza de Ramsés II (confundido entonces con Memnón el joven), de siete toneladas de peso; seis estatuas de la diosa Sejmet sentada; una estatua de Sethos, y muchas otras pertenecientes a la colección Salt. El mismo describió sus procedimientos brutales y la destrucción de momias que llevó a cabo. Era algo así como un proveedor al mayor. Se dedicó a obtener piezas monumentales sin siquiera el pretexto de servir a la ciencia; sólo quería ganar dinero.

Pero también científicos de renombre, que a menudo eran a la vez diplomáticos, se hicieron con cantidades asombrosas de antigüedades. El Ägyptisches Museum de Berlín, actualmente integrado en la Fundación del Patrimonio Cultural Prusiano, fue creado por Carl Richard Lepsius, considerado el primer excavador sistemático que trabajó en Egipto. Lepsius dirigió la primera gran expedición científica a Egipto y Sudán en 1842-1845. La expedición se inició bajo los auspicios más favorables de que haya gozado jamás un arqueólogo: gracias a una carta personal del rey Federico Guillermo IV al jedive Mohammed Alí, acompañada de un presente real (unos jarrones de la fábrica de porcelanas de Berlín), Lepsius pudo gozar de plena libertad de actuación y de movimientos. El botín, más de 15 000 piezas arqueológicas, fue embalado en casi doscientas cajas y fletado a Berlín. Los costes totales de la expedición (sin contar los jarrones) ascendieron a 34 600 reichsthaler.

El primer director del Servicio de Antigüedades egipcio (1858), el francés Auguste-Ferdinand-François Mariette, también fue el fundador del Museo Nacional de Egipto (originariamente situado en Bulaq y actualmente trasladado a El Cairo). Gracias a su actuación, pudo frenarse de modo gradual la salida de tesoros culturales, y un número creciente de hallazgos arqueológicos permanecieron en el Museo Nacional. Pero antes de convertirse en el Pablo de la arqueología egipcia, Mariette había sido un Saulo. En su búsqueda de antigüedades por encargo del Louvre, descubrió en 1851, en

Saqqara, el Serapeum, el sepulcro de los sagrados bueyes Apis. El permiso de excavación estipulaba que todas las piezas, halladas debían permanecer en Egipto, pero Mariette se llevó clandestinamente no menos de 7 000 objetos a París. En señal de gratitud, fue nombrado segundo conservador del museo del Louvre.

Todavía en su papel de Saulo, Mariette dinamitó innumerables tumbas de los tiempos del Imperio Antiguo, en el curso de su segunda expedición a Saqqara, sin ninguna consideración por la abundante información que habrían podido ofrecer los hallazgos con un procedimiento más cuidadoso. Sólo le interesaba saber qué encerraban los sepulcros y le era indiferente la información que éstos mismos pudieran proporcionar: una útil nota a pie de página que añadir a la tantas veces proclamada afirmación de que los tesoros de los países explorados habrían acabado destruidos por el paso del tiempo sin la intervención de los arqueólogos occidentales.

Al principio, Mariette también quiso coleccionar manuscritos coptos. Pero el patriarca copto de El Cairo lo rechazó. Brian Fagan explica la razón: «Algunos años antes, dos ingleses habían embriagado a un par de monjes y luego se esfumaron con toda una biblioteca de manuscritos»^[5].

Incluso siendo ya director del Servicio de Antigüedades y en una época en que gozaba de un transitorio monopolio sobre las excavaciones, Mariette siguió empleando métodos brutales de excavación, más al servicio de la posterior exhibición que de la preservación científicamente significativa. Era muy aficionado al uso de la dinamita; la documentación básica carecía de interés para él: lo importante era obtener objetos espectaculares. El egiptólogo británico Flinders Petrie, que en aquella época se dedicaba a medir las pirámides, escribió indignado: «Es una vergüenza observar cómo se destruye todo y cuán poca atención se presta a la conservación... Nadie se preocupa de conservar el lugar del hallazgo en condiciones que permitan una posterior investigación»^[6].

El interés de Mariette por la conservación se iniciaría más tarde. En 1867, la emperatriz Eugenia de Francia hizo saber al jedive Ismail que para ella sería un placer aceptar el regalo de las joyas de la reina Ahotep exhibidas con motivo de la Exposición Internacional de París. El jedive dejó la decisión en manos de Mariette, quien denegó el regalo. Mariette llevaba tres años en Egipto cuando Napoleón III envió una expedición militar al Líbano, con el beneplácito de las potencias europeas. Su misión era restablecer el orden tras una sublevación de los maronitas y velar porque éstos no fueran maltratados por los señores feudales, con la tolerancia de las autoridades turcas. También

este territorio formaba parte del Imperio otomano. De hecho, la expedición resultó innecesaria, pues la Sublime Puerta ya había intervenido. El Líbano obtuvo un estatuto de autonomía en 1861, y en adelante sería administrado por un gobernador cristiano, que hubieron de aceptar las grandes potencias occidentales. El estatuto permaneció en vigor hasta 1920, cuando el Líbano pasó a ser un territorio administrado por la Sociedad de Naciones bajo mandato francés. Pero los militares franceses nuevamente se presentaron acompañados de arqueólogos, con Ernest Renan a la cabeza. «El famoso orientalista exploró numerosos yacimientos arqueológicos, en los cuales se logró reunir una importante colección de antigüedades fenicias», explica con complacencia la *Guía* del Louvre, en su sección de «Antigüedades orientales».

Poco después volvería a concederse un título de nobleza a una persona por sus servicios al British Museum. (Sir) Ernest Alfred Wallis Budge viajó a Egipto con el encargo de obtener el mayor número posible de antigüedades para el museo, ya fuera directamente a través de excavaciones o comprándolas. El hecho de que el tráfico y exportación de objetos antiguos estuviera prohibido en aquellas fechas no amilanó a Budge, quien «sacó de contrabando del país innumerables cajas con tablillas de inscripciones, papiros egipcios y manuscritos griegos, coptos, árabes, sirios y etíopes»^[7].

Se llevó a Mosul muchas tablillas de arcilla de Amarna, «que fueron incluidas, junto con otras antigüedades mesopotámicas, en el equipaje del príncipe indio Ayub Khan, sin conocimiento de éste. Así viajaron hasta Basora y, desde allí fueron fletadas a Londres». Erhard Gorys añade: «No le amilanaba infringir las leyes, sobornar a los funcionarios, inducir a los indígenas al robo». A Budge se atribuye también el robo de un sarcófago de diorita de la tumba de Amenemhet, en el oeste de Tebas, precisamente durante la presentación oficial de este sepulcro, recién abierto, a las autoridades y científicos, organizada por el sucesor de Mariette al frente del Servicio de Antigüedades, Gaston Maspero. El mismo Budge proporcionó asimismo al British Museum una colección de papiros griegos y textos jeroglíficos única en su género.

Wallis Budge obtuvo gran parte de «sus» piezas por intermedio de traficantes autóctonos, con los cuales se entendía de maravilla. Éstos le ayudaron, en la medida de sus posibilidades, a sacar clandestinamente de Egipto un flujo continuo de objetos. Budge contaría más tarde que un francés, a quien acababa de comprar varios manuscritos coptos, le mencionó un día el nombre de otro buen cliente suyo: nada menos que Gaston Maspero, el que

fue director del Servicio de Antigüedades de 1881 a 1886, y luego otra vez desde 1899 hasta 1914. El francés le había proporcionado a Maspero todos los rollos de papiro y manuscritos coptos que éste revendería luego al Louvre. El comerciante lamentaba no haber sabido que Maspero pensaba realizar esa operación, pues hubiera aumentado el precio. Wallis Budge, muy criticado por su actividad comercial, proclamaba triunfalmente este hecho: «Así pude saber de primera mano que el director del Servicio de Antigüedades ha comprado, vendido y exportado piezas antiguas, contraviniendo las leyes del país, según el criterio de las autoridades británicas de El Cairo».

Uno de los arqueólogos de mayor renombre fue Howard Carter, el descubridor de la tumba de Tutankamon, así como de los sepulcros del rey Amenhotep I, la reina Hatshepsut y otras tumbas. La excavación de la tumba de Tutankamon estuvo financiada por lord Carnavon. El director del Metropolitan Museum de Nueva York escandalizó en 1977 al mundo científico al revelar que Carter y lord Carnavon vendieron secretamente en los Estados Unidos muchas valiosas piezas procedentes de la citada tumba. Éstas se encuentran ahora en el citado Metropolitan Museum, en Kansas City y en Cleveland.

Esta pequeña lista de nombres, en modo alguno completa, deja ya bastante claros los antecedentes de la complacencia con que el conservador de la Sección egipcia del British Museum registraba la evolución de su catálogo: frente a las aproximadamente 10 000 piezas con que contaba en 1870, en 1924 poseía unas 57 000, y ya eran unas 65 000 en 1975. A ellos cabe añadir los de dos religiosos que también se dedicaron a coleccionar activa y celosamente para el British Museum. El reverendo Greville Chester efectuó entre 1864 y 1891 al menos 85 envíos, algunos integrados por centenares de piezas, con objeto de «obtener un modesto complemento de sus ingresos». Un misionero norteamericano, el reverendo Chauncey Murch, había hecho otro tanto antes que él.

El British Museum posee sin duda alguna la más abundante colección de piezas artísticas y culturales egipcias situadas fuera de su país de origen, las cuales obviamente no se exhiben en su totalidad ni mucho menos. El Louvre tampoco hace un mal papel en este sentido: atesora entre 50 000 y 55 000 piezas según sus propios datos, y hasta 80 000 según las estimaciones de otros especialistas.

La búsqueda de antiguos testimonios de la civilización humana no se ha limitado, naturalmente, al territorio egipcio, ni éste fue el único escenario de la abundante expoliación. Ingleses, franceses, alemanes, norteamericanos,

austríacos y otros exploraron e hicieron hallazgos arqueológicos en diversos lugares del Oriente Próximo y Medio, en Turquía, Siria, Irak e Irán. A excepción de Irán, en el siglo XIX todo este territorio pertenecía al Imperio otomano y, al igual que Egipto, estaba gobernado más o menos teóricamente desde Constantinopla. Después de la primera guerra mundial quedó en parte bajo mandato francés (Siria y Líbano) y en parte bajo el británico (Irak).

El francés Paul Botta, cónsul en Mosul, excavó en Jorsabad el gran palacio del rey asirio Sargón II. El Louvre obtuvo gracias a él esculturas aladas, bajorrelieves y un sinfín de tablillas cuneiformes. La persona que despertó el interés de Botta por la arqueología de la región a través de sus publicaciones, Claudius James Rich, había coleccionado sobre todo tablillas cuneiformes, sellos cilíndricos, monedas y manuscritos, que luego donó al British Museum (actualmente sólo este centro posee unos 3 000 sellos cilíndricos). Tras su fallecimiento en 1820, la viuda de Rich vendió al citado museo, por un total de mil libras esterlinas, las piezas mesopotámicas que todavía conservaba, entre ellas no menos de novecientos manuscritos. En moneda actual esto representaría unos doce millones de pesetas.

Victor Place sustituyó a Paul Botta como proveedor de antigüedades mesopotámicas del museo del Louvre, y al frente del consulado de Mosul. Pero ambos fueron superados por el coleccionismo en gran escala de sir Austen Henry Layard, financiado en parte por el comisionado británico en Constantinopla y en parte por el British Museum. Nadie podría valorar mejor que el propio museo el resultado de sus esfuerzos. Sir Austen Henry Layard excavó cuatro palacios en Nimrud y sus alrededores «y se llevó docenas de esculturas, miles de tablillas y otros objetos, sanos y salvos, a casa». Los gigantescos toros alados con cabezas humanas, así como los relieves murales, pueden admirarse ahora en el British Museum. En su tarea Layard topó con todo tipo de dificultades, no sólo por parte de las autoridades turcas, sino también de los habitantes del lugar. Su ayudante Rassam prosiguió las excavaciones, en permanente competencia con el cónsul francés Place. Sólo Layard y Rassam enviaron, entre 1849 y 1854, alrededor de 26 000 tablillas con inscripciones a Londres. Una cifra tanto más notable si se tiene en cuenta que, aparentemente, ninguno de los dos había apreciado en su pleno valor el interés de esas tablillas. Les interesaban más los toros alados y otras piezas monumentales. En cualquier caso, la mayor parte de las tablillas llegaron a Londres mal embaladas y dañadas por el transporte, De Rassam se dice también que dañó de forma bastante desconsiderada la estructura del palacio en el curso de sus excavaciones.

Pocos años después, Rassam iniciaba un nuevo trabajo por encargo del British Museum. En esta ocasión, su antiguo amigo y maestro Layard, ahora comisionado en Constantinopla, le había obtenido una autorización del gobierno turco. Rassam procedió con gran estilo, efectuando ocho excavaciones en sitios distintos de forma más o menos simultánea, y envió millares y millares de piezas a Londres, entre ellas nuevas tablillas cuneiformes, pero también objetos de mayor tamaño, como las puertas de bronce del palacio de Salmanasar en Tell Balawat y muchas otras piezas. Según una versión, en total encontró no menos de 50 000 tablillas con inscripciones.

Para que no se olvide que este proveedor al por mayor se hallaba supuestamente al servicio de la ciencia, en *Treasures of the British Museum*^[8] pueden leerse estas palabras del anterior conservador de la Sección de Antigüedades del Asia occidental, R. D. Barnett: «Evidentemente era imposible compaginar tan afanosa actividad desarrollada con sus propias manos, con un registro arqueológico fidedigno de las condiciones de la excavación o de cualquier otro tipo de datos. A su edad ya algo avanzada, Rassam aparentemente tampoco parecía comprender el carácter imprescindible de esta información».

Un posterior adversario de Rassam fue el vicecónsul francés en Basora, Ernest de Sarzec, quien ha pasado a la posteridad gracias al descubrimiento de las estatuas sumerias de Gudea^[9], que actualmente pueden admirarse en el Louvre. Sarzec inició sus excavaciones sin esperar a obtener la autorización de la Sublime Puerta. Los primeros hallazgos de valor que vendió al Louvre salieron clandestinamente del país. También él destruyó las ruinas de antiguos templos y palacios en su búsqueda de tablillas con inscripciones y grandes obras de arte. «Excavaba sin sistema, ora aquí, ora allá, dondequiera que en aquel momento le parecía poder encontrar una pieza de valor», dice Gorys^[10]. «Ante la imposibilidad de permanecer continuamente en Tello, sus peones indígenas continuaban excavando en su ausencia y vendían las piezas que encontraban a los traficantes de Bagdad. Éstos descubrieron igualmente la gigantesca biblioteca del templo, con treinta mil tablillas cuneiformes, que muy astutamente supieron ocultar a Sarzec».

Evidentemente, los hallazgos no permanecían en manos de los traficantes del país, sino que «finalmente llegaban, a través del bien organizado tráfico de antigüedades, hasta los numerosos museos y colecciones privadas», casi ninguno de ellos iraquí, naturalmente.

En 1897, fue puesto al frente de la delegación francesa en Persia un arqueólogo experimentado, Jacques de Morgan. Éste exploró los cimientos de la ciudad de Susa y obtuvo fácilmente del *sha* Mozaffer ed-Din la promesa de que todas las antigüedades halladas en las excavaciones serían para Francia. Así llegaron al Louvre no sólo un gran número de objetos prehistóricos de cerámica y tablillas cuneiformes de la capital del antiguo Elam^[11], sino también monumentos procedentes de Babilonia y trasladados a Susa como botín de conquista en el siglo XIX a. J.C., entre ellos el Código de Hammurabi.

Jacques de Morgan era un hombre obstinado y todo lo que él hacía tenía que ser grandioso. Los arqueólogos se veían continuamente acosados y amenazados por una tribu belicosa, el Beni Laam. Nada más útil para prevenir los ataques y conquistarse un prestigio que elevar una sólida e imponente fortaleza. Y Morgan la hizo construir. El resultado fue —no sólo en opinión del *sha* reinante— el castillo más bello del Irán, grande y majestuoso, con una imponente avenida de acceso. La misión arqueológica francesa ha continuado albergándose allí hasta tiempos recientes.

Para construir una fortaleza se necesitaban muchas piedras y en la región no había ninguna. Es decir, las únicas que había eran las que sirvieron para construir la capital elamita de Susa: millares de antiguos ladrillos, piedras, azulejos, muchos cubiertos de inscripciones y dibujos. Morgan construyó su castillo con el material de Elam. Casi asusta imaginar la tormenta de indignación que habrían dejado caer sobre él los arqueólogos de haber sido un persa o un turco. ¿Acaso no despreciaban los europeos a los nativos por utilizar las piedras de las antiguas construcciones de sus antepasados para erigir nuevas edificaciones? Además, según testimonios presenciales no sólo se emplearon simples ladrillos y sillares. Al parecer también se construyeron baños con los mismos azulejos verdes, decorados con figuras de animales, que admiramos como objetos preciosos en el Louvre o el British Museum...

Y el *château* de los arqueólogos franceses tampoco estaba abierto a cualquier visitante. El terreno donde se edificó abarca más de una hectárea en una colina histórica, que sin duda contiene tesoros arqueológicos. Nadie podría seguir buscándolos ya. Los mismos arqueólogos sustrajeron a la investigación una parcela de terreno preñada de testimonios del pasado.

Y no es el único caso.

Después de tantos nombres franceses e ingleses, es de justicia recordar también a un alemán, Heinrich Schliemann. Hijo de un pastor de Mecklenburgo, acariciaba el sueño de desenterrar Troya. Con el tiempo,

aunque incurriendo en errores de interpretación, cumpliría su propósito, cuando ya se había convertido en ciudadano norteamericano. Tan extremada como la meticulosidad de Schliemann al seguir las descripciones del reverenciado Homero en sus excavaciones, era su desconsideración hacia los restos y construcciones de otras épocas, las cuales no le interesaban en absoluto. Las destruyó sin fotografiarlas ni tomar nota exacta de ellas. Demolió sin ningún reparo importantes estratos de ruinas con restos de ciudades del siglo III a. J. C., destruyendo así definitivamente toda posibilidad de estudiarlas algún día. Sus métodos de excavación eran acientíficos, a pesar de que, por otra parte, fue uno de los primeros en consignar con gran cuidado y precisión, mediante dibujos o fotografías, todo aquello que realmente le interesaba, al tiempo que se apresuraba a comunicar rápida y detalladamente el hallazgo.

Tampoco Schliemann prestó ninguna atención a las leyes del país donde realizaba sus excavaciones. Sacó clandestinamente de Turquía las joyas de oro halladas en la colina de Troya, que él tomó erróneamente por el tesoro del rey troyano Príamo (de hecho, el yacimiento era aproximadamente un milenio anterior a Troya). Esas y otras valiosas piezas, alrededor de un millar en total, fueron donadas al Berliner Museum für Vorund Frühgeschichte. Al finalizar la segunda guerra mundial se buscó en vano la colección.

El asiriólogo alemán Hugo Winckler excavó con extraordinario éxito entre 1906 y 1909 en el poblado turco de Boghazkoy, en el noroeste del país, a mitad de camino entre Ankara y el mar Negro. Las ruinas de la ciudad desenterrada correspondían a la capital del Imperio hitita en el siglo III a. J. C., Hattusas. El interés de Winckler parecía centrarse de forma tan exclusiva en las tablillas de inscripciones —que se encontraron a millares en el lugar—, que apenas se preocupó del acondicionamiento de las excavaciones. Sus métodos escandalizaron tanto al especialista británico en el estudio de los hititas Sayce, como al arqueólogo alemán Ludwig Curtius, que trabajó breve tiempo en la excavación. Básicamente, Winckler concentraba su atención en las tablillas de inscripciones, que sus colaboradores le llevaban a su despacho, donde las estudiaba durante todo el día. El conjunto del que habían formado parte quedó destruido. Winckler casi nunca pisaba las excavaciones. Otros investigadores no tuvieron la menor oportunidad de participar en el estudio de la cultura hitita.

Carl Humann era ingeniero de caminos al servicio del gobierno turco cuando llegó al convencimiento de que podría excavar con éxito en Pérgamo. Pero no se le ocurrió interesar a los turcos en el proyecto, sino que se puso en

contacto con el director de la Berliner Antikensammlungen. De este modo, el altar de Pérgamo que se encontró fue a parar a Berlín, con el total beneplácito del gobierno turco. En el año 1973, el profesor Gottfried von Lücken todavía celebraba el hallazgo del altar como un logro alemán: «Con el altar de Pérgamo los museos de Berlín obtuvieron por primera vez una obra de la máxima categoría, equiparable a la Victoria de Samotracia^[12] y a las esculturas del Partenón»^[13].

3. La mutilación del Partenón

Cuando se ha conseguido instalar al «hermoso Buda» o al doncel griego en una de las salas, nadie, sea una persona privada o un director de museo, escucha con agrado que se ponga en duda la legitimidad de su derecho de propiedad sobre él. Muchos conservadores oficiales de tesoros artísticos obtenidos en la época colonial no han comprendido aún que la idea de la legitimidad de la conquista pertenece a un período ya largamente superado. En su condición de beneficiarios del colonialismo, siguen mostrándose impermeables a las concepciones morales normales y distan mucho de tener la menor conciencia de estar cometiendo una injusticia. Sin embargo, el debate en torno a la legítima propiedad del patrimonio cultural de muchos pueblos se halla desde hace tiempo sobre la mesa. En el campo de quienes desean volver a desenterrar la historia se sitúan sobre todo los africanos, asiáticos y latinoamericanos antaño oprimidos por los poderes coloniales europeos. Ciertamente es que la ley del más fuerte también tuvo aplicación en un ámbito geográfico más próximo y afectó igualmente a algunos pueblos europeos. Y éstos se hallan en una situación especialmente favorable para hacer comprender a los demás europeos cuál es el nudo de la cuestión.

Uno de los casos más famosos, cuando no el más famoso, que requiere una reconsideración es el de Grecia, tan próxima, tan apreciada por todos los humanistas y tan alabada. El hecho se remonta a casi dos siglos atrás, pero ya entonces fue enérgicamente criticado en los círculos civilizados y ha constituido desde esa fecha un motivo de discordia entre Grecia y Gran Bretaña. Nos referimos al traslado a Londres de partes esenciales de los frisos del Partenón y otras valiosas piezas de la Acrópolis.

También en este caso los turcos ofrecieron un manto protector a la buena conciencia de «Occidente». La Grecia de aquel tiempo, en los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX, había dejado de considerarse parte de este «Occidente», aunque seguía siendo admirada como su cuna cultural. Para muchos «occidentales», los griegos vivos no merecían ni mucho menos la misma consideración que los monumentos culturales dejados por sus antepasados.

Con el paso de los siglos, el poder político de los griegos había ido quedando muy por debajo del nivel de su patrimonio cultural. Sucesivas combinaciones de dominación extranjera, ya mucho antes de la era cristiana, culminaron en la incorporación al Imperio otomano a mediados del siglo xv. A partir de 1505, Grecia quedó convertida de forma (aparentemente) definitiva en una provincia turca. Más de tres siglos más tarde, en 1821, se iniciaba la lucha de liberación, jalonada de derrotas a pesar de todas las simpatías (y voluntarios) de Europa, que entonces empezaba a redescubrir su helenofilia. Finalmente, la intervención de Inglaterra, Francia y Rusia fue lo bastante enérgica para forzar la retirada de los turcos, y los griegos pudieron celebrar su independencia en 1830.

Un firmán del sultán turco, que poco después sería combatido en nombre de la cultura helenoeuropea, había servido poco antes a un escocés, lord Elgin, para iniciar la tarea que causaría a los griegos, ya en plena libertad, la mayor pérdida cultural de su historia inmediata. El British Museum considera desde entonces como legítima e indiscutible propiedad británica todo lo que lord Elgin se llevó a Inglaterra.

Thomas Bruce, séptimo conde de Elgin y undécimo conde de Kincardine, ingresó en el servicio diplomático tras unos breves estudios y una igualmente breve pero triunfal carrera militar. Después de ocupar sendos cargos en Bruselas y Berlín, en 1799 fue nombrado jefe de la legación en Constantinopla, pues una grave dolencia reumática aconsejaba el traslado a un clima más cálido. Los biógrafos le atribuyen ya entonces un gran interés por el arte griego y por la Acrópolis en particular. En cualquier caso, al parecer ya tenía intención de obtener vaciados en yeso y dibujos de las esculturas del Partenón, una empresa digna de encomio y ciertamente un útil servicio a la cultura internacional. *Lord Elgin* poseía un sólido patrimonio y pudo llevarse consigo a media docena de dibujantes y arquitectos para aquel cometido.

Lo que ocurrió a continuación sólo puede comprenderse a la luz de los acontecimientos que entonces se desarrollaban en todo el espacio mediterráneo.

Un año antes de la llegada del nuevo representante británico a Constantinopla, Napoleón había hecho acto de presencia en Egipto con su flota y una fuerza expedicionaria. El país del Nilo era dominio otomano, al igual que Grecia. La aparición de la flota británica no se hizo esperar, y el mismo año asestaba una derrota aniquiladora a los franceses frente al pueblo costero de Abukir, privándolos así definitivamente del apoyo imprescindible para una presencia duradera en Egipto. Los combates terrestres de los rivales

Europeos sobre suelo egipcio se iniciarían sólo un año más tarde, y los británicos acabaron imponiendo la capitulación a los franceses. El breve dominio francés concluyó en 1801, y en 1802 los británicos ocupaban todo Egipto. Pero cuando *lord* Elgin llegó a Constantinopla dos años antes, la Sublime Puerta aún debía de ver en él y en su país unos buenos aliados contra la amenaza francesa.

Este amigo y aliado pidió entonces autorización para realizar vaciados de esculturas, sobre todo del Partenón, y para llevarse a Londres algunas antiguas lápidas con figuras o inscripciones. ¿Por qué no habría de acceder el sultán turco a un deseo tan inocuo de un representante de Gran Bretaña, a expensas de un pueblo que desde hacía siglos no era reconocido como tal por ningún poder? *Lord* Elgin obtuvo su firmán.

Todavía en la actualidad se sigue debatiendo a qué le autorizaba realmente el documento. El original turco ha desaparecido y la traducción italiana que se conserva es poco clara. En realidad, de ella sólo se desprende que Elgin estaba autorizado a llevarse «algunas» piezas. En cualquier caso, los británicos decidieron que la autorización era válida para todo lo que quisiera llevarse Elgin. El British Museum, adonde fue a parar el botín, evidentemente avala esta lectura amplia que lo beneficia.

El equipo de Elgin se inclinó desde el principio por una interpretación generosa. Según todos los informes, el capellán de la legación, Hunt, que se trasladó personalmente a Atenas, contribuyó mucho a reforzar esta opinión. Una vez lograda, con ayuda de algunos regalos, la connivencia del gobernador local, se procedió a desmontar primero toda una metopa^[14]. Al ver que esto no parecía molestar al gobernador, se iniciaron las tareas de demolición en gran escala. Los británicos llegaron a emplear en algún momento hasta trescientos trabajadores en las tareas de desmontar, seleccionar y embalar columnas, esculturas, frisos y una cariátide del cercano Erecteion^[15], hasta llenar un total de doscientas cajas, la mayoría de gran tamaño, y llevarse buques enteros cargados de piezas, entre ellas gran cantidad procedentes de otros templos, edificios y excavaciones griegas. Los objetos codiciados fueron desgajados sin consideraciones de su entorno, con lo cual quedó gravemente dañado el resto de las construcciones. Inicialmente, Elgin, que había financiado personalmente toda la operación, quería llevarse las mejores piezas a su castillo de Escocia. Pero tuvo dificultades económicas y decidió ofrecer «sus» tesoros al British Museum. El Parlamento aprobó la operación y el museo adquirió el lote en 1816, por 35 000 libras esterlinas. En

total, Elgin había invertido una cantidad superior en los trabajos y el transporte.

Esta adquisición todavía está considerada como la posesión más valiosa de la ciertamente nada modesta colección de piezas antiguas de Londres. En moneda actual, el precio pagado equivaldría a unos 385 millones de pesetas.

Entretanto, Grecia ha solicitado oficialmente, por iniciativa de su ministra de Cultura y Ciencia, Melina Mercouri, la devolución de los *Elgin-Marbles*. Entre pueblos civilizados, éste sería un gesto lógico, que debería haberse efectuado hace ya tiempo. Pero desde el campo de los usufructuarios se apela al «espíritu de la época» y se afirma que las personas implicadas se atuvieron con todo rigor a los usos entonces vigentes. En su momento, era indudable la legitimidad de una actuación que la autorización de la Sublime Puerta convierte en un acto de pleno derecho, todavía válido y que como tal debería reconocerse. Pero aun prescindiendo de las dudas sobre si el equipo de Elgin no excedió ampliamente los límites de la autorización del sultán, ¿cómo es posible afirmar que se ha renunciado a la mentalidad colonialista y al mismo tiempo considerar legítimo aprovecharse de las relaciones de poder entonces en uso?

Ciertamente ya entonces se levantaron críticas, y muy enérgicas. Nada menos que *lord Byron* condenó, de palabra y por escrito, la acción de Elgin, y su protesta no pasó inadvertida, sobre todo en Inglaterra. En cuanto a la reacción griega, podemos considerar como un ejemplo típico la anécdota ocurrida durante la lucha de liberación. Según una versión griega, cuando los griegos sitiaron la Acrópolis con sus ocupantes turcos, en 1822, al observar que éstos retiraban los soportes metálicos de las columnas de mármol para fundir municiones, prefirieron proporcionarles ellos mismos el plomo. Eran muy conscientes de la importancia de sus monumentos. Aunque también se habían levantado voces indignadas en el momento de la demolición veinte años antes, todavía bajo la dominación turca.

Melina Mercouri citó ante la Conferencia Mundial de la UNESCO, celebrada en México en 1982, el informe de lord Bronkton, quien visitó Atenas en 1809 (siendo todavía *mister Hophouse*). Según sus palabras, un anciano griego se le acercó y le dijo: «Los ingleses os estáis llevando las obras de nuestros antepasados. ¡Conservadlas bien! Porque un día los griegos os exigirán su devolución».

Actualmente, incluso el sucesor del expoliador, el undécimo *lord Elgin*, se mostró partidario de atender a esta reivindicación cuando el debate volvió a prender en Gran Bretaña tras la iniciativa griega. Desde finales de 1982 existe

incluso un comité creado especialmente para tal fin. Los griegos, por su parte, deberían responsabilizarse de buscar un emplazamiento adecuado.

El famoso poeta griego Konstantin Kavafis ya se enfrentó a estos y otros argumentos peor intencionados a finales del pasado siglo, con motivo de un debate interno iniciado en Inglaterra. Una de las voces que se manifestó con particular virulencia contra la devolución fue la del editor de *The 19th Century*, James Nowls. He aquí la réplica de Kavafis:

«[Nowls] afirma que, caso de devolverse las obras de arte a Grecia, quién sabe si un gobierno heleno de corta duración no las vendería a Alemania por un millón de libras, o a los Estados Unidos por dos millones, o, peor aún, repartiría piezas sueltas entre ambas naciones... La respuesta más adecuada sería: tenemos derecho a disponer de nuestro patrimonio como mejor nos parezca. Pero es preciso aclarar a las personas no informadas que los gobiernos griegos, de corta o larga vida, han manifestado siempre un gran respeto por los monumentos de la Antigüedad... y que los *Elgin-Marbles* gozarán en Atenas de los mismos atentos cuidados y conservación que reciben en Inglaterra».^[16]

4. Un altanero desdén

En la pared de la primera sala del Musée Guimet de París, donde una asombrosa colección de esculturas jmeres acoge directamente al visitante, pude leer la siguiente nota: «Camboya entró en la historia a principios de la era cristiana, cuando las naves de los comerciantes indios comenzaron a atracar regularmente en su costa». Evidentemente, el país, cuyos magníficos testimonios de un pasado muy lejano se exhiben con bastantes estrecheces en el citado museo (la mayoría fueron obtenidos durante la dominación colonial francesa), y el Imperio jmer existían ya mucho antes. Los historiadores del museo no pueden dejar de reconocerlo. Según dice su cartel, «en la prehistoria y la protohistoria, Camboya formaba parte de la civilización del Sudeste asiático». Pero para entrar en la historia es preciso que los europeos se hayan fijado en un lugar o al menos les conste que otros, aunque sean navegantes indios, hayan dado cuenta de la existencia de dicho lugar.

Lo más pasmoso de esta formulación no es que alguien haya pensado en estos términos, sino que las autoridades culturales francesas todavía la consideren utilizable a finales del siglo xx. Y podemos tener también la certeza de que otros colegas europeos y norteamericanos, con ínfimas excepciones, tampoco ven nada objetable en ella. «Occidente» sigue siendo para ellos el ombligo del mundo, al menos en términos culturales, exactamente como pensaban los etnólogos europeos de hace ya dos siglos o más. Entretanto se ha reconocido, más bien a regañadientes, la ampliación de este «Occidente» para englobar a Norteamérica. Tal vez más que de ombligo, lo más adecuado sería hablar de cerebro: lo que no ha sido registrado, no existe, al menos no como «parte de la historia».

Y para comprobarlo no es imprescindible dirigir la mirada a París. «Entre los años 1500 y 1700 los europeos descubren y colonizan el mundo»: ésta no es una frase sacada de algún viejo manual, como el Diccionario colonial alemán de 1920 o *Die Territoriale Entwicklung des Europäischen Kolonien* (El desarrollo territorial de las colonias europeas) de Alexander Supan (1906), sino que figura en una completa y modernísima cronología, incluida en el magnífico catálogo en dos volúmenes del Linden Museum de Stuttgart, *Ferne Völker-Frühe Zeiten* (Pueblos lejanos. Tiempos pasados), publicado en 1982.

Evidentemente, la antigua y altanera concepción eurocéntrica del mundo no sólo sigue viva y goza de buena salud en el Musée Guimet y en el Linden-Museum. «La cultura de Hawái sólo empezó a conocerse gracias a Cook», dice un titular del dominical *Welt am Sonntag*, en su sección de «Arte y cultura». El conservador de viejo cuño H. G. von Studnitz cita en el artículo, sin duda con aprobación, al director del British Museum, David Wilson: «La humanidad desconocería por completo la cultura pasada de Hawái, si el capitán Cook no hubiera obtenido testimonios de su existencia». Con lo cual se da a entender que, para Wilson y Studnitz, los hawaianos y los demás pueblos que ya habían tenido noticia de su existencia no forman parte de la humanidad.

Muchos «descubridores» sustentaban esta idea, como pudieron comprobar en carne propia los «descubiertos». Que esta declaración aún siga circulando en 1982, y en boca del director de un museo, del cual además depende también el llamado Museum of Mankind (Museo de la Humanidad) de Londres, deja bien patente la vigencia del tema de este libro.

Con esta altanera perspectiva tampoco es de extrañar que, en un artículo publicado en la *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 15 de noviembre de 1978, el «especialista» Andreas Lommel, que durante largos años fue director de las colecciones etnológicas de Baviera en Munich, insistiera en presentar al director general de la Organización de la ONU para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), M'Bow, como un nigeriano particularmente interesado en la devolución de los tesoros de Benin a Nigeria. M'Bow es senegalés.

El mismo artículo contiene otra cita sobre la cual merece la pena reflexionar. El cónsul británico Phillips, que se adentró en el reino de Benin desoyendo formales advertencias en sentido contrario, fue «asesinado». Lommel describe así la posterior reacción de los ingleses: «Una expedición de castigo organizada ese mismo año destruyó el palacio de gobierno y se llevó a Inglaterra los broncees que allí se encontraron». Es preciso releer varias veces este párrafo. ¿No murieron también algunos «nativos»? Efectivamente, y no pocos, aunque Lommel no los considere dignos de mención. ¿No sería más justo decir que una... «expedición de asesinos mató a muchos nigerianos, incendió la capital, saqueó el palacio y se llevó los broncees robados a Inglaterra»? Con ello tal vez se rectificaría al fin, con un siglo de retraso, la descripción de los hechos.^[17]

La mentalidad de los colonialistas es monolítica: trasciende las divisiones entre partido y aflora tanto en las publicaciones de ultraderecha de la cadena

Springer, como en la conservadora *Frankfurter Allgemeine Zeitung* o en los periódicos liberales. En otoño de 1982, Nigeria envió a Londres una colección de tesoros artísticos para su exhibición dentro de la exposición «Treasures of Ancient Nigeria», presentada posteriormente también en Alemania (Hildesheim, junio-octubre de 1983). La Royal Academy expuso las piezas nigerianas en su estrecha sala central. El visitante podía admirar simultáneamente los cuadros de la exposición «Painting in Naples: from Caravaggio to Giordano». El titular de la *Süddeutsche Zeitung* del 3 de diciembre de 1982 anunciaba así las dos exposiciones: «Selva apacible y brutales naturalezas renacentistas», sin comillas para relativizar los términos. En el artículo vuelve a hablarse de la placidez y humildad «con que los salvajes representan a personas y animales», sin dejar de mencionar también el «arte de los pueblos primitivos». El comentarista les concede generosamente una «perfección técnica asombrosa»; ¡cómo no había de serlo tratándose de salvajes primitivos! También sale a relucir de nuevo el tema de la «expedición de castigo», con la variante de que las piezas (del botín) fueron «importadas» a Europa «a resultas» de esta expedición. Sin duda con licencias legales de exportación...

La altanería con que se consideran las reivindicaciones de los países del Tercer Mundo, evidentemente también se refleja en el lenguaje. «La mayor parte de lo que aquí falta deberán buscarlo los señores en los museos de Londres, París y Berlín», dicen con toda la razón los guías turísticos al entrar en las cámaras funerarias vacías del Valle de los Reyes, según señala *Der Spiegel*, con la particularidad de que en su artículo no «dicen», sino que «despotrican». Sin embargo, la descripción de la situación es general y sorprendentemente correcta (49/1979).

La altanería que todavía hoy impregna las descripciones habituales de los «descubrimientos» es una característica general de la actitud de «Occidente» hacia los pueblos del Tercer Mundo. En este sentido, nada o muy poco ha cambiado a lo largo de los siglos. Esta actitud aflora con especial virulencia cada vez que se plantea la problemática del legado cultural. Casi nadie se asombra de que una parte tan considerable de las obras culturales del Tercer Mundo se hallen en las colecciones y plazas públicas de las antiguas potencias coloniales y, en cambio, prácticamente no exista el fenómeno recíproco.

La mejor introducción a esta problemática sería una historia del colonialismo. Muy pocos europeos pueden imaginar hasta qué punto el dominio colonial de los blancos despojó y debilitó a los pueblos de otros

continentes, y cuán radical y brutal fue la ruptura para las demás culturas^[18]. Raras veces se menciona, y la bibliografía especializada casi nunca reconoce en qué medida deben los museos de «Occidente» la plenitud y magnificencia de sus colecciones «etnológicas» al dominio colonial. La pertenencia al grupo de los colonizadores ofreció oportunidades de comerciar en condiciones increíblemente baratas y ventajosas con personas consideradas de segunda clase (cuando se les llegaba a otorgar la categoría de personas). La economía occidental se benefició particularmente de ello durante siglos. Pero Europa y Norteamérica no sólo adquirieron a bajo precio las materias primas de aquellos pueblos. También se llevaron sus bienes culturales, que ahora podemos contemplar en nuestras colecciones de ultramar.

«Las colecciones del antiguo archipiélago Bismarck, por ejemplo, eran casi todas buenas o muy buenas, al menos en el caso de aquellos territorios firmemente sometidos a la administración alemana o a la influencia misionera antes de 1914, o donde los puertos eran visitados regularmente por los barcos alemanes», señala con satisfacción el director del Linden-Museum, Friedrich Kussmaul. Exactamente. Leo Frobenius no tuvo dificultades para recoger objetos en las colonias alemanas y llevarse luego las piezas coleccionadas. Pero cuando en 1910 quiso salir de Nigeria con la cabeza de bronce ife de Olokun y otros objetos en su equipaje, las autoridades fronterizas británicas consideraron aconsejable que las piezas permanecieran en el país, le confiscaron la cabeza de bronce y sólo le permitieron conservar algunas figuras de terracota. Éstas fueron a parar a Berlín. Según las leyes coloniales, las piezas nigerianas (ife, benin, yoruba, etc.) eran de competencia británica; las de Dahomey, Senegal, etc., de competencia francesa; y a los alemanes no les disputaba nadie el derecho a disponer de los «objetos etnográficos» de Camerún, Togo, Namibia y África oriental.

Evidentemente, siempre ha habido alguna excepción, pero no en cuanto a la norma inmutable en virtud de la cual al señor colonial le corresponde decidir el destino de los objetos religiosos y artísticos de los colonizados. Actualmente se ha olvidado la frecuente repercusión de este hecho sobre la cultura local, al menos en África y Oceanía, donde significó simplemente su fin. Las autoridades coloniales, los misioneros y, bajo su influencia, los «colonos» blancos, despreciaron y oprimieron esas culturas locales. Se persiguieron los cultos religiosos de los habitantes autóctonos, se inculcó por la fuerza a los oprimidos la noción de que no sólo las armas, sino también la religión, las concepciones del mundo, la moral y los objetos de uso corriente de los conquistadores eran superiores a los suyos. Los ocupantes destruyeron

siempre que pudieron los sistemas autóctonos de educación. Basta pararse a considerar, por ejemplo, que la enseñanza básica en árabe se suprimió, y en parte estuvo prohibida, durante décadas en Argelia bajo la ocupación francesa. Pero a los ocupantes tampoco se les ocurrió sustituirla por la enseñanza francesa y transmitir su propia cultura. Sin embargo, los colonizadores casi siempre valoraban los usos y culturas autóctonos como una reserva de artículos de bisutería y *souvenirs*.

La ocupación de África, de grandes partes de Asia y de los archipiélagos del Pacífico, y también mucho antes de América latina, interrumpió el «desarrollo» de estos pueblos, con escasas excepciones, durante largos períodos tal vez decisivos. Los arqueólogos y etnólogos se acostumbraron a apropiarse de cuanto pudieron. Sus consignatarios, los directores de museo y coleccionistas, o al menos muchos de ellos, también adoptaron esta costumbre y, con ella, la altanería que acompaña a este proceder.

Salta a la vista el escaso respeto de los proveedores, demolidores y fletadores citados en este libro —una pequeña muestra de los múltiples ejemplos posibles— hacia los pueblos y las personas que los acogieron y cuyas creaciones y bienes se llevaron. Prácticamente a ninguno se le ocurrió pensar que los objetos del pasado arrancados de sus territorios debían «salvarse» y preservarse para esos pueblos, en vez de transportarlos a miles de kilómetros de distancia, hasta Norteamérica o Europa.

Entre los millares de manifestaciones de esta altanería que podríamos citar, bastará recoger una muestra procedente de la edición de 1910 de la *Encyclopedia Britannica*^[19]. Esta obra de referencia se expresa sobre el ejército y los soldados egipcios en los siguientes términos: «Se los ha comparado acertadamente con una bicicleta. Aunque no pueden tenerse en pie por sí solos, resultan muy útiles bajo el control de un amo inteligente. Es opinión generalizada que los éxitos logrados en tiempos de los faraones se debieron a las legiones extranjeras». Prescindiendo del hecho de que los ejércitos del Imperio Nuevo egipcio no contaban con esas legiones extranjeras, todavía tuvieron que transcurrir 63 años desde la publicación de esta sentencia para que el mundo empezara por fin a respetar a un ejército «exclusivamente» egipcio.

Si los examinamos con detalle, tampoco revelan un excesivo respeto los regalos que prestigiosos europeos consideraron apropiado ofrecer en algunos casos como contrapartida. El famoso obelisco de la plaza de la Concordia de París, fue, de hecho, un regalo. Carlos X le sugirió en 1829 al jedive que le gustaría mucho tener un obelisco. Trasladar una columna colosal desde

Egipto a París no fue tarea fácil, y el obelisco no llegó hasta 1833, cuando ya era rey Luis Felipe.

Los franceses quisieron demostrar a El Cairo que también eran personas educadas, y a su vez les ofrecieron un regalo: un reloj mural, que ahora da al patio interior de la mezquita de Mohammed Alí, en El Cairo. Desde luego no era una gran obra de arte y, en cualquier caso, pronto se paró. «Siempre marca las diez menos diez», dijo la guía al pasar frente a él.

Como contrapartida, frente al templo de Luxor se alza ahora un solo obelisco, remanente asimétrico y en realidad absurdo de una pareja de columnas.

En Estambul existe, por otra parte, no lejos de Santa Sofía, una pequeña construcción rematada por una cúpula y con una fuente, que muchas personas consideran bastante pobre de estilo. El emperador Guillermo II la hizo construir en recuerdo de su visita de 1888 y en señal de agradecimiento por la venta —de buen grado y a bajo precio— del altar de Pérgamo a Alemania. Desde luego, cualquiera preferiría este último monumento.

Lentamente han empezado a cambiar los tiempos. No sólo en el campo de la política y la economía, sino también en el terreno científico se imponen nuevas concepciones y evolucionan los puntos de vista. Así, europeos y norteamericanos comienzan a reconocer que deben una compensación, que es preciso reconocer los derechos de legítima propiedad, que se impone una restitución. Pero todo esto es muy lento. Las nuevas concepciones se abren paso con dificultad. El todavía fuerte arraigo del altanero desdén colonial queda patente en los argumentos favoritos de muchos «especialistas», que todavía pretenden defender que los herederos de los colonizadores nada deben a las antiguas colonias, afirmando que de hecho estos pueblos todavía deberían estar agradecidos.

«Es del dominio común en los círculos de especialistas que las presentes condiciones de los museos de los “países en vías de desarrollo” son tan catastróficas desde el punto de vista de la conservación, que las obras de arte y piezas de coleccionista que se devolvieran estarían condenadas al deterioro y al olvido en un breve plazo», afirmaba en 1974, en términos tan generalizados como erróneos, el entonces director general de los museos estatales (Staatlichen Museen) del Patrimonio Cultural Prusiano, profesor doctor Stephan Waetzoldt, en una declaración ante el Senado berlinés.

El profesor se hallaba entonces bajo la impresión equivocada de que los «países en vías de desarrollo» exigirían la devolución de prácticamente todas las piezas de los museos «occidentales». Esta afirmación es una de las

reacciones defensivas más socorridas. Se puede rechazar esta idea, como hace Waetzoldt, tachándola de «insensata», con la esperanza de lograr enterrar el debate bajo la indignación provocada por tamaña «insensatez». Pero, por si este recurso fallara, todavía cabe esgrimir otro par de pseudoargumentos. Por ejemplo, el que afirma que sólo los «nacionalistas» solicitan la devolución de alguna pieza. Los opresores coloniales siempre han llamado nacionalistas a los oprimidos cuando éstos empezaron a reivindicar algún derecho nacional.

«Sabemos —proseguía el profesor Waetzoldt— que la situación en estos países es tan inestable que parece imposible llevar a cabo con continuidad una política cultural encaminada a la conservación y exhibición del pasado histórico materializado en sus productos artísticos». Aparentemente, desde su atalaya berlinesa, el sabio no estaba demasiado bien informado sobre «esos» países, es decir, sobre la totalidad de los mismos. Muchos de ellos presentan una estabilidad política y una continuidad que ya desearían muchos gobiernos occidentales. Al entrar en prensa este libro, Hafez Assad llevaba más de trece años al frente del gobierno sirio (como jefe de gobierno desde noviembre de 1970, y como presidente desde marzo de 1971). Hastings Banda ya gobernaba Malawi en 1918, Habib Bourguiba está al frente del gobierno tunecino desde 1928, Fidel Castro gobierna Cuba desde 1959, y el presidente Houphouët-Boigny rige desde hace veintitrés años los destinos de Costa de Marfil. En Senegal gobernó durante veintiún años el presidente Senghor y desde su voluntaria retirada del poder le ha sustituido el sucesor por él designado: Abdou Diouf. Argelia tiene con Benjedid Chedli sólo su tercer jefe de Estado, después de Ben Bella y Boumedienne, desde 1963. Taiwan también va por el tercer jefe de gobierno... ¡desde 1948! El presidente Marcos gobierna Filipinas desde 1965. El presidente de Zambia, Kenneth Kaunda, le aventaja en un año. Mobutu ocupa el poder en el Zaire desde 1965 y Suharto gobierna Indonesia desde 1966 (después de derrotar a Sukarno, que se había mantenido diecisiete años en el cargo). Julius Nyerere ha sido presidente de Tanzania durante veintidós años; Lee Kuan Yew preside desde hace veinticuatro el gobierno de Singapur. En Libia, Gadafi ya lleva catorce años en la cima del poder, y Egipto sólo ha tenido tres presidentes —Nasser, Sadat y Moubarak— desde 1953. Algunos nombres de la lista no nos resultan más atractivos que los de ciertos dictadores europeos del pasado más reciente, pero no es éste el aspecto que aquí nos ocupa.

Sin duda bastará con esta enumeración, que no sería difícil ampliar de un modo apreciable. Obviamente, con ello no pretendemos ocultar que en ciertos países de ultramar reinan condiciones que van desde la inestabilidad al caos y

cuyos orígenes se remontan, casi sin excepción, al dominio colonial. Y si lo que se pretende insinuar es que no sería posible conservar allí los objetos artísticos, la afirmación resulta bastante descarada en boca de un ciudadano de un país que hace sólo medio siglo prohibió, malbarató o destruyó una parte esencial de su propio patrimonio artístico, por considerarlo «degenerado».

Un agregado cultural de la legación de Tailandia (entonces Siam) o de Irán (Persia hasta 1934) en Berlín podría haber sido perfectamente testigo de todo el breve período del gobierno nazi, durante el cual el legado cultural sufrió dos graves atentados, con la quema de libros y de obras de «arte degenerado», y con el posterior bombardeo de los centros culturales alemanes. Los representantes del Tercer Mundo tendrían, por tanto, perfecto derecho a menear incrédulamente la cabeza ante la altanera preocupación manifestada por el profesor Waetzoldt.

En el mismo texto, el profesor suscribía también la siguiente afirmación: «Los museos occidentales... son escaparates del Tercer Mundo financiados mediante los impuestos pagados por nuestros contribuyentes». Sin embargo, diez años atrás ya estaba muy claro cuán poco había podido participar y opinar el Tercer Mundo en la instalación de sus «escaparates». Los innumerables ejemplos citados en este libro dejan bien patente cuánto desdén deben de percibir en esta frase los afectados. Aunque después de leer esto, ya no puede extrañarnos la conclusión del profesor: «En suma, considero una irresponsabilidad ceder a las presiones del nacionalismo de los países en vías de desarrollo».

Son ciertamente las palabras de un prusiano de pura cepa. El padre de Waetzoldt, consejero privado y en su tiempo también director de los Museos Nacionales de Berlín, se negó en 1930 a cambiar a los egipcios el busto de Nefertiti por otras piezas más valiosas, operación que habría sido considerada un oprobio nacional por muchos berlineses de la época. Pero las enérgicas declaraciones del hijo no pudieron impedir que el debate internacional sobre el tema adquiriera cada vez más fuerza. Lo cual comenzó a alarmar también a otros directores de museo.

El director del Linden-Museum de Stuttgart, Friedrich Kussmaul, no tardó en dirigirse por escrito al Ministerio de Cultura y Educación de Baden-Württemberg en 1973 y de nuevo en 1976. Kussmaul aportaba el argumento de que «los objetos exigidos por los Estados africanos fueron adquiridos en su mayor parte y pasaron a formar parte del patrimonio de nuestras colecciones por procedimientos totalmente legales». Y concluía que «las reivindicaciones de los africanos poseen escaso fundamento, tanto desde el punto de vista

jurídico como moral». Y añadía haber comprobado con satisfacción que el Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Federal compartía su criterio. De hecho, este ministerio tardaría todavía varios años en manifestar una mayor lucidez, como ocurrió en tiempos de la coalición «socioliberal», gracias a la intervención de la ministra liberal Hildegard Hamm-Brücher. Con los últimos cambios de gobierno cabe esperar un nuevo endurecimiento de estas posiciones. En la República Federal de Alemania los asuntos culturales son de la exclusiva competencia de los Estados federales, los *Länder*.

En cuanto a la supuesta legalidad y moralidad, muchos otros directores de museo comparten este punto de vista. Entre ellos Eike Haberland de Frankfurt, quien afirmaba, en un artículo publicado en la *Deutsche Zeitung* del 29 de abril de 1977, que un 90 % de las colecciones fueron adquiridas legalmente y todavía se conservan incluso las facturas. Sería bueno que éstas se hicieran públicas; así podría comprobarse quién pagó qué y, sobre todo, a quién.

El director del Linden-Museum también protestaba contra una declaración de su colega del Überseemuseum de Bremen, mal recogida en una noticia de prensa, en el sentido de que, llegado el momento de tomar una decisión, recomendaría al Senado de Bremen la devolución de una de las tres cabezas de Benin que alberga el museo. Según Kussmaul, con ello se crearía tal vez «un precedente que podría tener considerables e incluso devastadoras consecuencias para nuestros museos... Considero una total insensatez separar piezas importantes de unas colecciones cuidadosamente reunidas, sustrayéndolas a la investigación y al contacto con la opinión pública, para que acaben en cualquier colección privada de algún rincón del mundo».

Quien así escribía sobre la investigación y el «contacto con la opinión pública» era un hombre cuyo museo —el Linden de Stuttgart— falló lamentablemente en el cumplimiento de estas tareas durante largos años, como ha reconocido el mismo Kussmaul en otro lugar. Volveremos sobre ello en el capítulo «¿Salvadores y conservadores?». En cambio, resulta un alivio leer en el catálogo del Linden-Museum, pero no de la pluma de su director, sino de su africanista Joachim Koloss, que «la altanería, la intolerancia y la incomprensión hacia las culturas extraeuropeas, fundadas en la interpretación evolucionista propia del siglo pasado, aunque indudablemente ya no se manifiestan de forma extrema, tampoco pueden considerarse superadas del todo». Estamos de acuerdo.

La alusión a las colecciones privadas encierra un argumento particularmente despectivo. El profesor Kussmaul y muchos otros

funcionarios de los museos occidentales, al igual que sus partidarios y publicistas, proclaman con gran escándalo que los tesoros arqueológicos y etnológicos no estarían seguros en los países del Tercer Mundo. No a causa de la situación política, como afirmaba Waetzoldt —en muchos de estos países, es mucho más estable de lo que se dice y se cree entre nosotros—, sino debido a la pobreza y desorden de las condiciones generales: no hay museos o éstos están deficientemente instalados y vigilados; no existe un control eficaz de los ladrones y contrabandistas; no hay suficiente interés.

Todos estos argumentos se repiten con frecuencia.

En la primavera de 1977, el profesor Niemeyer, del Instituto Arqueológico de Colonia, me escribió indignado, tras escuchar uno de mis programas de radio sobre este tema: «También habría que hablar de la desidia francamente criminal con que toda una serie de países del llamado Tercer Mundo dejan que se desmoronen y se destruyan algunos de los monumentos culturales existentes en su propio territorio».

La Federación Alemana de Museos se mostró todavía más despectiva en su declaración del 17 de febrero de 1978. En ella afirmaba que en «la mayor parte de los países del Tercer Mundo» faltaba, «hasta la fecha, una auténtica vinculación con su propia historia, cultura y naturaleza». La federación censuraba entonces, y sigue censurando en la actualidad, el «arrasador proceso de civilización y tecnificación que se ha apoderado de esos países», la «creciente tendencia a la uniformidad cultural y al debilitamiento de las propias tradiciones en muchos Estados del Tercer Mundo..., la adopción acrítica de la civilización occidental (y nórdica), con la consiguiente destrucción voluntaria del propio marco cultural históricamente creado y la asimilación de una cultura unificadora de alcance mundial^[20]». La Federación de Museos añade con indignación: «Mientras los pueblos de Asia, África y América latina sigan sustituyendo los objetos de culto y de uso cotidiano autóctonos por artefactos de plástico y otros artículos de importación, reemplazando el propio mundo mitológico por ideologías extranjeras y erigiendo la tecnificación en principio máximo de vida, las antiguas raíces culturales seguirán en peligro o incluso llegarán a perderse, aunque algunos políticos de esos países no se cansen de hablar de su legado cultural».

Los conservadores de los museos olvidan sin duda quién es el responsable de ese proceso a escala mundial. Esta lamentación ya se escuchaba entre la generación que siguió a los primeros conquistadores. Aunque ha sonado en vano, ésta ha sido la permanente música de fondo del concierto colonial. «El vestido de las mujeres consistía casi siempre en el horrendo camisón

introducido bajo la influencia de los misioneros», refunfuñaba el capitán de navío Paul Ebert al describir su visita a la isla Carolina en el año 1911, en su libro de memorias sobre los mares del Sur publicado en 1924. Un ejemplo casi gracioso entre los miles que podríamos citar.

Antes de entrar a considerar si este proceso —cuya responsabilidad recae sobre «Occidente»— ofrece un argumento de peso, deberíamos dejar bien clara la total irrelevancia de estas afirmaciones. El beneficiario del robo, el pillaje, la violación, la coacción y el saqueo todavía se permite dirigir a la víctima de sus vejaciones un discurso moral sobre su indignidad. Y lo que aún tiene más gracia: impone condiciones que el otro debe cumplir antes de recuperar algo, si es que llega a conseguirlo. No sólo en Alemania, sino también en otros países europeos las corporaciones de museos desean recibir garantías de buena conducta, de seguridad material, de una exhibición aceptable según sus criterios, de buena vigilancia y mejor conservación, antes de decidirse al esfuerzo de devolver alguna cosa.

Prescindiendo de momento del hecho de que muchos museos occidentales tampoco pueden garantizar unas condiciones tan idóneas, ¿no resultan francamente descaradas todas estas exigencias a la vista de los antecedentes históricos? Si consideramos que se trata de devolver lo que fue arrebatado por la fuerza, u obtenido por métodos más sutiles, aprovechando las relaciones de poder —también económico— para llenar las arcas de Europa y Norteamérica durante el dominio colonial, es obligado preguntarnos si sólo consideramos sagrada la propiedad cuando ésta no pertenece a otros pueblos. Particulares, comunidades o empresas occidentales tienen derecho a manipular destructivamente las antigüedades sin que nadie les pida cuentas, demoliendo y removiendo los yacimientos arqueológicos y lugares históricos, con acciones de «saneamiento». ¿Es éste otro privilegio «occidental»? Sin embargo, también Europa experimentó hace siglos lo que ahora se cree con derecho a reprochar a los demás: la destrucción de su propio patrimonio cultural. Los destructores de imágenes derribaron figuras enteras y enorme cantidad de cabezas de las fachadas de las iglesias, como todavía puede apreciarse hoy en Reims o Vézelay, por citar sólo dos ejemplos.

En realidad, todo parece indicar que una altanería colonial no atenuada pretende seguir imponiendo al mundo sus propias concepciones. Tras la dominación física, que ya no podía continuar, se pretende mantener al menos la dominación «intelectual» o «moral», como diría tal vez el profesor Kussmaul, puesto que no considera moralmente justificados los deseos de restitución. La moral de Occidente consiste aquí en tener y conservar, y los

expoliados, que ya sufrieron y siguen sufriendo el daño, al parecer no deben molestarse siquiera por el altanero desdén con que los tratan sus antiguos opresores. Dado el amplio desconocimiento que sigue existiendo sobre la historia del colonialismo, el público no alcanza a comprender cuán espantoso debe de resultar este tono para los antiguos «colonizados». Aunque desde luego se trata de una manifestación muy propia de una época en que se escriben, se imprimen, se divulgan y se alaban en los periódicos textos tan despreciativos como el siguiente:

«Mosul, Siria, el actual Irak y toda Mesopotamia constituían entonces —y en el fondo siguen constituyendo— una prueba tan trágica como patente de que los territorios que en su momento fueron cuna de las primeras grandes culturas de la humanidad, no sólo olvidan con el tiempo esos esplendorosos orígenes, sino que vuelven a caer en un angustioso primitivismo y pierden las características que definen a los países civilizados. Comerciantes, grupos turísticos, científicos, diplomáticos incluso, saben por propia y desagradable experiencia a qué nos referimos... Una letargia profundamente arraigada que abarca todos los ámbitos de la vida, periódicamente interrumpida por estallidos de fanatismo, y una xenofobia, más o menos claramente perceptible según la situación política, creaban y siguen creando considerables dificultades a los excavadores en esos países». [21] Los motivos de la xenofobia son aparentemente un misterio inexplicable para el autor.

Quien posee los tesoros artísticos es el más poderoso, y el poder inspira altanería. Quien ostenta el poder adecua sus leyes a él. Al parecer, nada ha cambiado en este sentido. Muchas cosas eran legales según los códigos impuestos por el ocupante, y lo que no lo era ha prescrito, según piensan los beneficiarios. ¿Por qué se espera que los perdedores vean las cosas del mismo modo? ¿Cuándo aceptaron (excepto en muy raros casos, bajo coacción) ese derecho, establecido en perjuicio de sus intereses? ¿Por qué habrían de suscribirlo ahora? ¿Es posible acaso renegar del colonialismo y seguir aduciendo el argumento de la prescripción? El tema del «patrimonio cultural y su devolución» no puede dirimirlo la jurisprudencia occidental. Ésta ni siquiera resulta convincente en las disputas entre «países occidentales», como se demostró hace algunos años en Londres.

En 1976 fue atracada la mansión londinense de un coleccionista de arte, cuyas antigüedades japonesas eran famosas en los círculos especializados. Los ladrones se llevaron piezas por valor de unas 200 000 libras esterlinas. El botín fue trasladado de inmediato a Italia, donde pasó a manos de dos comerciantes tenidos por poco respetables. Éstos encontraron un

intermediario menos desprestigiado, también anticuario, el cual vendió el lote por 50 millones de liras a un marchante de Milán. Este último también quiso convertir en dinero una parte de su recién adquirido tesoro, y la vía más fácil que se encontró fue dirigirse a una de las prestigiosas casas de subastas de Londres.

Algunas piezas aparecieron a principios de 1977 en las subastas de Christies. Algunos especialistas las descubrieron en el catálogo y previnieron a la familia de la víctima del robo, que emprendió las acciones jurídicas necesarias para recuperar sus bienes.

La sentencia se hizo esperar hasta 1979 y no resultó alentadora. El juez de Londres falló en contra del demandante. Según su interpretación jurídica, el comprador italiano había adquirido un título de propiedad legítimo según las leyes de su país. De haberse realizado la transacción entre las mismas personas en Inglaterra, no habría sido válida según las leyes británicas, y las víctimas del robo habrían podido recuperar sus bienes.

Tales son los sorprendentes caminos de la justicia «occidental». Cuál sería su veredicto si reivindicara ahora sus derechos un indio o una africana, tal vez el hijo, la hija o incluso un bisnieto o bisnieta de las personas que perdieron largo tiempo atrás una estatua, una máscara o unas joyas. Primero sería preciso demostrar los hechos y luego, como ya señalábamos, se encontrarían con que el posible delito ha «prescrito». Por otra parte, la mayoría de los países occidentales tienen leyes que prácticamente hacen imposible la devolución de cualquier pieza por parte de sus museos públicos, por muy ilegal que haya sido la forma de obtenerla. La exportación es ilegal; la importación, legal. Una parte considerable de los tesoros que se encuentran en Occidente podrían tener cabida según esta fórmula.

Desde luego es posible, y también necesario, modificar estas leyes. Pero primero debe transformarse la mentalidad que reflejan los «argumentos» aducidos por los museos occidentales.

Examinemos más detenidamente estos argumentos, en particular los que hacen referencia a las supuestas deficiencias de los museos de las antiguas colonias.

«Sólo unos pocos museos disponen de una relación meticulosa de todas las piezas que poseen», escribía, por ejemplo, Rolf Italiaander hace un par de años en *Die Welt*, refiriéndose a África; «poquísimos editan catálogos informativos... A menudo falta incluso una rotulación suficiente». El respetable africanista y etnólogo podría decir ciertamente lo mismo de los museos etnológicos europeos. También en ellos existen estas deficiencias,

como reconocen francamente los responsables. No son pocos los museos europeos que ya no saben si a sus números de registro todavía corresponde exactamente el mismo número de objetos. En otras palabras, no saben cuántos objetos poseen en realidad; y, sin embargo, están indudablemente mucho mejor dotados de medios técnicos que los museos africanos. Desde luego, nadie es perfecto, pero muy pocos llegan a alcanzar siquiera la condición de aceptables en términos de estas exigencias.

Y aun suponiendo que los museos del Tercer Mundo fueran deficientes, ¿a quién deben esos pueblos su situación? Si consideramos que la mayoría estuvieron sometidos a la dominación europea directa hasta mediados de nuestro siglo y que, como bien sabemos en Alemania, no es posible hacer brotar un museo de la nada e improvisarlo en un abrir y cerrar de ojos, no nos será muy difícil averiguar las causas. En este terreno, la «política cultural» de las potencias coloniales tuvo consecuencias tan funestas como en el campo de la educación superior. Cuando el actual Zaire, antes «Congo belga», accedió a la independencia, exactamente sólo dieciséis congolese tenían un título universitario, entre ellos ninguno que hubiera podido ser de utilidad en un museo. Cuando la gigantesca «África occidental francesa» obtuvo la independencia, en todo el territorio había una sola universidad, la de Dakar, en Senegal, fundada en fecha reciente: 1957. Togo, agraciado primero con la cultura alemana y luego con la francesa, no poseía absolutamente ninguna universidad al alcanzar la independencia. Si en el «África occidental británica» sólo comenzaron a crearse universidades bajo la presión de la segunda guerra mundial —en Accra (Ghana) y en Ibadán (Nigeria)—, en la parte oriental de África tales establecimientos se inauguraron después de la guerra (en Jartún, Sudán y Makrerere, Uganda).

Hemos citado unos pocos ejemplos, pero representativos. Con escasas excepciones, hasta el momento de la independencia las potencias coloniales se esforzaron por no educar, ni dejar que se formaran élites autóctonas, consideradas como un permanente terreno abonado para los movimientos independentistas y como «rebeldes» en potencia. El Sudeste asiático sólo estaba ligeramente mejor preparado en este aspecto. Los museos se consideraban innecesarios, todavía más inútiles que las universidades. Un informe oficial de 1932 decía en relación al «África británica» que solamente debían establecerse museos en las colonias africanas que contasen con una población blanca suficientemente numerosa^[22].

En estas circunstancias, derramar lágrimas de cocodrilo por la ausencia de una tradición museística, e incluso de museos y profesionales especializados

en este campo, revela una ignorancia que difícilmente podemos atribuir a los etnólogos, a menos que se trate de una simple muestra de altivez. El «colonizador» impide primero el desarrollo cultural de los colonizados, para después reprocharles su atraso y presentarse incluso como salvador y guardián de su patrimonio cultural, con el pretexto de ser el único capaz de conservarlo adecuadamente.

Este libro contiene indicios suficientes para poner en duda esa supuesta superioridad. A fin de cuentas, nuestra propia tradición museística apenas se remonta al siglo XVIII, con la rara salvedad de alguna fundación muy anterior, como la del Ashmolean Museum de Oxford (1683). El British Museum se creó en 1759, si bien apenas contaba por entonces con alguna colección digna de mencionarse.

Los primeros coleccionistas fueron las iglesias y los señores feudales, que reunieron sus piezas sin atenerse a método alguno y de forma esporádica. Pero las colonias brindaron la posibilidad de obtener piezas a precio bajísimo y en cantidades masivas. Cuando se llegaba a pagar algo por ellas, las cantidades desembolsadas harían palidecer de envidia a los actuales subastadores y funcionarios de museos, y naturalmente también a los representantes de los «países en vías de desarrollo» más ricos, que estarían dispuestos a volver a comprar algunos objetos si no pueden obtenerlos de otra forma.

Ahora quisiéramos pasar a otro argumento también frecuentemente esgrimido. Los coleccionistas y museos «occidentales», se dice, son acreedores al agradecimiento de toda la humanidad, y en particular de los propietarios originales. En efecto, los africanos y oceánicos dejaron de apreciar sus productos culturales, desechándolos o vendiéndolos. De no haberse preservado en los museos occidentales, se habrían perdido hace tiempo, pues al no ser ya necesarios, habían dejado de valorarse. Esto tal vez sea cierto en el caso de algunas regiones, pero en otras no se ajusta a la realidad. El etnólogo inglés Keith Nicklin, conservador desde 1980 del Powel-Cotton Museum of African and Asian Zoology and Ethnography (Birchington, Kent), que trabajó durante ocho años en Nigeria, escribe al respecto:

«Desde luego éste no era el caso en las zonas donde yo trabajé. Los habitantes de los pueblos sólo muy raras veces estaban dispuestos a desprenderse de sus objetos culturales, incluso para entregarlos a los museos nacionales nigerianos. Pero la creciente demanda de arte tradicional en el extranjero fomentaba permanentemente el robo por parte de traficantes ilegales, que luego sacaban los objetos del país».^[23]

Leo Frobenius ya observó en 1910 que los africanos volvían a enterrar inmediatamente todos los objetos artísticos antiguos que descubrían, si bien marcaban el lugar, para poder volver a localizarlos. Un sabio método de preservar su patrimonio^[24].

Nicklin también revela que, en junio de 1980, una casa de subastas de Londres puso a la venta un monolito nigeriano, citando en el catálogo el *survey* oficial nigeriano, para demostrar la autenticidad de la pieza. Sin embargo, como debía saber la empresa, databa de una época en que la exportación de esas piezas estaba prohibida desde hacía ya largo tiempo. Pero ¿quién piensa en respetar las disposiciones de unas antiguas colonias, que además ni siquiera son capaces de vigilar adecuadamente sus propias fronteras?...

Y esto nos lleva al siguiente argumento. Las escasas piezas que se devolvieron a una antigua colonia, se alega, no tardaron en reaparecer en los mercados de arte occidentales. Este argumento se aduce sobre todo en relación con los objetos que Bélgica devolvió al Zaire. Los tapices auténticos del Museo de Abomey (Dahomey) desaparecieron rumbo a Occidente, y en sus paredes cuelgan sólo copias. El profesor Kussmaul manifestó hace un par de años haber examinado recientemente una máscara de Benin procedente de Nigeria, pero al ser interpelado por las autoridades nigerianas fue incapaz de ofrecerles algún dato útil.

Sin duda, estos casos ocurren. En definitiva, esos países no hacen más que disponer de lo que es suyo, y tales iniciativas sólo afectan a los demás en la medida en que quieran comprar alguna cosa. El mercado internacional de obras de arte tiene una cifra anual de negocios de entre 6 000 y 8 000 millones de marcos (350 000-450 000 millones de pesetas), y las piezas «exóticas» antiguas siguen pagándose a buen precio a pesar de la recesión. La demanda de estas piezas en los países occidentales tiene una enorme fuerza de atracción, sin la cual prácticamente desaparecería el contrabando de obras de arte y tal vez hasta los robos. Difícilmente puede culparse a los pueblos perjudicados por los procedimientos, a menudo inescrupulosos, empleados por los coleccionistas occidentales para satisfacer su afición.

Si se disputa el derecho a la libre disposición por parte del legítimo propietario, un museo que, pasados varios años, recupera un cuadro que le había sido robado —porque logró volver a quitárselo al ladrón— tampoco debería tener derecho a venderlo. De lo contrario, no valdría la pena que la policía se esforzara tanto.

Cuando el comité nacional alemán del Consejo Internacional de Museos debatió, en 1981, el tema de la devolución, se defendió la postura de que sólo podían devolverse las piezas de pueblos auténticamente expoliados. Un país todavía rico en tesoros artísticos, como la India, no tenía derecho a plantear ningún tipo de reivindicación. Según este razonamiento, el rico debería resignarse a su pérdida. Pero la experiencia demuestra que no es así, y en cualquier caso se trata de una interpretación muy curiosa del concepto de propiedad, en otros casos tan sagrado para Occidente. Una interpretación que sin duda rechazaríamos indignados si alguien intentara aplicárnosla a nosotros. Pero, además, la India no es «rica», ni mucho menos.

En la argumentación legalista se mide con dos raseros distintos. Cuando se trata de los propios tesoros culturales, nos mostramos muchísimo más sensibles en lo tocante al tema de la propiedad. Sin duda se escucharían lamentaciones sin fin si la Unión Soviética no hubiera devuelto el altar de Pérgamo, los maestros flamencos o la Virgen Sixtina a los museos de Berlín y de Dresde. Sin embargo, pasados cuarenta años del transporte fuera del país, el caso debe considerarse prescrito, diría un administrador de tesoros coloniales.

Al finalizar la segunda guerra mundial, los soldados de las distintas potencias ocupantes, siguiendo sin duda una ininterrumpida tradición colonial, se llevaron muchísimos bienes culturales de Alemania, privadamente y también de forma oficial. La pérdida tal vez sea soportable, pero desde luego nadie la acepta jurídicamente. Todavía hoy siguen alegrándose los lectores ante la publicación de la noticia de que tal o cual potencia vencedora ha devuelto un nuevo objeto a los alemanes orientales u occidentales.

Pero raras veces se menciona la gran diferencia: los alemanes perdieron sus tesoros culturales a manos de adversarios a quienes ellos habían atacado y saqueado primero. No podría afirmarse otro tanto de una ex colonia.

5. También puede procederse de otra forma: la UNESCO y la salvación del patrimonio cultural

La destrucción o el abandono de los bienes culturales tiene una tradición milenaria y ya había llegado a considerarse resignadamente como un lógico concomitante de la evolución histórica. Más aún, a menudo la destrucción o el deterioro parecían incluso necesarios para dar cabida a lo nuevo, considerado mejor y superior a lo antiguo. La tradición se veía, y se sigue viendo, como un obstáculo para el progreso, y muchas personas piensan, además, que los monumentos o los espacios naturales deberían subordinarse a las necesidades de la industrialización y la urbanización.

Particularmente notoria es la destrucción por motivos religiosos e ideológicos. Han desaparecido por esta causa objetos rituales africanos, ya que los misioneros los consideraban obra del demonio y los quemaban o, con suerte, los cedían como una curiosidad a un museo de Europa o Norteamérica. En algún país islámico se han destruido pinturas hindúes y budistas, y en otros lugares se ha impuesto la radical ruptura con el pasado y sus tesoros culturales por motivos políticos e ideológicos (tal es el caso de la revolución cultural china).

La destrucción de los bienes culturales no se produce únicamente por causa de la estrechez de miras ideológica o religiosa, sino que muchas veces también es producto de nuestra particular apreciación de culturas distintas de la nuestra. ¿Somos realmente capaces de aceptar como equiparables a la nuestra otras culturas basadas en un sistema de valores distinto, como por ejemplo el budismo o la religión de los aztecas con sus sacrificios humanos? Los intelectuales rechazarán estas dudas. Pero ¿qué sucede cuando se tiene que costear la conservación del patrimonio cultural ajeno? ¿Nos sigue interesando entonces? ¿Para qué pagar dinero por algo que ni siquiera sabemos con seguridad si tiene algún valor para nosotros, a menos que podamos incorporarlo a nuestros museos y colecciones? ¿Merece la pena este desembolso cuando en nuestro propio país no podemos hacer todo lo necesario y deseable para el fomento de la cultura? Y muy particularmente en momentos de dificultades económicas.

El peor enemigo de los monumentos culturales y naturales es, obviamente, la guerra. Los esfuerzos para proteger el patrimonio cultural del peligro bélico datan de hace mucho tiempo, aunque no hayan tenido mayor éxito. Basta recordar la destrucción de Varsovia y Dresde durante la segunda guerra mundial. En 1954 se promulgó la convención de La Haya para proteger el patrimonio cultural en caso de conflicto armado, y el acuerdo especifica claramente el compromiso de velar por esos bienes. Sin embargo, no alcanzó al palacio imperial de Hué ni a Angkor Vat, al no haber suscrito la convención ni Vietnam ni Kampuchea. Aunque de todos modos no se habrían podido salvar los monumentos. Resulta irónico el caso del último logro de la técnica armamentista, la bomba de neutrones, que parece favorecer los monumentos culturales, al destruir sólo la vida natural y conservar los objetos culturales. No se sabe para quién.

A pesar de estas amenazas, o tal vez precisamente a causa de ellas, la UNESCO, en su calidad de Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, trabaja para preservar el legado cultural y natural de la humanidad. Tarea que se plantea dentro del contexto más amplio de la difusión del concepto de que todas las culturas poseen un valor equiparable, y que el mutuo respeto entre las mismas contribuye a una mejor comprensión y entendimiento entre los seres humanos.

Sin embargo, la misma definición de la «cultura» ya plantea las primeras dificultades. En la Conferencia Mundial de la Cultura, celebrada en Ciudad de México en agosto de 1982, la UNESCO llegó a la conclusión de que la cultura va más allá de las bellas artes, la literatura y la filosofía, para abarcar todas las manifestaciones de un individuo o una comunidad, incluido el amplio ámbito de los conocimientos y valores que no se inculcan específicamente, pero que constituyen el patrimonio común de todos los miembros de una comunidad. Al mismo tiempo, por cultura también se entendería la capacidad del ser humano de reflejar su propia persona y de autodefinirse como tal.

La expresión más tangible de la cultura es el patrimonio cultural. La elaboración de programas y su materialización resultaría más sencilla para la UNESCO si se limitase la definición de patrimonio cultural a la cultura material o, más exactamente, materializada, fácilmente aprehensible y mensurable. Sin embargo, cada vez se impone con mayor fuerza la exigencia de que se tenga también en cuenta el legado no material y se elaboren programas para su preservación. Lo cual todavía parece factible en el caso de las danzas o de la literatura de transmisión oral, pero ya resulta más difícil

cuando se trata de la comprensión y conservación de los valores que informan todo el legado material y no material, de la ética y de las fuerzas dinamizadoras de un legado cultural.

Todo lo cual obliga a interrogarse sobre los criterios que definen el patrimonio cultural, estableciendo un orden de valores. Uno de los criterios citados en este sentido en la Conferencia de México fue la importancia de un legado cultural para establecer la identidad cultural de un grupo o de un pueblo. Un concepto muy amplio, que representa algo más que la suma de los bienes culturales materiales e inmateriales, para abarcar también los valores y fuerzas de los que aquéllos son portadores. De ahí la imposibilidad de una definición unívoca. Pero, al mismo tiempo, la identidad cultural también es, ante todo, la autovaloración, la autoconciencia de un grupo, un pueblo o una nación.

Así pues, lo decisivo es que la identidad cultural deben definirla y establecerla los propios implicados y no los de fuera. Esta autodefinición lleva también implícito el derecho de cada grupo a determinar qué bienes culturales materiales son importantes para la definición de su identidad cultural. Un factor de considerable peso a la hora de debatir el tema de la devolución de los bienes culturales que ya no se hallan en posesión del grupo.

Sin embargo, no sólo sus creadores o sus sucesores tienen derecho a reivindicar estos bienes culturales, que forman parte del legado cultural mundial y, por tanto, son patrimonio del conjunto de la humanidad. El deber de protegerlos y conservarlos es, pues, doble y compete a la UNESCO.

Esta organización ha adoptado diversas medidas encaminadas a dar a conocer la importancia del patrimonio cultural y natural de la humanidad, y a procurar conservarlo en la mayor medida posible. Entre tales medidas cabe citar una convención para proteger aquel patrimonio cultural, la creación de un catálogo, que incluye el detalle de los bienes particularmente amenazados, y campañas en favor de determinados monumentos no incluidos en el citado catálogo.

El llamamiento general en favor de la protección de nuestro legado cultural y natural fue muy bien acogido, pero los criterios que han de regular la inclusión de estos «monumentos» en el catálogo del patrimonio mundial topan con innumerables dificultades. Así, se exigía que los monumentos, grupos de edificios, parques o zonas naturales protegidas presentados para ser catalogados tuvieran un valor «universal extraordinario». Pero ¿existen criterios objetivos para medir ese valor? A los europeos nos parece indiscutible que la catedral de Aquisgrán entra dentro de esta categoría, pero

¿piensa lo mismo un musulmán del Alto Volta? Los edificios de la isla de Goree, frente a las puertas de Dakar, en Senegal, pueden representar un símbolo de la esclavización de los africanos, puesto que un número significativo de buques negreros zarparon de allí rumbo a América. Pero muchos europeos tal vez preferirían no tener que recordar este hecho.

De ahí que en la lista de criterios se incluyera también la particular significación del monumento para una cultura o una época concreta. Pero en este caso sin duda sería mejor hablar de «significación representativa» y no de «valor extraordinario», como inicialmente se había previsto. Según están las cosas, ahora existe el riesgo de que sólo se incluya en el catálogo lo más grande y espectacular. Según la concepción de la UNESCO, independientemente de la mayor valoración que merezcan los distintos monumentos en el seno de su propia cultura, siempre se debe tener presente que todas las culturas han contribuido en igual medida a delinear el panorama cultural del mundo.

Más sencillo fue establecer los criterios en el caso del patrimonio natural. Aunque también aquí vuelve a hablarse de «muestras extraordinarias», los criterios pueden definirse con mayor precisión y es más fácil llegar a un acuerdo sobre la necesidad de conservar testimonios representativos de las principales etapas de la evolución de la Tierra, por ejemplo, o de preservar los parques naturales como lugar de refugio para las especies animales amenazadas o bien por su inimitable belleza. Así, no hubo dificultades para incluir en el catálogo el Parque Nacional de Yellowstone, en los Estados Unidos; el Parque Natural de Bialowieza, en Polonia; el Parque Nacional de Sagarmatha, en el Nepal, y las islas Galápagos.

Pero también el catálogo de los bienes culturales que deben ser protegidos se incrementó hasta 82 monumentos tras la última sesión del Comité Interestatal para la Protección del Patrimonio Mundial, celebrada en diciembre de 1982. Entre otros, se incluyen las catedrales de Aquisgrán y Chartres, las pirámides de Gizeh, las ruinas de Persépolis, el Meidane Sha de Isfahan, la medina de Túnez, las antiguas fortificaciones europeas de la costa de Ghana, las iglesias excavadas en la roca de Lalibela en Etiopía, pero también la Sala de la Independencia de Filadelfia, donde se aprobó y se firmó la declaración de la independencia norteamericana (1776), así como el texto de la Constitución de los Estados Unidos (1787). Se incluyó igualmente el campo de concentración de Auschwitz, como símbolo pavoroso del desprecio de unos hombres hacia las gentes de otras razas, religiones o concepciones

políticas; un recordatorio para el conjunto de la humanidad de que no debe permitirse que vuelva a repetirse algo parecido.

Una vez recogido un monumento en el catálogo, el país en el que se halla se compromete a brindarle particular protección. Si el país no cuenta con los expertos necesarios, puede solicitarlos a la UNESCO. Para la financiación de estos proyectos, la organización ha creado un fondo especial, el World Heritage Fund, formado con las aportaciones de los países que han ratificado la convención, así como con donaciones voluntarias de instituciones no estatales, como la Fundación Léopold Senghor, por ejemplo, o de personas privadas. En los casos en que los medios nacionales son insuficientes para asegurar la conservación o protección de un monumento, la UNESCO convoca campañas internacionales, de las que ya ha organizado veintisiete.

Pero estas necesidades van más allá del asesoramiento profesional para la elaboración de los estudios necesarios y de un «plan base» de medidas de conservación, o para el estudio de las posibilidades de conservar un núcleo urbano antiguo de manera que sus habitantes puedan seguir trabajando y viviendo en él. También es importante despertar, precisamente a través del interés de la opinión pública mundial, una conciencia nacional que sirva de estímulo para un mayor compromiso por parte de cada país.

Cuando el entonces presidente de Egipto Gamal Nasser emprendió, en 1960, la construcción de la segunda presa de Asuán, destinada a mejorar el abastecimiento de energía eléctrica y también el sistema de irrigación del país, quedó patente que todos los monumentos del Alto Egipto, hasta bien adentrado el territorio del Sudán, quedarían sepultados bajo las aguas del embalse. Y no sólo desaparecerían los restos conocidos de antiguas culturas, sino también otros monumentos sepultados por la arena, que ya no podrían encontrarse ni excavarlos nunca. Esto representaba un desafío para la UNESCO, que puso en marcha una campaña para la salvación de estos bienes culturales.

Se exploró el territorio nubio kilómetro cuadrado a kilómetro cuadrado, en busca de restos enterrados en la arena, y se hicieron dibujos y se tomaron medidas de todo. Pero ¿podía permitirse que desaparecieran bajo las aguas del nuevo embalse los grandes templos construidos en las orillas o en islas del Nilo? Se diseñó un proyecto para trasladarlos lejos del alcance del nuevo nivel de las aguas y, una vez coronado con éxito el traslado del templo de Kalabsha a un terreno más elevado —gracias a la ayuda de la República Federal de Alemania—, se tuvo la certeza de la viabilidad del proyecto. Además de la elevación del famoso templo tallado en la roca de Abu Simbel,

también se trasladaron muchas otras construcciones entre la primera y la segunda cataratas: Dabod, Kertassi, Taffa, Beitel-Wall, Dendur, Dakka, Maharraga, Wadi es-Sebua, Amada, Derr, Ellesiya y Buhan. Las tareas de salvamento se habían completado cuando empezaron a elevarse las aguas detrás de la presa.

Pero seguía estando amenazada la estructura del templo de File, erigido en una pequeña isla aguas arriba de la primera presa. Se trata de un conjunto de edificios cerrados formado por un templo con dos pilonos de entrada en honor de Isis, la gran diosa madre; una capilla en honor de Osiris, su hijo; otra capilla dedicada a Imhotep, el mítico constructor de la pirámide escalonada de Saqqara, reverenciado como sanador y dios de la medicina; un templo de la diosa Hator; y dos pabellones donde reposaban las estatuas de los dioses durante la procesión hasta el templo principal, construidos por el faraón Nektanebo (380-362 a. J. C.) y por el emperador romano Trajano (98-117 d. J. C.). Las construcciones del templo de File siguieron usándose en Egipto hasta bien entrada la era cristiana, cuando eran visitadas por los nubios y beduinos de la zona. Sólo se clausuraron en el año 543 d. J. C. por órdenes de Bizancio.

Las crónicas de los viajeros del siglo XIX todavía dan fe de su belleza y del colorido de sus muros y columnas. Los colores se perdieron hace tiempo. Tras la construcción de la primera presa de Asuán en 1902 y sus dos posteriores ampliaciones, en 1907 y 1932, las aguas cubrieron durante diez meses al año las construcciones situadas apenas cien metros más arriba. Sólo los pilonos y la parte superior del pabellón de Trajano seguían asomando sobre la superficie. Tras la construcción de la segunda presa, las edificaciones quedaron dentro del embalse cerrado por las dos presas, cuyas aguas subían o bajaban hasta tres metros diariamente, según se cerraran o se abrieran las compuertas de la primera presa. Se anticipaba la total destrucción del templo.

El éxito de la campaña nubia alentó las esperanzas e hizo fructificar planes para salvar también esos edificios. Primero se pensó rodearlos de un dique. Pero los muros de contención y las paredes de las presas habrían destruido el panorama de conjunto. En consecuencia, se decidió trasladar las capillas, los pabellones y el templo a Agilkia, una isla situada a unos trescientos metros de distancia, que nunca llegaba a quedar cubierta por las aguas. Ello supuso el traslado de 900 000 toneladas de granito, con el desecamiento de File rodeando la isla de diques, el desmantelamiento de todos los edificios —casi 40 000 bloques de piedra de entre tres y veinticinco toneladas— y su reconstrucción en Agilkia. Quien sólo conozca el templo a

través de fotografías, no podría adivinar que se ha cambiado su emplazamiento. Cuando se atraviesa de noche la presa, el templo de File iluminado se alza resplandeciente como una joya sobre las oscuras aguas del embalse.

El proyecto tuvo un coste de trece millones de dólares, la mitad de los cuales fueron aportados por Egipto. Varios millones de esta aportación egipcia se obtuvieron mediante la exposición de Tutankamon, que recorrió el mundo entero, y la exposición de Eknatón, presentada en la Alemania Federal. Egipto ofreció las dos exposiciones en señal de agradecimiento por la ayuda recibida del mundo entero.

Pero la campaña nubia aún no ha concluido. Todavía está prevista la creación de dos museos, uno de cultura nubia y de documentación sobre la campaña, en Asuán, y el otro en El Cairo, en la isla de Gezira, como testimonio de la grandeza y continuidad de las civilizaciones egipcias.

El gran éxito de esta campaña, en la que colaboraron con gran entusiasmo y mucho dinero numerosos Estados, sirvió de estímulo para emprender otras, que tal vez no hayan despertado tanto interés como la salvación del misterioso mundo egipcio antiguo, tan admirado por nosotros. Así, en febrero de 1983 se clausuró una segunda campaña, de restauración de las construcciones del templo de Borobodur, en las proximidades de Jogjakarta, en Java central.

Construido hacia el año 800 d. J. C., el templo está considerado como el mayor monumento budista y sin duda también uno de los más impresionantes. Se trata de una representación en tres dimensiones de la cosmogonía del budismo mahayana y simboliza la montaña del mundo, hasta cuya cima se asciende a través de nueve terrazas. Al iniciar el ascenso en la terraza inferior, el visitante avanza flanqueado de bajorrelieves que representan el mundo de los deseos, todavía sometidos a las leyes terrenales; la cima del templo —en un símil de la liberación al final del camino de la vida, el nirvana— todavía no se divisa desde allí abajo. En la terraza siguiente se encuentran bajorrelieves con escenas de la vida de Buda y representaciones de sus enseñanzas, que indican al peregrino el camino de la vida y la salvación. En la cima le aguarda una terraza con 72 pequeñas *stupas* de piedra, cada una con una figura de Buda, y una *stupa* campaniforme no decorada, que apunta como un dedo extendido hacia el cielo. Por este simbolismo, se ha dicho que Borobodur es una arquitectura del infinito.

En el año 1006 d. J. C., el templo quedó gravemente dañado por un terremoto y la explosión del cercano volcán Merapi, y dejó de utilizarse como santuario. A principios del siglo XVIII, Thomas Stanford Raffles, entonces

gobernador británico de Java, inició los primeros trabajos de limpieza del monumento y aprovechó también para llevarse algunas partes. Los holandeses efectuaron algunas obras de restauración a principios del siglo XIX. La tarea era tan inmensa, que Indonesia no pudo seguir afrontándola por sí sola tras su independencia, y solicitó ayuda a la UNESCO. En 1973, el director general de la organización hacía un llamamiento a la opinión pública mundial.

A partir de aquí se procedió al desmantelamiento total del templo, cuyas edificaciones habían sufrido corrimientos y cuyas piedras estaban en proceso de descomposición, y se suministraron a un ordenador los datos de cada pieza por separado. Era necesario recurrir a este procedimiento, pues cada sillar estaba cincelado para que encajara con los que lo circundaban y, tratándose de una construcción de tanta envergadura, se corría el riesgo de perder la visión de conjunto. Además, era preciso volver a colocar los sillares por el mismo orden en que se habían retirado, única forma de lograr el apoyo mutuo y una correcta distribución del peso de las piedras que se apoyarían encima. Otros métodos auxiliares «modernos», como sistemas de desagüe en la construcción, la impermeabilización con capas de asfalto contra las crecidas, que depositan sedimentos de sales, así como el empleo de soportes de hormigón, ayudaron a reforzar el conjunto.

Los trabajos han concluido. Con ellos no sólo se ha salvado un monumento para el legado cultural de Indonesia, sino para el mundo entero. Se ha recreado una arquitectura del infinito.

Pero no todas las campañas tienen tanto éxito como las de Nubia o Borobodur. Desgraciadamente, el entusiasmo mundial y —sobre todo en estos momentos de crisis económica mundial— la voluntad de ofrecer los medios materiales necesarios no siempre son tan generosos como en su momento en el caso de Egipto e Indonesia. Este desinterés ha afectado, entre otras, a la campaña para la salvación de Moenjodaro, en Pakistán, que ya dura desde hace más de veinticinco años.

A principios de la década de 1920, un inglés observó en el valle del Indo que el trazado del ferrocarril se estaba marcando con adobes procedentes de dos colinas próximas al río. Supuso acertadamente que allí debía de haber un yacimiento arqueológico y presentó un informe al correspondiente servicio de la administración colonial británica en Nueva Delhi. En 1922 se iniciaron las excavaciones, que con los años revelarían una de las culturas urbanas más antiguas del mundo, de la cual ya se tenían indicios desde finales del siglo XIX a través de los hallazgos de Harappa, un poco más al norte, también en lo que hoy es Pakistán.

Nuevas excavaciones, también en otros puntos de Pakistán y de la India, permitieron situar después el florecimiento de esta cultura del Asia meridional en un período comprendido entre los años 2500 y 1500 a. J.C., sin que pudiera llegarse a establecer la fecha de sus inicios. Ese período coincide con la etapa de mayor florecimiento de la cultura sumeria clásica en Mesopotamia, entre los ríos Eufrates y Tigris, otra cultura urbana del Oriente antiguo. Entre ambas culturas existían contactos tanto por vía terrestre, a través de Persia, como por vía marítima, a través de Bahrein, con su antigua cultura dilmun. Desde 1960, las excavaciones reciben el nombre de Moenjodaro —y no ya Mohenjodaro—, respetando la grafía sindhi de la palabra, que en esta lengua local significa «colina de la muerte».

Hasta el momento, sólo se han excavado algunos barrios de la antigua ciudad construida a las orillas del Indo y no se han hallado construcciones monumentales de grandes bloques de piedra, como las del antiguo Egipto, sino edificaciones de simples adobes. Sin embargo, todo parece indicar que se trata de una ciudad cuidadosamente planificada, hasta el punto de que casi parece estar viéndose la maqueta de una ciudad moderna, con soluciones muy racionales para la convivencia de sus habitantes. Hecho éste que diferencia esta ciudad de las restantes del antiguo Oriente, y por el cual se la considera la predecesora de nuestras ciudades modernas.

A excepción de algunas vías de circulación más anchas, la ciudad está surcada de estrechas callejuelas trazadas en ángulo recto. La mayoría de las casas de dos plantas están separadas de la calle principal por una muralla y poseen patios interiores, sus propios manantiales de agua, baños y un bien diseñado sistema de alcantarillado, que llega hasta las afueras de la ciudad a través de canales que discurren por debajo de las calles. Éstas están pavimentadas de adobes y las recubría una capa de fragmentos de arcilla cocida y tierra apisonada.

Hasta la fecha se han desenterrado unos grandes baños termales, una sala de reuniones con columnas, así como un silo de notable altura, pero ningún santuario ni templo. Aun así se intuye algo sobre las concepciones religiosas de las gentes que habitaban esta ciudad. En efecto, se han hallado figurillas femeninas de terracota, posiblemente asociadas a algún rito de la fertilidad, a semejanza de los que se practicaban en otras culturas orientales de la misma época. De momento, no se sabe demasiado bien qué pensar del busto de un hombre con barba, al que se ha llamado «rey-sacerdote», ni de la figurilla de bronce de una bailarina, que permaneció en Nueva Delhi tras la división del subcontinente indio entre Pakistán y la India. También quedan por descifrar

los sellos rectangulares de cobre y esteatita con representaciones de animales y una escritura jeroglífica; de momento, ni siquiera se sabe para qué se usaban.

El florecimiento de esta cultura y sus ciudades se basó en el cultivo del algodón y en el comercio. No se sabe por qué fueron abandonados estos núcleos urbanos, aunque se adelanta la hipótesis de un cambio climático. Las temperaturas habrían aumentado, con el consiguiente empeoramiento de las condiciones para la agricultura. Por otra parte, el río Indo, cuyo curso sigue accidentado por meandros, sin duda también se desbordaba con frecuencia. Finalmente, se produjo la penetración de los arios desde el noroeste, que conquistaron las ciudades donde floreciera la cultura del Indo.

En Moenjodaro, una de las ciudades más antiguas del mundo que se conocen, se ha conservado el modelo de la predecesora de nuestras ciudades modernas, muy bien estructurada, pero también particularmente bien documentada. Todo el mundo coincide, por tanto, en señalar la importancia de su conservación, no sólo para Pakistán, sino para el mundo en general.

Sin embargo, las excavaciones están en peligro desde los años treinta. En 1932 se construyó un canal de regadío, con lo que el nivel de las aguas subterráneas se elevó de los primitivos siete metros bajo el nivel del suelo a sólo dos metros. Sales minerales infiltraron los adobes, y al no ser lavadas, los descompusieron. Las murallas corrían el riesgo de desmoronarse, convertidas en polvo salino.

Para salvar las murallas de barro es preciso hacer descender de nuevo el nivel de las aguas subterráneas y proteger directamente las construcciones de ladrillo de las filtraciones de agua salobre. Para el primer propósito se ha previsto la excavación de una serie de pozos a lo largo de tres círculos, situados en el interior y el exterior del recinto arqueológico, a través de los cuales se bombearía el agua hasta un canal de desagüe, que luego la transportaría lejos del lugar. Los primeros pozos ya se hallan terminados, al igual que el canal y la estación de bombeo. Cuando estén concluidos todos los pozos, el nivel de las aguas subterráneas descenderá veinte metros.

Para proteger los muros de ladrillo de la filtración del agua mineralizada se han comenzado a elevar todas las paredes unos veinte centímetros por encima del nivel del suelo, intercalando una capa de ladrillos modernos embreados, que no permiten la filtración del agua.

Por otra parte, las ruinas también están amenazadas por el río Indo, que modifica frecuentemente su curso, arrasando o inundando los márgenes. Estas inundaciones llegan a menudo hasta la zona de excavación. La única forma de

evitarlas sería el desvío de un tramo del río, alejándolo de la orilla donde se alza Moenjodaro. Pero estas obras sólo pueden llevarse a cabo de forma coordinada. De lo contrario, los trabajos ya iniciados quedarían arrasados por la siguiente inundación. Y aunque Pakistán ha contribuido directamente a la salvación de la antigua ciudad con una aportación de varios millones de dólares, todavía no se cuenta con todos los medios necesarios.

En vista de ello, la UNESCO dirigió en marzo de 1983 un nuevo llamamiento a sus Estados miembros, en un intento de reunir los fondos que se precisan urgentemente, y se propone organizar exposiciones en el mundo entero para llamar la atención sobre el inminente riesgo de que se pierda este prototipo de nuestras ciudades modernas y solicitar apoyo para el proyecto de rescate.

Pero la UNESCO no sólo se interesa por las ruinas arqueológicas, sino que cada vez está dedicando mayor atención al cuidado y conservación de grandes conjuntos de edificios, de núcleos urbanos enteros. Los gobiernos, sobre todo en Europa, ya tienen una actuación destacada en este campo. Bastará mencionar, por citar sólo dos ejemplos alemanes, la conservación de Rothenburg ob der Tauber o de Bamberg. La UNESCO ha incluido varios de estos núcleos urbanos —como los de la ciudad vieja de Dubrovnik, Kotor o Quito— en el catálogo del patrimonio cultural mundial por su importancia dentro de la historia de la arquitectura.

En este sentido, han merecido particular atención las ciudades islámicas medievales. En 1980, el director general de la UNESCO dirigió un primer llamamiento a los Estados miembros en favor de la salvación de la ciudad de Fez, en Marruecos. El proyecto no se proponía únicamente la conservación del núcleo urbano y sus monumentos arquitectónicos, sino también la preservación de la ciudad para las personas que todavía viven y trabajan en ella. No se trataba de convertir la ciudad en un museo al aire libre para los turistas, sino de que pudiera seguir desarrollándose sin perder su antiguo carácter y ambiente, al mismo tiempo que también se satisfacen las necesidades de los actuales habitantes. Una tarea ciertamente difícil.

La gran cantidad de requisitos que deben cumplirse para lograr tales propósitos queda patente en el proyecto de la UNESCO para el saneamiento de la ciudad vieja de El Cairo. El núcleo antiguo de esta capital se incorporó en 1979 al catálogo, con el compromiso de protegerlo de la ruina. Se podría haber procedido como ya se hiciera con otros núcleos urbanos antiguos, y transformar esa parte de la ciudad en una zona para turistas, con restaurantes, *boutiques* y museos, abandonando el resto a la ruina o dejando la vía libre a

una moderna reconstrucción y aprovechamiento. Pero el núcleo antiguo de El Cairo todavía palpita de vida, aunque con una considerable fluctuación demográfica.

En efecto, el número de habitantes disminuye continuamente. El mal estado de las casas, que amenazan ruina, no poseen instalaciones sanitarias ni agua corriente y se levantan junto a calles con canalización y alcantarillado insuficientes, impulsa a muchas gentes a trasladarse a los nuevos barrios de las afueras. Los que se quedan pertenecen a las capas más pobres de la población cairota, pero aun así deben pagar alquileres relativamente elevados.

Las malas condiciones de las viviendas y su excesivo coste responden en parte a un intento deliberado de provocar el éxodo de los arrendatarios, a fin de dar cabida a un mayor número de pequeñas industrias. Antaño éste era un barrio de artesanos, lleno de pequeños talleres y tiendas, en el cual todas las fases del proceso de producción se desarrollaban a escasa distancia unas de otras. En el caso de la industria del cuero, por ejemplo, el curtido, teñido, estampado, decorado y cosido, así como la comercialización, tenían lugar en la misma zona.

Pero la artesanía se va mecanizando progresivamente, en parte también por culpa del turismo, con su demanda de productos artesanales. En efecto, las exigencias estéticas y de calidad de los turistas no son muy altas, y se contentan con productos de fabricación parcial o totalmente mecánica. La instalación de maquinaria requiere mayor espacio de planta baja y, por otra parte, sólo emplea trabajadores no cualificados, que aceptan un salario más bajo que los artesanos. Estos últimos comienzan a sobrar, mientras que a diario llegan a la ciudad casi 100 000 peones en paro.

Pero esta transformación de la estructura económica, forzada con métodos muy radicales, no sólo se traduce en un cambio en la población de la Zona, sino que también modifica el panorama arquitectónico de esa parte de la ciudad. Como ya señalábamos, para instalar la maquinaria se requieren espacios más amplios a nivel de la calle. En consecuencia, se derriban las casas en ruinas a fin de levantar nuevos edificios, la mayoría sin autorización. Se ensanchan las calles para dar cabida al tráfico de vehículos pesados de transporte de mercancías, pero las obras realizadas, poco sólidas, también dan lugar a un creciente deterioro.

Numerosos equipos de expertos, como el enviado por la UNESCO en febrero de 1980, visitaron El Cairo, pero la mera preparación de los informes ya planteó dificultades casi insuperables, que aún se incrementarían a la hora de elaborar las medidas más urgentes. Aunque los problemas económicos y

sociales del núcleo antiguo eran bien conocidos, la mayoría de las recomendaciones propuestas se centraban en las medidas de carácter meramente técnico, también de más sencilla aplicación.

De los 620 monumentos protegidos de El Cairo, 450 se hallan situados en el núcleo antiguo y corren peligro de inminente ruina, al igual que otros edificios. Antes los edificios se reparaban cada año. El revestimiento de arcilla de los tejados planos se renovaba continuamente, para impedir la filtración de la lluvia en las paredes de adobe y en las vigas de madera que servían de soporte al tejado, donde se acumularía el agua, evaporándose sólo muy lentamente y provocando la gradual descomposición de los materiales. Ésta ha provocado ya el desprendimiento de los revestimientos de mármol y mosaico de las mezquitas y viviendas de época mameluca y otomana. Actualmente, las tareas de conservación de las construcciones son consideradas demasiado onerosas por muchos de sus habitantes, o los propietarios de las casas dejan de efectuarlas deliberadamente para provocar el deterioro de la vivienda; una actuación que también hemos visto en Alemania, en el barrio de Kreuzberg de Berlín, exactamente con la misma finalidad. Otras veces las reformas no se realizan con el material tradicional, sino que se recurre al cemento. Pero éste no fragua sobre los ladrillos o el revestimiento tradicional de cal o yeso; no se adapta a la «textura» de los muros, y forma una capa rígida que se desprende o bien destruye las paredes. Al mismo tiempo, los materiales alcalinos del cemento tienen una reacción muy negativa ante la acumulación de sales transportadas por el agua en las paredes. En cambio las sales, hasta determinada concentración, refuerzan el mortero tradicional.

Otro problema del núcleo antiguo de El Cairo son las alcantarillas. Las deficientes conducciones siempre producen desbordamientos después de las lluvias, sobre todo en la parte oeste del barrio, más baja. A veces las inundaciones llegan a afectar la mitad de la ciudad vieja. La capa de arcilla que se extiende hasta una profundidad de entre uno y cuatro metros bajo el nivel del suelo ya está saturada por el agua de los desagües y de las lluvias, así como por lo que se filtra de las defectuosas conducciones de agua corriente. El agua que no se llega a absorber inunda a menudo las calles, a lo cual se suma la subida del nivel de las aguas subterráneas en los últimos años. Su presión ascendente, sumada a la infiltración del agua que impregna la capa de arcilla, ya ha dado lugar a filtraciones que alcanzan hasta dos metros sobre el nivel del suelo en las paredes de los edificios. Esta agua reacciona en

contacto con el oxígeno del aire, formando sales que destruyen el material de construcción.

En estas circunstancias, se redactó una lista de medidas técnicas urgentes que convenía aplicar en seis zonas seleccionadas del núcleo antiguo de El Cairo. El proyecto tenía en cuenta a los habitantes del barrio, planteándose «como objetivo adecuado» y necesario «la preservación de una vida ciudadana próspera y satisfactoria, con la mejora y renovación de la infraestructura social del distrito». No se especifica con mayor detalle la forma de lograrlo, aparte recomendar la realización de estudios sociológicos que permitan «una amplia y total comprensión de las circunstancias, los problemas y las aspiraciones de los sectores de población que habitan el barrio».

¡Más bien poca cosa y no demasiado alentadora!

Desde luego, un plan general de este tipo, que también tenga en cuenta los intereses y necesidades económicos, sociales y culturales de los habitantes de la zona, resulta de muy difícil elaboración, cuesta muchísimo dinero y requiere que la población se sienta estimulada. Pero no es imposible llevarlo a cabo, como demuestra otro proyecto, patrocinado no por la UNESCO sino por la República Federal de Alemania y que concluirá en 1986, pero que podría servir de modelo para otros proyectos de la UNESCO, como la salvación del núcleo antiguo de El Cairo. Se trata del plan de saneamiento de Bhaktapur, en Nepal.

Bhaktapur es una de las tres antiguas ciudades del valle de Katmandú que han conservado su «carácter» medieval hasta nuestros tiempos. Hasta 1951, Nepal permaneció prácticamente cerrado a los extranjeros, pero el llamado desarrollo moderno ya ha comenzado a inundar el país. Han empezado a construirse instalaciones industriales, carreteras, hoteles y aeropuertos, y se ha instalado una red de suministro eléctrico, todo lo cual modifica la «imagen primitiva» que precisamente buscan los cada vez más numerosos turistas. Nadie puede negar en serio la necesidad de este «desarrollo», ni pretender que los habitantes no dispongan de un mejor suministro de agua y energía, de una renta más alta y asegurada. Nadie puede pretender tampoco recluir a los habitantes de este país en una especie de «zoológico humano», por el deseo de conservar un «mundo medieval» hasta ahora aparentemente intacto. Pero aun así cabe preguntarse si el desarrollo moderno no podría seguir otro curso, teniendo presentes los numerosos ejemplos negativos observados en todas partes del mundo.

El gobierno de Nepal comprendió muy pronto los riesgos de un proceso de desarrollo de este tipo. Ya en 1961, cinco años después de la apertura del país al exterior, se promulgó una ley de protección de los monumentos antiguos, seguida en breve plazo de la aplicación de medidas concretas. Sin embargo, en 1972, el gobierno presentaba una queja ante la Conferencia sobre el Medio Ambiente de las Naciones Unidas, celebrada en Estocolmo, en los siguientes términos:

«La urbanización está provocando la destrucción de impresionantes muestras de la arquitectura tradicional, particularmente en Katmandú. En zonas de tradicional importancia religiosa y gran belleza natural, se levantan construcciones que no armonizan con la tradición ni con el paisaje y que destruyen el peculiar atractivo de esos lugares. Algunos intentos de preservar y restaurar monumentos nacionales han fracasado a pesar de sus buenas intenciones».

Un ejemplo preocupante de estas edificaciones modernas es una fábrica de cemento que se levanta a la entrada del desfiladero de Chobar, muy cerca de un antiguo templo. Pero también está cargada de consecuencias la emigración a las ciudades y sus zonas periféricas. Por otra parte, como la madera es la principal fuente de energía para cocinar y calentarse, se talan los bosques y las raíces de los árboles dejan de fijar el suelo. Al mismo tiempo, se va abandonando progresivamente el cultivo del arroz en terrazas horizontales en favor de cultivos inclinados en las laderas de las montañas, donde se siembran cereales de cultivo más sencillo, como el maíz y el mijo. Ambos factores contribuyen a la erosión del mantillo de las laderas o al desmoronamiento de las mismas por efecto de las lluvias monzónicas. En todo el valle de Katmandú existe el peligro de corrimientos de tierra, los cuales también afectarían a los templos. Una amenaza que se ve agravada por los terremotos que asolan regularmente la zona.

Ante la imposibilidad de afrontar estos problemas por sí solo, Nepal — uno de los 25 países más pobres de la Tierra— solicitó en 1975 el envío de expertos de la UNESCO y el UNDP (Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas) para la elaboración de un plan básico de salvamento del patrimonio cultural del valle de Katmandú.

Antes de este llamamiento, la República Federal de Alemania ya había iniciado en Bhaktapur las tareas de conservación del Pujahari Math, un centro de peregrinaje con numerosas tallas de madera de los siglos XVI-XVIII. Con motivo de la boda del entonces príncipe heredero y actual monarca, el

gobierno federal alemán ofreció 100 000 marcos para la restauración de este edificio, cuyos trabajos se realizaron en 1971-1972.

El valle de Katmandú, donde está situada Bhaktapur, se alza a 1350 metros sobre el nivel del mar, tiene una anchura de 19 kilómetros de norte a sur, y una longitud de 23-25 kilómetros de oeste a este. Gracias a su clima subtropical y a un abundante suministro de agua, el valle es muy fértil y solía dedicarse, fundamentalmente, al cultivo del arroz.

Se desconocen los orígenes de la historia del valle. Los newar que actualmente lo habitan pertenecen al grupo de pueblos tibetobirmanos, pero recibieron una fuerte influencia india. El nacimiento de Buda al sur de la cordillera, en el siglo VI a. J. C., ha vinculado a Nepal numerosas leyendas budistas antiguas. Así, se dice que el valle de Katmandú era un gran lago, desecado por una de las manifestaciones de Buda. También se dice que Asoka, el gran monarca indio del siglo III a. J. C., visitó el valle de Katmandú, con motivo de un viaje al lugar del nacimiento de Buda, y estableció allí varios santuarios, de los que sin embargo no se han encontrado testimonios. Los primeros datos fidedignos de que se dispone datan sólo del siglo IV d. J. C.

Las distintas dinastías nepalíes mantuvieron relaciones tanto con la India como con el Tíbet, con la consiguiente fusión en Nepal de las tradiciones culturales y estilos artísticos de ambos países. El budismo y el hinduismo subsistieron paralelamente en Nepal y constituyen el particular atractivo de este país. Incluso se llegó a cierta fusión de ambas religiones —o de determinadas formas específicas de las mismas— en el tantrismo, cuya doctrina se basa en la noción de que el creyente puede utilizar el poder de los dioses para sus propios fines, con la ayuda de determinadas prácticas. Esta variante, al igual que el vajrayana, fuertemente marcado por el budismo, todavía se mantiene viva en Nepal. Hindúes y budistas participan en las festividades de la otra religión y visitan sus templos, pues en ellos también encuentran las imágenes de sus propios dioses. Para el budismo, Nepal representó un lugar de supervivencia y desarrollo tras la conquista del norte de la India por los musulmanes en el siglo XIII y la amplia represión a que fue sometido allí el budismo. Y otro tanto puede decirse de muchas otras manifestaciones culturales indias.

La mayor parte de los habitantes de Bhaktapur son hindúes. Fundada posiblemente en el siglo XIII, como resultado de la fusión de varios pueblos próximos a la ruta comercial del Tíbet, la ciudad debía su riqueza al comercio con este país y a una fértil agricultura. Hasta la segunda mitad del siglo XVIII

fue la capital de los tres reinos del valle de Katmandu, pero a partir de entonces fue decayendo su importancia. En 1934 sufrió los estragos de un fuerte terremoto. Con la clausura definitiva de la frontera tibetana en 1959, desapareció totalmente el poco tráfico comercial, sobre todo de pimienta roja, que todavía subsistía. Katmandú —sólo a media hora de distancia en coche—, con su atractivo de capital moderna, relegó a Bhaktapur a la periferia de las corrientes del desarrollo. Sus comerciantes habían ido perdiendo preponderancia en favor de los agricultores, que cultivan arroz, trigo, jengibre y guindilla; los artesanos luchaban con dificultad contra la invasión de productos importados de la India. Bhaktapur era una ciudad en decadencia.

En estas circunstancias, los alemanes restauraron el antiguo centro de peregrinaje. Ante el éxito de la empresa y el afecto que se desarrolló hacia el lugar, y visto que se disponía de dinero para utilizarlo en Nepal, en 1974 se decidió iniciar, por encargo del gobierno nepalí, un proyecto de desarrollo integrado de la ciudad. Éste se inició con medidas técnicas, como el asfaltado de las calles, la nueva puesta en servicio de la antigua red de suministro de agua y de las cisternas, la construcción de canales de regadío y de desagüe y de instalaciones higiénicas, la mejora del alcantarillado, y también la elaboración de un plan de desarrollo urbano.

Al principio, las relaciones con la población eran buenas. Pero al irse ampliando el proyecto, empezó a descuidarse este aspecto por falta de tiempo, y en muchos habitantes de Bhaktapur hizo presa el desinterés o incluso hostilidad hacia las obras. Ello obligó a introducir un cambio en la orientación del proyecto y a reconocer que los procesos técnicos también tienen componentes sociales y culturales, y que es necesario involucrar a las personas afectadas en su realización.

Hasta 1970 se restauraron sobre todo edificios históricos y templos, si bien se intentaba hacer comprender a la población que vivía en una ciudad que era una joya y cuya atmósfera era preciso preservar. Pero las gentes habitaban casas deficientes, de apariencia romántica, con sus paredes de ladrillo y sus puertas, ventanas y balcones de madera profusamente decorada, pero sin luz ni calefacción. Las ventanas no tenían cristales; las viviendas no estaban protegidas contra la humedad y carecían de instalaciones sanitarias. La población goza de una relativa holgura económica, pero la mortalidad infantil alcanzaba el 50 % entre los menores de cinco años. Aunque un 60 % de los niños estaban escolarizados, una proporción muy elevada abandonaban los estudios antes de completarlos. Menos del 25 % de la población adulta sabe leer y escribir de verdad.

¿De qué les servían los antiguos edificios a los nepalíes? Ellos no son turistas. Lo que les interesa es vivir confortablemente en una casa moderna de cemento, con un tejado de chapa ondulada que no deje pasar la lluvia, como ocurre con las antiguas cubiertas de tejas, y que además permita secar frutos y tubérculos. ¿Por qué iban a permitir que unos extranjeros les vedaran la construcción de esas casas, sólo porque no encajaban en la panorámica de la ciudad? ¿Y qué sentido tenía gastar tanto dinero en los templos? También se puede honrar a los dioses en templos en ruinas; la forma es lo de menos, lo importante es el hecho.

Hasta 1200 habitantes de Bhaktapur llegaron a estar empleados en muchos momentos en el proyecto alemán. Pero ¿qué sería de ellos cuando concluyeran los trabajos? En parte habían sido reclutados en el campo, transformándolos en asalariados, aunque fue preciso adaptarse al ciclo de la agricultura, respetando los momentos de la siembra y la cosecha.

Todos estos hechos apuntaban hacia la necesidad de revisar el proyecto. Ante todo, se plantearon medidas encaminadas a lograr una mejora económica. Pero la cosa no acabó aquí. Fueron intensificándose las críticas — sobre todo a cargo de los propios expertos alemanes empleados en el proyecto — en el sentido de que éste se estaba llevando adelante sin un conocimiento exacto de las necesidades y deseos de la población; sin su participación, en suma. Y estas necesidades comprenden, para empezar, mejores ingresos, mejor educación, mejor asistencia sanitaria y mayor intervención en las decisiones.

La reacción de los responsables alemanes fue positiva y se sometieron a revisión los objetivos del proyecto durante una fase de transición que se extendió de 1979 a 1980 y en el curso de la cual se discutieron las nuevas propuestas con las personas afectadas. En su tercera fase, el proyecto había dejado de ser una actuación predominantemente técnica y dirigida desde Alemania, para transformarse en una empresa en cuyas decisiones participaba la población de Bhaktapur con sus propias ideas o incluso con propuestas concretas, para cuya realización solicitaba la ayuda técnica o financiera de los alemanes. El proyecto adquirió así un marcado componente humano. Un cambio de considerable envergadura tratándose de un proyecto tan amplio, cuya introducción constituye también un mérito por parte de la máxima organización responsable alemana, la Gesellschaft für Technische Zusammenarbeit (Sociedad de Cooperación Técnica), cuyos métodos de aplicación de los planes de desarrollo no siempre merecen la aprobación del Ministerio de Cooperación Económica, del cual dependen.

En adelante, el objetivo del proyecto ya no sería únicamente la restauración de los edificios —aunque éste siguió siendo el aspecto más conocido del mismo—, ni tampoco la mera construcción de instalaciones sanitarias y el saneamiento de los depósitos de agua, sino también la ayuda a los habitantes de Bhaktapur en otros ámbitos, con el propósito de permitirles mejorar sus condiciones de vida, de manera que puedan seguir adelante sin ayuda cuando los extranjeros, con su abundante dinero, hayan abandonado el país. En la base de todo ello está cada vez más la noción de la necesidad de favorecer la creación de centros regionales en las ciudades de tamaño medio situadas en un entorno agrícola, a fin de limitar hasta cierto punto el efecto de atracción de las grandes ciudades y centros administrativos.

Este nuevo planteamiento se traduce, por ejemplo, en la construcción de una pequeña industria vinculada a la agricultura, como la fabricación de papel y la industria textil, la carpintería o la manufactura del cuero, sin descuidar el perfeccionamiento de las técnicas artesanas tradicionales. Así, por ejemplo, se discutió con los alfareros el aprovechamiento óptimo de los hornos de leña y se elaboraron nuevas técnicas de cocción, capaces de garantizar la duración del producto. El desarrollo de las técnicas tradicionales en el campo de las instalaciones sanitarias, hasta crear una técnica adecuada a la situación actual, ha tenido gran importancia. Nepal se sitúa entre los primeros países con una tecnología adaptada. Pero todas estas medidas requieren otros esfuerzos adicionales, como mejoras en el sistema sanitario y educativo, por citar sólo las más importantes planificadas para la fase final del proyecto (1983-1986).

Aun así, es preciso prescindir de determinados aspectos que desbordan la capacidad del personal empleado en el proyecto. En este sentido, se ha prestado escasa atención a la agricultura, toda vez que algunos de los campesinos de Bhaktapur se cuentan entre los más avanzados y acomodados de toda Asia meridional. Pero a pesar de estas deficiencias, el proyecto parece ir por buen camino y así lo demuestra también el hecho de que las personas que colaboran en él tengan bien claro que no representa, ni puede representar, un éxito absoluto.

En efecto, es inevitable que un proyecto de esta envergadura tope periódicamente con dificultades. Un colaborador escribe al respecto: «Los proyectos que se van a desarrollar en zonas donde conviven distintas culturas, como es el caso del Bhaktapur Development Project, deben topar forzosamente con dificultades, dada la diversidad de prioridades y perspectivas, así como los distintos antecedentes históricos y necesidades de los habitantes de la zona y de los beneficiarios de la ayuda. La diversidad de

culturas, educación, profesiones, religión, nivel económico y lengua crea un terreno de cultivo particularmente fértil para la aparición de malentendidos».

En cualquier caso, se intentó preservar el carácter de ciudad «medieval» de Bhaktapur, sin que esto se convirtiera en una carga para sus habitantes. Y lo que ha sido factible en Bhaktapur, también debería aplicarse a las restantes ciudades y pueblos del valle de Katmandú. En su llamamiento de 1979 en favor de la preservación de dicho valle, el director general de la UNESCO señala que se plantea el problema de «cómo conservar el delicado equilibrio entre el paisaje y la obra de arte, al mismo tiempo que se permite que la población lleve adelante un desarrollo económico imprescindible para su bienestar».

Uno de los objetivos debería ser la defensa del ambiente espiritual del valle. Un objetivo que va mucho más allá de la mera protección de los monumentos, puesto que también implica a las gentes que lo habitan. Sin embargo, la UNESCO dedica un interés prioritario a los monumentos. En este sentido, en 1979 elaboró una lista de veintinueve proyectos que abarcan más de cien edificios, todos los cuales requieren una intervención inmediata.

Entre ellos figura el más importante centro de peregrinaje budista, la *stupa* de Svayambhunath, en las proximidades de Katmandú, sobre cuya cúpula semiesférica de ladrillo revocado se alza una estructura protectora de trece pisos de altura. En la base de la *stupa* se ven unos grandes ojos pintados que miran a los peregrinos, símbolo de que Buda todo lo ve.

El catálogo comprende muchos templos en forma de pagoda, tan característicos de Nepal, con sus tejados de madera superpuestos que descansan sobre muros de ladrillo. Ya se encuentra noticia de ellos en un informe de un viajero chino del siglo VII d. J. C. No están basados en modelos chinos, sino que son producto de una evolución nepalesa autóctona.

Todo el proyecto se centró fundamentalmente en la conservación de los edificios públicos y santuarios históricos, con menor atención a las viviendas privadas. Sin embargo, ante la necesidad de abarcar también los componentes económicos, sociales y culturales, el proyecto desbordó ese marco limitado. Teniendo en cuenta los éxitos logrados en Bhaktapur, y visto que los objetivos de la UNESCO también son más amplios, su presente planteamiento parece representar, de hecho, un retroceso.

Que la UNESCO tiene muy presentes estos problemas y también está desarrollando métodos para resolverlos, queda patente en la campaña de rescate de las ciudades «medievales» de Mauritania. Durante la Edad Media europea se desarrolló un activo tráfico comercial entre el mar Mediterráneo y

el interior del África occidental, centrado sobre todo en el intercambio de sal y cobre del norte por oro del sur. A lo largo de las principales rutas de caravanas que cruzaban el Sahara se levantaron ciudades, que alcanzaron gran prosperidad gracias a ese comercio. Las rutas occidentales atravesaban el actual territorio de Mauritania rumbo al Senegal y el alto Níger. En las orillas de estos dos ríos se levantaron las ciudades de Ouadane, Chinguitti, Tichitt y Qualata. Su situación y su prosperidad atrajeron a numerosos sabios y artistas islámicos, y llegaron a convertirse en centros culturales. En ellas se desarrollaron importantes escuelas islámicas, cuya influencia se extendía hasta la región del Golfo. Los habitantes de los oasis mauritanos poseen todavía numerosos manuscritos árabes antiguos, testimonio del florecimiento de la vida intelectual en esta zona y sumamente apreciados en la totalidad del mundo árabe, donde se cotizan a muy alto precio.

Aquellas ciudades empezaron a perder importancia con la colonización francesa. El comercio dejó de servirse de las caravanas que recorrían las antiguas rutas del desierto. Surgieron nuevos centros políticos y económicos, y los antiguos quedaron marginados del posterior desarrollo. La población emigró, y el desierto volvió a invadir los campos, e incluso las ciudades, ante la impotencia de los pocos habitantes que aún quedaban.

Mientras en el norte del continente africano el propósito es conservar la esencia arquitectónica y también la función de centro urbano de los núcleos antiguos de las ciudades de Fez, Argel, Túnez y El Cairo, también se quieren rescatar íntegramente esas ciudades del interior de África, que fueron la cuna de tantas destacadas creaciones religiosas, literarias y científicas del islam. A semejanza de lo que ocurre con los centros urbanos de las ciudades norteafricanas, no se trata únicamente de restaurar y conservar los edificios, sino también de devolver la vida a las ciudades, y no precisamente pensando sólo en los turistas. Por ello, la campaña propuesta por la UNESCO incluye también proyectos encaminados a asegurar el suministro de agua y electricidad, el fomento de la agricultura y la ganadería, la construcción de un mercado y la creación de servicios de transporte. Sin descuidar la construcción de museos, bibliotecas y archivos, así como todas las medidas necesarias para la restauración, entre ellas la contención del avance de las arenas del desierto.

El coste del proyecto se cifra en diez millones de dólares. Mauritania figura entre los veinticinco países más pobres del mundo y debe dedicar sus propios recursos a urgentes tareas de desarrollo. En consecuencia, su aportación directa a la campaña sólo puede ser de un millón de dólares. Dicha

campana, lanzada por la UNESCO en febrero de 1981, se convierte así en una prueba de la buena voluntad y posibilidades económicas internacionales, a la hora de ayudar a otras culturas y sus gentes, en casos menos espectaculares que los del antiguo Egipto y de Borobodur.

Pero muchas veces las causas de que estas campanas no logren resultados totalmente satisfactorios no son sólo económicas, sino también políticas. Uno de los mejores ejemplos de este hecho es la reconstrucción y restauración de la antigua ciudad de Hué, en Vietnam. Sus construcciones y sepulcros datan del siglo XVIII y, en su mayor parte, del XIX, cuando Hué era la capital del Imperio vietnamita. Los arquitectos de ese país lograron incorporar armónicamente la arquitectura al paisaje. Pero un gran incendio (1947) y, sobre todo, los estragos de treinta años de guerra han destruido grandes zonas de la ciudad o las han dejado tan dañadas que las anuales lluvias monzónicas, a menudo acompañadas de tifones, perjudican las construcciones en medida mucho mayor que antes. El viento y la lluvia corroen los bajorrelieves y ornamentos de los templos y sepulcros, los colores se desconchan, las piezas de madera se descomponen y las vastas extensiones de jardines y terrazas ajardinadas se llenan de desordenada vegetación.

Las primeras actuaciones más urgentes de reconstrucción y restauración de quince monumentos y dos sepulturas requieren la suma de cuatro millones de dólares. Pero es sumamente improbable que llegue a reunirse esta cantidad mediante el apoyo internacional. A excepción de los países socialistas, India, Suecia, Dinamarca y Francia, las demás naciones se niegan a prestar ayuda alguna a Vietnam; incluso se le niegan los recursos necesarios para la reconstrucción del país, según los términos previstos en los Acuerdos de París de 1973. Vietnam sigue sufriendo gravemente las consecuencias de una guerra brutal, en cuyo transcurso se pretendió «bombardear el país hasta devolverlo a la Edad de la Piedra», y sólo puede dedicar una pequeña parte de sus propios recursos a la conservación de su patrimonio cultural.

En estas circunstancias, la campana de la UNESCO en favor de Hué se limitó hasta 1983 a la realización de un estudio técnico, la organización de una exposición fotográfica y el suministro de planchas onduladas para proteger algunos edificios de las inclemencias del tiempo. Unos comienzos escasamente prometedores para una empresa de tanta envergadura.

Otro caso que plantea parecidas dificultades políticas es el de Angkor Vat, en Kampuchea, antes Camboya. La ayuda internacional para este templo único en el mundo no puede canalizarse, dado que el gobierno, dependiente de Vietnam, sólo es reconocido por diez Estados, entre ellos Etiopía y la

India, además de los países del Pacto de Varsovia. Mientras tanto, los templos se desmoronan y la selva tropical vuelve a crecer sobre ellos, como ha venido ocurriendo desde hace siglos. A lo cual se suma el hecho de que algunas estatuas, o sólo sus cabezas, y también fragmentos de los murales, llegan a los mercados de arte de Ginebra, Zurich, París y Nueva York, y pasan a formar parte de colecciones públicas o privadas.

En una fértil llanura del centro de Kampuchea, de casi 200 kilómetros cuadrados de extensión, se han levantado desde el siglo IX d. J.C. las ciudades, palacios y templos construidos por los reyes del pueblo jmer. La prosperidad que hizo posible estas realizaciones se basó en un sistema de irrigación cuidadosamente diseñado y bien construido, que permitía obtener cuatro cosechas al año. Los santuarios tienen forma de colinas, una de las cuales se consideraba la morada central de los dioses y el ombligo del Imperio. Estos templos eran cosmologías traducidas a términos arquitectónicos. Su representante terrenal era el rey, con lo que también representaban, según palabras de Han Suyin, la «manifestación en piedra del poder divino de los reyes de Angkor».

Una infinita profusión de estatuas, cabezas, relieves y ornamentos de estilo jmer decoraban las construcciones. El centro de todos estos santuarios de colinas es el de Angkor, con el gigantesco templo de Angkor Vat, que data del siglo XII, y el templo-colina de Bayon, en el distrito de Angkor Thom, gravemente devastado y en ruinas, con sus descomunales cabezas de piedra en el sillar frontal de arenisca. Pero hay muchísimos templos más que se extienden hasta el norte de Kampuchea. A los ya conocidos deben sumarse tantos otros que todavía permanecen sepultados bajo colinas de tierra y cuya existencia sólo se intuye a través de las fotografías aéreas tomadas por los arqueólogos franceses.

Aunque desde el siglo XVI ya se tenía noticia en Europa de las construcciones de los reyes jmeres, no comenzaron a explorarse hasta la segunda mitad del siglo XIX. Durante la dominación colonial francesa se creó la École Française d'Extrême Orient, cuya principal tarea era el estudio del arte jmer. Pero a medida que éste fue conociéndose mejor, se inició también el saqueo de los edificios. Diríase que una de las obligaciones de las autoridades coloniales era precisamente la recolección de estatuas o fragmentos de bajorrelieves para llevarlos a Francia. Lo cual al final también contribuyó a enriquecer las colecciones del Musée Guimet de París, cuando los «primeros propietarios» aceptaron desprenderse de sus tesoros.

El más famoso de estos saqueadores fue André Malraux, que más tarde sería ministro de Cultura de Charles de Gaulle, y que tanto trabajó como político en favor de la comprensión de las culturas extranjeras. Su esposa describe sus métodos en sus memorias. Las dificultades económicas impulsaron a la joven pareja a forjar el plan de viajar a Angkor, separar algunos bajorrelieves de las paredes del templo y venderlos en los Estados Unidos. Previamente consiguieron una recomendación de los colaboradores del Musée Guimet, que los acreditaba como expertos en bellas artes ante la administración colonial francesa. Los Malraux separaron siete bajorrelieves, con representaciones de princesas, de uno de los templos más antiguos de Angkor, el de Banteay Srei, del siglo IX d. J. C., pero a su regreso a Pnom Penh fueron arrestados y acusados de apropiación ilícita de bienes del patrimonio cultural. André Malraux fue condenado a tres años de cárcel.

Claire Malraux inició entonces una campaña en Francia, que recibió el apoyo de numerosos escritores, artistas y otros intelectuales. Su propósito era demostrar a las autoridades coloniales francesas, y sobre todo al juez de Pnom Penh, que no se trataba en absoluto de obtener un beneficio material con la venta de las obras de arte, sino de salvarlas para Francia.

Sólo muy nobles motivos habían impulsado a Malraux al saqueo artístico de Angkor, escribía irónicamente un semanario de Saigón, que mantenía una postura crítica frente al gobierno colonial.

«*Monsieur* Malraux, que ya aprendió en la escuela que las colonias fueron creadas por el buen Dios para que los franceses puedan explotarlas; *monsieur* Malraux, que había oído hablar del señor X, que ganó millones en Indochina, o del señor Z, el ex gobernador, que decoró sus villas de la Costa Azul con los magníficos jarrones de porcelana y las fuentes de marfil de su residencia de verano, ese tal *monsieur* Malraux se dijo simplemente: “Para decorar nuestras casas podemos apropiarnos de las hermosas esculturas del templo de granito de Banteay Srei, en Indochina, que de todos modos están abandonadas a los monos y a los permanentes estragos devoradores del tiempo, sin despertar aún el interés de ningún turista; nos las llevaremos a casa, donde las amaremos, las reverenciaremos y podremos experimentar permanentemente la tensión interior que impregna estas piedras aún supervivientes pese a la ignorancia en que han permanecido, obra del genio de un puñado de distantes hermanos...”. Ciertamente, ¿es un gesto mucho más hermoso que el robo brutal de una araña de cristal de la sede del gobierno o que la inescrupulosa retirada de antiguos azulejos de los tiempos hispanoárabes del palacio de invierno de Argel, para sustituirlos luego por malas imitaciones?».

En una segunda vista del proceso, André Malraux fue sentenciado a un año de prisión bajo caución. Tras una breve estancia en Francia, regresó nuevamente a Indochina, para colaborar en un periódico de la oposición que defendía los derechos de los asiáticos, aunque no por ello modificó la valoración de sus anteriores acciones.

El pillaje de obras de arte de los principales templos de Angkor logró frenarse, más que con prohibiciones legales, a través de la eficaz labor de conservación realizada por los franceses y gracias a la difusión de las descripciones de los distintos templos, estatuas y bajorrelieves, que así llegaron al conocimiento público general. De este modo se dificultaba la desaparición de partes de los edificios en manos privadas o su incorporación a colecciones públicas. Nadie quiere conservar eternamente sus tesoros en un almacén a prueba de robos, sin poder exhibir lo que tiene. Al mismo tiempo, los objetos perdieron también su valor como inversión, pues el comprador no podía subastarlos. En cambio, los demás templos, que no fueron objeto de la atención y cuidados prodigados a las construcciones centrales de Angkor, continuaron siendo víctimas del pillaje.

Los enfrentamientos políticos y militares que surgieron en la zona tras la independencia de Camboya del dominio colonial francés, en 1953, crearon un nuevo peligro para la conservación de estas obras de arte. Los monumentos culturales permanecieron aún mayoritariamente a salvo de los enfrentamientos bélicos hasta el derrocamiento del gobierno de N. Sihanuk, en 1970, por el gobierno de Lon Nol, con el apoyo de los Estados Unidos. Pero los arqueólogos franceses tuvieron que salir de Angkor en 1972, interrumpiendo los trabajos de conservación.

Estas tareas comprendían, entre otras cosas, la protección de la arenisca —con la que están contruidos los edificios— de la descomposición a través de la disolución de los cristales incrustados en la piedra y la posterior formación de sulfuros oxidantes. Ello obligó a desmontar paredes y relieves enteros, para tratar las piedras y luego volver a reconstruirlos. Al mismo tiempo, se reforzaban los cimientos, formados por zócalos de laterita sobre una base de fina arena. Con el paso de los siglos, las lluvias monzónicas habían arrastrado parte de la arena, provocando el hundimiento y agrietamiento de los edificios. Para detectar inmediatamente cualquier alteración y poder intervenir en seguida, los arqueólogos franceses medían de continuo todas las construcciones de Angkor.

Tras la caída del gobierno de Lon Nol, el 17 de abril de 1975, se implantó el régimen de terror de los jmeres rojos, que dispersó a la población de las

ciudades, rechazó toda industrialización y suprimió el sistema educativo y sanitario, para concentrarse exclusivamente en la agricultura. Tres de los siete millones de habitantes que tenía el país, entre ellos alrededor del 90 % de los intelectuales, sufrieron una muerte violenta. Un terror indescriptible asoló el país, lo cual obviamente obligó a canalizar todo el interés, cualquier intervención y toda posible ayuda para mejorar la situación de los habitantes del país. Sólo tras la entrada de las tropas vietnamitas en enero de 1979, empezó a despejarse un poco la situación, y las acciones de socorro pudieron beneficiar también a las gentes del país, y no sólo a las personas refugiadas en Tailandia. Entonces resurgió la preocupación por el posible destino de los monumentos artísticos.

Los daños causados directamente por la guerra no eran muy graves. Los edificios habían sufrido bastante y se había disparado deliberadamente contra los bajorrelieves, pero los rumores de una total destrucción por un bombardeo de artillería resultaron injustificados. La vegetación se había apropiado otra vez de los edificios, anulando en gran medida las tareas de conservación iniciadas. La inseguridad creada por los enfrentamientos bélicos favoreció la retirada de esculturas, cabezas de estatuas o fragmentos de murales, que luego llegaron al mercado internacional de arte, vía Bangkok y Singapur, pero también a través de Ciudad Ho-Chi-Minh, la antigua Saigón. Otras se incorporaron directamente a las colecciones privadas de esa multitud de amigos del arte que confluyen en estos lugares por su condición de comerciantes, diplomáticos, representantes o expertos de las organizaciones internacionales, y que disponen también del dinero necesario para adquirir piezas. En efecto, una estatua jmer del siglo XII se cotiza hasta en 500 000 marcos alemanes (unos 28 millones de pesetas) en el mercado internacional de arte. Un precio que permite enviar destacamentos tailandeses armados a Angkor, situado a sólo unos 160 kilómetros de la frontera, pues nunca escasean los compradores potenciales.

El gobierno de Tailandia está al corriente de este tráfico, pero cierra los ojos. A pesar de que la exportación desde su propio país de antigüedades, e incluso de modernas figuras de Buda, está estrictamente regulada. A finales de 1979, los delegados asistentes a una Conferencia de Museos Asiáticos celebrada en Chiang Mai, solicitaron que la protección de las leyes tailandesas se hiciera durante un determinado período de tiempo extensiva a los bienes culturales de Kampuchea situados en Tailandia, hasta que volviera a reinar el orden en su país de origen. El representante del gobierno rechazó la propuesta y no llegó a adoptarse la correspondiente resolución.

Sólo puede especularse sobre las razones que impulsaron a Tailandia a eludir este compromiso tan importante para la protección del patrimonio cultural mundial. ¿Eran demasiado tentadores los beneficios obtenidos en este tráfico? ¿O se trataba de un desquite contra los jmeres, cuyo territorio, incluidas las construcciones de Angkor, formó antaño parte de Siam (entre 1794 y 1907), sin que todavía se haya dirimido una disputa en torno a un templo situado en territorio campucheo y reivindicado por Tailandia?

Vietnam, por su parte, adoptó drásticas medidas contra el tráfico de piezas jmeres que practicaban sus soldados. El pillaje de obras de arte se castigó con la pena de fusilamiento. Aun así, todavía hoy pueden conseguirse sin dificultad obras jmeres en Ciudad Ho-Chi-Minh. Incluso es posible sacarlas del país, mediante el subterfugio de presentar copias para la obtención del permiso de exportación, que se cambian por originales inmediatamente antes de su salida del país.

¿Qué se hace mientras tanto en favor de Angkor Vat, pese a todas estas dificultades?

El gobierno de Pnom Penh creó el 7 de enero de 1979 un Consejo Nacional para la Preservación del Patrimonio Cultural y, en septiembre del mismo año, nombró una comisión encargada de investigar el estado de los monumentos y de presentar un informe —ya entregado— con la recomendación de las medidas más urgentes. Asimismo, en noviembre de 1980 se promulgó una ley de protección del patrimonio cultural e histórico, de los monumentos y del patrimonio natural. Se envió un equipo de restauradores a perfeccionar sus conocimientos en la India y la Unión Soviética. Un grupo religioso de París envió material de dibujo, diez bicicletas y un Toyota. Todo ello en un esfuerzo de colaboración en una carrera casi desesperada contra la acción destructora de la naturaleza y el robo destinado a abastecer a los amantes del arte.

6. La llamada de la ruta de la seda

Su sed de aventuras y su avidez de conocimientos ha impulsado a arqueólogos y geógrafos a alcanzar éxitos asombrosos. Gracias a ellos se han enriquecido los conocimientos generales sobre la historia y la cultura de la humanidad. Sin embargo, muchos de estos eruditos arrasaron las creaciones culturales de los pueblos extranjeros con un vandalismo que todavía hoy nos deja pasmados.

Este despliegue de expediciones científicas de saqueo, o científicamente justificadas, no ha dejado intacto casi ningún punto de la Tierra, ni los más desolados, remotos, deshabitados e impensables. En fecha relativamente tardía, pero con gran energía y éxito, las expediciones de pillaje también comenzaron a adentrarse, a finales del siglo pasado y principios del nuestro, en los amplios territorios del Asia central situados en el territorio de influencia china o limítrofes con él, siguiendo la famosa ruta de la seda.

Khotan, en el sur de Singkiang, y Turfan, en el oeste, antiguos reinos y culturas budistas de la primera mitad del presente milenio, fueron objeto de particular atención.

Una de las primeras expediciones a Khotan fue la de los franceses Dutreuil de Rhins y Grenard, que llegaron allí en 1890. A Dutreuil de Rhins lo mataron los tibetanos en 1893. Grenard regresó cargado de manuscritos y cerámicas, que actualmente se conservan en el Musée Guimet. El botín comprendía no sólo muestras de la antigua cultura de Khotan, sino también un manuscrito indio anterior al siglo III. Mientras la expedición francesa trabajaba sobre el terreno, los cónsules generales de Inglaterra y Rusia en Kashgar consiguieron paquetes enteros de antiguos manuscritos budistas a través de un comerciante autóctono.

Después comenzó a merodear por el Asia central el más famoso — tristemente famoso para los chinos— de los coleccionistas occidentales. Aurel Stein, húngaro de nacimiento, de la Universidad de Punjab, ya acariciaba en su juventud el sueño de atravesar toda el Asia central siguiendo las huellas de Alejandro Magno, del peregrino chino Hsuan Tsang y de Marco Polo. En el año 1900 tuvo la oportunidad de hacer realidad este sueño. El gobierno angloindio y el British Museum financiaron su primera expedición al

entonces «Turquestán chino». Seguirían varias más. El primer resultado fue el hallazgo de unos setenta lugares de interés arqueológico y numerosas excavaciones menores en el antiguo reino de Khotan. El British Museum y el Museo de Nueva Delhi «heredaron» a partes iguales las piezas de brocado de seda, las figuras de terracota y yeso, las tablillas de arcilla y los fragmentos de documentos en numerosas lenguas, en parte olvidadas, y muchísimos objetos más. Entre los hallazgos figuraban nueve cartas del siglo IV escritas en *soghdish*, una antigua lengua iraní de la cual, en opinión de los expertos, no se conservaba un solo documento escrito. Stein halló esta carta dentro de una antiquísima saca de correos, en un torreón de la gran muralla china. Su abundante botín comprendió también, como hallazgo indudablemente más sensacional, una colección de 7 000 rollos manuscritos y cinco cajas de pinturas y bordados de Tunhuang, desenterradas junto a las cuevas de los Mil Budas, al borde del desierto de Gobi, en el extremo noroccidental de la actual provincia de Kansu.

Los procedimientos empleados por Stein para obtener este tesoro resultan actualmente un tema algo penoso para los defensores de esas expediciones, o al menos deberían serlo. En efecto, contra sus alegaciones cargadas del característico desdén altanero del «occidental» hacia los «nativos», la intervención de Stein no consistió en absoluto en la «salvación» de unas piezas que de lo contrario habrían acabado desintegrándose, o que corrían peligro de destrucción bajo la intervención de manos inexpertas o por efecto de unas condiciones climatológicas desfavorables. Al contrario, los monjes budistas habían enterrado estos manuscritos en una cueva amurallada y sellada nueve siglos atrás, en una época de incertidumbre bélica, en que los bienes del monasterio estaban en peligro. El clima seco conservó perfectamente los manuscritos y las tablillas de madera grabadas. Habrían podido conservarse en el mismo lugar durante varios siglos más, hasta que los chinos —que iniciaron sus propias excavaciones después de la segunda guerra mundial— comenzaran a interesarse por ellas.

«El rico yacimiento de Tunhuang no corría ningún riesgo de descomposición o destrucción —escribe Nigel Cameron—. En cualquier caso, puede afirmarse que el material se encuentra en lugar seguro y que, en un tiempo prudencial, podrá devolverse parte del mismo a China, donde estaría igualmente seguro^[25]».

Un monje mendicante descubrió casualmente el tesoro y comunicó el hallazgo a las autoridades. Como éstas no reaccionaron volvió a enterrarlo en la cueva. Con paciente persuasión, Aurel Stein logró convencer al monje para

que derribara el muro y le permitiera estudiar algunos manuscritos. «Gracias a una combinación de ingenio, determinación y buena suerte», como declara satisfecho el British Museum, finalmente logró persuadir al monje para que le confiara una parte de las piezas. Stein pudo llevarse así textos chinos, tibetanos, sánscritos, brahmanes y muchos otros valiosos escritos. El más famoso es una copia en buen estado de conservación del *Diamond Sutra*, del año 868, posiblemente el «libro impreso» más antiguo del mundo entero o, al menos, en palabras del British Museum, «el texto impreso completo y fechado más antiguo que se conoce»: seis páginas de texto y una de ilustraciones xilografadas pegadas sobre un rollo de papel de 4,88 metros de longitud. «La xilografía evidencia una técnica muy avanzada, muy superior a la empleada en Europa antes de Gutenberg^[26]» (como es sabido Gutenberg vivió exactamente seiscientos años más tarde).

Ante este «hallazgo» puede plantearse el problema de si realmente debe ser devuelto a China. Nadie sabe cómo llegó, hace más de un milenio, al monasterio budista de Tunhuang. En cualquier caso, lo cierto es que el budismo se introdujo desde la India. Actualmente el texto posee un increíble valor, no sólo histórico y cultural, sino también material, según los haremos de tasación de antigüedades vigentes en Occidente. Pero sin duda no más de un par de docenas de ingleses deben saber que ahora ha pasado a formar parte de «su» patrimonio cultural depositado en el British Museum.

El propio Aurel Stein no tuvo dificultades para pagarlo. En «recompensa» por el total del botín, embalado en una docena de cajas, entregó al monje cuatro herraduras de plata. Sus propios gastos los cifró en 130 libras esterlinas.

También Stein tuvo su recompensa: fue nombrado caballero y en adelante sería *sir* Aurel Stein. Físicamente al menos, su sacrificio fue indudable. Durante el trayecto de regreso a la India sufrió una congelación en los pies en la travesía de las montañas y fue preciso amputarle los dedos del pie derecho, lo cual no le impidió emprender nuevas expediciones. Stein publicó numerosos estudios sobre sus hallazgos, y su aportación científica es indiscutible. En cuanto a su servicio a la cultura, desde luego debe de haber diversidad de pareceres entre Tunhuang y toda aquella zona, por una parte, y Londres por otra. El British Museum le debe la posesión de 7000 rollos de papel y 6000 fragmentos, sólo de Tunhuang, además de unas 5000 tablillas de madera.

Sir Aurel fue sin duda el más famoso, y posiblemente también el que obtuvo el botín más abundante, pero no el único en recorrer el Asia central

con ambiciones de descubridor y proveedor de museos. También el sueco Even Hedin, por ejemplo, cuyo interés principal era la geografía, se llevó alrededor de 150 escritos de la antigua fortificación fronteriza de Loulan, localizada y excavada por él. Algunos de estos textos databan del siglo III d. J. C. La expedición del noble japonés Otani aprovisionó de objetos antiguos el Museo Nacional de Tokio y el Museo de Seúl. El cónsul general británico en Kashgar, C. P. Skrine, coleccionó afanosamente piezas antiguas de Khotan y de otras localidades de Sinkiang. Los rusos Berezovski, Oldenburg y Kuslov se ocuparon de aprovisionar el Ermitage de San Petersburgo. El Museo de Cultura India de Berlín recibió numerosos objetos de manos de Albert Grünwedel y Albert de Le Coq (expediciones a Turfan de 1905-1907). Estos investigadores no sólo se apropiaron directamente de muchas piezas, sino que además lograron adquirir varios objetos de la colección del cónsul general británico Macartney. En total llenaron más de 230 cajas con gran número de manuscritos, más de 600 cuadros murales del siglo IX y anteriores, que habían separado de las paredes por docenas, casi 300 esculturas de yeso y muchas piezas más. Algunas de ellas pueden contemplarse también en el Musée Guimet de París.

Otra expedición, organizada desde Bremen, fue la de Emil Trinkler, Helmut de Terra y Walter Bosshard, financiada por el Städtisches Museum für Natur-Völkerund Handelskunde (desde 1952, Überseemuseum), por el Senado de la ciudad libre hanseática y por la Sociedad de Fomento de la Ciencia alemana. Ciertamente es que a esas alturas la actitud de las autoridades chinas no era ya tan ingenua y despreocupada, y confiscaron el botín de los expedicionarios de Bremen. Pero la legación alemana en Pekín consiguió finalmente su devolución, y a principios de 1929 el museo se congratulaba por el «inmenso rendimiento» arqueológico de la expedición y la «pequeña, pero extraordinaria colección etnológica, con una serie de objetos significativos^[27]», que constituye un «representativo corte transversal de la cultura budista de Khotan en el siglo I d. J. C..., ofrece información sobre la arquitectura, las pinturas murales y sobre tabla, las esculturas de yeso y madera, la cerámica y las artes aplicadas». En total, el museo heredó unos setecientos objetos, mientras otra parte más pequeña iba a parar a los museos de Berlín, Nueva York, Londres y Nueva Delhi.

La colección Trinkler permite demostrar la debilidad de los argumentos aducidos habitualmente en los países occidentales para justificar este tipo de actuación coleccionista. Justo es reconocer que, como ya se ha señalado, los investigadores y coleccionistas (con la autorización de las autoridades locales

o no) han salvado para la humanidad en general, y para la ciencia en particular, tesoros culturales que de lo contrario se habrían perdido o jamás se habrían encontrado. En innumerables casos difícilmente podía hablarse de un «hallazgo», puesto que el objeto en cuestión era bien conocido en la región de donde lo sacaron los «descubridores». Sin embargo, para la ciencia sólo son útiles los hallazgos que reciben «publicidad». No se trata sólo de exhibirlos, sino de ofrecer una descripción exacta, en la cual tienen particular importancia los datos sobre la localización precisa del lugar del hallazgo, el medio circundante y el contexto en que se encontró cada pieza. Ésta seguirá separada de ese contexto, pero al menos su significación no será patrimonio exclusivo de quienes consideran su obligación llevarse el hallazgo para acercárnoslo. Sin embargo, con excesiva frecuencia se comprueba que hasta los museos supuestamente más instructivos y más dedicados a la difusión de la cultura, ofrecen una mínima información sobre estas piezas, y no es raro que hasta la misma descripción del objeto («objeto ritual», «fetiche», etc.) resulte errónea.

Trinkler falleció en 1931, poco después de su regreso de Asia central. Por tanto, no pudo estudiar científicamente su colección, suponiendo que hubiera estado en condiciones de hacerlo, toda vez que era geógrafo y no arqueólogo. No logró encontrarse otra persona para esta tarea, y sólo una generación más tarde, en 1965, empezó a trabajar en ella Gerd Gropp. Otros diez años después, se publicó el amplio estudio de Gropp, en el cual también pueden leerse las dificultades que tuvo que superar para reunir el material, los diarios y las fotografías dispersos en diversos museos.

Gropp se encontró con que los hallazgos arqueológicos no estaban rotulados, lo cual dificultaba mucho la tarea de determinar el lugar de procedencia de cada pieza. «Fue preciso establecer trabajosamente el origen de cada pieza suelta a través de la comparación con objetos similares de otras colecciones. Los croquis recogidos en los diarios también eran demasiado deficientes para permitir que la colección fuera presentada en forma de descripción de las excavaciones; en consecuencia... se describirá por grupos de materiales». En otras palabras, se ha perdido, o al menos es incierto, un dato tan importante como el entorno de los hallazgos.

La búsqueda de objetos comparables procedentes de otras expediciones evidenció en algunos casos que ciertos fragmentos de la colección Trinkler encajaban con los de otras colecciones. Los exploradores habían mutilado a veces las mismas paredes o habían obtenido sus piezas de los mismos indígenas. Algunos de los objetos de la colección Trinkler, de los que se

encontraron otros similares en la colección Stein de Nueva Delhi y en la del cónsul general Skrine, depositada en el British Museum, habían sido comprados por Trinkler en Khotan.

Según Gropp, la ausencia de datos sobre el lugar del hallazgo es lamentable, pero no «debe reprochársele demasiado severamente al geógrafo Trinkler, que no poseía una formación arqueológica», y añade que, en aquella época, «se desarrollaron de un modo análogo importantes expediciones de excavación, en Mesopotamia, por ejemplo». El docto geógrafo también había hecho serrar en tres partes tres estrechas vigas de sustentación, de madera pintada (cada una de 1,60 metros de altura), para facilitar su transporte.

Desde el punto de vista de la conservación de los tesoros culturales y de su aportación al conocimiento científico en beneficio de toda la humanidad, la colección Trinkler, como tantas otras, no tuvo un destino favorable. «Colecciones etnológicas de Ladakh fueron donadas al Überseemuseum de Bremen, pero debido a los daños sufridos durante la guerra, actualmente no se conserva ninguna pieza de valor», escribe Gropp. La colección Trinkler sufrió el impacto de una granada hacia el final de la guerra.

La comparación con Mesopotamia ofrece un triste consuelo, pero se ajusta indiscutiblemente a la realidad. Los excavadores también procedieron aquí de forma muy poco científica. Como prueba de ello cabe citar, entre los numerosos ejemplos posibles, el indignado comentario del reputado egiptólogo británico Flinders Petrie a propósito de las excavaciones de Qau el-Kebir, cuando afirma que alemanes e italianos, que trabajaron allí antes que los ingleses, vaciaron casi totalmente un sepulcro, «sin intentar ofrecer ningún croquis ni notas sobre su trabajo. Su acción fue un vulgar saqueo, tan condenable hace diez años como un siglo atrás^[28]».

Ludwig Borchardt, antiguo director del Deutsche Institut für Ägyptische Altertumskunde (Instituto Alemán de Estudios Egipcios Antiguos) de El Cairo y jefe de la excavación que sacó a la luz la famosa cabeza de Nefertiti, le escribía indignado al egiptólogo berlinés Adolf Erman en 1936:

«Schott estuvo aquí y me habló de Medina Mahdi. Está fuera de sí por la forma en que se está procediendo. El templo del IM está a salvo. Está (o deberíamos decir, estaba) tan bien conservado, que no falta ni un bloque de la cubierta. Ahora, *Herr* Baraize —el director de obras del Service des Antiquités—, sin haber tomado ni un croquis de la construcción... ha dinamitado un bloque de la cubierta, para poder colocar un cristal (!!!)... Han hallado un carro ritual de cuatro ruedas, muy posiblemente también del IM. En vez de fotografiarlo en el lugar del hallazgo, lo han desenterrado con una

palanca... rompiéndolo (Schacht —entonces profesor de árabe en Königsberg y El Cairo— pudo verlo personalmente)... No se ha elaborado ninguna lista de los hallazgos. En opinión de V., la gran cantidad de hallazgos menores, entre ellos objetos interesantes, pronto habrá disminuido, pues son ofrecidos como *bakshish* (regalo) a sus visitantes (!)». Borchardt añadía diez signos de admiración. IM significa Imperio Medio.

La lista de «exploradores» europeos que trabajaron en el Asia central quedaría incompleta si no citáramos también al francés Paul Pelliot, un genio políglota capaz de expresarse fluidamente en chino, quien también regresó de su expedición (1906-1909) con abundantes piezas arqueológicas. Actualmente éstas se conservan en el Musée Guimet de París, a excepción de los manuscritos, que se encuentran en la Bibliothèque Nationale. La colección comprende pinturas murales, esculturas, cerámica, estandartes de los templos y muchas otras piezas, fundamentalmente de los siglos III al X. También Pelliot llegó hasta Tunhuang, y también él, como afirma el propio folleto del Musée Guimet, tuvo oportunidad de «examinar y conseguir» manuscritos de «incalculable valor» del tesoro sepultado durante largos siglos. Por ellos pagó al monje, que ya había abastecido también a Aurel Stein, el equivalente de 1 800 marcos alemanes (99 000 pesetas^[29]). Igualmente se apropió al menos de 220 estandartes de los templos y pinturas del período comprendido entre los siglos VII y XI.

Al contemplar en el Musée Guimet los fragmentos de murales transportados por Pelliot y otros, me llamó por primera vez la atención la «economía» del cincelado, que siempre rodeaba muy estrechamente la figura deseada. Cabe preguntarse si los cinceladores no sufrieron realmente algún escrúpulo de conciencia al pensar en los feos huecos o manchas que dejarían... no sólo en los murales pintados, sino también en la reputación de las expediciones arqueológicas.

Theo Sommer cuenta, en su libro *Die chinesische Karte*^[30], que durante su visita a las grutas de Tunhuang, los guías chinos no manifestaron una actitud de rechazo hacia Aurel Stein, quien en definitiva respetó las pinturas murales de las cuevas. Particularmente severas eran, en cambio, sus críticas al norteamericano Langdon Warner, conservador encargado del arte chino del Fogg Art Museum de la Universidad de Harvard, «quien retiró, mediante la aplicación de cola y calor, pequeños fragmentos de los frescos de numerosas capillas de las grutas, que luego trasladó a los Estados Unidos». Las paredes de las grutas exhibían las manchas despintadas. Sommer, que conocía la

colección del Fogg Museum, se lamenta: «De allí procedían las hermosas piezas...».

Linda Mathews señala que en el museo de la provincia china de Shaansi, en Sian —un verdadero tesoro de objetos artísticos procedentes de los templos y mausoleos de Sian—, se exhibió durante largo tiempo un cartel en el cual se recordaba que un «imperialista norteamericano» robó dos de los seis bajorrelieves de un sepulcro imperial y se los llevó a la Universidad de Pennsylvania. En su último viaje a Sian, el cartel estaba discretamente tapado. «Es la normalización —explicó el guía chino respondiendo a su pregunta—. No queremos poner en una situación embarazosa a ninguno de nuestros nuevos amigos americanos». Hasta el momento, este gesto amistoso ha tenido escasísima contrapartida^[31]. El rey francés del automóvil André Citroën organizó una expedición particularmente costosa al Asia central, poco después del regreso de Trinkler. Sin duda su principal interés era conquistar una marca de prestigio para su empresa, pero la expedición fue alabada como una audaz tentativa de establecer o profundizar las relaciones entre ambos países y como un servicio no sólo a la técnica, sino también a la ciencia. La audacia, desde luego, era indiscutible. Cuarenta hombres en doce vehículos todo terreno partieron el 4 de abril de 1931 de Beirut rumbo a Pekín, vía Siria, Irak, Persia, Afganistán, Sinkiang y Mongolia Interior. La expedición, encabezada por el director de Citroën, Georges-Marie Haardt, tuvo que enfrentarse a unas carreteras no exactamente favorables y a una situación política adversa, puesto que en China ya se había iniciado la guerra civil. Tras un viaje cargado de aventuras, la *croisière jaune* (cruzada amarilla), como se bautizó la expedición, llegó en febrero de 1932 a Pekín. «¿Qué se conserva de esta gran expedición pasados cincuenta años? ¿Tuvo alguna utilidad?», se preguntaba el diario parisino *Le Monde* el 29 de marzo de 1981. Bernard Dupaigne, conservador de las colecciones asiáticas del Musée de l'Homme de París, respondía así:

«Permítame precisar que la *croisière jaune* aportó al Musée de l'Homme una colección de extraordinaria importancia, compuesta por 543 objetos procedentes de Siria, Irak, Afganistán, Pakistán, la India, Singkiang, Mongolia Interior y China. Esta valiosísima colección impulsó además la creación de otras dedicadas al Asia central, empezando por la del arqueólogo Joseph Hackin (miembro de la expedición), a la que siguieron las de varios otros exploradores contemporáneos suyos, que trabajaron en Irán, Afganistán y Mongolia. La *croisière jaune* dio un impulso, todavía visible, a los estudios científicos sobre el Asia central^[32]».

Como señalan los autores del artículo de *Le Monde*^[33] la «cruzada amarilla» costó más de 22 millones de francos franceses. Tal vez para Citroën el desembolso no resultó tan rentable como esperaba. En cualquier caso, la reacción de los países a cuyas expensas se reunieron las colecciones no fue favorable. Cuando en 1935 el explorador alemán Wilhelm Filchner emprendió otra de sus expediciones, destinada a estudiar el magnetismo terrestre, las autoridades chinas indicaron expresamente en su visado la prohibición de realizar excavaciones y de sacar antigüedades del país.

7. Coleccionismo en gran escala

Muchos países han presentado quejas contra personas que no se contentaron con llevarse algún que otro *souvenir* y se dedicaron a coleccionar antigüedades en una escala realmente masiva.

Ghana tiene un triste recuerdo del capitán Rattray, funcionario del gobierno colonial británico, que más adelante llegaría a ser un famoso etnólogo. Los ghaneses le consideran responsable de la pérdida de numerosísimas colecciones y piezas individuales procedentes de Ghana, que ahora se hallan dispersas en diversos museos y colecciones privadas británicas. Le acusan de haber aprovechado la influencia de su cargo y la confianza que en él había depositado la población para hacerse regalar antigüedades o comprarlas a muy bajo precio, si es que llegó a pagar algo por ellas. También existen quejas contra un misionero católico en el norte de Ghana que se dedicó a coleccionar afanosamente piezas representativas no sólo de la sabana septentrional ghanesa, sino también de los países africanos occidentales limítrofes. Con parecido celo procedieron los misioneros holandeses en la costa y en el interior del país. «Con frecuencia resulta difícil recuperar el rastro de estas colecciones», manifestó el ghanés Kwasi Myles, secretario general de la Organización Africana de Museos, Monumentos y Centros Culturales.

Los misioneros de la Norddeutschen Missionsgesellschaft aprovisionaron el actualmente llamado Überseemuseum de Bremen con centenares de «hallazgos» del África occidental, aunque no todos yacían abandonados y sin dueño. Estos misioneros aparecen ya en 1882 en los anales del museo, con un opulento donativo, y en 1898 pudo consignarse entre las adquisiciones del año, también por donación de la misma sociedad misionera, «una colección de productos y utensilios mágicos de la Ewelan^[34] magistralmente ordenada y clasificada». Carl Schütte donó a principios de 1900 una colección de antiguas piezas indias de oro procedentes de Colombia, integrada por nada menos que 126 objetos. «Fue uno de los donativos más valiosos ofrecidos al museo en la época —escribió con satisfacción el posterior director Herbert Abel—, no sólo por su valor material, ciertamente significativo, sino ante

todo porque no es frecuente encontrar en los museos piezas antiguas de oro del ámbito de las culturas andinas de la América precolombina^[35]».

Pero volvamos a África. Mali debe al profesor francés Marcel Griaule la presencia de las más importantes y valiosas piezas de su patrimonio cultural en el Musée de l'Homme, del Trocadero de París. Griaule se dedicó a estudiar la cultura de los dogon y los bambara, a cuyos descendientes no siempre les resulta fácil emprender un viaje hasta París. El Museo Etnológico de Frankfurt conserva un agradecido recuerdo de Leo Frobenius, su director desde 1934 hasta su muerte, en 1938, que asimismo lo amplió con las vastas colecciones reunidas en el curso de sus largos viajes por tierras africanas a principios de este siglo. También los museos de Berlín recibieron parte de su legado.

Con parecida gratitud recuerda la administración de los museos berlineses a Feodor Jagor, quien recorrió entre 1873 y 1876 la India, Birmania, Sri Lanka y las islas Andamán, y aportó 5516 objetos. A Emil Riebeck, que viajó a la India, Sri Lanka y Birmania en 1881-1882 y aportó 3000 objetos. A J. Adrian Jacobson, que trasladó de Indonesia oriental a Europa, en 1887-1888, «unas 4000 piezas etnográficas, entre ellas muchas particularmente raras y valiosas^[36]». El mismo Jacobson viajó en 1881 y 1883, también por encargo de los museos berlineses, a Columbia británica y Alaska, de donde regresó con más de 6500 objetos etnográficos. Y Eduard Seler aportó 13 000 piezas procedentes de Norteamérica.

La lista de proveedores individuales que dieron lugar a lo que podríamos llamar un gran volumen de operaciones, es impresionante. Sólo podremos citar algunos ejemplos, sin ninguna pretensión de ofrecer una relación exhaustiva. El British Museum rinde todavía hoy un agradecido homenaje a Hugh Nevill, miembro de la administración colonial inglesa en el actual Sri Lanka, entonces Ceilán, entre 1869 y 1889. En este período logró reunir una importante colección, que incluía muchos manuscritos sobre hojas de palma, procedentes de los templos. Finalizado su período de servicio y su estancia en la India, se lo llevó todo a Londres, donde lo vendió al British Museum. El doctor A. Gaur, conservador adjunto de la sección correspondiente, dedica grandes alabanzas al coleccionista en su escrito ya citado, *Treasures of the British Museum*^[37].

Ceilán alcanzó notable reputación en cierto momento con la producción y venta de magníficos manuscritos sobre hojas de palma, que se exportaban regularmente a los centros budistas de la China, Birmania y Siam (aproximadamente al inicio de la era cristiana comenzó la expansión por el

Sudeste asiático y la China del budismo, nacido en la India en el siglo v a. J. C.). «Muchos monasterios budistas llegaron a convertirse en reputados centros de saber, donde se copiaban los textos sagrados, que luego se conservaban en bibliotecas meticulosamente organizadas». En la actualidad, el British Museum posee unos 2500 de estos magníficos manuscritos antiguos procedentes de Ceilán, con un total de alrededor de 5000 textos. Gran parte de ellos procede de la colección de Hugh Nevill.

«La colección comprende gran variedad de objetos y probablemente es la mejor existente fuera de Ceilán». Entre estos objetos figuraban también casi sesenta estatuas de Buda de todos los tamaños.

El gobierno de Sri Lanka también ha tomado nota —naturalmente desde una perspectiva muy distinta— de que «estos manuscritos tratan temas de gran interés literario, religioso y antropológico» para el país. En 1980, dirigió un largo memorándum a la UNESCO, exponiendo los argumentos en que basaba su solicitud de devolución.

Es comprensible que Hugh Nevill no sea objeto de mayor estima en Sri Lanka. Y tampoco goza de grandes simpatías el gobernador sir Robert Brownrigg. «Su familia no era rica, y sólo su propio esfuerzo le permitió hacer carrera», subraya con gran encomio el *Dictionary of National Biography*^[38]. En 1811 fue nombrado gobernador y alto comisionado en Ceilán, y en 1814-1815 libró una guerra contra el reino de Kandy, que quedó formalmente anexionado el 2 de marzo de 1815. En 1820, Brownrigg regresó a Inglaterra. Haciendo abstracción del hecho de que un gobernador estaba en situación de acumular un apreciable patrimonio, algunos de los objetos que llevó consigo también tuvieron su parte en que él y su familia dejaran de contarse entre los «no ricos».

La pieza más destacada y relevante que se llevó fue una extraordinaria estatua de bronce chapada en oro, al parecer del siglo x y que los especialistas consideran una de las mayores obras de arte no sólo de Sri Lanka, sino de todo el Sudeste asiático^[39]. Se trata de una representación de la diosa Tara, venerada en el culto mahayana, esposa del bodhisattva Avalokitesvara, cuya estatua, en doble versión, sería trasladada posteriormente a Europa por el ya citado Hugh Nevill. Todas se hallan hoy reunidas en el British. Museum, el cual no acaba de decidirse sobre qué versión ofrecer: si decir que recibió la diosa Tara en el año 1830 de manos del propio sir Robert (así se indicaba al menos en la *Guide* y en el rótulo de la estatua cuando visité por última vez el museo, en 1982), o que fue una donación de *lady* Brownrigg, sin duda tras el fallecimiento de sir Robert, como afirma el doctor Galir en la nueva edición

de 1975 de *Treasures of the British Museum*. Este último también data la estatua en el siglo x (en lo cual coincide con los especialistas de Sri Lanka), mientras que en la *Guide* y en el rótulo de la propia estatua pude leer: *12th Century AD*.

Esta discrepancia no deja de ser significativa. El British Museum no es el único de Occidente, aunque sí uno de los que más insisten en afirmar que su propósito es conservar los tesoros de la humanidad «en depósito» y al servicio de la ciencia, y no sólo para deleite de la mirada. Por su parte, los especialistas de los países de origen acusan a los «conservadores» occidentales de saber muy poco sobre las cosas que exhiben, con lo cual en la mayoría de los casos ofrecen una visión equivocada.

Frente a esta diversidad de pareceres, casi resulta irrelevante la discrepancia en cuanto a cómo obtuvo realmente Brownrigg la estatua, cuya restitución ha solicitado formalmente Sri Lanka. Según la versión oficial británica (del museo), la encontró en la selva durante una visita al distrito de Trincomalee. ¿Es de suponer, por tanto, que la pieza, no precisamente pequeña —1,45 metros de altura—, permanecía abandonada junto al camino? ¿O tal vez se perdió el gobernador en la selva? Los descendientes de los involuntarios donantes se inclinan más bien por la versión de que Brownrigg sacó la estatua de un templo. En cualquier caso, nadie puede afirmar que la sacó del país y la llevó a Londres con la bendición de los Cingaleses, para mantenerla allí al menos durante diez años, no al servicio de la humanidad deseosa de contemplarla o de la investigación cultural, sino como propiedad privada.

El tema sigue siendo delicado en la actualidad para los conservadores de la estatua. Durante un simposio sobre «Restitución del patrimonio cultural», celebrado en Londres en 1981, el director del British Museum, doctor David Wilson, protestó visiblemente alterado contra la reciente publicación, en la revista de la Commonwealth *Art Links*, de una fotografía de la estatua de Tara con un tampón superpuesto que decía *loot* (botín) y de un retrato del gobernador con la inscripción *looter* (saqueador). ¡Brownrigg no era, naturalmente, un saqueador!

Pero esta disputa por una cuestión de palabras no arrojará una luz más favorable sobre quienes se llevaron la estatua (y tantos otros bienes) ante la impotencia de los ocupados. Es extraordinario el empeñamiento con que los sucesores de los ocupantes se resisten a aplicar también a los colonizados, al menos *a posteriori*, las normas éticas internacionales que reivindican para sí mismos y sus iguales. Evidentemente, uno de los motivos es que ello

significaría reconocer que las potencias coloniales procedieron de manera injusta en su tiempo.

Los representantes de las antiguas potencias coloniales, entre ellas también y con destacado celo los de la República Federal de Alemania, se han resistido con éxito en la UNESCO a incluir el término «restitución» junto al de *return* (devolución, retorno) del patrimonio cultural. En efecto, en lenguaje jurídico internacional, la restitución es la devolución de un bien obtenido por medios ilegales y criminales. En vez de ello, el comité interestatal que se ocupa de estas cuestiones lleva el nombre de «Comité para la reivindicación de la devolución del patrimonio cultural a sus países de origen o su restitución en caso de apropiación ilícita». Lo cual deja suficiente margen de maniobra para poder afirmar que la «apropiación» en la época colonial no fue ilícita, puesto que la respaldaba la ley del más fuerte.

Una visita al British Museum ofrece ejemplo tras ejemplo del sistema de apropiación colonial. Varias hermosas esculturas indias antiguas particularmente impresionantes llevan la inscripción «Bridge-Collection». La familia del señor James Bridge las donó al museo en 1872. Bridge, a su vez, las había adquirido en bloque en 1830, nada menos que a los herederos del general Charles Stuart. Como ya es de imaginar, éste había permanecido muchos años en la India, desde 1777 hasta su muerte en 1828, la mayor parte del tiempo como oficial en activo. Era un enamorado de la escultura india, lo cual resulta patente al contemplar su «legado», y llenó su casa de obras de arte. Al parecer, era muy aficionado a coleccionar figuras y fragmentos arrancados de los templos, que los ingleses consideraban ruinas abandonadas en las que cada cual podía servirse a placer.

Stuart cumplió su servicio colonial en un período extraordinariamente belicoso. En el momento de su llegada a la India, los británicos —esto es, la Compañía de las Indias Orientales— sólo controlaban una pequeña parte del país y aún les quedaban pueblos enteros por someter, para lo cual tuvieron que sofocar repetidas rebeliones. Puede darse por seguro que Charles Stuart, como tantos otros oficiales británicos, se apropió al menos de una parte de su «colección» en concepto de botín de guerra. En total consiguió reunir 115 esculturas, a cual más bella, fundamentalmente del período Pala (siglos VIII-XII). Muchos años en la India, muchas esculturas, ¿mucho legalidad? ¿Suficientes motivos para que el museo se considere custodio al servicio de la humanidad?

«A finales del siglo XVIII surgió un grupo peculiar de orientalistas —pude leer, en 1982, en una exposición sobre la India celebrada en Londres—. La

mayoría eran coleccionistas enamorados de todo lo indio. Richard Johnson, uno de los mayores coleccionistas de manuscritos y miniaturas orientales, regresó en 1790 con una gran colección de los mismos. Finalmente, fueron adquiridos por la Compañía de las Indias Orientales».

Y puestos a citar referencias (bastante frecuentes) que manifiestan su agradecimiento hacia los amables donantes y testatarios (lo comprado no se destaca con tanto agradecimiento, y aclaremos que muchas de las adquisiciones tampoco pueden vanagloriarse de estar por encima de toda sospecha ética), no queremos dejar de mencionar el nombre de Brooke Sewell. Este donante, cuyo nombre también adorna varias de las piezas más hermosas del British Museum, era un banquero retirado en Suiza. Sus importantes donativos al museo en los años cincuenta y sesenta de nuestro siglo permitieron a esa institución ampliar considerablemente sus colecciones de tesoros culturales indios. Sería importante saber a quién se compraron estas piezas, pero este dato se ha omitido.

Pocas dudas pueden plantear indicaciones de procedencia del tipo *From Secretary of State for India in Council* (del secretario de Estado para la India al Consejo), fechada en 1907 y que puede verse con cierta frecuencia. En este caso se trata de un «regalo» de una rama del gobierno británico a otra, según todos los indicios, a expensas... no de los contribuyentes ingleses, sino de los indios. En este sentido incluso puede encontrarse la referencia *given by the Government of India* (donado por el gobierno de la India; 1928), junto a una cabeza de estuco del siglo III o IV, por ejemplo. Un gesto muy simpático por parte de los indios, y naturalmente también del todo ilegal. En efecto, como recordará el lector, el gobierno «indio» de la referencia era británico.

En el Museo de Madrás —según datos citados por *Asiaweek* en su número del 22 de enero de 1982— pueden admirarse muestras de las famosas esculturas de Amaravathi. Esta ciudad, situada a orillas del río Krishna en el actual estado federal de Andra Pradesh, fue durante un milenio un centro cultural del mundo budista, que posteriormente entró en decadencia. Sin embargo, las piezas exhibidas en Madrás constituyen sólo un pobre remanente de la impresionante y admirable colección que se conserva en Londres. Ésta pasó ya a finales del siglo XVIII a manos del entonces *surveyor general of India* (inspector general de la India) británico, encargado formalmente de dirigir la ordenación del conjunto del territorio de la gigantesca colonia. Tuvo incluso una meritoria intervención en favor de la salvación del patrimonio cultural indio cuando, al enterarse de que un terrateniente estaba empleando las piedras de un edificio derruido del período de esplendor de Amaravathi

(siglo I de nuestra era) para una nueva construcción, ordenó retirar numerosas esculturas del lugar.

No es raro que los habitantes de la zona utilizaran las piedras de monumentos históricos derruidos para levantar nuevas construcciones. Los hornos de cal de los árabes llegaron a ser tristemente famosos entre los arqueólogos occidentales en el Cercano Oriente. Por lamentable que sea, este hecho en general se justifica por la circunstancia de que una población pobre muchas veces no podía permitirse pagar el costoso material de construcción, y su deficiente educación tampoco favorecía la conciencia histórica. En cualquier caso, esta actuación no se limita a los pueblos del Tercer Mundo. El monumento de Stonehenge, cuyo enigma todavía está por descifrar, también sirvió de cantera a los albañiles ingleses. Y la despreocupación con que se derriban en los Estados Unidos edificios que en parte son monumentos históricos, en el fondo constituye una muestra del mismo tipo de proceder. Mucho más gratuita e injustificada es también, sin duda, la obcecación de los urbanistas y saneadores urbanos de la Europa industrializada, particularmente de la República Federal de Alemania, que haciendo caso omiso de las protestas de arqueólogos e historiadores, destruyen con sus excavadoras o sepultan bajo capas de asfalto ciudades enteras que se sabe con certeza que encierran tesoros del pasado.

Pero decíamos que el *surveyor general*, coronel Mackenzie, salvó las esculturas. De hecho, fue durante casi cuatro decenios un activo amante del patrimonio cultural indio. A su muerte, en 1821, su colección comprendía, además de las ya citadas esculturas, más de 8000 inscripciones, 6000 monedas antiguas y 7000 objetos del carácter más diverso, entre ellos más de 1500 manuscritos antiguos, que constituyen una fuente particularmente importante para el estudio de la historia y la cultura indias antiguas. Poco después de su fallecimiento, su viuda vendió la mayor parte de la colección a la Compañía de las Indias Orientales, todavía en activo, por el extraordinario precio, según los cánones de la época, de 10 000 libras esterlinas. Actualmente esta cantidad representaría el poder adquisitivo de unos 2,3 millones de marcos alemanes (unos 126 millones de pesetas). La compañía adquirió la colección para su propio museo de la City de Londres, cuyas piezas acabaron pasando al British Museum.

Sería fácil citar muchísimos otros ejemplos de proveedores en gran escala que enriquecieron, directamente o sirviéndose de terceros, al British Museum, el Louvre, los museos berlineses, o el Ermitage en el actual Leningrado o...

También en Copenhague se encuentran estos frutos de la actividad de eficientes coleccionistas. El misionero danés Edvard Loventhal descubrió, a finales del siglo XIX, las ruinas de los templos de Hoysala, en el distrito de Mysore, restos de una dinastía que reinó entre los siglos XII al XV. El misionero empleó toda su fuerza de persuasión ante los habitantes del lugar y la administración colonial, y puso en juego sus contactos e influencias, hasta conseguir que le regalaran incluso una parte del codiciado tesoro, después de argumentar que era preciso dar a conocer a los europeos tan hermosas muestras del arte indio. Finalmente logró hacerse con más de cuarenta esculturas de piedra, que actualmente pueden admirarse en el Museo Nacional de Copenhague.

En la Biblioteca Real de esta ciudad se encuentra también una importante colección de manuscritos, reunidos en la década de 1930 en el Tibet, por el príncipe Pedro de Grecia y de Dinamarca. «Mis sentimientos en aquel momento eran ambiguos —declararía más tarde el príncipe—. ^[40] No me gusta que partes valiosas de un patrimonio se encuentren tan alejadas de las raíces de esa cultura». Pero posteriormente, con motivo de un nuevo viaje al Tibet en 1979, se esfumaron otra vez sus escrúpulos. Entretanto, muchísimas cosas se habían destruido bajo la ocupación china. «Vi emplear como argamasa bloques de impresión y manuscritos de incalculable valor, descubrí parte de un muro de oraciones convertido en pared de un retrete...». Sin embargo, ¿es realmente lícito utilizar la expectativa, en modo alguno segura, de futuras catástrofes como excusa para apropiarse, aunque sea de modo cautelar, de un patrimonio extranjero para «salvarlo», más aún cuando se trata de importantes manifestaciones de otra cultura?

En la presente enumeración nos hemos concentrado, como ya se ha señalado, en los proveedores de grandes cantidades de objetos culturales o religiosos, pero también de objetos de uso corriente, cuya significación no siempre estaba clara y que a menudo fueron sustituidos por baratijas norteamericanas, europeas o japonesas (cosa que más tarde han lamentado profusamente los propios europeos). También estos objetos de uso corriente comenzaron a escasear, adquiriendo paulatinamente la categoría de valiosas piezas históricas. Las potencias coloniales pertrecharon grandes expediciones, de varios meses o incluso años de duración, con el cometido de recoger el mayor número de piezas interesantes de los ámbitos más diversos y llevárselas a casa. Como ejemplo de ello, podemos citar las expediciones africanas del duque Adolf Friedrich von Mecklenburg (*Deutsche Zentralafrika-Expedition*) que recogió «alrededor de 4000 piezas

etnográficas» en 1907-1908 y casi otras tantas en 1910-1911. El Linden-Museum de Stuttgart es famoso por su colección de casi 50 000 objetos, «que en su mayor parte datan de la época colonial alemana». En Inglaterra, destaca la actividad de Henry Christy, de una acomodada familia de fabricantes de tejidos de Lancashire, quien llegó a coleccionar más de 10 000 piezas de todo tipo, en el curso de sus expediciones a América Central, y más adelante también a África, a mediados del pasado siglo. Todas fueron a parar al British Museum, entre ellas valiosas joyas de los reyes mexicanos, incluidas las famosas máscaras turquesas.

Los museos occidentales deben asimismo muchas piezas a los viajes de los primeros navegantes, los «descubridores». El capitán Cook reunió un rico botín en sus viajes al Pacífico, realizados entre 1767 y 1779. En él destaca, junto a los abundantes ejemplares zoológicos, una colección de armas y herramientas, telas, tallas en madera y otros objetos decorados. Así consiguió el British Museum una de las más famosas y antiguas colecciones de su sección etnológica, en la actualidad considerablemente ampliada bajo el nombre de Museum of Mankind. En el segundo viaje de Cook ya participaron, con los intereses berlineses en perspectiva, los alemanes Johann Reinhold Forster y su hijo Johann Georg.

Y el caso de Cook no fue en modo alguno el único. También posteriores navegantes, tanto si sus viajes eran de «exploración» como si no, fueron buenos proveedores. El Berliner Museum für Volkerkunde (Museo Etnológico de Berlín) señala con gratitud que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, logró reclutarse para la actividad coleccionista no sólo a los científicos, sino también a «funcionarios de la administración e incluso a tripulantes de la marina de guerra^[41]».

El libro *Südsee-Erinnungen*^[42] del capitán retirado Paul Ebert, quien emprendió poco antes de la primera guerra mundial un viaje a las entonces posesiones alemanas como comandante del acorazado *Cormoran*, rebosa de episodios coleccionistas, como si el capitán se hubiera propuesto crear su propio museo. En él se revela también uno de los motivos que impulsaron a los «nativos» a desprenderse de muchas cosas:

«En numerosas ocasiones, los hombres nos ofrecieron en venta arcos y flechas, demostrando que los bravos guerreros sabían apreciar el valor del dinero alemán (sólo conocían los marcos y sólo aceptaban esta moneda)». Cosa lógica y comprensible. En efecto, los «colonizadores», con su despiadado sistema tributario, habían impuesto previamente la economía monetaria, hasta entonces desconocida y no utilizada por los colonizados. De

todos modos, el comandante coleccionista no tuvo que pagar nada por la mayoría de las piezas.

En su descripción del viaje a Kieta, en el archipiélago de las Salomón, Ebert señala a propósito de las armas de los nativos que «a menudo también van armados con lanzas de unos tres a cuatro metros. Con frecuencia, estas lanzas están labradas con mucho arte, llevan varias hileras de largos garfios extraordinariamente afilados y el mango luce a trozos un acabado ornamental de fibras rojas y amarillas, finamente tejidas. En algunos raros ejemplares, todo el mango de la lanza está forrado de este tejido de fibra. Estas armas reciben el nombre de lanzas reales. Unos días más tarde me obsequiaron una de ellas, que todavía hoy constituye una de las perlas de mi colección de armas de los mares del Sur».

Una de las perlas, pues un par de páginas más adelante podemos leer, esta vez a propósito de una isla del atolón Truck: «El señor Wulff me regaló algunas lanzas interesantes, entre ellas un arpón de varias puntas y algunas lanzas reforzadas en la punta y el mango con numerosas espinas de raya. En otra visita pude conseguir también una maza de madera de un nativo».

Sólo algunas páginas, y días, más tarde añade: «Gracias a la gentileza del director de la estación llegaron a mis manos varios interesantes objetos ornamentales y de uso corriente de los nativos».

Por cierto que las armas autóctonas ya empezaban a escasear en aquella época: «Tras la pacificación de los antes muy salvajes y peligrosos nativos, gracias a las enérgicas medidas del gobierno..., han empezado a escasear cada vez más las armas. Éstas estaban formadas por lanzas, hondas y mazas. Estas últimas son ahora muy raras, pero en cambio pude conseguir hondas y lanzas... También pasaron a mi poder dos máscaras, como las que se utilizan en las danzas festivas».

Sólo un par de días después, ya en la isla Manus (archipiélago del Almirantazgo), «se desarrolló un animado comercio, a través del cual pudimos adquirir lanzas a cambio de tabaco en rama, extraordinariamente apreciado por todos los nativos del archipiélago Bismarck». Esto sucedía en el poblado de Papitalai. Poco después, en Loni: «Activo trueque, en el que por nuestra parte ofrecimos tabaco en rama y llamativas chucherías como medio de cambio. A manera de contrapartida, se nos ofrecieron sobre todo las largas lanzas provistas de puntas de obsidiana... No debe ser demasiado fácil tallar con tanta maestría la obsidiana, hasta conseguir una pieza aprovechable como punta de lanza... Conseguí varias de estas lanzas. Asimismo pude hacerme con un puñal también bellamente tallado y decorado con una espina

de raya. Uno de mis oficiales obtuvo incluso una de esas literas bajas que utilizan como cama, profusamente ornamentada y con las patas talladas en forma de figuras humanas».

Tampoco debemos olvidar que la expedición iba constantemente escoltada por los funcionarios coloniales alemanes, cuya autoridad forzosamente debe haber contribuido no poco a rebajar los precios y a estimular los deseos de vender de sus «protegidos».

Sólo doce páginas más adelante, nuestro comandante adquiere «varias lanzas sin decorar, de pesada y dura madera oscura; como objeto de trueque empleamos tabaco en rama y, sobre todo, papel de periódico, extraordinariamente apreciado entre nuestros morenos amigos como material de fumar». Y en la misma página también consigue un «instrumento parecido a un hacha, que entre otras cosas debe utilizarse sin duda para vaciar los troncos destinados a la construcción de canoas..., todavía auténtico».

Y así prosigue, en el mismo estilo. Adquiere una honda, un rallador de coco, esteras de fibra, un palo labrado, y «diversos utensilios y objetos de adorno de las gentes». Un par de páginas más adelante, «una vieja maza de madera bellamente tallada» e, inmediatamente después, tejidos de fibras vegetales.

Citados aisladamente, los objetos y episodios parecen insignificantes. Pero si nos paramos a considerar el gran número de naves de guerra de diversas naciones que visitaron asiduamente las islas del Pacífico durante muchos años, sin mencionar ya la navegación mercante, comenzaremos a intuir que las memorias del comandante del acorazado alemán relatan casos habituales. Hoy ya no puede hallarse en el Pacífico prácticamente ninguna muestra de las armas, objetos rituales y de uso doméstico de antaño.

Lógicamente, entre los coleccionistas de la Marina y la administración colonial, tan loados por el Berliner Museum, también se entabló una competencia. Al respecto podría cantar toda una epopeya la expedición hamburguesa a los mares del Sur organizada en 1908-1910 por el director del Museo Etnológico de Hamburgo, Georg Thilenius. La financiación corrió a cargo de una fundación científica de Hamburgo. La expedición zarpó en un barco de la compañía Hapag, cuyos oficiales compitieron con los miembros de la misma en la recogida de «piezas etnológicas» e incluso les «estropearon» los precios, según quejas de los expedicionarios.

Éstos procedieron también de forma poco científica, prestando escasa atención a los deseos de los nativos y apoyándose a veces en el uso de la fuerza o en las amenazas para satisfacer sus propios deseos. En la obra de

Hans Fischer, *Die Hamburger Südsee-Expedition* (Frankfurt, 1981), se ofrecen interesantes detalles al respecto. Sobre la base de los relatos de los participantes, Fischer disipa definitivamente la impresión de que la obtención de piezas «al estilo alemán» se haya desarrollado de forma más cuidadosa, menos prepotente y, por tanto, más científica que la apropiación por los representantes de otras «naciones cultas».

Cierto es que también los norteamericanos coleccionaron afanosamente en el archipiélago Bismarck, considerado por los alemanes como su coto particular. Según datos alemanes, los estadounidenses se llevaron buques enteros cargados de la costa meridional de Nueva Pomerania. Con particular encono recuerdan los alemanes a un competidor, el profesor Dorsey del Field Columbian Museum de Chicago, quien «reunió un mínimo de mil piezas en el plazo de escasas semanas, sólo en la colonia alemana».

8. Cadáveres para los museos

No contentos con coleccionar los tesoros artísticos y el legado cultural de otros pueblos, los blancos han extendido su codicia hasta sus restos mortales. El director del Überseemuseum de Bremen, profesor Schauinsland, narró un macabro ejemplo en una entrevista radiofónica realizada en 1930^[43]. El sabio quería desenterrar en una de las islas Chatham —situadas unas cuatrocientas millas marinas al sureste de Nueva Zelanda— los esqueletos y cráneos de los moriori, sacándolos de sus sepulcros en las dunas de arena. Los moriori, según expuso el profesor, fueron asesinados y exterminados por los maoríes en expansión.

«Los recogimos de las dunas junto al mar, bajo todo tipo de amenazas... Los antiguos caníbales habían desarrollado con el tiempo tal sensibilidad, que quisieron coaccionarnos para impedir la retirada de los restos de sus lejanos parientes. En consecuencia, nos vimos obligados a retirar con sigilo estas valiosas piezas durante las noches de luna, en medio del mayor secreto».

El profesor exhibió a su entrevistador «los numerosos cráneos y esqueletos». En sus palabras, «un valioso material, hasta donde yo tengo noticia único en los museos europeos, para la realización de diversos estudios anatómicos y antropológicos...».

«Un capítulo de la etnología digno de mayor reflexión», para el entrevistador Meyer.

Dentro del mismo género puede clasificarse un episodio narrado por Kenneth R. Hopkins, director del State Capitol Museum de Olympia (estado federal de Washington^[44]). Una de las primeras expediciones realizadas a principios del pasado siglo, cuando la expansión de los nuevos norteamericanos alcanzó la costa noroeste de los actuales Estados Unidos, sólo logró sobrevivir al crudo invierno de 1805-1806 gracias al apoyo de un jefe indio. Éste, llamado Comcomly, de la tribu de los chinook, había simpatizado con los capitanes Meriwether Lewis y William Clark, enviados a explorar el territorio por orden del presidente Jefferson. Poco después, el mismo jefe también prestó su apoyo a la expedición de John Jacob Astor, que culminaría con la fundación de la ciudad de Astoria. Esto ocurría en la época en que los inmigrantes aún no oprimían tan despiadadamente a los indios,

despojándolos de sus propiedades y asesinandolos después, como posteriormente sería la norma en el sombrío capítulo inicial de la historia de los Estados Unidos.

Al parecer, con el jefe Comcomly no hubo problemas; éstos sólo comenzarían después de su muerte. El jefe murió en 1829 o 1830, y fue enterrado según el ritual de la tribu. Pero un par de años más tarde, un hombre llamado Meredith Gairdner desenterró el cráneo del jefe; una tarea nada fácil, según sus propias palabras^[45]. La cabeza del muerto fue enviada a Londres como una curiosidad. En efecto, los chinook tenían la rara costumbre de vender el cráneo de los recién nacidos, aplanándolo. La cabeza de Comcomly se expuso durante más de un siglo en un museo británico y luego en otro norteamericano. Finalmente, las asociaciones indias consiguieron suspender esta exhibición, pero no pudieron obtener la custodia del cráneo.

En abril de 1972 se organizó en el puerto de Ilwaco, en la costa del Pacífico, el *Chief Comcomly Festival* en su memoria y coincidiendo con una exposición de productos indios. Los representantes de la tribu solicitaron permiso para exhibir también el cráneo del jefe, pero la Clatsop County Historical Society, que lo conservaba, no aceptó. Sólo les permitió tomar una fotografía para la exposición. Durante las negociaciones en torno a la devolución del cráneo, un portavoz de los indios ya había ofrecido a cambio la calavera de un blanco, si tan empeñado estaba el museo en exhibir una. Su oferta fue rechazada.

Hopkins ofreció ya en 1973 detalladas e interesantes sugerencias en el sentido de que los indios norteamericanos debían recuperar sus objetos culturales sitos en los museos estadounidenses, al tiempo que brindaba soluciones concretas. Obviamente, ya preveía las dificultades que surgirían y las objeciones que podrían oponer los «conservadores». Ciertamente que en aquella fecha los indios —cuyos derechos territoriales fueron reconocidos inicialmente por los Estados Unidos, en virtud de tratados que luego serían relegados al olvido y quebrantados— todavía no habían ganado tantos procesos entablados para lograr la restitución de sus derechos como en fechas posteriores. Tal vez ahora tengan mayores posibilidades de hacer valer sus reivindicaciones culturales. Lo cual podría hacerse luego extensivo a los poseedores europeos de objetos indios.

Que el saqueo de tumbas «siempre constituyó uno de los juegos arqueológicos favoritos de los blancos», como escribe Hopkins, queda particularmente patente en el caso de Egipto. Ciertamente es que los mismos egipcios ya saquearon los sepulcros reales antes de iniciarse la pasión

occidental por las antigüedades, pero los europeos procedieron con una intensidad que hace palidecer todo lo ocurrido hasta entonces. El orgullo con que se exhiben en los museos europeos las momias egipcias, la codicia con que el British Museum, en particular, ha creado un auténtico depósito de momias, constituye una mofa de cualquier sentimiento de compasión.

El museo londinense obtuvo su primera momia en 1756, y diez años más tarde ya tenía tres. Actualmente los cadáveres se apiñan en un reducido espacio, como barras de pan en el horno. En Manchester existe incluso un museo de momias, que hace escasos años compitió por el premio al mejor museo europeo. En Berlín, la primera momia apareció en 1802, en la *Königlichen Kunstammer*, antecesora del actual *Ägyptisches Museum*, como regalo del enviado prusiano en Constantinopla, general Von Knobelsdorff. La momia no permanecería demasiado tiempo sola.

Los museos justifican la exhibición de los cuerpos con el supuesto deseo de dar a conocer las diversas formas de amortajamiento y momificación empleadas en el antiguo Egipto. Sin duda no es preciso ser un santo para escandalizarse ante esta ostentosa profusión de cadáveres. ¿Se ha oído hablar jamás de otra cultura o civilización que arrancara los muertos extranjeros de sus tumbas para exhibirlos ante las miradas curiosas de los turistas? Y para colmo, esto se hace con difuntos que, en vida, creían firmemente que sólo una rigurosa observación de las normas de amortajamiento y decoración del sepulcro podría asegurarles la vida eterna.

En Egipto, como ya señalábamos, han existido desde tiempos lejanos saqueadores de tumbas. La riqueza de los tesoros encerrados en los sepulcros de los faraones se encargó de que así fuera. Pero coleccionar momias, es decir, cuerpos difuntos, como si de antiguas piedras o de sellos se tratase, fue una actividad reservada a los occidentales. En nuestro ámbito cultural existe, a todas luces, una curiosidad mucho más descarada que la de otros pueblos. En este sentido, no vale citar ciertos ritos funerarios, como los de Madagascar, que se celebran en circunstancias totalmente distintas y, sobre todo, en el ámbito familiar; ni tampoco la exhibición del cuerpo embalsamado de Lenin en Moscú. Esta última tiene al menos el carácter de ritual de exaltación y respeto, cosa que desde luego no puede decirse de la presentación en masa del British Museum.

¿Qué pensaríamos, por otra parte, si en un museo indio se exhibiera la osamenta o, suponiendo unas técnicas de embalsamamiento equivalentes, el cuerpo de Kant y de un papa de la Edad Media, mientras en Lagos se

ofrecieran a la contemplación los restos del emperador Guillermo I, en El Cairo los de la reina Victoria y en Dakar los de la reina Luisa?

Hace un par de años hubo ocasión de comprobar hasta qué extremos puede llegar la perversión de la curiosidad de los occidentales, cuando los egipcios enviaron la momia de Ramsés II a París, para un tratamiento especializado contra la acción de las bacterias y el ataque de los hongos. Nada hay que objetar a ello. Pero la televisión francesa aprovechó de inmediato esta circunstancia para crear un superespectáculo e introducir subrepticamente el cadáver de Ramsés en los comedores del público europeo a la hora de la cena.

¿Es necesario proceder así? ¿Es lícito? ¿No hemos contraído con ello una deuda con los telespectadores del Tercer Mundo, que nos obliga a ofrecer a su contemplación por lo menos los esqueletos de Adenauer, De Gaulle y unos cuantos más? Y, ateniéndonos al uso de los museos europeos, sería forzoso incluir también un par de «desconocidos» menos ilustres, para su exhibición en los museos o al menos a través de la televisión. ¿Qué pensaría el lector o lectora si se procediera así con los restos de su tatarabuela o de alguna antepasada más reciente?

Pero no sigamos por este camino. De hecho, los otros no pretenden nada por el estilo. Se trata de una especialidad occidental. Pero aunque procedamos de esta guisa con nuestros «propios» semejantes y muertos —como se hizo con los obispos de Bremen, por ejemplo, cuyos cadáveres fueron hallados bajo la catedral y no tardaron en ser presentados también a través de la pequeña pantalla—, ¿nos autoriza ello a hacer otro tanto con los de pueblos y culturas ajenos? Hace tiempo que me pregunto por qué nuestras Iglesias no dicen nada al respecto.

En semejante atmósfera, probablemente no pueden formularse particulares reproches contra el profesor que robaba esqueletos al amparo de la noche, o contra el ladrón del cráneo del jefe indio. Pero ¿es inevitable que todavía hoy, décadas y siglos más tarde, continuemos considerando normales, e incluso dignas de respeto, esas monstruosidades, por añadidura en nombre de una responsabilidad ante el género humano, como quisiera hacernos creer el British Museum?

A finales de 1980, por un momento pareció que al menos Egipto había decidido poner fin a la feria de momias. El presidente Sadat declaró, en octubre de ese año, que la exhibición de los cuerpos de los antiguos reyes egipcios en el museo de El Cairo era contraria a la doctrina de las tres religiones representadas en el ámbito mediterráneo —cristiana, islámica y judía—, y manifestó su propósito de inhumar de nuevo los cadáveres. A

resultas de ello también se clausuró provisionalmente la sala del museo donde se exhiben veintisiete momias de reyes y reinas, arrancadas de sus sepulcros y trasladadas a El Cairo en 1881, durante la dominación británico-otomana..., no sin protestas por parte de los egipcios. Desde 1928 han estado expuestas a la curiosidad del público.

Finalmente, el piadoso impulso no pasó de las palabras. El plan de celebrar una nueva inhumación se transformó en el proyecto de construcción de un nuevo museo o (como mínimo) de una sala de conservación subterránea, que seguirían estando abiertos al público, en las proximidades de las pirámides de Gizeh.

En cualquier caso, el episodio levantó murmullos de desaprobación entre el *lobby* de arqueólogos occidentales. En un artículo publicado en *Die Zeit* el 24 de octubre de 1980, Gerhard Prause recogía un canto de alabanzas al aparentemente continuo progreso en el estudio de las momias, entonado por Arne Eggebrecht, director del Pelizaeus-Museum de Hildesheim —que también tiene momias en exhibición—, así como, cosa aún más digna de señalar, de su colega Walter Konrad, del Roemer-Museum, también de Hildesheim. Al parecer, ambos comparten la opinión de que ya se ha aprendido mucho con el estudio de las momias, egipcias y de otras procedencias, y que cabe esperar aprender todavía mucho más.

Prause cita las siguientes palabras de Konrad: «Sin los modernos estudios médicos de las momias de los indios precolombinos, jamás se hubiera podido averiguar que la sífilis no fue introducida en modo alguno en América por los conquistadores occidentales, como afirma la leyenda moralizadora, sino que ya existía mucho antes de su llegada».

Personalmente, renunciaría con toda tranquilidad a este conocimiento. Si los científicos occidentales tienen tantos deseos de trabajar con cadáveres con siglos o milenios de antigüedad, tal vez deberíamos preguntarnos si no sería preferible que realizaran sus estudios con los cuerpos de difuntos papas, antiguos emperadores alemanes o, a ser posible, con los de sus propios antepasados. De hecho, ya podrían empezar a preocuparse ahora de hacer embalsamar adecuadamente a los hombres de Estado y jefes de la Iglesia recién fallecidos, en vistas a facilitar el estudio de sus pecados pasados dentro de un milenio. En cualquier caso, para estas investigaciones no se necesitan museos.

Con ello no estamos planteando, en modo alguno, un tema de debate nuevo, y no me anima ninguna pretensión de originalidad. En efecto, el 11 de mayo de 1928, el profesor Ludwig Borchardt, el mismo que quince años antes

llevara el busto de Nefertiti a Berlín, le escribía al consejero privado Erman^[46]:

«Aquí se está desarrollando en estos momentos... una batalla en torno a las momias de los reyes. Un político con reputación de gran financiero, el bajá Ismail Sidki^[47], quiere devolver por pudor las momias de los reyes a sus sepulcros de Tebas. (Una insensatez, puesto que allí acabarían siendo robadas más pronto o más tarde). También se me ha consultado al respecto... Yo he recuperado la antigua idea de Schweinfurth: construir un mausoleo y conservar abajo, fuera del acceso del público, las momias de los reyes, exhibir más arriba los objetos de Tutankamon y en el nivel superior los hallazgos de Deir el-Bahri^[48]».

9. Saqueo autorizado

Casi ningún país ha sufrido más que la India las consecuencias del pillaje de los comerciantes de arte y coleccionistas occidentales. Los ingleses, en particular, gozaron durante largo tiempo de auténtica «patente de corso» en el subcontinente. Thomas Babington Macaulay, en su famoso ensayo sobre el gobernador general de las Indias Orientales Warren Hastings^[49] —publicado en 1841—, describió así la primera época de la dominación inglesa:

«La única protección con que podían contar los conquistados residía en la moderación, benevolencia y generosidad política de los conquistadores. En épocas posteriores recibirían esta protección, pero al principio el poder inglés llegó a su país sin el acompañamiento de la ética inglesa... Existe escasa información sobre el proceder de Hastings en aquel tiempo, pero lo poco que se sabe y el mismo hecho de que se sepa tan poco le favorece. Ante la imposibilidad de proteger a los nativos, sólo le quedaba distanciarse de su explotación y opresión. Así parece haberlo hecho...». En significativo contraste, según Macaulay, con una época en la cual «la actividad de un empleado de la *Company*^[50] consistía simplemente en ganar lo más pronto posible cien mil o doscientas mil libras a costa de los nativos, para poder regresar a casa antes de que el calor comenzara a dañar su salud».

Tres cuartos de siglo después de Hastings, y a los casi veinte años de finalizado el «intervalo» señalado por Hastings, previo a la introducción del criterio inglés de que existían unas obligaciones de los dominadores hacia los «nativos», volvieron a desaparecer todas las inhibiciones. La circunstancia propicia, por no decir el pretexto para ello, fue la lucha contra los «sublevados» indios. En efecto, el ejército británico llevó a cabo uno de los saqueos más importantes de la historia reciente tras la ocupación de la ciudad de Lucknow^[51], en 1858.

«Hay compañías que pueden preciarse de contar en sus filas con soldados propietarios de fortunas que alcanzan los millares de libras —informaba un testigo presencial, William Russell, corresponsal del *Times* de Londres—. Oí contar que un hombre ofreció prestarle gallardamente a un oficial todo el dinero necesario para sobornar al capitán. Otros remitieron grandes sumas a sus amistades para su depósito y conservación. Antes de que esta carta llegue

a Inglaterra, numerosos diamantes, esmeraldas y perlas habrán narrado ya, callada y gentilmente, la historia de la destrucción y saqueo del Kaisar-Bagh. Desde luego, es una suerte que las bellas portadoras de las joyas no hayan presenciado la obtención del reluciente tesoro... Muchos de estos oficiales se han labrado literalmente su suerte y su fortuna. Algunos abollados baúles reglamentarios contienen cajitas que encierran latifundios en Escocia y en Irlanda, y agradables cotos de pesca y caza en cada rincón bien provisto del mundo.

»El botín se engrosa a diario. Se calcula que las subastas reportarán hasta 600 000 libras. Si pudieran valorarse los daños causados a los edificios, la destrucción de propiedades privadas, la degradación de las casas y terrenos..., las pérdidas sufridas por la capital de Oudh alcanzarían los 5 o 6 millones de libras esterlinas^[52]».

Además de sus reportajes en el *Times*, Russell publicó, en 1860, dos libros sobre sus experiencias en la India. Los hechos que narra tuvieron amplia difusión. Friedrich Engels, por ejemplo, se basó en ellos para sus artículos como corresponsal del *New York Daily Tribune*, y E. D. Forgues recogió mucha de la información que Russell ofrecía en su libro *La révolte des cipayes* (1861). En esta última obra puede leerse la siguiente descripción:

«Se ha perdido la disciplina. Los saqueadores atraviesan las puertas derribadas cargados de botín, ebrios de rabia y excitados por la visión del oro. Sus cuerpos se doblegan bajo el peso de las ricas telas, costosos tapices, brocados de oro y plata, joyeros cubiertos de diamantes, armas labradas... Algunos, con los brazos cargados de porcelanas o magníficos espejos, los estrellan furiosos contra las escaleras de piedra y vuelven en busca de un botín más valioso. Otros se dedican a desmontar las empuñaduras de las espadas, los cañones de las pistolas, los botones de las sillas de montar, los tubos de las pipas y las piedras preciosas que las decoran.

»Muchos arrastran gruesas y pesadas telas, entretejidas de valiosos metales y perlas. Otros se apoderan de lo que tienen más a mano y aparecen cargados de jarrones de bronce o de jade, cuadros, monstruosos recipientes de loza... Salen cargados de arquillas de hierro, joyeros, cajas fuertes, joyas, armas labradas, ornamentos. Uno de estos exultantes individuos, acaba de hacer saltar una cerradura que parecía de plomo, pero que era de plata de ley, y extrae del cofre una pulsera de esmeraldas, diamantes y perlas, de tal tamaño que parecía imposible que pudieran ser auténticos. Debe ser un fragmento de lámpara con colgaduras de falsas piedras preciosas, pensé.

»«¿Qué me ofrece Su Señoría por esto? —me preguntó el hombre—. Se lo dejo por cien rupias”. ¡Oh, desgracia! ¡Oh, triple desgracia! No llevaba ni un penique en el bolsillo, ni tampoco Stewart, ni los demás oficiales. Es la costumbre en la India. El asistente (de los oficiales) también administra la caja. El mío era particularmente meticoloso; nunca me dejaba nada en los bolsillos... “Mire —le dije a mi traficante—, le daré las cien rupias. Pero debo decirle que si estas piedras son auténticas, la pulsera vale más que eso”. «Es posible, es posible, mejor para Sus Señorías. Falsa o auténtica, se la doy por cien rupias. ¡Tengan, quédensela!». «Muy bien, pase esta noche por el cuartel general o, mejor aún, deme su nombre y el número de su compañía y yo le haré llegar el dinero». «Pero ¡Sus Señorías están de broma! ¿Cómo puedo saber donde estaré esta noche? ¡Tal vez entre los demonios del infierno, con un buen balazo en el vientre! Mire, me contentaré con dos *mohur*^[53] en metálico y una botella de ron. ¡Hoy no es día para conceder crédito, compréndalo!». «Imposible sacarle de allí y de nada habría servido continuar discutiendo. El improvisado joyero volvió a guardar en su cajita las fabulosas esmeraldas, cuyo recuerdo todavía me deslumbra ahora. Había perdido mi oportunidad...». Russell supo más tarde que las piedras preciosas de esa pulsera pasaron finalmente a manos de un oficial, que las vendió a un joyero por 7500 libras^[54].

»Mientras discutíamos la transacción, el saqueo empezó a adquirir proporciones fantásticas. Los soldados apilaron en el patio vestidos bordados, vajillas, mantos de brocado, escudos de armas, tambores, chales, fajines, instrumentos musicales, espejos, cuadros, libros, frascos de medicamentos, lámparas, escudos..., ¡todo lo imaginable! ¡Un catálogo completo ocuparía veinte páginas! Embriagados por el pillaje..., destruían las armas, para conservar sólo el oro y las piedras preciosas que las decoraban. Quemaron los tejidos de oro y plata en una hoguera alimentada por los mismos materiales, para fundir barras fácilmente transportables. Hacían añicos la porcelana y el jade por el puro placer de destruir».

El mismo Russell y los oficiales tampoco pudieron escapar a la exaltación del momento. Russell y su acompañante, Stewart, entraron en un almacén a través de una puerta derribada por los saqueadores. «Encontramos una montaña de cajas repletas, porcelana bien embalada, enormes jarrones, fuentes, todos de bellísimo jade. Algunos sólo contenían boquillas de pipa, cucharas, tazas y platillos, también de jade y, por tanto, de considerable precio. Allí había al menos una carga de camello de baratijas y curiosidades.

Stewart y yo —y otros dos o tres oficiales que se nos habían sumado— escogimos algunos objetos de nuestro agrado».

Al parecer, Delhi sufrió un saqueo parecido al de Lucknow. Quién sabe qué repisas, vitrinas y joyeros adorna actualmente el botín.

La actuación de las tropas occidentales con los tesoros chinos es más conocida en Europa, aunque también se reprimieron prontamente los rumores. En todos los países europeos, en América, en Japón, en los enclaves de los ricos en otros continentes hay infinidad de antigüedades chinas que nunca fueron compradas. Robadas por soldados y oficiales europeos, pasaron luego (cuando llegaron a hacerlo) al comercio «respetable».

Las tropas francesas e inglesas saquearon e incendiaron en 1860 el palacio de verano de Pekín, durante una de las numerosas expediciones enviadas para «abrir» o para castigar a China. Más le habría valido permanecer cerrada. Entre las notables descripciones de este saqueo, figura la de Charles Gordon, quien posteriormente, siendo gobernador del Sudán egipcio, sería derrotado con su ejército por El Mahdi, y caería en la acción. Cuando se realizó la expedición a China, Gordon era sólo capitán. En una carta, describió así la situación:

«Los chinos tuvieron entonces un plazo, hasta el 23 de octubre, para considerar nuestras condiciones: tendrían que pagar 10 000 libras esterlinas por cada inglés y 500 por cada soldado nativo muerto siendo su prisionero. Así lo hicieron, y ayer pagaron el dinero y se firmó el tratado. A continuación, el general ordenó la destrucción del palacio de verano. Se declaró públicamente que se trataba de una represalia por el mal trato que sufrieron los prisioneros. De inmediato avanzamos hasta allí y, tras un breve saqueo, todo fue pasto de las llamas. Así, se destruyó de forma francamente vandálica uno de los lugares más preciosos... Antes de emprender la retirada, cada uno de nosotros recibió 48 libras esterlinas, así como una parte del botín. Yo obtuve una bonita suma y otros todavía mucho más... D. pagó 16 chelines por un collar de perlas, por el cual al día siguiente le dieron 500 libras». El comandante que ordenó este acto de barbarie era nada menos que lord Elgin, el hijo del hombre que hizo trasladar a Londres los frisos del Partenón.

Cuarenta años más tarde, otros soldados europeos, entre ellos también alemanes, y asimismo japoneses, se encargaron de expoliar nuevamente a China con motivo de la rebelión de los *boxers*. El oficial al mando del ejército expedicionario alemán, Von Waldersee, escribió luego: «Cuando se trata del mérito del saqueo, cada nacionalidad asegura que otra se llevó la palma. Pero lo cierto es que todos participaron afanosa y ávidamente en el pillaje^[55]».

Todo el mundo sabía que los altos mandos saqueaban tanto como los escalafones más bajos^[56]. El ministro de Finanzas ruso, Witte, comunicó que un teniente general había regresado de su período de servicio en la región del Amur con diez grandes baúles llenos de objetos robados de los palacios de Pekín.

«Pekín sufrió meses de saqueo, y alemanes, ingleses, franceses, rusos, japoneses y otros participaron en él. Algunos con mayor desenfreno, otros con más astucia. En determinados casos, tal vez no todos los oficiales. De un modo u otro, no fue una página honrosa de la historia del hombre blanco», comentó J. Jaspersen^[57], testigo presencial alemán. Jaspersen insiste particularmente en que el comportamiento de los soldados alemanes durante el saqueo «no fue peor, pero ciertamente tampoco mejor que el de los contingentes de las restantes potencias. Tanto aquí como más tarde en provincias, donde realizaron numerosas expediciones, quedó totalmente destruida la buena fama conquistada por los soldados alemanes en Tientsin». Allí, «tras varios molestos incidentes, los oficiales simplemente optaron por no dejar salir a sus tropas del acuartelamiento amurallado».

El káiser Guillermo II había declarado durante la despedida del contingente alemán en el puerto de Bremen, el 27 de julio de 1900: «Los hunos, bajo el mando de su rey Atila, conquistaron mil años atrás una fama que todavía hoy los presenta como un pueblo poderoso en la tradición y en las leyendas. Así deseamos que establezcáis también la reputación de los alemanes en China, para que en el futuro milenio ningún chino vuelva a osar levantar la mirada, ni siquiera con envidia, hacia un alemán».

Peter Fleming describe^[58] el reparto de los valiosos instrumentos del observatorio imperial. Éste se encontraba en el sector alemán de la ciudad ocupada, y los alemanes consideraron, por tanto, las instalaciones como su legítimo botín de guerra. Pero los franceses alegaron entonces que algunos de aquellos instrumentos habían sido un regalo de Luis XIV al emperador K'ang Hsi. Los alemanes aceptaron esta alegación, pese a que la mayor parte de los instrumentos reclamados eran «piezas inconfundiblemente orientales». Franceses y alemanes se repartieron el tesoro y lo trasladaron a Europa. Finalmente, después de la primera guerra mundial, el artículo 131 del Tratado de Versalles obligó a los alemanes a devolver su parte del botín a China. En París es imposible obtener información alguna sobre la suerte corrida por la parte francesa.

André Malraux escribe en sus *Antimemorias*: «Recuerdo el museo chino de la emperatriz Eugenia en Fontainebleau, con sus chucherías trasladadas allí

tras el saqueo del palacio de verano y la conquista de Camboya... ¿Quién conoce ahora el museo chino de Fontainebleau?».

Pueblos más próximos también fueron despojados en verdaderos saqueos masivos. Cuando los franceses llegaron a Argelia en 1830, iniciaron su conquista por la ciudad de Argel, entonces famosa por su riqueza. «La alcazaba se vio sometida durante ocho días al más vergonzoso de los saqueos», comunicó un testigo presencial, el comandante Persat. Y no corrieron mejor suerte otras ricas ciudades argelinas.

En su libro *Le Maréchal de Saint-Arnaud*, Louis Bertrand escribe a propósito del saqueo de Constantina: «Saint-Arnaud quiso tender un velo sobre las escenas de caos y saqueo. Reconoce que era difícil contener a los soldados que tanto habían sufrido y estaban ebrios de sangre y matanzas. Pero se ve obligado a admitir que los oficiales siguieron el ejemplo de los soldados. Incluso añade que el jefe del estado mayor se aseguró la parte del león del botín». Bertrand se lamenta de que, de haber participado en el saqueo, Saint-Arnaud habría podido complacer al menos a sus seguidores.

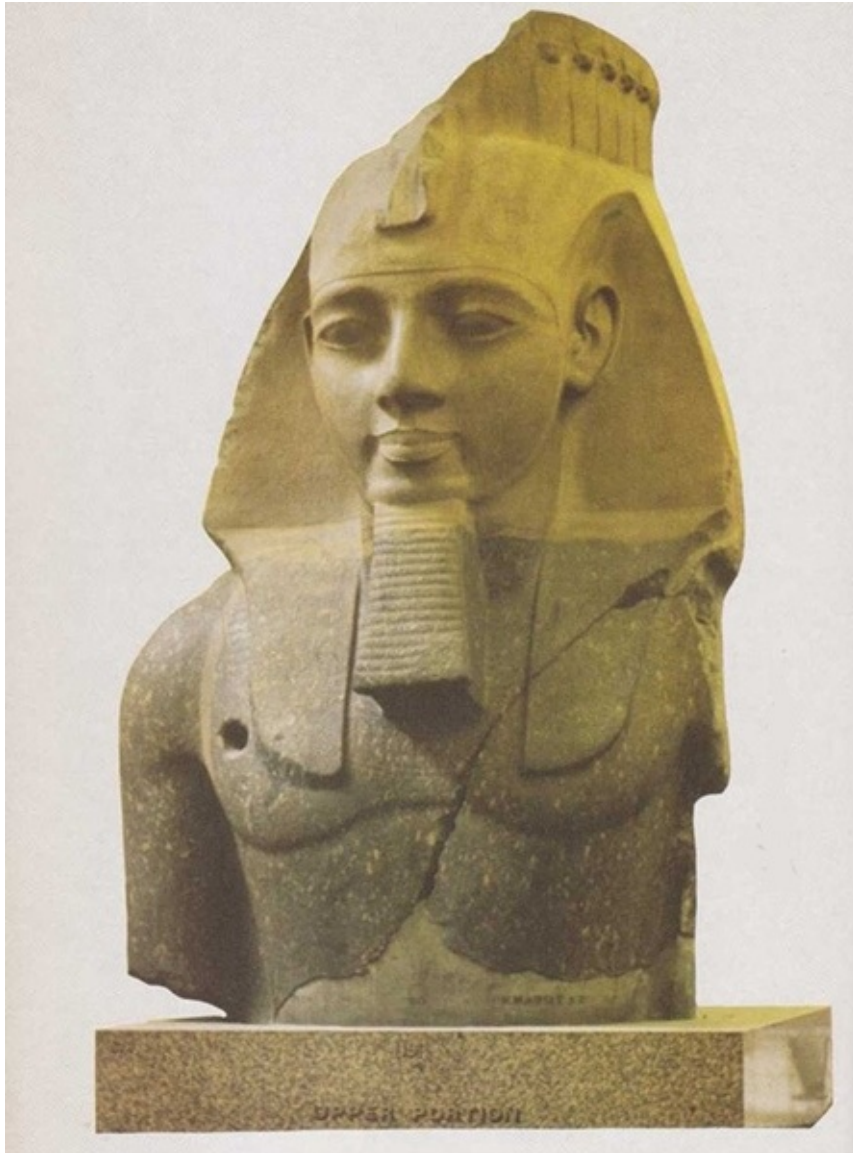
En menor escala, pero no por ello con menos frecuencia, el saqueo alcanzó también a los pueblos. El coronel Lucien de Montegnac describió en numerosas cartas sus experiencias durante la campaña de ocupación de Argelia. He aquí una pequeña muestra:

«Este tipo de expedición es sumamente peculiar y da lugar a escenas muy dolorosas. En cuanto averiguamos dónde se encuentra la tribu, cada uno parte en direcciones distintas. Nos desplegamos y nos acercamos a las tiendas. Sus ocupantes, despertados por la aparición de los soldados, se asoman en desordenado tropel, con su ganado, sus mujeres, sus hijos. Huyen en todas direcciones. Desde todas direcciones comienzan a disparar los fusiles contra los desgraciados, cogidos por sorpresa, sin posibilidad de defenderse. Se persigue a hombres, mujeres y niños, que pronto son apresados y agrupados por un par de soldados, que se los llevan... Finalmente, todos parten bien provistos: cargados de alfombras, madejas de lana, jarras de mantequilla, gallinas, armas y muchas otras cosas, que se encuentran en abundancia en estos a menudo ricos *douars*. Después se prende fuego a todo lo que no nos podemos llevar».

Las ciudades y pueblos argelinos representan sólo un ejemplo de lo ocurrido en miles de lugares de África y Asia, saqueados por las tropas de las potencias coloniales.



Sarcófago de la momia y retrato de Artemiodoro.
Actualmente se encuentra en el British Museum.



Ramsés II.
Actualmente se encuentra en el British Museum.



La diosa Urna de Prasad Andet, Kampuchea.



Máscara de un rey para la representación teatral del Kolan, Sri Lanka.



Arriba: Figura de Buda de la terraza superior de Borobudur.
Bajo la protección de la UNESCO.
Abajo: Representación en relieve de la vida de Buda,
rampa del templo de Borobudur.
Bajo la protección de la UNESCO.



Conjunto de templos prehistóricos de Tarxien, en Malta.
Bajo la protección de la UNESCO.



La diosa Tara, Sri Lanka.



Cabeza de un bodhisattva de Turfan.
República Popular China.

10. El saqueo de Benin

El reino africano de Benin ofrece un ejemplo paradigmático del pillaje de objetos artísticos. Aun la persona que considere con más benevolencia el período colonial, no podrá negar que estos objetos fueron sacados del país ilegalmente, por la fuerza.

Los primeros navegantes portugueses ya dieron cuenta del esplendor y riqueza del país situado en la parte meridional de la actual Nigeria, al este del curso bajo del Níger. Describieron un gran palacio y templos en honor de los antepasados del rey y de los dioses. En el palacio y en los santuarios se exhibían grandes y valiosos objetos, cabezas de tamaño superior al natural, decoradas con penachos de plumas y con un orificio en el extremo superior, en el que se insertaban colmillos de elefante, cuyo extremo se apoyaba en la pared situada detrás. En el palacio había leopardos de marfil, al parecer un símbolo de la fuerza del rey, el cual recibía el título de *oba*. Este rey parecía gobernar un vasto dominio y disfrutaba de abundantes ingresos, obtenidos sobre todo del tráfico de marfil, pero esencialmente también merced a las ofrendas de sus súbditos o a los tributos de otros pueblos sometidos.

Este reino estableció relaciones comerciales con los europeos. Éstos se habían instalado en la costa y al principio le compraron marfil y esclavos, para dedicarse luego a la adquisición de aceite de palma. Los comerciantes eran principalmente portugueses, españoles y holandeses, hasta que a principios del siglo XIX acabaron por predominar los ingleses.

Gran Bretaña estableció a mediados del siglo XIX sus primeros protectorados en la costa nigeriana, al mismo tiempo que intentaba afianzar también el comercio con el reino de Benin. No tardaron en surgir dificultades por parte de los grupos étnicos de la costa, como los itsekiri. Deseosos de consolidar su posición de intermediarios entre los compradores europeos y los productores del interior, intentaron impedir la penetración europea del territorio. Por otra parte, tampoco al rey de Benin le interesaba llegar a depender excesivamente de los ingleses, pues corría el peligro de que con el tiempo pudieran llegarse a apropiarse de sus negocios.

Durante unos años, los ingleses intentaron establecer un contacto directo con la corte de Benin, cosa que el *oba* supo impedir muy sabiamente. Por

último, los británicos justificaron su deseo de firmar un tratado con el rey de Benin, basándose en las repetidas informaciones de que en ese país se realizaban sacrificios humanos. Con gran celo misionero, los ingleses afirmaron que era preciso poner fin a esta costumbre inhumana, lo cual sólo podría lograrse mediante un tratado.

Persiguiendo metódicamente la consecución de su fin, los ingleses nombraron en 1891 un vicecónsul responsable de la administración del territorio, a pesar de que esa tarea no era en absoluto de su competencia. Este representante del gobierno británico tenía como misión obligar al *oba* a firmar un tratado. Sin embargo, transcurrirían otros seis años antes de que se lograra someter el reino.

En ausencia del vicecónsul, que se hallaba de permiso en su país, su sustituto, Phillips, propuso acudir a la ciudad de Benin y celebrar una entrevista definitiva con el rey. Cuando tuvo noticia de su inminente llegada, el *oba* Ovonramwen le respondió que su visita era bien acogida, pero que debería aplazarla a causa de la festividad del *yarn*.

Esta celebración de la cosecha de los tubérculos de *yarn*, el principal alimento de los habitantes de Benin, constituye el hito más importante de su vida colectiva. El rey hizo saber a Phillips que ningún extranjero podía entrar en la capital durante esa festividad.

Phillips hizo caso omiso de los deseos del rey y a principios de enero de 1897 se ponía en marcha rumbo a la capital. Ante la noticia del avance de los ingleses, el rey convocó una conferencia de ancianos y funcionarios del reino para deliberar acerca de las acciones que debían emprenderse. Él era partidario de dejar entrar a la delegación británica en la ciudad, pero los «halcones» de su consejo se manifestaron en favor de atacar por sorpresa la expedición y matar a sus integrantes. Pese a las instrucciones en sentido contrario del rey, los «halcones» no obedecieron sus deseos y atacaron la expedición, dando muerte a Phillips.

Cuando la noticia de lo ocurrido llegó a Inglaterra, los británicos movilizaron tropas destacadas en el Mediterráneo, en la propia Inglaterra, en la entonces Costa de Oro y en Sierra Leona. Un ejército de 1500 hombres salió a principios de febrero rumbo a la ciudad de Benin, que ocuparon el 18 de febrero de 1897. El *oba*, seguido de una parte importante de la población, huyó de la capital, tras la entrada de las tropas en su recinto y el bombardeo del palacio. Comoquiera que fuese, los ingleses anunciaron que habían entrado en una ciudad vacía, en la que sólo podían verse los cadáveres de personas ejecutadas. Una versión por desgracia demasiado frecuente en los

partes oficiales de guerra como para que sea posible darle crédito. La ciudad fue saqueada, y al cabo de dos días era pasto de las llamas, supuestamente a causa de la imprudencia de un soldado.

Un historiador británico, que ha estudiado con gran dedicación la historia de Benin y sus relaciones con los europeos, señala a propósito de este incendio que, afortunadamente, la mayoría de los magníficos objetos de bronce del palacio habían sido trasladados a un lugar seguro y así escaparon a la destrucción, cuando algunas partes del edificio fueron voladas o incendiadas.

Todos estos objetos fueron transportados a Inglaterra. Una parte de ellos, considerados como botín de guerra por el gobierno británico, fueron cedidos al British Museum. Otros se vendieron en subastas y se dispersaron por el mundo entero. Pero una gran parte quedó en manos de los oficiales y soldados británicos. De ahí que con relativa frecuencia aparezcan piezas de Benin como parte del legado de alguna familia británica.

El saqueo fue tan sistemático que en Benin no quedó un solo objeto, y cuando en la década de 1970 la ciudad de Benin construyó su propio museo, tuvo que contentarse con exhibir fotografías y copias, a fin de ofrecer al menos una muestra de la antigua cultura e historia del reino.

Nigeria se dirigió entonces a todos los coleccionistas y museos, en un llamamiento ante la Conferencia General del Consejo Internacional de Museos celebrada en 1971 en Grenoble, solicitando la devolución de al menos una pieza por parte de cada uno. Pero casi nadie se tomó siquiera la molestia de responder. Sólo el Museo Rockefeller se declaró dispuesto a devolver un objeto a Nigeria, siempre que otro museo o coleccionista manifestara su intención de hacer otro tanto. Pero al no ser éste el caso, Nigeria se marchó con las manos vacías.

Profundamente decepcionados por esta reacción, los nigerianos se han convertido en los más aplicados defensores de la restitución del patrimonio cultural confiscado. En el caso de Benin ya han logrado averiguar, además, la localización de la mayoría de los objetos, gracias al catálogo establecido por un científico inglés, que en la década de 1960 visitó numerosos museos y famosas colecciones privadas como parte de un proyecto de investigación.

El punto más debatido de la devolución de las piezas de Benin a Nigeria es una máscara real de marfil provista de cinchas, que actualmente se encuentra en el British Museum. Esta máscara se escogió como símbolo del Festival de Cultura Panafricano celebrado en Nigeria en 1978, y con este motivo se exigió su devolución. Al recibir nuevamente una categórica

negativa, se solicitó al menos el traslado de la máscara a Lagos y su exhibición mientras durase el festival. Esta solicitud topó, como en tantos otros casos, con objeciones basadas en problemas de conservación. Se alegaba que la máscara no resistiría el cambio de clima y corría el riesgo de sufrir algún daño por esta causa. Los funcionarios del British Museum pasaron por alto el hecho de que ya logró resistir una vez el cambio de clima: cuando fue trasladada de Nigeria a Inglaterra.

En total se conocen cinco de estas máscaras, una de las cuales se encuentra en el Linden-Museum de Stuttgart. Los nigerianos también intentaron comprar, igualmente sin resultado, una de ellas que hoy forma parte de un patrimonio privado británico. A resultas de ello, durante un tiempo los nigerianos se negaron a comprar los objetos de su país que se ofrecían en las subastas de Londres, París y Nueva York, donde han llegado a alcanzar precios altísimos. Esta postura la mantuvieron hasta 1981, cuando adquirieron por 220 000 libras esterlinas una cabeza de bronce de *oba*, probablemente de principios del siglo XIV. También lograron, a precios no menos exorbitantes, un gran relieve con tres figuras de pie y una campana de marfil. Posteriormente —sin duda debido al progresivo empeoramiento de la situación económica nigeriana—, no se ha tenido noticia de nuevas compras.

Por cierto que en el caso de la colección de Benin es particularmente dudoso el argumento de que las piezas se habrían destruido de todos modos en África. La famosa colección alemana de Benin se depositó en una mina de sal durante la segunda guerra mundial, y desde entonces se ha perdido su rastro. Se ignora qué ha sido de ella, aunque existen rumores de que hace unos años apareció en Varsovia una pieza. Pero ante la imposibilidad o la negativa de ofrecer una información más precisa, el misterio sigue rodeando el destino de aquella colección, otrora exhibida en Berlín.

11. Ostentación de oro robado

«Asante: Reino del oro... El poder y esplendor de un gran reino africano occidental del siglo XIX...». Los carteles del Museum of Mankind, visibles desde lejos, llamaron la atención a numerosos transeúntes del West End londinense en 1981 y 1982. El nombre de la institución permite dos interpretaciones: que allí se exhiben objetos que son patrimonio de la humanidad o que se trata de un museo *para* la humanidad. En ambos casos parece que nos hallamos ante una iniciativa en la que están comprometidos todos los pueblos.

En realidad consiste en la sección «etnográfica» del British Museum, físicamente separada de él, pero no por ello menos consecuentemente británica, cosa que desde luego no duda el visitante de Burlington Gardens, a pocos pasos de Piccadilly. Si bien es cierto que la lectura de los folletos informativos y pasquines del museo sólo permite detectar edulcoradas referencias al pasado imperial.

«Las colecciones del Museum of Mankind proceden de los pueblos de África, Australia y las islas del Pacífico, de América del Norte y del Sur y de ciertas zonas de Asia y Europa», puede leerse. «Proceden», como si hubieran sido ofrecidas graciosamente al museo, o tal vez incluso vendidas a buen precio por los pueblos que el museo denomina «indígenas», empleando una expresión que sin duda no aplicaría a ningún británico, ni casi a ninguna persona perteneciente al mundo de los antiguos dominadores de la Tierra. Sólo en raros casos se especifican con claridad las transacciones a través de las cuales el museo fue reuniendo sus fondos.

Asante, Asanti o Ashanti era un reino del interior de lo que entonces los británicos llamaban, justificadamente, «Costa de Oro», en el actual territorio de Ghana. En el siglo XVIII llegó a erigirse en uno de los Estados más poderosos de África, y en el siglo XIX entró en creciente pugna con los británicos, que se habían hecho fuertes en la costa. Los asantes veían amenazado su acceso al comercio costero, particularmente cuando los británicos comenzaron a apoyar a otras tribus de la zona en su lucha contra ellos. En el curso de este «toma y daca», las tropas británicas y sus aliados africanos sufrieron varias derrotas (el propio gobernador cayó en una de ellas,

en 1824), la más grave durante la campaña de 1863-1864. A finales de 1873, el gobierno de Londres decidió acabar definitivamente con esta amenaza.

La expedición se preparó con el mayor cuidado pero sin ningún secreto, lo cual originó un animado debate a favor y en contra en la prensa británica, particularmente en el *Times*. Se manifestaron opiniones totalmente contrarias a la campaña. Incluso en el momento de máximo apogeo del colonialismo, en el país de los señores coloniales no estaba generalmente aceptado, ni mucho menos, el ataque arbitrario contra un pueblo extranjero. Pero esto no bastaba para frenar la expansión colonial.

«Nos complace poder anunciar la rápida derrota de los ashanti y la toma de Kumasi por la expedición británica al mando del general de brigada *sir* Garnet Wolseley», comenzaba un artículo detalladamente ilustrado publicado en *The Illustrated London News* del 28 de febrero de 1874. El rey asante había abandonado la capital con sus tropas una vez perdida la batalla. Kumasi fue abundantemente saqueada e incendiada luego.

El botín resultó notable. El reino de Asante no era tan débil, pobre y primitivo como ha venido presentando durante siglos la descripción histórica europea de los países africanos. En el primer informe de una delegación inglesa enviada a Kumasi (1817), su autor (Th. E. Bowdich) se manifiesta francamente abrumado por la riqueza, esplendor y organización que allí pudo observar. La economía de los asante se basaba en el oro (no en vano se designó esa región con el nombre de «Costa de Oro»), y sobre la base de esta riqueza minera se había erigido un poderoso Estado. Pero, evidentemente, los nativos no estaban en condiciones de enfrentarse a la supremacía técnica de los conquistadores coloniales.

Aunque los vencidos lograron esconder y llevarse bastantes cosas, quedó un botín suficiente para los saqueadores europeos, incluido un buen número de objetos ceremoniales de oro de la corte real. Y la codicia también hizo cometer errores a los atacantes. «El botín procedente del palacio comprendía varios sacos de fino polvo de latón, que nosotros tomamos por auténtico polvo de oro», contaría luego, decepcionado, un miembro de la expedición.

Además de este botín, los británicos obligaron al rey de Asante a pagar una «indemnización», que incluyó varios objetos del tesoro real. Su poder había quedado roto, pero todavía se le consideraba una amenaza. En 1896 fue derrocado por una nueva expedición y se estableció un dominio colonial directo. Posteriormente, ya en nuestro siglo, Londres permitió la gradual reinstauración de un reino asante, en el actual territorio de Ghana.

Lo cierto es que resulta imposible reconstruir plenamente los rastros de esta historia en el lugar de los hechos. Muchas piezas importantes decoran los museos británicos, y entre ellas ocupan un lugar destacado las obtenidas como botín, a través del saqueo directo o como parte de la «indemnización», como producto de las expediciones de 1874 o 1896. Aparte de las piezas del Museum of Mankind, existen otros objetos en el Pitt Richards Museum de Oxford y en el Glasgow Museum & Art Gallery, Ethnography-Department.

El científico ghanés Kwasi Myles^[59] intentó establecer hace años un inventario de las piezas procedentes de su país actualmente en posesión de los museos británicos. También incluyó la procedencia y el nombre del gentil donante, cuando estos datos aparecían consignados en los archivos del museo. No cuesta imaginar su reacción al recoger anotaciones como ésta: «Del legado de sir Frederick Maurice..., *adquirido (acquired!)* por el padre de sir Frederick en la toma de Kumasi en 1874»; «Cinco bolas de oro *recogidas (collected!)* durante la expedición a Ashanti del año 1874»; «donada (una silla de madera labrada) por sir Archibald Alison, que la *obtuvo (got it!)* durante la expedición a Ashanti de 1874».

Además de la interesante selección de los términos, Myles descubrió que «un número extraordinario» de las colecciones ghanesas de los museos británicos se hallaban «desmembradas y repartidas en diversos centros...».

12. «Trueque» en los mares del Sur

Cuando los mares del Sur empezaron a ser conocidos en Europa, en el siglo XVIII, como resultado de los diversos viajes del capitán británico James Cook, y a medida que iban recibándose nuevas informaciones sobre el lugar, comenzó a crearse la imagen de unas islas paradisíacas, pobladas por hombres y mujeres felices. Una imagen que todavía ronda la imaginación de europeos y norteamericanos. Un alud de visitantes de todo tipo, cazadores de ballenas, misioneros y, finalmente, funcionarios gubernamentales, invadió las islas y las despojó de su artesanía tradicional. Un estudio realizado a propósito de la devolución del patrimonio cultural en el caso de Samoa occidental, permitió comprobar que actualmente no queda allí muestra alguna de su producción artesana tradicional.

En este caso, los habitantes de las islas de los mares del Sur no fueron despojados mediante un brutal saqueo, sino aprovechando un sistema muy particular de intercambio de regalos, que los europeos pronto aprendieron a utilizar en beneficio propio. El intercambio de regalos constituía la base del comercio en el Pacífico, pero al mismo tiempo iba ligado a las relaciones sociales entre las personas que se ofrecían los presentes. Bronislaw Malinowski describe con extraordinaria precisión y claridad este tipo de intercambio en su libro *Argonautas del Pacífico occidental*, al examinar el *kula*. Éste es una forma de trueque efectuada a lo largo de una ruta exactamente fijada, entre una sucesión de islas situadas al norte y al este del extremo oriental de Nueva Guinea. En el *kula* se intercambiaban dos tipos de objetos: un largo collar de conchas rojas, siguiendo el sentido de las manecillas del reloj, y en sentido contrario, pulseras de conchas blancas. Los receptores de estos regalos los conservaban durante un breve tiempo y luego volvían a regalarlos a su vez.

En otras islas del Pacífico el intercambio no estaba tan institucionalizado como en el caso descrito por Malinowski, pero en todas partes se hallaba generalizada esta costumbre. Los europeos advirtieron muy pronto las ventajas que podía reportarles este sistema. Por su parte, los habitantes de las islas, los incluyeron gustosamente en el mismo, puesto que poseían objetos desconocidos para ellos y que les parecían de utilidad.

Los primeros relatos de los viajeros europeos que recorrieron el océano Pacífico están plagados de descripciones de los abundantes regalos con que obsequiaban sus habitantes a los recién llegados. Un ejemplo característico es la descripción de la visita de James Cook a Dusky Bay, en Nueva Zelanda, en 1773, en la cual se narra el encuentro del capitán y su acompañante alemán, Johann Reinhold Forster, con un hombre y una muchacha: «... Y el hombre les regaló a los dos, después de saludarlos con la nariz, como de costumbre, un nuevo vestido o, más bien, una pieza tejida con numerosas fibras de la planta del lino, bellamente decorada con plumas de papagayo entretejidas; además, obsequió al capitán con un fragmento de *Lapis nephriticus* o piedra de talco verde de Nueva Zelanda, afilado como el filo de un hacha».

En Tahití, el capitán fue obsequiado con varios mantos de plumas, que tuvo que vestir en seguida, y con los que casi no podía moverse.

Otra descripción de la visita de Cook a Tahití demuestra que, en efecto, se trataba de un intercambio de regalos, en el cual no se tenía necesariamente en cuenta su valor. Georg Forster cuenta que los isleños se interesaban poco por los «artículos europeos de mayor utilidad», inclinándose más bien por los objetos que se asemejaban a los suyos. «... Sí, incluso valoraban particularmente las esteras de Tongabatu, que en el fondo eran del todo idénticas a las suyas. Nuestros marineros aprovecharon esta circunstancia y los embaucaron a menudo, vendiéndoles bajo otros nombres esteras adquiridas en el mismo lugar o, como máximo, en las otras islas Sociedad».

Posteriormente, este intercambio de regalos seguiría pautas más racionales. En vez de productos de artesanía, los europeos prefirieron obtener alimentos y copra, los cocos cortados y secos de los que se extrae el aceite.

En cualquier caso, los isleños no regalaban sus objetos como obras de arte, ya que no tenían ese significado para ellos. Lo importante era la capacidad de fabricar tales objetos. Pero no debe extrañarnos que actualmente, al exigir su devolución, se consideren obras artísticas. Nosotros mismos les inculcamos, hace ya largo tiempo, ese concepto.

13. Expediciones a Alaska

El afán coleccionista de los europeos fue tan intenso en el extremo Norte como en el Sur. Evidentemente, no todos los objetos fueron robados u obtenidos por la fuerza. Los coleccionistas también pagaron algunas cosas, en general a bajo precio; otras las obtuvieron a través del trueque y otras, finalmente, en forma de regalos. Cierto es que en muchos pueblos los regalos tenían un significado distinto que entre nosotros. No se consideraba la posibilidad de que el receptor entendiera el regalo como propiedad personal y se lo llevara a miles de kilómetros de distancia. Al contrario, se partía de la base de que a su vez lo regalaría dentro del territorio en el cual lo había obtenido.

Cuanto más pequeños los pueblos, más amargo fue el posterior descubrimiento del enorme precio que tendrían que pagar por su buena fe, no sólo en el terreno económico, social y político, sino también en el ámbito cultural. «¿No debería preocuparnos que los mejores y más antiguos productos culturales de Alaska se hallen encerrados en vitrinas climatizadas de famosos museos situados a miles de millas, sin que jamás puedan contemplarlos los habitantes de Alaska que no se han movido de su tierra?», preguntaba Thelma Buchold, miembro de la cámara estatal de representantes de Alaska.

El director del Museo del Estado, Alan Munro, añadía en un informe: «Incontables materiales de la cultura autóctona fueron transportados lejos desde las primeras expediciones de Vitus Behring, a mediados del siglo XVIII». Algunos de los hombres citados por Munro como responsables de la salida de objetos del país, también adquirieron fama de coleccionistas en otros lugares del mundo, Cook y Jacobsen entre ellos.

El Estado norteamericano de Alaska envió recientemente una pequeña delegación en gira por algunos de los más importantes museos europeos. Sus integrantes se interesaron fundamentalmente por los objetos alaskeses del período comprendido entre 1741 y 1900. «Desgraciadamente, el material etnográfico de este período no se halla bien representado en Alaska, y tampoco es fácil su obtención», concretaron. Los cuatro miembros de la delegación encontraron ese material en desbordante abundancia en Londres,

Leninburgo, Helsinki, Berlín, Hamburgo y Bremen. Más de un millar de piezas, que registraron y fotografiaron meticulosamente.

El equipo tuvo que «asombrarse repetidas veces ante la diversidad y complejidad del material cultural de este período concreto de la historia de Alaska», como manifiestan en su informe, publicado en 1982. Incluidos «objetos de increíble belleza y calidad artesana». Y sigue una larga lista, que los especialistas encabezan con la frase: «Vimos por primera vez...».

Munro cierra así su informe: «Confío que algún día nos serán devueltos estos tesoros culturales». Entretanto, él y sus colaboradores se proponen continuar su inventario, visitando otros museos, e intentar llegar a algún arreglo con los «propietarios», a fin de poder exhibir algunas piezas en Alaska, aunque sea en depósito. Munro calcula que un total de unos 10 000 objetos procedentes de Alaska se encuentran actualmente en instituciones situadas fuera de su territorio.

14. Ladrones, contrabandistas y diplomáticos

Hace un par de años, dio la vuelta al mundo la noticia de que a un príncipe austríaco, funcionario de las Naciones Unidas, le habían sido incautados, en Chipre, camiones llenos de valiosos objetos artísticos antiguos. En Chipre, al igual que en muchos otros países del mundo, se requiere una autorización especial para la posesión, comercio y exportación de tales objetos.

Este caso sacó una vez más a colación un tema que suelen silenciar cortésmente las autoridades del mundo entero. Desde tiempos remotos, el comercio y los coleccionistas occidentales de antigüedades se han aprovisionado a través de los diplomáticos u otras personas dotadas de similares privilegios. En general, ellos tienen derecho a cruzar las fronteras sin ningún control de su equipaje, particularmente cuando se trasladan con todas sus pertenencias de un país a otro. Puede decirse que constituyen la fuente «clásica» de aprovisionamiento, si se considera que el traslado de bienes culturales a Europa y Norteamérica sólo empezó a adquirir verdadera envergadura «gracias» a los diplomáticos destacados en el Cercano y Lejano Oriente, en África, Asia y América latina.

Lord Elgin, al cual debe el British Museum los inmensos frisos del Partenón, actuaba como embajador británico ante la Sublime Puerta de Constantinopla. El transporte se realizó de forma totalmente pública. Los gobernantes ante los cuales estaba acreditado el fletador tenían escaso contacto con la cultura y la historia de los países que administraban, nominal o efectivamente. A menudo también se trataba de países y pueblos extraños para ellos. En la actualidad, sólo en raras ocasiones se da el caso de que un gobierno o un jefe de Estado disponga tan generosamente de las valiosas antigüedades de su país y las ofrezca como muestra de hospitalidad a los representantes de otras naciones.

Sin embargo, el flujo de antigüedades procedentes del Tercer Mundo no se ha interrumpido. Tras el público expolio de las posesiones de los débiles, en tiempos de la dominación colonial de América latina, Asia y África, y las condiciones que aquella impuso, desde que se inició la «descolonización» ha cobrado auge el contrabando de objetos. La mayoría de los países perjudicados son demasiado pobres y débiles para imponer el cumplimiento

de sus leyes y prohibiciones de exportación, y mantener la vigilancia de sus fronteras.

El gobierno de la India ha tenido motivos de queja particularmente frecuentes, lo cual resulta muy comprensible si consideramos la extensión del país y de sus antiguos tesoros culturales. Según datos publicados en la *Far Eastern Economic Review* del 17 de febrero de 1983, durante la última década salieron de modo ilegal de la India más de 50 000 objetos artísticos. En el período 1977-1979 se denunciaron más de 3000 importantes robos de antigüedades. «Sólo llegaron a aclararse diez de estos casos».

Pero la India no es el único país afectado, ni mucho menos. Se ha hecho famoso el caso del diplomático norteamericano George Henderson, que en 1969 exhibió en la galería de arte de la Ohio State University una colección de antiguas y valiosas piezas coreanas. 143 en total, algunas del siglo I. Había obtenido la mayor parte de ellas durante el ejercicio de su cargo de agregado cultural y *political officer* de la embajada de los Estados Unidos en Seúl. *Asiaweek*, en su número del 3 de julio de 1981, de donde he recogido este caso, cita declaraciones de funcionarios coreanos, según las cuales Henderson envió esta colección a su país como parte de sus enseres domésticos, un año después de la entrada en vigor de una ley coreana que prohíbe toda exportación de este tipo sin expresa autorización oficial.

«¿Cómo pudo acumular un diplomático de rango medio semejante riqueza en obras de arte coreano?», se preguntaba *Asiaweek*. El presidente de la Sociedad Coreana para la Protección del Patrimonio Cultural, doctor Lee Sun-Keun, cifraba su valor en varios «millones de dólares». El propio Henderson declaró que muchas de las piezas le habían sido regaladas por coreanos que esperaban obtener algún favor de él. Las restantes las había adquirido con su propio peculio, sin llegar a pagar más de mil dólares por ninguna de ellas, y a un precio inferior a los cien dólares en la mayoría de los casos. La indignación coreana debía de obedecer sin duda a motivos políticos, puesto que eran del dominio público las críticas de Henderson al gobierno de Seúl.

Comoquiera que fuere, los esfuerzos de los coreanos por recuperar la colección de nada sirvieron. Pero el Ministerio de Cultura había adquirido «conciencia del problema», y cursó orden a las representaciones diplomáticas coreanas en el extranjero de investigar las colecciones locales, en busca de objetos culturales de su país, y tomar nota de ellos. Se localizaron casi 7000 piezas; la mayoría en museos de los Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y Alemania, «países entre cuyos diplomáticos en los últimos años de la dinastía

Yi se contaban muchos afanosos coleccionistas», como señalaba *Asiaweek*. El único país que hasta la fecha ha efectuado una devolución considerable a Corea es Japón, su antigua potencia colonial y ocupante. Norteamérica también devolvió algo. Los coreanos están intentando volver a comprar al menos una parte de su patrimonio cultural, pero hasta la fecha no han tenido demasiado éxito.

El representante de Bangladesh también tuvo que denunciar desagradables historias de diplomáticos en las correspondientes conferencias internacionales. ¿Qué país pobre se atrevería a detener a un embajador norteamericano que desea llevarse obras de arte? Las autoridades no le denegarían el permiso de exportación, teóricamente ilegal. Parecida suerte tuvo un diplomático belga. También gracias a un simposio internacional conocemos el caso del diplomático alemán que se dirigió sin éxito al presidente de la nación, solicitando una licencia especial (legalmente prohibida) para exportar una estatua de Vishnú; petición que incluso llegó a reiterar estando ya destacado en otro país.

Estos ejemplos no demuestran la existencia de un contrabando «diplomático»; sólo constituyen algunas de las numerosas pruebas de que ciertos diplomáticos buscan gustosamente prebendas extraordinarias. Más grave es el claro abuso de la inmunidad diplomática.

Desde el otro confín del mundo, la jefa de la Dirección Nacional del Patrimonio Histórico de Panamá, Reina Torres de Araúz, escribió en 1981 a la UNESCO:

«Tenemos que dar a conocer el problema del contrabando diplomático..., una práctica muy extendida, como también ocurre en otros países centroamericanos. Amparándose en la inmunidad diplomática, muchos funcionarios de las embajadas se llevan piezas de gran valor, ya sea al abandonar el país o aprovechando breves viajes al extranjero».

El director del Instituto Nacional del Patrimonio Cultural del Ecuador, Rodrigo Pallares Zaldumbide^[60], informó a finales de 1978 que el instituto había recibido información confidencial de que un diplomático de una embajada europea pensaba aprovechar su próximo traslado para llevarse multitud de objetos cuya exportación está prohibida. El instituto informó, a través del Ministerio de Relaciones Exteriores, al embajador del país en cuestión, y en su presencia se abrieron y registraron las cajas, algunas de enorme tamaño. Al principio no se encontró nada y el embajador empezó a manifestar muy claramente su indignación. Pero luego, tras varias horas, se produjo el esperado hallazgo: 910 antigüedades de la época colonial.

Las piezas fueron requisadas y las autoridades comunicaron el caso a la prensa, «pero sin citar nombres, por consideración hacia el país implicado y a su embajador».

Torres de Araúz cita también el caso de un «técnico» de cierto organismo internacional. Muchos de ellos gozan igualmente de privilegios diplomáticos, y algunos, nunca se sabrá cuántos, se aprovechan de esta circunstancia.

Con particular resentimiento expuso Enamul Haque, director del museo de Dacca (Bangladesh), la trágica situación de su pueblo tras la guerra de independencia que culminó con la separación de Pakistán:

«Las organizaciones de ayuda se abalanzaron sobre el país asolado por la guerra. Y si bien a muchas de ellas las animaba la mejor voluntad de prestar ayuda, algunos de sus miembros se llevaron auténticos cargamentos de recuerdos al partir, en su mayor parte objetos artísticos antiguos y tradicionales. Hubo una gran afluencia de extranjeros de todo tipo. En muchos casos, los auxiliares, diplomáticos, médicos, turistas, asesores, comerciantes, empresarios, ingenieros, técnicos y demás fingieron ignorar la legislación del país, que prohíbe la exportación de antigüedades y obras de arte sin la correspondiente licencia. Disponían a todas luces de gran poder adquisitivo e importantes medios de transporte, y muchos no dudaban en intentar engañar por diversos métodos a los funcionarios encargados de vigilar el cumplimiento de la ley y de actuar preventivamente, insuficientes en esa fase de posguerra. En la situación de hambre que reinaba en los primeros momentos de la independencia, era fácil corromper la moral de las gentes. Se ofrecían generosas recompensas por el robo de imágenes con siglos de antigüedad de los templos, la retirada de placas de terracota de las paredes de los monumentos históricos, la compra de piezas decorativas a sus propietarios... Muchos tesoros fueron localizados por los funcionarios de aduanas en cajas que esperaban ser embarcadas... En 1976 se requisaron veinticuatro esculturas de piedra del período comprendido entre los siglos IX y XII, embaladas como parte de los enseres personales de un canadiense que se marchaba del país. El hombre había viajado a Bangladesh como experto de una sociedad petrolera...».

Enamul Haque cita el caso de un médico norteamericano que trabajó en el Hospital de Investigación del Cólera de Dacca y se llevó del país alrededor de un centenar de esculturas de bronce y piedra, así como piezas de mobiliario medieval. El Museo de Dacca sólo tuvo noticia de ello cuando el Fogg Art Museum de la Universidad de Harvard, al cual el médico había «prestado»

parte de su «colección», hizo averiguaciones sobre la legalidad de su procedencia en la capital bengalí.

Igual que la guerra de Bangladesh llevó aparejada, como subproducto, una enorme transferencia de antigüedades a Europa y Norteamérica, también las incidencias de la guerra de Biafra, a finales de la década de 1960, se saldaron con el traspaso de numerosos objetos africanos a manos de los coleccionistas europeos. Sin lugar a dudas, algunos de los desinteresados colaboradores no actuaron movidos sólo por la fascinación de esculturas, cerámicas y joyas, testimonios de una gran cultura antigua cuyo exotismo seduce a europeos y norteamericanos.

Por destacada que haya sido la participación de diplomáticos y funcionarios de organismos internacionales en el transporte ilegal de antigüedades que sigue perjudicando a los pueblos del Tercer Mundo, sin duda sólo constituye un pequeño contingente de un ejército de contrabandistas mucho más amplio. Al parecer, todas las leyes de un país no bastan para impedir la salida de antigüedades. Mientras existan compradores sin ningún interés por una procedencia clara, apoyada en una documentación intachable y por una mercancía legítima, seguirán estando abastecidos. Y esa legitimidad no es tan obvia como podría suponer un lego en la materia.

Evidentemente, existe una serie de antigüedades que aun siendo del Tercer Mundo, «exóticas» o no, resultan muy conocidas y no podrían venderse a ningún museo ni a ningún coleccionista serio. Tampoco tendría sentido robar el busto de Nefertiti o el Código de Hammurabi. Siempre habría un loco dispuesto a comprarlos, pero no tendría que pagarle prácticamente nada al ladrón. Al no poder desprenderse de otra forma de su botín, éste tampoco estaría en condiciones de pedir una gran suma.

En cambio, en el caso de objetos desconocidos, del botín de nuevas excavaciones clandestinas o de algún saqueo, se encuentran abundantes y adinerados clientes, y también algunos museos han alargado la mano para obtenerlo. Nada menos que el ex director del Metropolitan Museum de Nueva York, Thomas Hoving, ha narrado personalmente cómo consiguió trasladar de forma ilegal desde Italia a Nueva York, pasando por Suiza, sirviéndose de un marchante, un relieve de piedra del siglo XII que representaba la Anunciación a María^[61]. Naturalmente, tratándose de objetos del Tercer Mundo, los escrúpulos son todavía menores. En el pasado, varios museos norteamericanos se hicieron tristemente famosos por sus adquisiciones a todas luces inescrupulosas.

Cierto es que hace algunos años se elaboró, precisamente a instancias de los museos norteamericanos, una «ética de la adquisición», un «código de conducta». Un número considerable de museos se comprometieron a abstenerse de toda operación dudosa, que no estuviera por encima de toda sospecha, y manifestaron el propósito de verificar, ante las autoridades del país de origen, la legalidad de la exportación de los objetos, antes de efectuar cualquier compra. Evidentemente, con ello sólo se cierra una parte del mercado para los ladrones, contrabandistas, encubridores y sus secuaces. Siguen existiendo ricos clientes privados y coleccionistas sin escrúpulos, principales responsables de que los tesoros de los países del Tercer Mundo continúen desapareciendo a un ritmo creciente por esta vía.

Toda adquisición privada implica también sustraer a la contemplación pública general un fragmento del legado cultural de la humanidad. Los países perjudicados ya han reivindicado la total prohibición del comercio de piezas antiguas procedentes del Tercer Mundo. Esto, obviamente, es imposible, pero la UNESCO ya aprobó en 1970 una convención para reprimir el contrabando, que otorgaría considerables poderes a los Estados... si éstos quisieran aplicarla. Hasta la fecha, alrededor de cincuenta países han ratificado la convención, la mayoría pertenecientes al campo de las víctimas. En el mundo «rico» de los compradores, consignatarios y a menudo también comisionistas, la actitud es más reticente. Los primeros en ratificar la convención fueron Canadá e Italia, seguidos de los Estados Unidos, con la importante condición de que también Inglaterra, Francia y la República Federal de Alemania debían adherirse para que su compromiso fuera válido. Posteriormente, Francia promulgó su ley de ratificación en abril de 1983.

Los países del Tercer Mundo han tomado nota, con la inevitable mezcla de resentimiento y desengaño, de los nombres de las naciones que vacilaron largo tiempo o que todavía no se han adherido a la convención. Desde su punto de vista, nuestra legislación, nuestra noción de legalidad, parece guiarse, al menos en este campo, según los deseos de los contrabandistas y compradores de bienes ilegalmente adquiridos. Pese a los indignados desmentidos, las declaraciones oficiales sobre la materia han sido excesivamente tibias.

La comisión alemana ante la UNESCO definió hace ya varios años los «reparos» de la República Federal de Alemania en los siguientes términos:

«La definición de bien cultural permite todo tipo de interpretaciones; la definición del patrimonio cultural es demasiado amplia; la realización de inventarios nacionales representaría un esfuerzo desproporcionado desde el

punto de vista administrativo; la emisión de certificados de legitimidad antes de la exportación y el control de los correspondientes certificados extranjeros, en el caso de la importación de bienes culturales, no sólo requeriría un alto número de funcionarios, sino también el control oficial del comercio de obras de arte y antigüedades, incompatible con el sistema jurídico liberal vigente en la República Federal de Alemania».

En la era de los ordenadores, estas reservas técnicas y administrativas expuestas en el oficio 1/1981 de la UNESCO no pasan de ser una excusa, producto de la indiferencia o bien del consciente propósito de difuminar la cuestión. Interpretación, esta segunda, que parece más verosímil, como evidencia la suposición o, mejor, la objeción de que resulta demasiado difícil definir el concepto de patrimonio cultural. Más absurdo aún es suponer que ello obligaría a establecer un control estatal inmediato sobre el comercio de obras de arte y antigüedades, sobre todo cuando esta afirmación se acompaña de la referencia a nuestro sistema jurídico liberal. ¿Desde cuándo ha sido el liberalismo un obstáculo para luchar contra las violaciones del derecho y la ley? ¿Implica la citada declaración alemana que ocho pinturas de Rembrandt, Picasso, Van Gogh, Gauguin y Goya, valoradas globalmente en ocho millones y medio de marcos (467 millones de pesetas), robadas de la Galería Nacional noruega —como ocurrió hace dos años—, podrían introducirse sin problemas en la República Federal de Alemania? Ciertamente es que el director de la galería noruega ya contaba, justificadamente, con que las pinturas eran tan conocidas que habría sido imposible venderlas abiertamente en el mercado de arte. Pero ello no es óbice para que se estimule, con la inhibición oficial, el contrabando de otros bienes culturales robados.

Desde luego, el criterio no puede ser la fama de las piezas, pues entonces cabría preguntarse: famosas ¿para quién? Lo cual nos llevaría a comprobar que el conocimiento de las antigüedades «exóticas», de su historia, su importancia y su función en la sociedad de origen, está extraordinariamente poco desarrollado entre nosotros.

La revista ilustrada italiana *Epoca* publicó en 1974 unas fotos que dejaron atónito al mundo especializado. Un coleccionista italiano, al parecer con tanto sentido artístico como buena fortuna, poseía un tesoro inigualable de joyas y otros artículos preciosos centroamericanos del período anterior a la llegada de los españoles; en total más de diez mil piezas. Posiblemente, para la mayoría de los lectores de la revista el artículo no pasó de ser otra vistosa serie de fotografías en color de un mundo inaccesible para ellos, pronto olvidada una

vez hojeadas las páginas. Pero entre los lectores había también un experto, y éste se hizo preguntas.

Resultó que la enorme mayoría de las piezas procedían de Ecuador y sólo podían haber salido ilegalmente del país. El «coleccionista», naturalmente, lo negó. Ecuador inició un procedimiento judicial y la vista se abrió en 1975 en Turin. Los ecuatorianos se quejaron al principio de que los italianos no llevaban el proceso con suficiente energía. En efecto, los objetos en litigio incluso permanecieron todavía un tiempo a disposición del coleccionista, el cual debía mesarse los cabellos por haber permitido el acceso de un fotógrafo de prensa a «su» colección. Pero luego el tribunal otorgó la custodia provisional de la colección al consulado de Ecuador, y en el verano de 1982 se falló la sentencia ratificando el derecho de ese país a exigir la devolución de las piezas. El italiano presentó recurso de apelación, pero en marzo de 1983 el tesoro volvía a Ecuador.

Cuando visiten un museo, observen el gran número de cabezas de piedra o de metal que se exhiben, sobre todo en las secciones del Oriente Próximo y Medio y del resto de Asia. Faltan todas las figuras desde el cuello para abajo, como si los artistas de esos pueblos no supieran modelar cuerpos. Evidentemente, en realidad eran (y siguen siendo) maestros en ese arte. En efecto, las cabezas se nos presentan como «fragmentos», según la corrompida jerga tradicional de los museos, sin añadir ningún dato más. No queda claro que allí ha intervenido una mano armada de un hacha, una sierra y, en varios casos notorios, la dinamita. Muchas de esas cabezas han sido lisa y llanamente separadas del cuerpo. Por obra de los ladrones y otros maleantes locales, ciertamente, pero también por nuestros sabios, exploradores, coleccionistas y conservadores de la cultura occidental: es más fácil llevarse una cabeza que el cuerpo entero. Estas cabezas constituyen el claro testimonio de un acto de vandalismo, dondequiera que se exhiban.

Y esto no sólo es válido en el caso de las piezas «históricas» (históricas porque ya llevan muchas décadas y a veces siglos en nuestras colecciones). Aunque el nivel de conciencia ha progresado un poco, también los contrabandistas de hoy demuestran el mismo aprecio que los respetables arqueólogos de ayer por las cabezas cortadas, dada la mayor facilidad para transportarlas disimuladamente. A veces puede verse la cabeza desgajada en un museo occidental y el cuerpo en otro del país de origen. El telerreportaje de Julia Caves para la BBC, *The Plunderers* (emitido en diciembre de 1975), recogía uno de estos ejemplos, con impresionantes imágenes del torso en el museo patrio, en Turquía, y de la cabeza en un museo norteamericano.

El mundo occidental empieza a estar lleno de figuras de Buda exportadas ilegalmente, en su mayoría sólo cabezas, arrancadas de las pagodas y otros centros de culto; una barbarie a la que no ha escapado prácticamente ningún país del Sudeste asiático. En la primavera de 1978, los agentes de aduanas del aeropuerto internacional de Bangkok confiscaron alrededor de un millar de figuras de Buda cuidadosamente embaladas, al parecer destinadas casi exclusivamente a anticuarios de la República Federal de Alemania y Bélgica. Los objetos asiáticos son codiciados por todo el mundo en Occidente, y las guerras de Indochina supusieron un apogeo para su tráfico, casi superior a las cotas habituales durante el período de dominación colonial. Una increíble cantidad de objetos religiosos y culturales indochinos y tailandeses desaparecieron sin posibilidad de control, como parte del cargamento de los aviones de transporte estadounidenses. Después de la guerra, siguió una oleada de turismo europeo y con él apareció una nueva clientela. Tibet y Nepal también reforzaron el flujo de mercancía, demasiado pobres y débiles, como muchos otros países, para oponerse a este saqueo.

Nigel Cameron expuso un caso turbio en la *Far Eastern Economic Review* (16 de julio de 1976). A principios de los años sesenta, Cameron hizo un viaje al sur de la India para contemplar la arquitectura y las esculturas de los chola. Se hospedó en casa de unos «conocidos occidentales», muy entendidos en arte indio. Allí pudo ver «centenares de soberbios objetos», entre ellos una figura de bronce de tamaño natural de Shiva Nataraj, al menos tan bella, si no más, que los más famosos Shiva de los chola. Más tarde supo cómo habían obtenido sus conocidos tan magnífica obra. El original se sacó del templo para llevarlo a un taller de restauración. Allí lo cambiaron por una copia y el original fue a parar a la casa donde Cameron topó con él. «Posteriormente he tenido noticia de que ahora se encuentra en los Estados Unidos, después de haber logrado burlar las rigurosas leyes indias sobre exportación de obras de arte». No sin ayuda, claro está.

Cameron también cuenta que un día encontró en un hogar suizo una cabeza de piedra de un grupo de un templo de Angkor, que él había llegado a conocer perfectamente e incluso había podido fotografiar en sucesivas visitas, realizadas a lo largo de muchos años. Mucho antes ya había tenido noticia de que soldados camboyanos habían trasladado esa cabeza hasta la frontera tailandesa, junto con otros significativos objetos jmeres, y que posteriormente aquélla había sido vendida en Bangkok. Al parecer, hasta la caída del régimen militar en octubre de 1973, «algunos elementos» del ejército tailandés venían celebrando subastas secretas, pero a menudo perfectamente organizadas, para

los marchantes. La oferta consistía en cerámicas neolíticas de Ban Chieng (en el norte de Tailandia), procedentes de saqueos sistemáticos.

Por cierto que uno de los museos más famosos del mundo inició su trayectoria con una colección procedente de unas excavaciones ilegales y exportada sin permiso. Nos referimos al New Yorker Metropolitan Museum. Su primer director había sido cónsul estadounidense en Chipre, entonces integrado en el Imperio otomano. Allí se apasionó por la arqueología y se dedicó a realizar excavaciones, en general sin autorización turca, que le reportaron el impresionante botín de 35 573 objetos arqueológicos^[62]. Aunque los turcos prohibieron su exportación, el cónsul no sólo consiguió vender su colección al recién fundado New Yorker Museum, sino que también logró hacer entrega de las piezas. Inmediatamente después, en 1879, fue nombrado, comprensiblemente, director del museo, cargo que ostentó hasta 1904. Dejó como legado una bella colección de antigüedades chipriotas y la tendencia de sus sucesores a menospreciar las leyes de exportación de los países arqueológicamente bien dotados^[63].

El Metropolitan, al igual que la mayoría de instituciones más respetables de Occidente, parece haberse liberado de esta tendencia hacia la década de 1970. Es un cambio encomiable y que debería haberse efectuado mucho antes. Pero lo cierto es que todavía está muy próximo. Hasta fecha muy reciente, el apetito y poder adquisitivo de estos museos y coleccionistas estimularon poderosamente la codicia de saqueadores y contrabandistas.

En 1972, el Metropolitan Museum todavía pagó alrededor de un millón de dólares por un jarrón griego, procedente del saqueo de unas excavaciones italianas, en opinión de los círculos competentes. Aproximadamente en las mismas fechas salió a la luz la noticia de que en su sótano se albergaba una importante colección, valorada al parecer en medio millón de dólares, sacada de forma supuestamente ilegal de Turquía. También se supo que el Boston Museum of Fine Arts había pagado un elevado precio por un tesoro de joyas de oro sacadas también ilegalmente del mismo país. Parecida fama adquirió la Robert Wood Bliss Collection, de Dumbarton Oaks, que a principios de los años sesenta se hizo con un magnífico tesoro de piezas de plata bizantinas — también exportadas de manera fraudulenta de Turquía— por aproximadamente un millón de dólares. Y no sería difícil continuar ampliando la lista.

En el número de *Asiaweek* del 26 de marzo de 1982, se cita un triste episodio, junto a otro con un desenlace más afortunado, ambos referentes a Tailandia. Los funcionarios del Departamento de Bellas Artes del gobierno

tailandés advirtieron en 1959 la desaparición en las ruinas de Phanomroong, de una parte de una valiosa pieza del dintel de la puerta oriental: una escultura de piedra de 75 por 240 centímetros que representa un Vishnú yacente. Las ruinas de la fortaleza de Phanomroong fueron declaradas monumento histórico en 1935. Un funcionario tailandés descubrió un día la pieza desaparecida mientras paseaba por el Arts Institute de Chicago. Un cartel explicaba que se trataba de un préstamo de la Alsdorf Foundation. El funcionario comunicó el hecho a Bangkok, y el Ministerio de Asuntos Exteriores intervino, solicitando la devolución de la pieza. Pero la Foundation respondió, pasado bastante tiempo, que era de su legítima propiedad y no había lugar a una devolución. No comunicó de quién la había obtenido, ni tampoco cómo había llegado a los Estados Unidos la escultura, de una tonelada de peso.

Mejor fortuna tuvieron los tailandeses con otra escultura de las mismas ruinas, que un buen día se vendió en los Estados Unidos. El comprador era nada menos que Avery Brundage, entonces presidente del Comité Olímpico Internacional. En 1969 se celebraron en Bangkok los Juegos Asiáticos, presididos por Brundage. Los funcionarios del Departamento de Bellas Artes le presentaron fotografías en las cuales podía verse «su» pieza, todavía en su emplazamiento original en las ruinas. Esta prueba convenció a Brundage, que devolvió la escultura. Tailandia asumió gustosamente los costes de flete y embalaje.

Karl E. Meyer narra, en su libro *Geplünderte Vergangenheit*, una espeluznante historia que tiene su escenario en México. Un comerciante emprendedor y con recursos le ofreció en 1968 a un conocido coleccionista mexicano toda la fachada de un templo procedente de las ruinas de una ciudad maya recién descubiertas en la península de Yucatán. También le mostró algunas fotos. Pero el coleccionista rechazó la oferta, comprendiendo que así se destruiría el monumento y se rompería su unidad. Sin desalentarse, el comerciante trasladó su oferta a Nueva York, donde el Metropolitan Museum pareció manifestar mayor interés. En cualquier caso, el hombre se sintió suficientemente seguro de sus posibilidades de venta para entrar en acción.

Se separó la pared del templo del conjunto de la obra mediante sierras eléctricas, se desmembró, se embarcó en un avión —para cuyo aterrizaje y despegue se había construido expresamente una pista— y se trasladó a Mérida. De allí prosiguió viaje, con papeles falsos, hasta Nueva Orleans y luego a Nueva York. El museo recibió algunos bloques de muestra.

Por aquellas fechas, el Metropolitan se disponía a celebrar su centenario. El director Hoving tenía previsto exhibir con este motivo una colección lo más impresionante posible de esculturas centroamericanas, bajo el lema «Antes de Cortés». El contrabandista no podía haber escogido un momento más favorable. Mientras tanto, en la ciudad en ruinas habían quedado restos gravemente mutilados de la pared. Las sierras eléctricas toparon varias veces con clavijas de piedra, y las vibraciones resultantes provocaron nuevas fisuras y un mayor desmembramiento.

La celebración del museo debía tener lugar en 1970 y corría el mes de diciembre de 1968. Era preciso tomar una rápida decisión. Pero la noticia del «templo volante» ya se había difundido entre los círculos especializados de México. Casualmente, el responsable de la organización del aniversario del New Yorker Metropolitan Museum estaba pasando unos días en la capital mexicana, como etapa final de una gira de tres años por los museos de todo el mundo, encaminada a conseguir objetos en préstamo para la exposición prevista. Entre los invitados a la comida ofrecida en su honor se encontraban no sólo el coleccionista al cual había ofrecido inicialmente la fachada el contrabandista, sino también el director del Museo Nacional de Antropología de México. El coleccionista le comunicó al huésped de Nueva York, en términos que no daban lugar a un posible error de interpretación, que los mexicanos estaban al corriente de lo ocurrido, y añadió que suponían que su propósito era llevarse «un par de templos». El neoyorquino tomó buena cuenta del comentario.

Entretanto, otro alto cargo del museo había examinado los fragmentos abandonados en el tajo, y en el acto se declaró contrario a la adquisición. Opinaba que apropiarse de esa pieza habría sido tan inmoral como comprar un trozo del Partenón. Sus objeciones, unidas a las de su colega recién llegado de Ciudad de México, indujeron al museo a renunciar a la compra e informar además de lo ocurrido al director del Museo Nacional mexicano.

Cuando el comerciante se presentó finalmente con la mercancía en la fecha estipulada, descubrió con desolación que no sólo el museo renunciaba a la operación, de la cual esperaba sacar 400 000 dólares, sino que además tendría que llevarse otra vez a México la fachada del templo. Primero intentó recuperar al menos los 80 000 dólares invertidos hasta el momento en la empresa, pero el asunto quedó saldado con la aparición del director del museo mexicano, quien mencionó las posibles consecuencias penales del asunto. La fachada fue devuelta a México. Se embolsó en unas sesenta cajas, que se

cargaron en un avión, y ahora se exhibe en la Sala Maya del Museo Nacional de Antropología, finalmente fracasada la transacción.

Pero a quién puede sorprender el siguiente despacho de la agencia Associated Press, reproducido en el *Weser-Kurier* de Bremen el 21 de julio de 1981: «En América latina se desarrolla en estos momentos una carrera entre la ciencia y el pillaje, según declaraciones del arqueólogo norteamericano George E. Stuart, de la American Geographical Society. Stuart acaba de comunicar que valiosos monumentos históricos de la cultura maya están siendo destruidos por saqueadores, los cuales venden los tesoros artísticos robados a un alto precio en los Estados Unidos y otros países. Guatemala, el antiguo centro de la civilización maya, es el lugar más amenazado. En un plazo de menos de veinte años, podrían quedar destruidas todas las ruinas de valor arqueológico del país, de proseguir el pillaje al mismo ritmo actual... Valiosísimos objetos de la artesanía guatemalteca, como esculturas, cerámicas o pinturas murales, se han perdido tal vez para siempre, se lamentó el científico.

»Las mejores piezas, como por ejemplo las vasijas y jarrones, van a parar subrepticamente a manos de los anticuarios o acaban en las vitrinas de los coleccionistas privados o museos de los Estados Unidos, donde llegan a pagarse hasta 50 000 dólares por una sola pieza. En opinión de los expertos, la raíz del mal reside en los exorbitantes precios que pueden obtenerse por los tesoros artísticos robados...

»Los propios afectados, en su mayoría países en desarrollo, carecen a menudo de medios para proteger adecuadamente sus excavaciones arqueológicas del pillaje y la destrucción. En Guatemala, por ejemplo, se dispone, según datos oficiales, de un total de 120 guardianes para más de un millar de monumentos de interés cultural».

15. Precios

«Lamento tener que comunicarle que la estela tebana que tanto deseaba se nos ha escapado. Después del telegrama de Schäfer con instrucciones de “comprar barato”, Abel no se atrevió a pujar demasiado, y con el intercambio de cartas se ha perdido mucho tiempo. Ayer recibimos de pronto... la noticia de que la estela ha sido vendida por 35 libras a Mohammed Mohassed». Así le escribía Ludwig Borchardt al consejero privado Erman, entonces director del Museo Egipcio de Berlín, el 5 de diciembre de 1910. Schäfer era el representante de Erman, y 35 libras esterlinas equivalían entonces a unos 745 marcos alemanes, un precio bajo para una estela. Erman tal vez se consoló con esta otra noticia de Borchardt: «Por otra parte, ayer le compré por 5 libras una estela con una representación de la barca de Amón transportada por sacerdotes. Próximamente remitiré la ficha. Es la segunda de este tipo que he visto hasta la fecha. Acabo de adquirir para Leipzig otra más pequeña». Sin duda todavía más barata.

Casi en el mismo momento, la expedición hamburguesa a los mares del Sur entregaba, a cambio de una de las más bellas piezas del Museo Etnológico de Hamburgo, la gran piragua de las islas Siasi, un cerdo cebado, dos o tres hachas y un cuchillo de grandes dimensiones. Y «pagaba» uno de los codiciados tambores hendidos de las islas del Almirantazgo con otro cuchillo grande, un trozo de paño y «algunas» menudencias^[64].

Los viejos zorros recuerdan actualmente con añoranza aquellos precios. Las antigüedades del Tercer Mundo alcanzan, en general, cotizaciones que ciertamente reflejan el enorme aprecio de que gozan (también como inversión de capital), pero que —en contraposición a lo que ocurre en el comercio de antigüedades europeas— no guardan relación alguna con la cantidad desembolsada por el «primer comprador», cuando éste llegó a pagar algo.

La afluencia de artículos «etnológicos» africanos ha disminuido notablemente desde hace algunos años. Con raras excepciones, todas las piezas valiosas que llegan de los tres continentes del Tercer Mundo sólo pueden haber sido exportadas ilegalmente. A través de este contrabando, siguen perdiendo esos pueblos una parte apreciable de su patrimonio cultural.

Basta echar un vistazo a los precios que actualmente se pagan, para comprender el motivo que impulsa a los ladrones, contrabandistas e intermediarios a sacar la mayor cantidad posible de objetos del país. Mientras en Occidente se sigan pagando estos precios, los representantes del Tercer Mundo que posean una sólida conciencia cultural seguirán viendo, con justificado odio, el comercio de antigüedades occidental como un imán contra cuya capacidad de atracción resultan impotentes sus leyes protectoras y sus débiles posibilidades de vigilancia y control.

Los precios que citamos a continuación proceden básicamente de los informes de las casas de subastas Sotheby's y Christies y del *International Herald Tribune*; también se han sacado unos pocos de *Die Zeit*. A las cantidades citadas se suman en la mayoría de los casos las comisiones de la casa subastadora. Al cambio vigente en cada momento se pagaron las siguientes cantidades (la conversión en pesetas se ha efectuado con arreglo al cambio actual):

6750	marcos alemanes	(unas 371 000 pesetas) por una cabeza de Budade Tailandia, presuntamente del siglo XIV, en noviembre de 1980.
7300	marcos	(unas 401 000 pesetas) por una cabeza de Buda de piedra roja de Kushan, aproximadamente del siglo II, en octubre de 1981.
8450	marcos	(unas 464 000 pesetas) por una figura de bronce tibetana del siglo XV, en noviembre de 1980.
11 200	marcos	(unas 616 000 pesetas) por un par de mocasines de los indios hurones, en noviembre de 1976.
14 100	marcos	(unas 775 000 pesetas) por una azada de madera tallada de los makonde, en marzo de 1981.
14 500	marcos	(unas 797 000 pesetas) por un Corán con miniaturas persas del año 1883, en octubre de 1981.
14 500	marcos	(unas 797 000 pesetas) por una moneda de medio dinar del norte de África, en abril de 1981.
17 000	marcos	(unas 935 000 pesetas) por una máscara de madera de Sri Lanka, en marzo de 1982.
19 000	marcos	(1 045 000 pesetas) por un candelabro de vidrio egipcio del siglo XIV, en octubre de 1982.
25 000	marcos	(1 357 000 pesetas) por una moneda otomana de 500 piastras procedente de Egipto, acuñada en 1288, en octubre de 1982.
31 000	marcos	(1 705 000 pesetas) por una estatua india de una diosa en bronce, aproximadamente del siglo XV, en octubre de 1981.
32 137	marcos	(1 767 000 pesetas) por una moneda de un dinar de la época de los Omeyas, del año 749, en octubre de 1982.
33 000	marcos	(1 815 000 pesetas) por un sarcófago egipcio de madera pintada de 1,40 m de longitud (adquirido al Museo Egipcio de Berlín), en diciembre de 1982.
34 000	marcos	(1 870 000 pesetas) por una máscara bubi de madera, en marzo de 1981.
		(1 925 000 pesetas)

35 000	marcos	por un plato de loza azul y blanca de Isnik de principios del siglo XVII, en abril de 1982.
36 000	marcos	(1 980 000 pesetas) por un Corán con miniaturas del siglo XI, persa o iraquí, en abril de 1981.
36 000	marcos	(1 980 000 pesetas) por un manuscrito ilustrado persa, aproximadamente de 1450, en octubre de 1981.
39 500	marcos	(2 172 000 pesetas) por una figura femenina de madera del Nyambezi, trasladada a Francia desde África en el año 1900, en noviembre de 1982.
40 065	marcos	(2 203 000 pesetas) por un Corán sobre papel veteado de oro, de la India, de 1800 aproximadamente, en octubre de 1982.
41 000	marcos	(2 255 000 pesetas) por un par de pequeños halcones de Quianlong, en marzo de 1981.
55 000	marcos	(3 025 000 pesetas) por una fuente de madera tahitiana del siglo XVIII, en diciembre de 1980.
55 800	marcos	(3 069 000 pesetas) por una fuente de loza persa del siglo XVIII o XIV, en octubre de 1982.
61 400	marcos	(3 377 000 pesetas) por una alfombra de Kashan de 1900, aproximadamente, en enero de 1982.
61 600	marcos	(3 388 000 pesetas) por la máscara de una momia egipcia, adquirida al Museo Egipcio de Berlín, en diciembre de 1982.
67 000	marcos	(3 685 000 pesetas) por una figura de ibis de bronce y madera, en diciembre de 1981.
76 000	marcos	(4 180 000 pesetas) por una ilustración del <i>Rasamanjari</i> , en marzo de 1982.
81 000	marcos	(4 455 000 pesetas) por una estatua de Isis y Horus, en diciembre de 1981.
81 000	marcos	(4 455 000 pesetas) por una alfombra tejida de seda e hilos de metal, realizada en los talleres del palacio de Topkapi hacia 1900, en enero de 1982.
83 400	marcos	(4 587 000 pesetas) por una figura de bronce (Vajrapani) de Cachemira, del siglo IX o X, en noviembre de 1982.
		(4 757 000 pesetas)

86 500	marcos	por un Corán mameluco, de 1320 aproximadamente, en abril de 1981.
93 000	marcos	(5 115 000 pesetas) por un joyero de madera labrada maorí, en diciembre de 1980.
96 270	marcos	(5 295 000 pesetas) por el dinar de oro de Saladino, acuñado en 1187 en conmemoración de la conquista de Jerusalén, el 18 de abril de 1983.
99 000	marcos	(5 445 000 pesetas) por un tapiz rojo amerindio (de la región de los Grandes Lagos), en julio de 1982.
101 000	marcos	(5 555 000 pesetas) por un frasquito de rapé chino de Quianlong, en abril de 1982.
103 500	marcos	(5 692 000 pesetas) por un plato Ming blanco y azul, en junio de 1982.
104 000	marcos	(5 720 000 pesetas) por una fuente de madera tallada india (Norteamérica), en noviembre de 1976.
105 000	marcos	(5 775 000 pesetas) por una cabeza de obsidiana de apenas 8 cm de altura del período saita (Egipto, alrededor del año 600 a. J. C.), en diciembre de 1982.
109 000	marcos	(5 995 000 pesetas) por una cabeza de bronce de Benin, de principios del siglo XVIII, en marzo de 1981.
115 500	marcos	(6 352 000 pesetas) por una cabeza de un rey egipcio de 4,5 cm de altura tallada en cristal de roca, de la XVIII o XIX dinastía, en julio de 1978.
117 700	marcos	(6 473 000 pesetas) por un puñal hawaiano obtenido por Cook en su tercer viaje, en julio de 1982.
135 000	marcos	(7 425 000 pesetas) por una pareja de halcones de Quianlong, en noviembre de 1980.
144 000	marcos	(7 920 000 pesetas) por una máscara de Tlingit, en noviembre de 1976.
150 000	marcos	(8 250 000 pesetas) por una lámpara de mezquita del período mameluco (siglo XIV), en abril de 1981.
154 000	marcos	(8 470 000 pesetas) por el trono de un jefe de los songo, en junio de 1979.
		(8 800 000 pesetas)

160 000	marcos	por una estatua de un niño, de 30 cm de altura, del período Ming, en junio de 1982.
170 000	marcos	(9 350 000 pesetas) por un torso masculino egipcio, en julio de 1981.
172 000	marcos	(9 460 000 pesetas) por un par de águilas chinas de Quianlong, del siglo XVIII, en febrero de 1982.
179 000	marcos	(9 845 000 pesetas) por una figura masculina de madera (fang) del sur del Camerún o de Guinea Ecuatorial, en julio de 1982.
182 000	marcos	(10 010 000 pesetas) por un gallo de bronce de Benin, siglo XVIII (vendido por la familia de uno de los integrantes de la «expedición de castigo» británica), en diciembre de 1980.
200 000	marcos	(11 000 000 de pesetas) por un alfombra tejida otomana, de principios del siglo XVIII, en enero de 1982.
211 750	marcos	(11 646 000 pesetas) por un trono de un jefe de los songa, en junio de 1979.
231 000	marcos	(12 705 000 pesetas) por un bote de pinceles chino de jade, en junio de 1982.
249 000	marcos	(13 695 000 pesetas) por una tablilla de metal persa con inscripciones grabadas, del siglo XVI, en octubre de 1982.
295 000	marcos	(16 225 000 pesetas) por una figura de un rey Chokwe, en diciembre de 1980.
309 000	marcos	(16 995 000 pesetas) por una estatua de un templo egipcio del siglo XIII a. J. C., en julio de 1981.
324 000	marcos	(17 820 000 pesetas) por una antigua hacha de bronce china del período Tchou, en diciembre de 1981.
331 000	marcos	(18 205 000 pesetas) por el tratado de Al-Birunis sobre la altura de las estrellas, del año 1000 d. J. C. aproximadamente, en abril de 1982.
372 000	marcos	(20 460 000 pesetas) por una figura de madera con forma humana,

		procedente de una canoa de las islas Marquesas, en junio de 1980.
379 000	marcos	(20 845 000 pesetas) por un Corán mameluco de 1488, en abril de 1982.
508 200	marcos	(27 951 000 pesetas) por el retrato de un príncipe, del pintor de la corte persa Abdallah Khan, de 1807, en octubre de 1978.
833 000	marcos	(45 815 000 pesetas) por un tambor de las islas australianas, en junio de 1980.
879 780	marcos	(48 388 000 pesetas) por una estatua egipcia de granito de Merneptah, el escriba real de Ramsés II, del siglo XIII a. J. C., en junio de 1983.
925 000	marcos	(50 875 000 pesetas) por un taburete de madera luba del Zaire (adquirido por el Metropolitan Museum de Nueva York), en junio de 1979.
1 000 000	marcos	de marcos (55 000 000 de pesetas) por una alfombra iraní del siglo XVII, en octubre de 1982.
1 600 000	marcos	(88 000 000 de pesetas) por una colección de 31 tallas de jade, en junio de 1982.
1 900 000	marcos	(104 500 000 pesetas) por una taza de porcelana china, del siglo XV, en noviembre de 1980.
3 300 000	marcos	(181 500 000 pesetas) por una jarra china blanca y azul, de principios del período Ming, en diciembre de 1981.
3 657 000	marcos	(201 135 000 pesetas) por una figura en relieve del palacio de Nimrud (siglo VIII a. J. C.), «adquirida» allí por lord Sandon en 1853, en diciembre de 1979.

16. Bangladesh

La historia de Bangladesh ilustra con particular claridad la sangría cultural, además de económica, que representó el colonialismo para los pueblos sometidos. El director del museo de su capital, Dacca, Enamul Haque, expuso hace algunos años, en un escrito dirigido a la UNESCO, el proceso a través del cual su país perdió sus tesoros culturales en beneficio del extranjero^[65]. Un proceso que se inició en 1757, con la dominación británica, pero no concluyó con la retirada de Gran Bretaña del subcontinente indio, puesto que, antes de alcanzar su independencia en 1971, el actual Bangladesh formó parte de Pakistán.

Al principio, los empleados de la Compañía de las Indias Orientales británica se dedicaron a transportar grandes lotes de objetos culturales a su país. La historiografía inglesa ofrece suficientes testimonios de la codicia de esos primeros ocupantes. El Estado británico asumió directamente el gobierno de la India en 1859, pero ello no modificó en absoluto la rapacidad de los funcionarios, soldados y comerciantes allí destacados.

«Los objetos de Bangladesh que actualmente forman parte de las colecciones públicas del Reino Unido proceden en su mayor parte del patrimonio privado de funcionarios, soldados y otros súbditos británicos retornados a su país. Por caminos parecidos, también llegaron los productos culturales de Bangladesh a otros países europeos, particularmente a Francia, Holanda y Portugal».

Pero la dominación británica introdujo otro método totalmente distinto de empobrecimiento cultural. A primera vista, podría parecer bastante inocuo y totalmente legal. Bangladesh, que entonces recibía el nombre de «Bengala oriental», era el *hinterland* de Calcuta. Esta ciudad creció rápidamente y pasó a ser la capital del gobierno colonial. También se convirtió en un centro cultural y allí se creó, a finales del siglo XVIII, la Asiatic Society of Bengal, cuyos miembros comenzaron a coleccionar esculturas, manuscritos y otras antigüedades. Así se constituyó el Museo Indio, fundado en 1814 en la ciudad. El territorio del actual Estado de Bangladesh tuvo que aguardar todavía largo tiempo, hasta 1913, casi un siglo más tarde, a la creación de su primer museo.

El Museo Indio pertenecía a la capital y, por tanto, a él iban a parar los hallazgos realizados en una amplia zona, incluido también el actual territorio de Bangladesh. Cuando finalmente Dacca contó con un museo, ya había otros treinta y nueve en el subcontinente indio. La fundación del Museo de Dacca fue obra de un notable del lugar, que no recibió demasiado apoyo de la administración británica. El gobierno le concedió una subvención anual de 3000 rupias, que en el momento de la independencia se había elevado a 3900. Casi simultáneamente se estableció otro museo en Rajshahi, creado también por iniciativa privada y no mucho más rico que el anterior.

Mientras tanto, Calcuta veía reforzada su capacidad adquisitiva. En 1937 se creó el Asutosh Museum of Indian Art, vinculado a la universidad, que en seguida comenzó a reunir, sistemática y decididamente, un considerable fondo de antigüedades. También éste incluía piezas de Bengala oriental. En 1967, Haque cifró las existencias del museo en 24 200 piezas. Entretanto, se había inaugurado en Calcuta el Museo de Arte Popular Gurusaday, en el cual se recogieron muchos objetos de Bengala oriental. Sería absolutamente imposible reunir una colección de arte popular tradicional tan rica en la actualidad.

Al concluir el dominio colonial de Gran Bretaña, y tras la división del subcontinente en dos nuevos Estados, India y Pakistán (Bangladesh pasaría a formar parte de este último), los británicos se llevaron no pocos tesoros a casa. Pero la parte del león quedó en los museos. India y Pakistán se repartieron incluso las existencias del Museo de Lahore. Aparentemente, nadie se acordó de que en Calcuta había tesoros de Bengala oriental, que de hecho deberían haber pasado al recién creado Pakistán oriental. Por otra parte, un nuevo Museo Nacional, situado en Karachi, donde también tenía su sede el Servicio Oficial de Antigüedades pakistaní, pasó a convertirse en centro principal de reunión de los objetos de todo Pakistán. Bengala oriental sufrió una nueva sangría de objetos culturales, que fueron trasladados a la zona occidental de Pakistán.

Finalmente, otros tesoros serían víctimas de la guerra civil que culminó con la independencia de Bangladesh, y otros más, como ya se ha señalado, fueron trasladados al extranjero, no en último lugar por el personal de las misiones que afluyeron en tropel al país. Doscientos veinticinco años de violaciones culturales tuvieron, entre otras, las siguientes consecuencias, enumeradas por Haque:

«Por increíble que parezca, actualmente no existe en Bangladesh ninguna buena muestra, y ni siquiera un ejemplo de calidad media, de varias artesanías

extinguidas o en vías de desaparición. Tal es, por ejemplo, el caso de la muselina, el tejido de algodón más fino, tejido a mano desde los tiempos más remotos..., famoso en época de los faraones y entre los gobernantes de los Imperios persa, griego y romano... Los habitantes de Bangladesh no pueden contemplar actualmente ni una sola pieza de ese tejido».

En Gran Bretaña y en otros países sí podrían verlas.

En esta zona se confeccionaban antiguamente colchas profusamente bordadas, pero, «de hecho, por un caprichoso azar de la historia, las más hermosas y mejores colchas realizadas en Bangladesh se conservan actualmente en los museos de la India y los Estados Unidos».

Las condiciones climáticas desfavorables de este país, con sus frecuentes lluvias e inundaciones, han contribuido a la desaparición de la mayor parte de los valiosos manuscritos de épocas pasadas. Los pocos que se conservan embellecen museos y colecciones del extranjero.

«Cabría citar particularmente el caso del único ejemplar conocido del Baharistan-i-Ghayabi de Mirza Nathan, un relato de un testigo directo persa, que describe con gran exactitud de detalles la fundación y primeros años de existencia de la ciudad de Jahangirnagar (actualmente, Dacca), capital del Subah de Bengala bajo el reinado del emperador mogol Jahangir, en el siglo XVII. Este manuscrito único en su género, de tan extraordinaria importancia para la historia de Bangladesh, se encuentra ahora en la Bibliothéque Nationale francesa...».

Otro significativo manuscrito que ofrece detalles de la historia del país hacia mediados del siglo XVII se encuentra en el Bodleian Museum de Oxford.

Haque señala que «de los casi treinta manuscritos iluminados de los períodos Pala, Chandra, Varman y Sena (de los años 700 al 1200, aproximadamente), todos excepto uno se hallan en colecciones extranjeras, en la India, Europa y los Estados Unidos. Las pinturas policromadas de los manuscritos, más de trescientas pequeñas ilustraciones, son las pinturas más antiguas conocidas de Bangladesh. Si no retornan a nuestro país al menos algunas de ellas, nos faltará una importante vertiente de la expresión artística de nuestros antepasados... Recientemente se ha sabido que en la URSS se conservan casi cuatrocientas ilustraciones policromadas de los siglos X-XII. No sabemos cómo llegaron hasta allí desde Bangladesh».

Haque recoge otra anécdota igualmente significativa, ocurrida en el año 1976. En esa fecha se descubrió un manuscrito policromado del año 1531, una copia del *Iskander Nameh* de Nizami. «Se trata del único manuscrito ilustrado de Bangladesh de la época de la dominación mogola, tras la caída de

los gobernantes hinduistas y budistas, y constituye, por tanto, un objeto de incalculable valor y enorme significación histórica, al margen de su interés artístico. Este manuscrito se encontraba en Gran Bretaña, en manos de un anticuario, y la última vez que se tuvo noticia de él, un coleccionista norteamericano se disponía a comprarlo por un precio exorbitante. El anticuario, naturalmente, lo ofreció al Museo de Dacca, en un generoso gesto, por el precio algo más bajo de 125 000 dólares. Pero esta cantidad —tres veces superior al presupuesto anual del museo en aquel momento— superaba sus capacidades adquisitivas».

Los documentos antiguos constituyen, lógicamente, una importante fuente para el conocimiento de la historia. El más antiguo que se conoce data del siglo III y fue hallado en Mahasthan, las ruinas arqueológicas más antiguas y notables de Bangladesh. «Actualmente se encuentra en el Museo Indio de Calcuta».

Para terminar, sólo otro ejemplo de una larga lista. «Escandaliza pensar que (en el período colonial) se arrancó del conjunto monumental al que pertenecía el profusamente ornamentado mihrab central^[66] de la mezquita de Chhota-Sona (construida por el más destacado de los sultanes de Bengala, Alauddin Husain Shah, 1492-1519) para trasladarlo a Gran Bretaña, con un ínfimo respeto hacia los sentimientos religiosos del pueblo, que lo utilizaba para su oración cotidiana... Actualmente se conserva en el Royal Scottish Museum de Edimburgo». Muchos otros edificios y monumentos, particularmente los templos de arcilla de los pueblos, fueron despojados de todos sus ornamentos de piedra y azulejos, según afirma Haque.

Son muchos los países que, al igual que Bangladesh, perdieron de forma inesperada parte de su patrimonio cultural al alcanzar su independencia, como resultado de las divisiones territoriales efectuadas por las potencias coloniales. Un ejemplo africano es el de Mali. Cuando todavía era una colonia francesa, su territorio recibía el nombre de «Sudán francés», si bien formaba parte de la Federación del África occidental francesa, gobernada desde Dakar. La actual capital de Mali, Bamako, ocupaba una posición secundaria respecto a Dakar en todos los aspectos; para este distrito colonial, Dakar era incluso más importante que el lejano París.

Durante la dominación francesa fueron a parar al Instituto Francés para el África Negra de Dakar objetos etnológicos y culturales del conjunto del territorio del África occidental administrado desde allí, parte de los cuales serían canalizados luego hacia París. En el Museo de Bamako quedó muy poca cosa. Cuando Mali alcanzó la independencia en 1960, las piezas de

mayor tamaño y más valiosas se encontraban en Francia, particularmente en el Musée de l'Homme de París, donde todavía siguen. Otras colecciones importantes se hallan en Dakar, que entretanto se ha convertido en la capital del Senegal, también independiente desde 1960. Hasta la fecha, este país ha mostrado escasa inclinación a devolver parte de sus existencias a las capitales de los antiguos integrantes del ex dominio colonial del África occidental francesa, hoy Estados soberanos, entre los que se cuentan, además de Senegal y Mali, Costa de Marfil, Benin (antes Dahomey, que no debe confundirse con el Benin de Nigeria), Guinea, Alto Volta, Mauritania y Togo.

Una situación tan privilegiada como la de Calcuta y Dakar para la concentración del patrimonio cultural de otros pueblos, la tuvo la ciudad de Brazzaville. La actual capital de la República Popular del Congo (no debe confundirse con el ex «Congo belga», hoy Zaire) fue la capital del «África ecuatorial francesa» desde 1910 hasta la independencia. Los Estados independientes constituidos a partir de este vasto territorio colonial son Gabón, Chad, Congo, República Centroafricana y Camerún.

Los funcionarios coloniales destacados en estos centros administrativos gozaban de condiciones particularmente favorables —que no dejaron de aprovechar— para reunir sin dificultad buenas colecciones «etnológicas».

Otro importante centro cultural de Mali, ya mucho antes de la colonización francesa, fue Timbuctú, centro de una cultura árabe de la que todavía hoy se conservan muchos manuscritos de los siglos XIII al XVIII. Esos textos ofrecen un magnífico material de estudio, y por este motivo se creó en aquella ciudad un centro de investigación y documentación. De allí se llevó una serie de antiguos manuscritos el funcionario colonial francés Maurice Delafosse. Ahora, su hija acaba de venderlos, sin duda firmemente convencida de su legítimo derecho a enajenar, como si de su propiedad privada se tratara, el patrimonio cultural de un pueblo maltratado.

17. Pueblos sin archivos

Los documentos políticos de un pueblo también forman parte de su patrimonio cultural, aunque no constituyan un tesoro artístico en sentido estricto. Desde luego, su importancia desde el punto de vista histórico es la misma. Quien quiera estudiar seriamente la historia de Bangladesh de 1757 hasta 1947, no encontrará en la capital del país, sino en Londres, los documentos y actas de gobierno del período de dominación británica. ¿No deberían devolverse estos testimonios del pasado al país al cual se refieren y del cual proceden? Ciertamente es que en este caso la transmisión del legado de la época colonial también se complica con la creación de varios países. Los herederos de la administración británica de la India son, concretamente, la India, Pakistán y Bangladesh.

Pero, como es obvio, el problema de los archivos coloniales no afecta sólo a las antiguas colonias británicas del subcontinente indio. En diciembre de 1980, la casa Sotheby's de Londres subastó una colección que ciertamente nada tenía que ver con el arte o la cultura, pero que guardaba una clara relación con un importante y trágico episodio de la historia reciente. Me refiero a los llamados Codrington Papers, unos 8000 documentos, cartas, mapas, registros catastrales, inventarios de plantaciones, libros de contabilidad y descripciones de las islas Antigua y Barbados en los tiempos de la esclavitud. La producción de azúcar mediante el empleo de trabajadores esclavos en Antigua y en las restantes islas del Caribe tuvo gran importancia económica, de un alcance casi inimaginable en la actualidad, para Gran Bretaña en el siglo XVIII. Fue la época del lucrativo triángulo comercial: exportación de tejidos y baratijas a África, exportación de esclavos de África a las «Indias occidentales» (esto es, al Caribe) y América, exportación de azúcar y algodón del Caribe a Europa, en particular a Inglaterra. Estas actividades proporcionaron a Gran Bretaña los increíbles beneficios que le servirían para financiar el temprano despegue de su industrialización. Antigua, uno de los principales proveedores de azúcar, fue por tanto una fuente fundamental de aquella riqueza. Su importancia económica para los ingleses superó la de su colonia norteamericana durante cierto tiempo.

Inglaterra todavía sigue importando azúcar y algodón de Antigua. Los descendientes de los esclavos, que allí tuvieron que trabajar y morir en condiciones inhumanas para enriquecer a Gran Bretaña, constituyen actualmente una pequeña nación de unas 75 000 personas, casi en su totalidad negras, que sólo en 1981 alcanzó la «independencia» en el marco de la Commonwealth; su socio principal sigue siendo Gran Bretaña.

Es poco probable que Antigua se haya reconciliado realmente con su pasado, lo haya «asumido», como decíamos los alemanes después del período nazi. Sus habitantes fueron las víctimas, y esto no se olvida tan fácilmente. Podemos conocer las condiciones que reinaban en aquella época, y hasta mucho más tarde, a través de testimonios literarios, como los libros de Naipaul, por ejemplo. Los propios descendientes de las víctimas no están en condiciones de documentar bien el pasado de su propio país; en efecto, los archivos de su historia están en manos de sus antiguos dominadores.

Cuando corrió la noticia de la subasta de la casa Sotheby's, el gobierno de Antigua presentó una petición al gobierno británico, solicitando su intervención para impedir que el tesoro de este archivo fuera sustraído al pueblo de cuya historia trataba. Pero, naturalmente, el gobierno británico no pudo hacer nada y la colección se vendió por 106 000 libras. A los antiguanos sólo les quedó una esperanza: el adjudicatario había declarado ser amigo de los pueblos caribes y aseguró que los archivos acabarían un día en sus manos.

Argelia, incomparablemente más importante, tuvo que aguardar largo tiempo hasta poder disponer de sus archivos históricos, y todavía sigue esperando los de la época de la dominación colonial francesa, de los que hasta la fecha ha recibido una ínfima parte.

Tal vez sea pertinente recordar aquí una declaración de la UNESCO de 1976: «Los archivos constituyen un componente esencial del patrimonio de toda comunidad nacional. No sólo representan un testimonio del proceso de desarrollo histórico, cultural y económico de todos los países y constituyen la base sobre la cual se asienta su identidad nacional, sino que también ofrecen importantes documentos que posibilitan a cada ciudadano individual la reivindicación de sus derechos».

Francia gobernó Argelia desde 1830 hasta 1962. Antes de su retirada, los franceses se llevaron muchas cosas, entre otras, cajas llenas de documentos y todo tipo de escritos, con un peso total de al menos cuatrocientas toneladas. El cargamento se repartió entre París, Nantes y Aix-en-Provence, con la parte del león para esta última ciudad.

El caso es que los archivos, más allá de su importancia estética, histórica y patriótica, contienen datos estadísticos sobre la geografía, las reservas minerales, la economía, el clima, así como sobre cuestiones jurídicas, derechos de propiedad y catastros, muchas de ellas de interés práctico inmediato. Un Estado que se ve despojado de sus archivos tiene que reconstruirlos trabajosamente, dedicando mucho tiempo y dinero, lo que constituye un grave inconveniente para un país pobre y asolado por la guerra.

Los argelinos calculan que la carencia de documentos económico-geográficos les costó varios millones en nuevos estudios, recogida de datos y análisis. Por ello no es demasiado significativo, aunque tal vez represente un primer paso al que pueden seguir otros, que en 1982, veinte años después de la independencia, Francia devolviera a Argelia una pequeña parte de los archivos: unas treinta cajas. Casi en su totalidad, se trataba de documentos del período anterior a la invasión francesa, cuando Argelia dependía nominalmente de las autoridades turcas. Un gesto que se agradece, claro está, pero que resulta insuficiente. Entre los documentos más modernos había algunos sobre el terremoto de El Asnam del año 1954, que sin duda habrían resultado de gran utilidad a los argelinos, de haber contado con ellos antes del terremoto de octubre de 1980.

Por ahora, Argelia sigue esperando la devolución de los documentos referentes a la época colonial.

18. Devolución problemática

Aunque en los últimos años se han devuelto algunos bienes culturales a sus países de origen, gran cantidad de problemas, supuestos o reales, parece oponerse a una devolución más consecuente. Tales problemas son citados sobre todo por quienes se oponen a la restitución del patrimonio cultural, a menudo con gran elocuencia y peregrinos argumentos.

Resulta difícil en ocasiones sustraerse a la impresión de que las personas contrarias a la devolución también se esfuerzan por ganar el mayor tiempo posible. De ahí que continuamente introduzcan nuevos argumentos en el debate, con perfecta conciencia del largo tiempo que debe transcurrir hasta que pueda convocarse una nueva reunión de los organismos internacionales y los equipos de expertos, para analizar esos nuevos argumentos y refutarlos, llegado el caso. De este modo, el debate se convierte en un problema de tiempo, y los opositores se aprovechan de ello, con la esperanza de que los países que reivindican la devolución acaben por perder la paciencia y renuncien a sus pretensiones. Cosa que parece poco probable.

En estos momentos se plantean, esencialmente, tres objeciones contra la devolución del patrimonio cultural. Por una parte se habla de supuestos obstáculos psicológicos, por otra se alude a dificultades legales y, por último, se objetan cuestiones totalmente prácticas, como los insuficientes medios de los museos de los países solicitantes, alegando que no estarían en condiciones de conservar y proteger adecuadamente un objeto devuelto.

Ya hemos ido apuntando con anterioridad una serie de razones psicológicas que se oponen a la devolución del patrimonio cultural. Los actuales propietarios de los objetos o colecciones se resisten sobre todo a ser puestos en evidencia, porque su adquisición fue ilegal. Esto último se niega categóricamente en la mayoría de los casos, y en este sentido sólo cabe destacar la actitud muy positiva de los museos belgas en lo referente a su propio período colonial.

De ahí que se rechace también toda obligación moral de devolver los bienes culturales y no se admita el uso del concepto «restitución», para designar la devolución del patrimonio cultural salido del país de origen durante la época colonial, puesto que este término implica apropiación ilegal,

no autorizada de los objetos, que precisamente exige u obliga a su devolución. Esto quedó de manifiesto en 1978, durante el debate en torno a la creación de un comité interestatal de la UNESCO para la devolución de los bienes culturales a su país de origen o su restitución en caso de apropiación indebida. Aunque en años anteriores no se había establecido una clara distinción entre los conceptos de devolución y restitución, en las reuniones preparatorias para la creación de este comité, los representantes de Francia y la República Federal de Alemania presentaron una propuesta de declaración de objetivos que no incluía para nada la palabra restitución. Pero los países peticionarios presionaron para reintroducir el término, aunque lamentablemente con una fórmula de compromiso que no corresponde al estado real de la cuestión. Por acuerdo de la Asamblea General de la UNESCO, en adelante el concepto restitución se empleará sólo en aquellos casos en que no quepa la menor duda acerca de la exportación ilegal de los objetos. Con la condición adicional de que ambos Estados afectados —esto es, el país del que fueron exportados ilegalmente los objetos y el país que los importó— deben haber ratificado la convención de la UNESCO del año 1970 sobre exportación e importación ilegal de bienes culturales. En todos los casos anteriores a la fecha de ratificación se utilizará el concepto «devolución». Con ello se elude todo tipo de responsabilidad moral.

Esta astuta jugada de los países poseedores fue aceptada por los peticionarios a fin de avanzar un poco hacia la resolución del asunto, aunque probablemente también con la esperanza de reanudar la discusión en una fecha futura. En este sentido, resulta interesante señalar que las Naciones Unidas, que encomendaron este asunto a la UNESCO, no distinguen oficialmente entre restitución y devolución. Por tanto, es muy posible que la Asamblea General de la ONU intervenga de nuevo en el asunto, recogiendo también el espíritu de las actuales tendencias del derecho internacional.

El segundo argumento planteado respecto a la devolución o restitución del patrimonio cultural es la cuestión de las posibilidades legales. Puesto que siempre se afirma que los museos y coleccionistas privados adquirieron de forma totalmente legal la propiedad de las colecciones y objetos, se rechaza todo derecho jurídico a solicitar la devolución o restitución. Y en aquellos casos en que los países poseedores se toman la molestia de afinar un poco la argumentación, se señala que los objetos fueron alejados de las zonas de origen al amparo de las leyes vigentes en los antiguos países coloniales, y que las (sacrosantas) leyes sólo tienen efectos retroactivos en las dictaduras. Pero aun suponiendo que se reconozca que un objeto salió ilegalmente de un país,

se alega que los hechos prescribieron hace muchísimo tiempo y, por tanto, la reivindicación carece de fundamento legal.

Estas razones jurídicas constituyen, evidentemente, el mayor obstáculo para la devolución del patrimonio cultural, pues nadie niega la necesidad de ajustarse a la legalidad vigente.

Pero además existe toda una serie de problemas que siempre salen a relucir cuando en los debates incluyen en el apartado genérico «primacía del objeto». Con ello se quiere expresar que el objeto mismo tiene un valor particular dentro de una cultura o que posee especial significación para el acervo cultural de un pueblo o una nación. Por tanto, lo fundamental es la conservación del objeto, en la que interviene tanto su custodia como su seguridad. Continuamente se repite el argumento de que no puede excluirse la posibilidad de que en los países solicitantes vuelva a venderse el objeto o colección devuelto, para reaparecer después en el mercado internacional de arte y esfumarse en alguna colección privada, sin posibilidad de recuperación, y definitivamente fuera del alcance del público.

El problema de la conservación de un objeto o colección podría eliminarse, puesto que se trata de una cuestión exclusivamente técnica.

Más problemático es el caso de las trabas jurídicas. Pero la historia demuestra que las leyes pueden modificarse cuando así se considera necesario. No parece haber ningún motivo para que no se proceda así en este caso.

De un modo u otro, es ilusorio pensar que podrán hallarse soluciones para todos estos problemas, si no se produce un cambio en la actitud de los países y museos poseedores. Antaño los museos de arte y etnológicos exhibían profusamente sus objetos, en un intento de demostrar la enorme superioridad de nuestra cultura en relación a las productoras de esas piezas. En la actualidad, el objetivo no es sólo exhibir bellos y valiosos objetos, sino también dar a conocer parte de la grandeza y dignidad de esas otras culturas. Este cambio en la finalidad de los museos, y sus planteamientos cada vez más educativos, representan un evidente progreso. Pero, para ser completa, esta tarea educativa debe extenderse a señalar que también otras culturas han producido creaciones de valor equivalente a las nuestras, que aquellas culturas son tan valiosas como la nuestra y que no pueden establecerse categorías y valoraciones comparativas. Cada cultura posee una concepción y una visión del mundo distintas, dadas las diversas categorías de valores que las informan o las diferencias en su entorno natural o en sus condiciones económicas. De ahí que la principal tarea de la UNESCO sea trabajar para hacer comprender a

todas las personas que las más diversas culturas del mundo tienen el mismo rango y una importancia equivalente dentro del legado de la humanidad.

Si se aceptan estas reflexiones, es preciso conceder a todas las demás culturas y a sus depositarios el derecho a determinar su propia identidad. Esto comprende también la definición del legado cultural de un grupo étnico, un pueblo o una nación. Actualmente, todavía no es un hecho generalmente aceptado que cada pueblo debe definir por sí mismo su identidad cultural y determinar qué forma parte de su legado. Sin embargo, se trata del único camino posible, natural y lógico.

De todo lo cual podría deducirse que los países peticionarios deberían tener la libertad de decidir qué quieren hacer con sus propios bienes. Y podría darse muy bien el caso de que los creadores originarios o sus sucesores reclamaran la devolución de sus objetos y se negaran a que éstos se conservaran en los museos, puesto que para ellos no se trata de obras de arte, sino de un componente de su vida religiosa, y como tal querrían volverlos a emplear. En el caso de diversos grupos étnicos, cabe la posibilidad de que los objetos fueran destruidos tras su utilización para un fin determinado.

El problema que con ello se plantea es muy grave, puesto que con el tiempo —fundamentalmente a través de las reflexiones y actividades de la UNESCO— se ha ido desarrollando la noción de un legado cultural de la humanidad. Lo cual implica que las creaciones de las distintas culturas no pertenecen a un pueblo concreto, sino al conjunto de la humanidad. Si se acepta este planteamiento, a la idea de que un bien cultural pertenece al pueblo que lo produjo se contraponen la noción de que toda la humanidad tiene un derecho sobre él. Una concepción que limitaría el derecho de un pueblo a la disposición exclusiva del objeto en cuestión.

Este argumento desempeña un papel muy importante en el debate en torno a la devolución o restitución del patrimonio cultural. Los países peticionarios y los partidarios de la devolución lo han utilizado repetidamente, para indicar a los países o museos poseedores que deben conservarse los objetos y colecciones teniendo en cuenta esta concepción.

Al mismo tiempo, esta noción de una cultura mundial común también es muy significativa en otro sentido, para el debate en torno a la devolución o restitución. En efecto, si estas obras de arte u objetos forman realmente parte integrante de un legado universal, también deben tener acceso a ellas los habitantes de las distintas regiones del mundo, y no pueden concentrarse todas en el país de origen. En este sentido, todos los países que reivindican la devolución coinciden en la necesidad de que sus obras de arte puedan ser

contempladas y admiradas en otros lugares, como embajadoras de sus culturas y sus pueblos. Lo cual, a su vez, implica que en estos momentos reivindicar la devolución de los tesoros culturales ya no abarca el completo retorno de los objetos y colecciones alejados del país de origen, como aún se exigía en la resolución de la ONU de 1973, sino sólo la devolución de objetos concretos, particularmente significativos para el país o pueblo de origen, y que desempeñan un papel importante en la definición de la identidad cultural de un grupo étnico, un pueblo o una nación. El director general de la UNESCO A. M. M'Bow lo expresó así: «Los hombres y mujeres que se vieron despojados de su legado cultural piden que les sean devueltos al menos aquellos tesoros artísticos más representativos. Objetos que ellos consideran de una importancia vital y cuya ausencia les resulta, por tanto, sumamente dolorosa».

Tras la ya citada resolución de 1973 de la ONU, se encargó de este problema a la UNESCO, la cual ha convocado conferencias de expertos para intentar sondear todos los aspectos relacionados con esta problemática, recoger los más diversos argumentos a favor y en contra, y formular propuestas para una posterior actuación, lógicamente encaminada a lograr una devolución o restitución del patrimonio cultural. La UNESCO encomendó luego este asunto al Consejo Internacional de Museos (ICOM). Este organismo ya llevaba muchos años ocupándose del problema, sobre todo a través del Comité Internacional de Museos de Etnología en él integrado, con una menor intervención del Comité de Arqueología e Historia, de hecho competente también en la materia.

Todas estas discusiones y estudios llevaron al reconocimiento de que no existe una solución universalmente válida al problema de la devolución o restitución del patrimonio cultural. Cada caso tiene sus peculiaridades individuales y debe abordarse, por tanto, por separado. Durante largo tiempo se debatió si debía fijarse un plazo límite para las peticiones de devolución y discutir todos los casos ocurridos. Ya en la antigüedad, los generales y emperadores romanos se llevaron a Italia buques enteros cargados de objetos procedentes de Egipto. Si se incluyeran estos casos en las discusiones en torno a la devolución, tendría que cambiar de titular casi la totalidad de los bienes culturales que actualmente se hallan en los museos o colecciones, y algún museo incluso se vería obligado a cerrar. Esta discusión en torno al límite temporal de las peticiones de devolución ya demuestra que sólo es posible decidir caso por caso si es procedente incluir un objeto o una colección.

Excepto en aquellos casos probados de exportación e importación ilegal de bienes culturales, la devolución deberá acordarse a través de negociaciones bipartitas, con la posible actuación de un intermediario. Se llegó a esta conclusión con la esperanza de que así se facilitaría la resolución de las dificultades jurídicas planteadas por la devolución.

Aunque también en el terreno del derecho internacional comienza a perfilarse una gradual evolución. Existen varios estudios dedicados a analizar este proceso, que algún día tal vez puedan contribuir a fundamentar en términos jurídicos irrefutables las peticiones de devolución.

Estos estudios analizan las repercusiones de la resolución de la ONU, en términos del desarrollo del derecho internacional y de la vinculación de los Estados representados en la ONU a los acuerdos tomados por la organización. Aunque de momento estas resoluciones todavía no tienen un carácter jurídicamente vinculante reconocido en el derecho internacional, la tendencia apunta en esta dirección. A lo cual se suma el hecho de que las Naciones Unidas también han postulado el derecho de un pueblo al desarrollo cultural dentro del marco de la Declaración de los Derechos Humanos. El derecho al desarrollo cultural comprende asimismo la definición de la propia identidad cultural y la determinación de todo aquello que integra el propio legado cultural. La pérdida de este legado cultural o de partes importantes del mismo, puede fundamentar el derecho a reivindicar la devolución de esas partes del patrimonio. Pero, de momento, todo esto no pasa de ser un conjunto de promesas para el futuro.

Aun así, en justicia se impone reconocer que la UNESCO no se ha limitado a hacer estudios y elaborar informes. También ha dado un paso muy concreto con la creación de un comité interestatal para reivindicar la devolución del patrimonio cultural. Este comité se reúne regularmente, bajo la presidencia del diplomático y escritor libanés Salah Stétié, para comprobar los progresos alcanzados en el ámbito de su competencia y discutir qué nuevas medidas pueden adoptarse. El comité está formado por veinte miembros, pertenecientes a los Estados representados en la UNESCO, los cuales se renuevan cada dos años. La República Federal de Alemania no formó parte de este comité interestatal en los primeros años.

A fin de facilitar la tarea del comité y proporcionarle material de trabajo, la UNESCO ha encargado la realización de varios estudios piloto sobre la situación del patrimonio cultural perdido en algunos países. Hasta la fecha, se han efectuado estos estudios en los casos de Mali, Samoa occidental, Bangladesh, Ghana y Panamá. Los estudios piloto no sólo examinan qué

patrimonio cultural perdieron estos países y de qué forma, sino que analizan la situación de los museos en el correspondiente país y las posibilidades legales de protección del patrimonio que todavía les queda. También se ocupan de que les sea devuelto lo que les corresponde.

Una segunda medida, de gran importancia práctica, fue la elaboración de un cuestionario, que debían rellenar tanto los países o museos demandantes como los poseedores de los objetos en liza, en caso de fracasar las negociaciones o conversaciones mutuas sobre la devolución. Se trata de un cuestionario muy detallado, que no sólo aborda la historia del objeto o de las colecciones, sino también el presente estatuto jurídico, las condiciones de conservación y su tratamiento científico. Sobre todo se solicita información sobre las razones que llevaron a reivindicar precisamente la devolución de un objeto o colección concreta y su importancia para el país demandante. Análogamente, se pregunta por el valor específico del objeto o la colección para el país que actualmente detenta su posesión, y se solicitan datos sobre el estatuto legal que tendría el objeto en caso de volver al país de origen, así como sobre los requisitos técnicos necesarios para su devolución y conservación segura.

Esta última parte del cuestionario fue muy debatida, e inicialmente los países de la Comunidad Europea, en particular, plantearon preguntas muy duras en cuanto a los requisitos técnicos que debían cumplirse para la devolución del patrimonio cultural a los países de origen, y sobre la cualificación del personal de los museos. Tan duras, que resultaban incluso insultantes. Luego se logró modificar y suavizar un poco esta postura, al menos sobre el papel. Sin embargo, la adopción del cuestionario estuvo a punto de fracasar, porque los países poseedores no estaban dispuestos a responder a estas preguntas en el mismo cuestionario que los países demandantes. Como máximo, se declararon dispuestos a responder en un pliego aparte a las preguntas de los países demandantes. Además, el cuestionario les parecía demasiado detallado, hasta el punto de parecer casi un interrogatorio policial. Sólo el argumento del ICOM, en el sentido de que todas las preguntas planteadas forman parte del material de trabajo habitual de un científico que quiera identificar y clasificar un objeto o estudiarlo, logró persuadir a los Estados más reacios, en particular Inglaterra, y el cuestionario fue aceptado provisionalmente. Pero antes de su aprobación definitiva se desean comprobar sus resultados en la práctica.

Hasta la fecha, sólo Sri Lanka ha rellenado el cuestionario para unos 150 objetos. Grecia había anunciado que daría el mismo paso, tras el resultado

positivo logrado en una votación sobre la solicitud de que sus piezas del British Museum le fueran devueltas, celebrada en el curso de la Conferencia Mundial de Cultura de la UNESCO, que tuvo lugar en Ciudad de México en agosto de 1982. A finales de octubre de 1983, el gobierno griego solicitaba oficialmente la devolución de sus bienes culturales a Gran Bretaña.

Los británicos, por su parte, consideraron la posibilidad de recurrir al ardid de declarar patrimonio cultural nacional el conjunto del British Museum, lo que incluía todos sus objetos y vedaba su desmembramiento, en base a una resolución de la UNESCO. La legitimidad de esta medida es discutible, pero en cualquier caso obligaría a perder nuevamente muchos años debatiendo este aspecto, mientras quedaba aplazado un debate serio en torno a la devolución de los *Elgin-Marbles*.

La UNESCO, con el particular respaldo del ICOM, promueve por otras vías muy prácticas la devolución del patrimonio cultural o crea las condiciones necesarias para ello. Así, colabora, con el envío de expertos o con asistencia financiera, en la planificación de los museos de los países peticionarios, ayudándoles a crear la infraestructura necesaria. Se organizan cursillos de capacitación para expertos en museos, directores y restauradores. Estos cursos se desarrollan en parte en la zona del país peticionario o, a veces, también en los museos que en estos momentos poseen el patrimonio cultural, como el de Tervuren, en Bélgica. Otros museos, como el Überseemuseum de Bremen, han creado sus propios programas de capacitación, en este caso financiados por el gobierno federal alemán. Para la formación de los restauradores malineses se llevaron a Bremen objetos de Mali, a fin de restaurarlos e instruir a los restauradores con material de su propio país.

Otro aspecto del apoyo práctico es la asistencia prestada en la elaboración de nuevas leyes y ordenanzas destinadas a proteger el patrimonio cultural. Varios países, como Burundi, han solicitado a la UNESCO el envío de los correspondientes expertos para la elaboración de nuevas leyes en base a las ya existentes que se han demostrado más eficaces para combatir la exportación ilegal de bienes culturales.

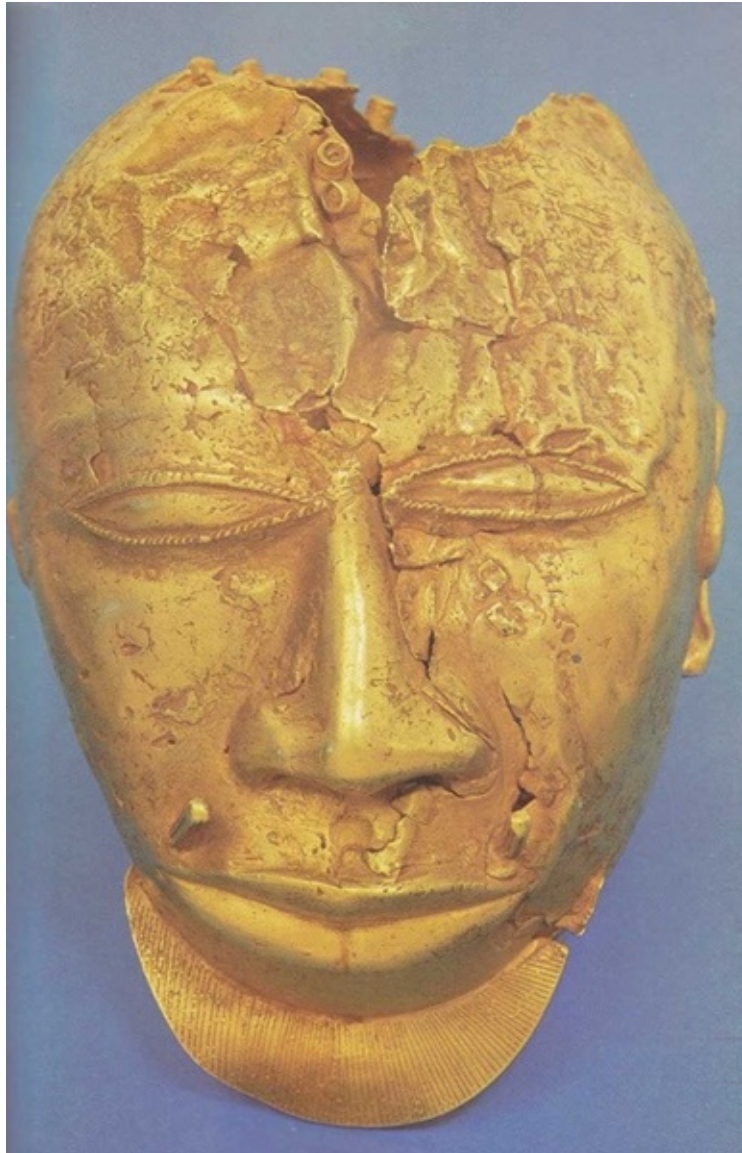
También es importante la catalogación de los bienes culturales sitios en el país de origen y en el extranjero. En estos momentos se está desarrollando un programa encaminado a establecer un inventario del conjunto de la cultura material de dos regiones concretas de Mali, a fin de comprobar los límites de una catalogación de este tipo y los costes que representa. La UNESCO ha redactado varios programas de catalogación del patrimonio cultural africano y oceánico situado fuera de sus países de origen.

También se debatió durante largo tiempo la posibilidad de que la UNESCO estableciera un fondo que le permitiese actuar como compradora en nombre del país de origen, en caso de una inesperada puesta a la venta de bienes culturales en el mercado internacional de arte. Pero este fondo no llegó a crearse, porque los fondos establecidos por la organización ya son tantos que los Estados miembros están cada vez menos dispuestos a sufragarlos. Además, la existencia de un fondo de este tipo provocaría una mayor subida de los precios en el mercado internacional de arte, ante la expectativa de que determinadas piezas serían adquiridas con la ayuda de este fondo.

Vistos los problemas y posibilidades de solución aquí citados, no está justificado un total pesimismo en el tema de la devolución o restitución del patrimonio cultural. Ciertamente es que las posibilidades de resolución de los problemas técnicos no implican aún que llegue a producirse efectivamente una devolución. Por desgracia, los funcionarios, políticos y expertos en museos poseen tal capacidad de inventiva, que sin duda se sacarán de la manga nuevos argumentos en contra de la devolución.

A fin de frenar un poco la exportación e importación ilegal de bienes culturales, muchos museos han adoptado el código ético para la adquisición de objetos y colecciones propuesto por el ICOM, aunque no se halla recogido en ninguna ley. Este código establece que un museo no debe comprar o aceptar en donación ningún objeto o colección cuya procedencia no pueda establecerse sin reparos. Incluso instituciones tan famosas como el Metropolitan Museum de Nueva York, vinculado a no pocos escándalos relacionados con la adquisición de objetos de contrabando, han adoptado estos criterios como fundamento de su política.

Otro aspecto sumamente importante es la cooperación amistosa entre museos. Las leyes y recomendaciones no pueden tener mayor eficacia si el debate no se plantea sobre la base de la buena voluntad y la colaboración entre los centros afectados. Aunque, de momento, para muchos esto no pase de un piadoso deseo.



Máscara de oro de los ashanti, Ghana



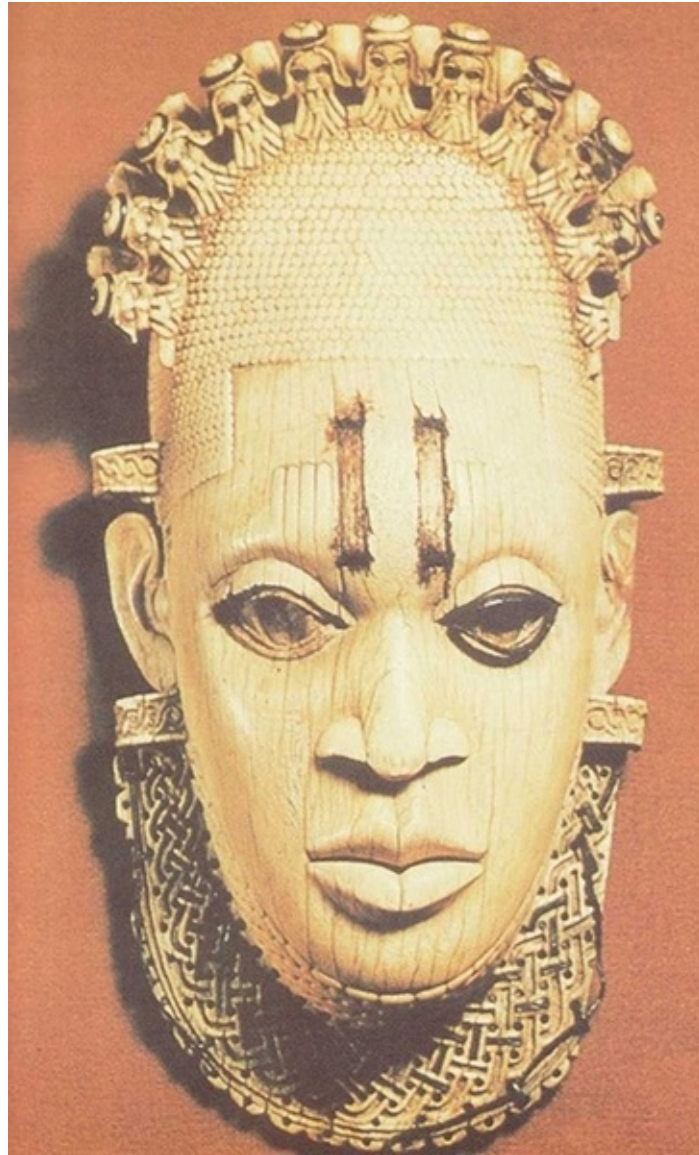
«Arte para turistas» del África oriental.



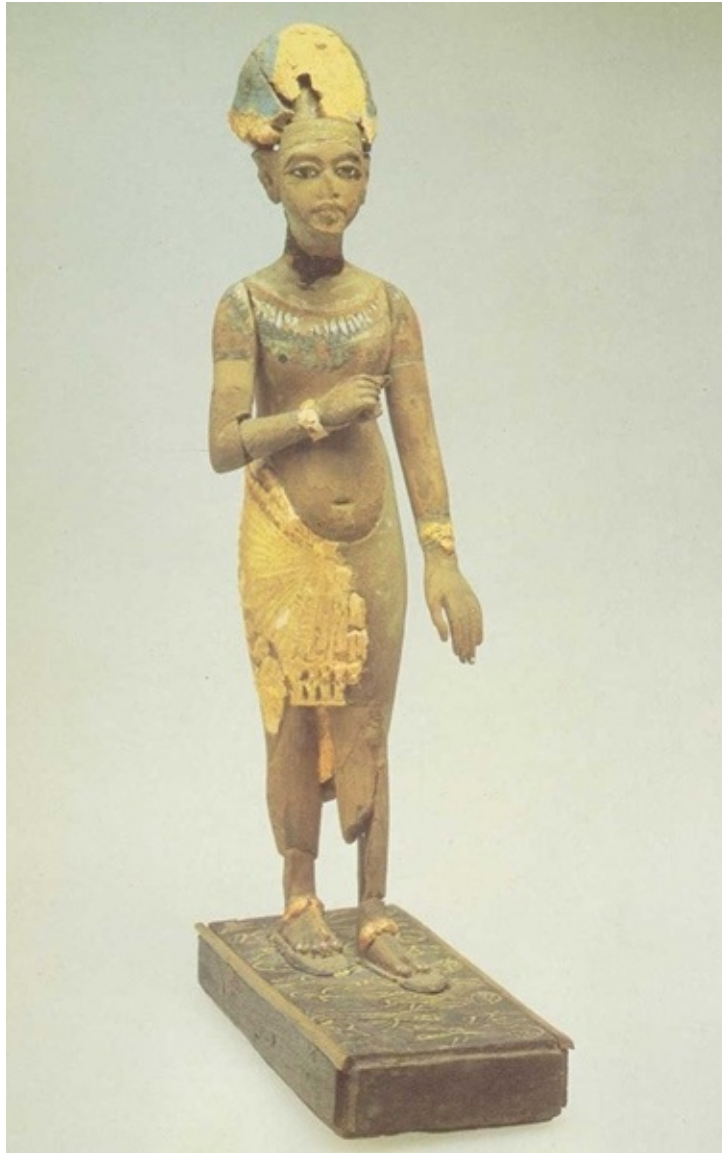
Cabeza de un rey de Benin, Nigeria.



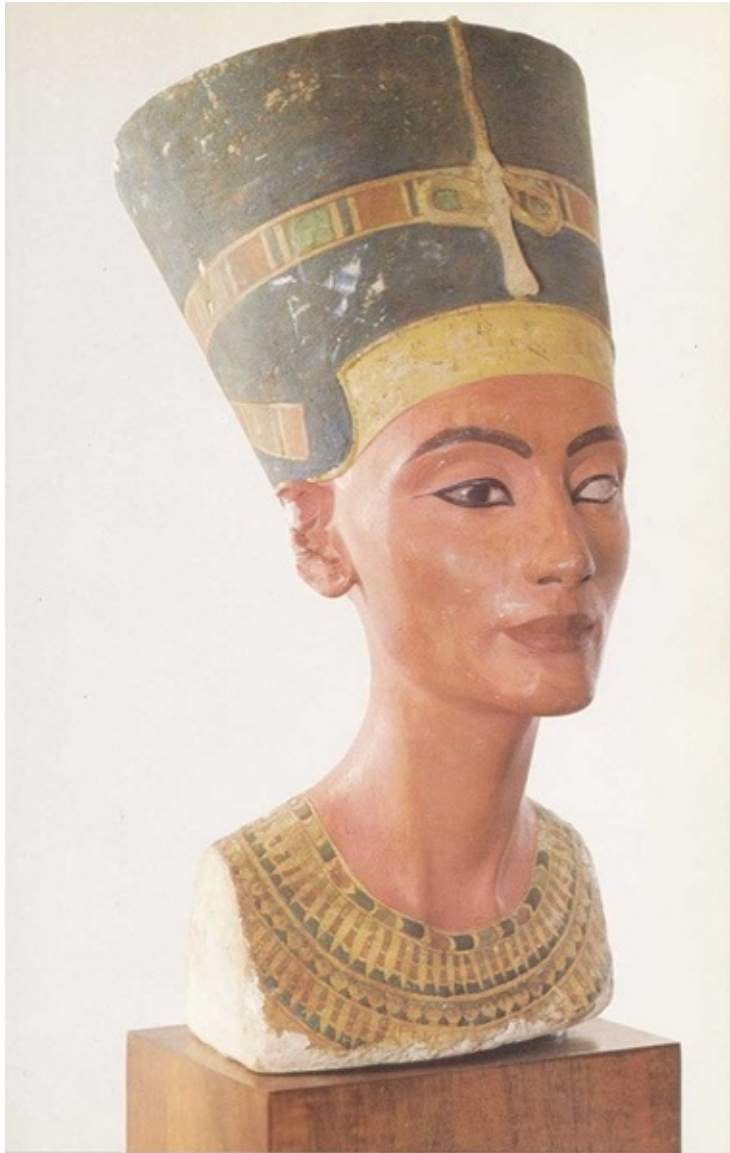
Trono del rey Njoya, Camerún.



Máscara de marfil con ceñidor de Benin, Nigeria.



Eknatón, XVIII dinastía, Egipto.



Nefertiti, XVIII dinastía, Egipto.



Máscara de una reina, Sri Lanka.

19. Derecho internacional y colonialismo

La noción de que los bienes culturales de todo tipo obtenidos con mayor o menor recurso a la fuerza deben devolverse no constituyen en modo alguno una novedad en derecho internacional. Esta interpretación tiene en cuenta la posibilidad de que en una situación de fuerza —en particular durante la ocupación de un territorio— se haya procedido de forma totalmente «legal», pagando incluso un precio por los objetos. La aplicación más extensa de las correspondientes órdenes de devolución se produjo al finalizar la segunda guerra mundial, cuando volvió a confiscarse a los alemanes el patrimonio cultural acumulado mediante el saqueo en toda Europa. La orden de devolución de los aliados no sólo abarcaba el producto del pillaje nazi, sino también otras transacciones menores, «más privadas».

Los antiguos romanos ya eran contrarios al pillaje de obras de arte. Cicerón atacó hace aproximadamente dos mil años al gobernador de Sicilia, Verro, por el saqueo de templos y monumentos, y consiguió que el Senado romano le impusiera una multa de 45 millones de sestercios. Algunos tratados de paz del siglo XVII estipulaban la obligación de devolver el patrimonio cultural saqueado. El Congreso de Viena, reunido después de la derrota de Napoleón, no obligó a la restitución, pero los gobiernos de los pueblos derrotados por el emperador y sometidos a un poderoso y sistemático saqueo, recobraron muchas pertenencias que se hallaban en Francia, y particularmente en el Louvre. Una parte nada despreciable continuó en manos de los saqueadores y sus herederos, por incomparecencia de alguien que acreditara la propiedad.

En el siglo XIX la mayoría de los juristas internacionales coincidían en señalar la ilicitud del saqueo de objetos culturales, incluso en caso de guerra. Este principio se ratificó formalmente en la disposición sobre la guerra terrestre de La Haya, lo que supuso un considerable progreso en relación a la época en que españoles y portugueses consideraban su legítimo «botín de guerra» y se llevaban a sus casas todo lo que atraía su codicia en América Latina.

Al finalizar la primera guerra mundial, el Tratado de Versalles estableció la obligación de devolver también los objetos apropiados mucho antes de la

contienda. Alemania tuvo que entregar a Francia objetos apropiados durante la guerra de 1870-1871 y a China los procedentes del observatorio imperial de Pekín, que se había llevado tras la derrota de la rebelión de los *boxers* en 1900-1901. Francia, en cambio, pudo conservar su parte del entonces botín conjunto de Pekín; para eso era una de las potencias vencedoras. Bélgica incluso recuperó las puertas de un retablo compradas a principios del siglo XIX por el rey de Prusia. Alemania tuvo que devolver al «rey del Hejaz^[67]» un ejemplar del Corán que había sido propiedad del califa Osmán, regalado por las autoridades turcas al káiser Guillermo II. Los alemanes se vieron obligados a desprenderse asimismo del cráneo del sultán Makau, que se habían llevado del «África oriental alemana» en la época de su dominación colonial. Es interesante comprobar que el artículo 246 del Tratado de Versalles no señalaba como titulares a los africanos, sino al gobierno británico.

Estos y algunos otros ejemplos tienen el inconveniente de que casi en todos los casos se trata de reparaciones que un vencedor estuvo en condiciones de imponer a un vencido. Aun así constituyen un precedente, Pero entrañan la desventaja todavía mayor de que afectan casi exclusivamente a Estados occidentales; por tanto, no tienen en absoluto en cuenta las guerras coloniales ni el sistema colonial. En este terreno, al «colonizado» no se le reconocía ningún derecho. Y las decisiones del tribunal internacional, con sus ya numerosos fallos en el sentido de que las leyes del período colonial siguen teniendo poder vinculante, demuestran que la mentalidad colonial no ha muerto en absoluto.

Estas sentencias han topado, lógicamente, con las críticas de las naciones que han accedido a la independencia en los últimos tiempos y que durante décadas no tuvieron ningún peso en los organismos internacionales. Con la descolonización formal de la década de 1960, se inició la oleada de fundaciones de un número creciente de nuevos Estados soberanos, la cual fue determinando la supremacía numérica del Tercer Mundo en las organizaciones de la ONU y la mayoría automática del Tercer Mundo en las votaciones, a menudo condenada en Occidente. Estas condenas resultarían más convincentes si los Estados industriales no hubieran obrado durante siglos como si la mayor parte de la humanidad no tuviera existencia jurídica ni política.

Al reivindicar la devolución del patrimonio cultural al Tercer Mundo, se ha abierto un tema cuya significación va más allá de la disputa en torno al patrimonio cultural expoliado. Se trata de la cuestión fundamental de si el

colonialismo no representó un crimen del mismo orden que la agresión de la Alemania de Hitler contra los pueblos de Europa y las demás fechorías del nazismo. Y si, en consecuencia, las víctimas del colonialismo no tienen derecho a exigir también una reparación en toda la regla.

Cuando Cuba y Egipto expusieron por primera vez esta idea ante las Naciones Unidas, en 1965, los países occidentales la interpretaron como la expresión de un extremismo irresponsable, nacionalista y antioccidental. ¡Y no podía ser de otro modo! Entretanto, esta opinión se ha impuesto mayoritariamente a nivel internacional, y todos los «occidentales» que no sean ciegos ni sordos y no carezcan de memoria y conocimientos históricos también deberían compartirla.

La jurisprudencia internacional de corte occidental no podrá seguir eludiendo mucho tiempo esta cuestión. Los propios colonialistas invocan gustosamente la moral, pero ellos «domesticaban» a los pueblos sometidos e intentaban transformarlos de «salvajes» en «civilizados», mediante el exterminio unas veces, y las más imponiendo medidas draconianas. Pues bien; esa moral exige hace ya tiempo que olvidemos el ritmo lento de las deliberaciones y que comencemos a reconocer ya nuestra deuda, sin más dilación. También nos obliga a renunciar a argumentos sofísticos y a estratagemas baratas para retrasar la devolución de aquellos tesoros culturales que nuestros museos y colecciones obtuvieron, directa o indirectamente, gracias al sistema colonial.

20. ¿Quién reivindica qué?

Numerosos Estados del llamado Tercer Mundo reivindican actualmente la devolución de su patrimonio cultural perdido. A menudo estas reivindicaciones se plantean en términos muy generales, como las presentadas en nombre de las Repúblicas de Benin o de Mali, sin que hasta la fecha se haya especificado detalladamente qué piezas se desea recuperar y de qué museos y colecciones. En parte, ello se debe a que estos países ni siquiera saben dónde se encuentra realmente su patrimonio cultural.

Una serie de Estados han nombrado objetos concretos y han solicitado su devolución a los correspondientes museos o gobiernos. Entre ellos figuran Nigeria, Sri Lanka, Tanzania, Egipto, Irak, Malta, India, Turquía, Líbano y Grecia. Sin embargo, ninguno de estos países —con la sola excepción de Sri Lanka— ha planteado oficialmente sus peticiones de devolución ante la UNESCO, solicitando su mediación. Cabe esperar que una vez elaborado el ya citado cuestionario de la UNESCO, y tras su aprobación por su comité interestatal para los temas relacionados con la devolución o restitución, empiecen a plantearse demandas más oficiales. De momento, todavía se están inventariando las pérdidas sufridas por Sri Lanka.

Por su parte, Nigeria solicitó recientemente la devolución de una de las figuras llamadas *nok*, de terracota, procedentes de las excavaciones clandestinas en la meseta de Jos, en el norte del país. La cultura *nok*, sobre la cual todavía no se sabe demasiado, alcanzó su apogeo entre los siglos III a. J. C. y III de nuestra era, y es de suma importancia para la historia nigeriana.

La figura *nok* fue ofrecida en 1982 a la compañía petrolera Mobil Oil Corporation, en Calgary, Canadá. Ante la duda de si se trataba de una pieza auténtica —hay muchas falsificaciones de objetos *nok*—, la compañía acudió al museo local de Calgary, el Glenbow Museum. La pieza resultó auténtica, pero carecía de cédula de importación y licencia de exportación de Nigeria. El museo comunicó el caso al gobierno canadiense, uno de los pocos Estados occidentales que había firmado, ya en 1978, la convención de 1970 de la UNESCO sobre control de la exportación e importación ilegales de bienes culturales. Los dos comerciantes, un africano de Alto Volta y un norteamericano, fueron detenidos y declararon que la pieza llevaba ya largo

tiempo en manos de un particular francés, a quien la habían comprado en 1977. Entretanto, se informó también de los hechos al gobierno nigeriano, el cual ha solicitado de forma totalmente oficial la devolución de la pieza al gobierno canadiense. Un procedimiento legítimo, puesto que ambos Estados han ratificado la convención de 1970.

En este caso, merece la pena señalar dos aspectos de interés. Por una parte, los dos comerciantes ya se habían disputado una vez judicialmente la propiedad de la pieza en Nueva York; lo cual demuestra cómo pueden plantearse ante los tribunales querellas relacionadas con objetos exportados de forma ilegal. En segundo lugar, la Mobil Oil Corporation había financiado una exposición itinerante de tesoros de arte nigeriano a través de Norteamérica y Europa, la cual nunca habría llegado a organizarse sin su ayuda. De hecho, es inevitable suponer que los responsables de la compañía petrolera debieron tener noticia en algún momento del problema del contrabando de objetos artísticos procedentes de África, y de Nigeria en particular, puesto que su interlocutor en este asunto, Ekpo Eyo, titular de la Dirección de Antigüedades de Nigeria, es uno de los más enérgicos defensores de la devolución del patrimonio cultural.

EGIPTO

Egipto solicitó en abril de 1982 al British Museum la devolución de una parte de la Gran Esfinge de Gizeh.

INDIA

Aunque la India ha coronado con éxito algunas de sus peticiones de devolución, todavía tiene pendiente una serie de reivindicaciones. Una de las peticiones que deberían haberse resuelto hace tiempo es la demanda de devolución de la famosa y legendaria espada de Shivaji, que se halla en posesión de la reina de Inglaterra. Aunque su valor se cifra en cinco millones de libras esterlinas, la espada posee un valor ideal muy superior para los indios.

Se piensa que la hoja de la espada perteneció originariamente al conquistador portugués de Goa, general Afonso de Albuquerque, quien perdió su arma en el año 1510 en combate con un guerrero indio. La familia de este guerrero la regaló luego al rey Shivaji. Según la leyenda, éste la ofreció entonces a la diosa Bahvany, la cual se la devolvió en sueños, pero embellecida con 356 grandes diamantes y 68 rubíes engastados en oro, con el símbolo mágico *tulsi*. Gracias a esta espada llegó a ser invencible en sus

batallas. En 1875, uno de los descendientes de Shivaji la regaló al príncipe de Gales, luego coronado como Eduardo VII, y así pasó a manos de la Casa Real británica. He aquí la respuesta del palacio de Buckingham: «¡La reina no se desprende de ningún objeto de las colecciones reales!».

LÍBANO

Los conflictos bélicos que han sacudido al Líbano en los últimos años han provocado la destrucción o la pérdida de numerosos tesoros artísticos. Las ruinas de Tiro no escaparon a los enfrentamientos bélicos entre israelíes, tropas libanesas y combatientes de la OLP, pese al llamamiento del director general de la UNESCO. Y durante los combates de septiembre de 1982, el Museo Nacional de Beirut quedó en la misma frontera del encarnizadamente disputado Beirut Oeste. Líbano acudió en enero de 1981 a la Interpol para intentar recuperar los valiosos volúmenes de su Biblioteca Nacional, que se habían perdido.

MALTA

En la Torre de Londres hay dos cañones, que se cuentan entre las piezas más destacadas del museo. Fueron fabricados en 1773 para Francisco Ximénez, gran maestro de la Orden de los Caballeros de Malta. Los franceses se apropiaron de ellos durante la conquista de Malta en 1798 y se disponían a trasladarlos a Francia a bordo de la nave *La Sensible*, pero ésta fue capturada por los ingleses y los cañones fueron llevados a Inglaterra. Hasta la fecha no han sido devueltos a Malta. En cambio, en el siglo pasado, por razones actualmente difíciles de reconstruir, el Rotunda Museum de Woolwich devolvió otros cañones a Malta.

MÉXICO

De acuerdo con las condiciones establecidas en la convención de la UNESCO de 1970, México solicitó en marzo de 1981 la devolución de dos estatuillas precolombinas, exportadas ilegalmente del país y confiscadas por la aduana canadiense. Puesto que tanto Canadá como México han ratificado la citada convención, de hecho nada se opone a la devolución.

TANZANIA

El gobierno de Tanzania ha solicitado al Linden-Museum de Stuttgart la devolución del trono real de Karagoué, un pequeño reino situado en su actual territorio nacional. Este trono fue sacado del país en 1910, durante la

administración colonial alemana. De forma totalmente legal según declara el Linden-Museum, puesto que fue un regalo del sultán Roumanyika a un médico alemán.

TAILANDIA

Aunque Tailandia posee unas regulaciones muy rigurosas sobre la exportación de bienes de carácter religioso, arqueológico y artístico y también mantiene una vigilancia relativamente estricta en este sentido, es continuo el contrabando de piezas aisladas. Así, por ejemplo, el *New York Times* del 30 de marzo de 1976 anunciaba que Tailandia había solicitado al Metropolitan Museum de Nueva York la devolución de una figura de bronce de la divinidad budista Avalo-Kiteshvara, por la cual el museo pagó 300 000 dólares en 1967. Según informaciones tailandesas, la figura data del siglo VI d. J. C. y corresponde al reino Dvaravati, el más documentado en la historia de Tailandia. Hasta ahora sólo se conocían fragmentos aislados de bronce de este período, y el resto de las obras de arte eran de piedra, yeso o cerámica. La figura de cuatro brazos tiene 142 centímetros de altura y está considerada como la pieza mejor conservada de su clase en el mundo. Forma parte de un grupo de veinte bronce descubiertos en 1964 en una excavación clandestina en la provincia de Buriman. Según declaraciones tailandesas, salió del país gracias a la ayuda de un militar tailandés y de los agentes de aduanas y fue vendida, vía Londres, al anticuario Ben Heller de Washington (el mismo que fue detenido en 1981 en Canadá con motivo de la exportación ilegal de la pieza nok). Al parecer, las 19 figuras restantes se encuentran todavía en Tailandia, en manos de particulares. Pero se sospecha que otras piezas similares, que se hallan en diversos museos norteamericanos, también proceden de la citada excavación clandestina. Hasta la fecha, la figura de bronce aún no ha sido devuelta a Tailandia.

TURQUÍA

Turquía solicitó en 1973 la devolución de novecientas tablillas con inscripciones cuneiformes hititas, excavadas hace más de cuarenta años en Bogazkóy, al noreste de Ankara, y trasladadas a Alemania para su restauración y estudio. Antes de la segunda guerra mundial ya se habían devuelto cuatrocientas tablillas de esta colección, mientras el resto quedaba retenido en Berlín para ulteriores investigaciones. Actualmente se encuentran en la República Democrática Alemana.

21. El catálogo de Sri Lanka

«El British Museum tendrá que cerrar». Este pronóstico terrible —y no sólo para la comunidad internacional de amantes de los museos y personas interesadas en la cultura— desvió durante años por falsos derroteros la discusión sobre el patrimonio cultural procedente del Tercer Mundo. Con esta frase iniciaba el *Times* (18 de mayo de 1976) una larga entrevista con el doctor De Silva, director de los museos nacionales de Sri Lanka y uno de los más activos reivindicadores de la devolución. En vísperas de una conferencia dedicada a este tema —muchos directores de museo todavía no se han recuperado del susto—, las declaraciones de De Silva parecían echar agua al molino de quienes confían poder bloquear todas las conversaciones en torno a la devolución, alegando que lo exagerado de las peticiones hace imposible llegar a cualquier compromiso.

Cierto es que el corresponsal del *Times*, Donovan Moldrich, hacía constar que De Silva había hecho este comentario *with a chuckle*, esto es, riéndose por lo bajo. Pero a pesar de la inequívoca descripción de cuál había sido su tono, no todo el mundo vio en ello una indicación de que el director sólo pretendía hacer un chiste. Resultaba particularmente difícil creer que hablaba en broma, tratándose, como se trataba, del autor. Me un sorprendente volumen, alarmante para los directores de los museos occidentales y que entretanto ha adquirido una importancia histórica. Se trataba de un impresionante catálogo de los tesoros culturales de Sri Lanka que se encuentran en museos europeos, norteamericanos y de otros lugares. En la República Federal de Alemania, De Silva contabilizó alrededor de seiscientos objetos, entre ellos muchas máscaras. Pero el grueso de las piezas registradas se hallaba, naturalmente, en Gran Bretaña, país que ejerció durante ciento cincuenta años su dominio colonial sobre el territorio designado entonces como Ceilán. La enumeración y descripción de las existencias de los museos británicos ocupa 125 páginas. En total, De Silva logró catalogar más de 15 000 objetos en veintitrés países. Evidentemente, no pudo examinar tan a fondo las colecciones privadas, pero calcula que en ellas deben encontrarse otros 10 000 objetos.

Bajo el impacto de este catálogo, una parte de los medios museísticos prefirieron tomarse en serio la broma de De Silva. Con lo cual a estos pesimistas les pasó por alto, o no supieron captar, el comedimiento con que se había expresado el hombre de Colombo en la citada entrevista. Sin defender en absoluto la opinión de que todo era producto del expolio, instaba a sus colegas de los «países en desarrollo» a asegurar las condiciones idóneas para la conservación de las piezas deseadas, antes de solicitar su devolución.

Un par de años más tarde, Sri Lanka presentó formalmente su catálogo de peticiones de devolución ante la UNESCO. Como ya habría podido deducirse de las palabras de De Silva en 1976, no se trataba en absoluto de una copia del libro, sino de una lista relativamente corta. A la República Federal de Alemania se solicitaba la devolución de dieciséis máscaras del Museo Etnológico de Berlín-Dahlem, dos cofrecitos de marfil profusamente decorados y tres peines también muy decorativos del Tesoro de la Residencia de Munich. A Gran Bretaña, su ex colonia, le solicitaba la devolución de 33 objetos, entre ellos algunas respetables estatuas, distribuidos en un total de siete museos. La mayor parte se hallaban en el British Museum, al cual se solicitaba también la devolución de dos cartas reales cingalesas del siglo XVII y la colección de manuscritos sobre hojas de palmera y otros materiales de Hugh Nevill.

Las peticiones planteadas a Berlín y Munich ofrecen un ejemplo casi perfecto de la problemática por ambas partes. El Museo Etnológico de Berlín posee un total de 154 máscaras y está orgulloso de su colección, que comprende muchas piezas de gran interés. Pero cuando yo visité el museo en 1980, sólo se exhibían al público 35 de ellas, de las cuales sólo seis aparecían citadas en la lista de Sri Lanka. Al parecer, el museo no consideraba imprescindible mostrar las otras diez, cuya devolución también se solicitaba.

Una mirada al folleto ilustrado del museo^[68] sobre el conjunto de la colección, revela que Berlín no sufriría un grave perjuicio si devolviera no sólo las diez máscaras no expuestas, sino también las seis que se exhiben, y las sustituyera por piezas de valor equivalente de la todavía apreciable colección que seguiría conservando en el almacén. Un pequeño precio a cambio del cual podría ganar mucho prestigio y simpatía. Pero, en la práctica, el estilo de actuación de la Fundación del Patrimonio Cultural Prusiano, a la cual pertenece el museo, se manifestó relegando durante años al olvido el documento de Sri Lanka, como si nunca hubiera existido. Después se recibió con alivio la noticia de que el ministro de Asuntos Exteriores de Sri Lanka, más moderado que las autoridades culturales de su país, había hablado de

cooperación durante una visita a la República Federal de Alemania. La fundación empezó a abrigar entonces la esperanza de eludir totalmente la devolución, como dejó bien claro el profesor Knopp en el programa *Report* de la televisión alemana, el 3 de mayo de 1983. La mentalidad de los usufructuarios de las piezas no había variado un ápice.

Opino que la demanda de devolución es mucho menos pertinente en el caso de Munich. Todos los objetos se hallan expuestos, o al menos lo estaban cuando visité el museo. Su significación histórica para Sri Lanka es indudable. Los cofrecillos están decorados con representaciones de escenas que narran un episodio de la época en que la isla se hallaba bajo soberanía portuguesa, a mediados del siglo XVI. Al parecer, estos cofrecillos llegaron a Lisboa como parte de un cargamento cingalés, y pronto fueron comprados por alemanes. En todo caso, a partir de 1599 figuran ya en los inventarios alemanes. Un joyero europeo los decoró entonces también con oro y brillantes. Resulta difícil fundamentar en este caso el derecho a una devolución. Cabe considerar, sin embargo, que, habida cuenta que tanto los dos cofrecillos como los tres peines son muy parecidos (y siempre que en Sri Lanka no existan otras piezas equivalentes), sería un gesto muy simpático, que prestaría un gran servicio al buen entendimiento entre los pueblos, la donación por parte de Munich de una pieza de cada tipo al Museo Nacional de Sri Lanka.

22. Una excavación en Panamá

El lugar, el momento y las circunstancias son característicos del tema que aquí nos ocupa. La acción se sitúa en Panamá en 1926-1927, una república muy joven, con apenas 23 años de antigüedad y una independencia muy teórica, sometida en la práctica a la abrumadora y directa influencia de los Estados Unidos (el *Historisches Lexicon* de Lux lo expresa con gran elegancia, cuando dice que se hallaba «bajo la supervisión» de ese país). En estas circunstancias, al enviado de la Heye Foundation de Nueva York, Hyatt Verrill, no le resultó difícil obtener un permiso de excavación en la provincia de Cocié, en los terrenos del actual parque arqueológico de El Caño. El lugar resultó ser un yacimiento arqueológico. A una profundidad de tres a nueve metros se desenterraron enormes cantidades de cerámica de todo tipo, joyas y también esculturas y columnas de basalto, ofrendas funerarias y otros objetos del período comprendido entre el año 800 y la llegada de los españoles a finales del siglo xv y principios del xvi.

Verrill, según afirman las actuales autoridades panameñas, no cumplió su parte del contrato. En vez de ceder al recién fundado Museo Nacional de Panamá la parte principal del hallazgo, tal como se estipulaba, sólo le dejó ocho esculturas muy deterioradas que, según cuenta Reina Torres de Araúz^[69], no eran las piezas más representativas ni las mejor conservadas de aquella antigua cultura. Todos los demás objetos fueron trasladados a los Estados Unidos. La mayor parte se encuentra ahora en la institución sucesora de la Heye Foundation, el Museum of the American Indian, así como en el American Museum of Natural History, el Peabody Museum de la Universidad de Harvard y en el Museo de la Universidad de Pennsylvania.

La señora Torres y algunos colaboradores recibieron permiso para contemplar una parte de los hallazgos en el Museum of the American Indian..., en el almacén. En efecto, sólo dos de las estatuas se exhibían de forma permanente, y también éstas fueron relegadas poco después al almacén. Con gran preocupación, pudieron comprobar que las condiciones de almacenamiento eran tan inadecuadas como incompleto el catálogo, que hacía difícil establecer cualquier tipo de inventario. Ni siquiera en el archivo del museo pudieron obtener información sobre los objetos de oro y plata de la

excavación. Muy indignada, la señora Torres escribió: «Este material, de tan gran importancia para la arqueología de Panamá, se halla guardado, sólo al alcance de los investigadores que tienen la suerte de conseguir el permiso necesario para verlo».

Panamá ha construido una especie de museo al aire libre en el lugar de las excavaciones, que en los últimos años se han continuado por cuenta del país. Al respecto, declaraba la señora Torres: «Actualmente sólo podemos exponer seis de las 110 esculturas monolíticas cuya existencia se conoce. Las diversas peticiones corteses presentadas a través de conductos diplomáticos personales en vistas a lograr la devolución de las restantes (en este sentido también se ha apuntado la posibilidad de un intercambio), han resultado infructuosas...». Sin duda, los museos norteamericanos alegrarán que todas las piezas fueron adquiridas de forma legal.

Naturalmente, la conservación de los valiosos hallazgos panameños en un rincón del almacén contradice una vez más la tan repetida afirmación de que los museos occidentales no sólo conservan «mejor» los objetos del Tercer Mundo, sino que los ponen más al alcance de «toda la humanidad».

23. ¿Salvadores y conservadores?

Gracias a la UNESCO se ha salvado una vez más de la destrucción un importante testimonio del poder religioso y creativo de los seres humanos. Largos años de esfuerzos internacionales han permitido restaurar con minucia la imponente estructura del templo de Borobudur, en la isla de Java, y reconstruirlo (esperemos) con la suficiente solidez para que pueda erigirse durante varios siglos más como testimonio del esplendor arquitectónico y religioso de su época (véanse pp. 47 y ss.). Con ello, Indonesia ha preservado no sólo uno de los más impresionantes monumentos de la arquitectura religiosa budista de los siglos VIII y IX, sino, irónicamente, también un abrumador testimonio en contra de la popular afirmación según la cual, sin la intervención salvadora de los europeos, estas obras culturales habrían estado condenadas a la destrucción. Lo cierto es que los destructores llegaron de Europa.

Las construcciones del templo quedaron abandonadas a principios del siglo X, sin que se conozca bien la razón. La explicación más frecuente es que los monjes se marcharon huyendo de unas epidemias o unas explosiones volcánicas. De hecho, cuando por fin fue redescubierto, el montículo del templo estaba sepultado en su mayor parte bajo la lava de los cercanos volcanes de Merapi y Merbabe («montaña de fuego» y «montaña de cenizas»); por encima se extendía aún una capa de tierra, y todo estaba recubierto de espesos matorrales. Las construcciones desaparecieron de la historia y de la memoria durante casi nueve siglos.

A partir del siglo XVII, Java estuvo dominada por los holandeses. Pero durante las guerras napoleónicas la isla pasó transitoriamente al poder británico. Noticias de la existencia de Borobudur llegaron a oídos del gobernador británico Thomas Stamford Raffles, quien envió una compañía de doscientos soldados a desenterrarlo. Las tropas trabajaron varias semanas cortando y arrancando la maleza y desenterrando las terrazas. Así se abrió otra vez el acceso al santuario. Poco después, retomaron los holandeses... y permitieron el saqueo en gran escala de Borobudur. «Los plantadores instalaron una casa de té en las ruinas de la *stupa* central^[70]. Las terrazas inferiores fueron utilizadas como cantera de piedras para la construcción de

carreteras. Piedras talladas de un valor incalculable se emplearon en la construcción de ingenios azucareros. Un funcionario de la administración holandesa perpetró en 1896 una arbitrariedad que los indonesios todavía no han olvidado. Para congraciarse con el rey de Siam, que visitó la isla, envió a Bangkok ocho carretas de bueyes cargadas con algunas de las mejores esculturas y bajorrelieves^[71]».

A principios de nuestro siglo, los holandeses iniciaron algunas obras de conservación. Sólo a finales de la década de 1950 se descubrió el verdadero alcance de la destrucción, que los especialistas indonesios y extranjeros confían haber detenido a tiempo y haber logrado contrarrestar, gracias al apoyo financiero de numerosos países a través de un programa de la UNESCO. Su origen está en el descubrimiento del templo hace aproximadamente 170 años. Entonces se abrieron grietas y fracturas en las, hasta entonces bien ajustadas, cubiertas de piedra. A través de ellas las lluvias comenzaron a inundar el edificio año tras año...

Los «descubridores» consiguieron, por tanto, todo lo contrario de lo que actualmente se alega para justificar su acción. Como contrapartida, ellos, sus familiares y muchas colecciones se aprovisionaron durante décadas de hermosas esculturas que hoy decoran museos y viviendas extranjeras, desgajadas de su marco geográfico e histórico. El expolio, sin embargo, no ha tenido consecuencias irremediables; antes bien, ha tenido un desenlace muy feliz, que pone un esperanzado contrapunto a la primera incursión de saqueo de Occidente en busca de los tesoros artísticos y culturales de otro mundo. Pero desde luego tampoco es un hecho que ofrezca motivos de orgullo.

Desde la perspectiva actual, la primera gran expedición de saqueo la desarrollaron los españoles en América Central y del Sur. Testimonios de la época dan cuenta de su bárbaro proceder. Basta recordar la extorsión de que Pizarro hizo objeto al inca Atahualpa. A cambio de su libertad, el prisionero ofreció llenar tres habitaciones de oro y plata para los españoles hasta el nivel que alcanzaran sus brazos extendidos cuando estaba de pie. El inca cumplió su parte del trato, pero los españoles lo mataron. Las habitaciones quedaron finalmente llenas de valiosos objetos y todos los tipos imaginables de joyas, un tesoro en metales nobles puros de valor equivalente casi a mil millones de marcos (55 000 millones de pesetas) en moneda actual. Pero los españoles, que no querían objetos preciosos, sino un botín fácil de repartir y transportar, lo fundieron todo en lingotes. Los fundidores del país estuvieron trabajando día y noche durante un mes entero para completar la tarea.

Hasta la fecha, este episodio está considerado como la mayor acción de destrucción sistemática de un patrimonio cultural extranjero perpetrada por los europeos. Esta operación en gran escala tuvo su equivalente a nivel más modesto en los centenares o millares de expolios practicados individualmente por los conquistadores españoles.

Obviamente, ello no es óbice para que en los museos y colecciones privadas se encuentren todavía muchas piezas de oro «precolombino». Éstas proceden casi en su totalidad de excavaciones realizadas durante el período de expoliación de América Latina a manos de los españoles. Nuestra comunidad museística puede considerarse, por tanto, preservadora del legado de los profanadores de tumbas y sepulcros, no de los propios pueblos.

El 24 de agosto de 1979, la *Süddeutsche Zeitung* publicaba un artículo de Doris Schmidt sobre la famosa exposición «El Dorado, el sueño del oro» (que entonces se presentaba en el Kestner-Museum de Hannover). El texto, que constituye una honrosa excepción a la tan extendida tendencia a no poner más en entredicho «nuestro» patrimonio museístico, decía: «Desde la llegada de los conquistadores españoles a América, fueron robados, saqueados y refundidos un número incalculable de tesoros de los indios. El saqueo de tumbas... sigue constituyendo un rentable negocio en Colombia —a pesar de estar prohibido por la ley desde 1959—... Con muy raras excepciones, todo el actual patrimonio de hallazgos de oro colombiano de los distintos museos, procede de sepulturas, y sólo salió a la luz después del período de la conquista...».

Casi nadie desea recordar ahora el origen de esos tesoros, aunque sea suficientemente conocido. Ello refleja una hipocresía siempre vigente: los herederos y usufructuarios del «patrimonio cultural» así adquirido consideran su derecho de propiedad, por haberlo detentado tanto tiempo, y tan sagrado como deleznable fue la forma de adquirirlo. Muchos de ellos, por tanto, se arrojan también el derecho a decidir sobre las reivindicaciones del mundo expoliado, naturalmente para emitir un veredicto negativo. Y, para aferrarse a sus posesiones, todavía afirman que ofrecen las condiciones óptimas de preservación y gestión del legado cultural de la humanidad, y se erigen, merced no sólo a su superior interés y saber, sino también gracias a su técnica, en los conservadores por excelencia.

Gracias a Dios, son muchas las personas relacionadas con los museos que no suscriben esta tradicional (y todavía mayoritaria) concepción despectiva. En efecto, son conscientes de la inconsistencia del argumento técnico. Se habla amplia y gustosamente de la superioridad en este aspecto, pero en

general no se desvela la otra cara de la moneda. Sólo en raras ocasiones se expresa con claridad en nuestros medios de comunicación de cuán poco nos sirve nuestra superioridad técnica cuando se trata de conservar el patrimonio cultural, y las llamadas de alerta de los arqueólogos tienen escasa resonancia en su propio país.

«El Colectivo de Trabajo sobre la Edad Media de las Sociedades Arqueológicas Alemanas señaló, en Münster, el creciente peligro que corrían importantes fuentes de la historia urbana, a resultas de las medidas de saneamiento y grandes proyectos urbanísticos», decía una noticia impresa en letra pequeña que recorté del periódico en noviembre de 1982. «En un memorándum que recoge las conclusiones de unas jornadas sobre los actuales problemas de la arqueología urbana, los científicos denunciaron que apenas existen garantías de que la acción de las excavadoras no se saldará con la destrucción de las fuentes necesarias para aclarar los problemas aún no resueltos de la historia urbana. El profesor Günter Fehring, de Lübeck, hizo un llamamiento a actuar con rapidez: “No podemos aplazar más la búsqueda de la solución a estas cuestiones, si no queremos que dentro de algunos años a los arqueólogos urbanos no les quede ya nada que investigar”».

Lo cual difícilmente constituye una garantía para el Tercer Mundo, al cual pedimos que nos confíe sus bienes culturales, en vez de conservarlos en casa. Más aún cuando también hemos introducido allí los «efectos perniciosos de la civilización», con la «modernización» y la construcción de calles y barrios, que ocasionan en muchas ciudades del Tercer Mundo iguales perjuicios que en las nuestras.

Aunque muchos hallazgos arqueológicos no corrían ningún riesgo de sufrir tales daños; al contrario, yacían totalmente abandonados, a menudo ignorados, en general bajo tierra, y sólo fueron desenterrados por los buscadores europeos de tesoros. Por mucho que nos enorgullezcan estos descubrimientos y testimonios de culturas pasadas, nadie habría perdido nada si se hubieran encontrado un poco más tarde. Este libro ya ofrece suficientes ejemplos del alcance de la destrucción que a menudo acompañó estos descubrimientos.

El mundo museístico occidental tampoco puede seguir eludiendo el tema del trato que reciben en sus manos los tan codiciados y encarnizadamente defendidos hallazgos. Éste debe medirse también por el rasero de las grandes exigencias con que a menudo se rechazan las peticiones de devolución de otros países —«primero tienen que contar con museos adecuados y

profesionales cualificados»—, y teniendo en cuenta las repetidas proclamaciones de la propia competencia.

El museo occidental dice prestar un servicio a la investigación y la instrucción del público. La exhibición de las piezas está encaminada a despertar (o así se espera) la comprensión del público hacia las culturas extranjeras. Según la concepción general, la tarea de los museos es «coleccionar, conservar, investigar y comunicar^[72]». Pero los numerosos e impresionantes edificios, los tesoros que encierran, los grandes carteles, las efectistas exposiciones extraordinarias, la curiosidad del público, no deben hacernos olvidar las muchas cosas que marchan mal, el abismo que separa las declaraciones de la actuación real. Así lo demuestran claramente diversos ejemplos de la República Federal de Alemania y otros países. Muy particularmente, el caso del Linden-Museum de Stuttgart, cuyo director intervino desde el principio en contra de la devolución de los bienes culturales. La breve descripción de los hechos que ofrecemos a continuación se basa en datos ofrecidos por el propio director^[73].

El Linden-Museum cuenta setenta y cinco años de existencia. Su fundador, el conde Karl von Linden, ya había desarrollado previamente durante veinticinco años una afanosa actividad coleccionista. De las mismas fechas parecen datar las quejas de sus responsables por la deficiencia de las instalaciones. El museo sufrió desde sus inicios escasez de personal. Hasta mediados de la década de 1950, en general sólo trabajaron en él dos científicos, a veces uno, y «el aspecto técnico y administrativo estaba igualmente poco cubierto». Uno de los dos científicos se encargaba, además, de llevar los libros de contabilidad y de los trabajos de secretaría.

Por tanto, el material no era objeto del menor estudio, necesario a fin de que el museo pudiera cumplir los fines para los que fue fundado. ¡Pero las colecciones se incrementaban a toda marcha! El museo no sólo se hizo cargo ya de unos 60 000 objetos del conde Von Linden en el momento de su inauguración, sino que el profesor Kussmaul declaraba orgulloso haber logrado casi duplicar estas existencias a mediados de la década de 1950. Entre 1919 y 1939 hubo en el taller un solo hombre para el cuidado de los más de 100 000 objetos. La situación en cuanto a la «conservación» era tan mala como en lo tocante a la clasificación, sin mencionar ya la investigación. El mismo Kussmaul califica de escasa la aportación científica de su institución durante todo ese período. Y hasta la segunda guerra mundial no se contó con espacio mínimamente suficiente para la atención al público (aun suponiendo que todo hubiera podido clasificarse adecuadamente).

A principios de los años cuarenta, la segunda guerra mundial empezó a constituir también un peligro para el museo. Los objetos tan afanosamente coleccionados se «depositaron» en lugares considerados más seguros, fuera de la ciudad de Stuttgart. Posteriormente, en septiembre de 1944, las bombas aliadas cayeron sobre el edificio destruyéndolo en la mayor parte. En aquel momento seguía albergando un diez por ciento de sus existencias, «entre ellas muchas piezas grandes, importantes», en palabras del director. Con el bombardeo, se perdieron en su mayor parte.

¡Y para eso acumularon tanto!, podría decirse alguien. ¿No habría sido tal vez preferible dejarlo en su lugar de origen...? Pero a ello se opone justamente la tan traída y llevada objeción de que allí se habría destruido o desintegrado. Occidente garantiza la seguridad...

Después de la guerra se reconstruyó casi todo el edificio y el museo gastó todo su dinero en las obras, hasta quedar casi en la bancarrota. Finalmente, en 1973, acudieron en su ayuda el Land de Baden-Württemberg y la ciudad de Stuttgart, que también se hizo cargo de la mitad de los costes. Por fin comenzaron a correr los fondos (públicos), pero hasta entrada la década de 1970, el director continuó acosado por los problemas de «gran escasez de espacio para exposiciones y de la mínima dotación de personal, y sobre todo por las ya casi injustificables condiciones de los depósitos, que estaban llenos a rebosar y cuya calefacción ya era absolutamente imposible regular». Aunque el sistema de calefacción se reparó después de la guerra, probablemente el trabajo no se hizo con la debida minucia, y ahora «ya no había forma de controlarla». Es sabido, y no sólo por los especialistas, cuánto afecta a las colecciones una temperatura inadecuada.

A finales de los años setenta se iniciaron las tareas de reforma del complejo sistema de calefacción. Para ello fue preciso desmontar las exposiciones que obstaculizaban los trabajos. Pero inmediatamente después se decidió emprender una restauración radical del edificio, dado su estado general, y el museo se clausuró totalmente. Y hasta la fecha sigue cerrado, aunque se anunció su reapertura para 1984, con motivo de su «centenario».

No es preciso ser un nigeriano o un namibio o un samoano que reivindica la devolución de su patrimonio cultural, para pensar que este museo ha dado pocos frutos en el curso de su primer siglo de vida. Más bien se convirtió en una entidad cuya existencia constituía un fin en sí misma para sus (escasos) directores y empleados, y que no ha servido de forma digna de mención a ninguno de los fines tan enérgicamente proclamados, no sólo por su director sino también por la ética museística en general. En efecto, ¿qué utilidad

científica tuvo la creciente acumulación de colecciones en los depósitos con el paso de los años, más allá del orgullo de propietario que su existencia pudo proporcionar al director del momento? Y el actual director todavía nos comunica la interesante nueva de que su museo «sólo ahora» (¡en 1982!) está en condiciones de «dedicarse adecuadamente» a la tarea de conservación, aunque todavía no dispone de suficientes restauradores.

Pese a este balance bastante descalificador de la centenaria entidad coleccionista —el personal del Linden-Museum ya sabía que en realidad no tenía sitio, pero continuó coleccionando sin parar—, su actual director señala satisfecho que, desde mediados de la década de 1970, por fin dispone de suficiente dinero para enviar cada año a dos colaboradores al extranjero «con objetivos claros y encargos bien definidos». Y que, gracias al dinero aportado por el ayuntamiento y el Land, «ahora se puede emprender una ampliación sistemática de las colecciones». Las mismas que durante largo tiempo no se han podido clasificar u ordenar o exponer de forma científica, y que atiborran las estanterías. Es imperioso coleccionar... Después de conocer esta historia, ¿a quién puede extrañar que Friedrich Kussmaul combata la opinión de que se podría devolver alguna que otra pieza a los países del Tercer Mundo?...

Antes de pasar a señalar que las deficiencias del Linden-Museum no constituyen en modo alguno una excepción (sólo que su director está más dispuesto a reconocerlas), podemos sacar otra conclusión de este caso negativamente «ideal». Los «conservadores» de Stuttgart también dejan curiosamente en entredicho otro argumento del gremio.

En efecto, su consigna general rechaza la posibilidad de que los museos efectúen intercambios de sus existencias, como si de coleccionistas privados de sellos se tratara. Cuando los museos, a pesar de todo, intercambian algún objeto, siempre debe tratarse de piezas individuales, documentadas con exactitud y, por tanto, registradas y descritas de forma científicamente aprovechable, incluida su reproducción, de forma que su localización real apenas tenga ya importancia. En cualquier caso, ésta tampoco es la que corresponde, puesto que la estatua, columna, inscripción o lo que sea, ya se halla alejada de su lugar de origen y, por tanto, desgajada de su contexto. La enajenación de colecciones completas es todavía más problemática.

El Linden-Museum, cuya escasez de medios (o tacañería, como se prefiera) no le permitió organizar durante largo tiempo sus propias expediciones, ni tampoco facilitó la compra de colecciones (¡y aun así alcanzó la cifra de 120 000 objetos antes de la segunda guerra mundial!), evidentemente vio en el intercambio una posibilidad de cubrir sus lagunas.

Pero su proceder en este sentido no se atuvo a norma alguna. «Es de lamentar que no se documentaran los objetos intercambiados y que en gran parte —en la medida en que se incorporaron al mercado de obras de arte— se ignore su paradero», escribe Ingrid Heermann, la responsable de Oceanía del Linden-Museum, en el catálogo *Ferne Völker-Frühe Zeiten*. Lo cual, en efecto, significa que la invocación del interés científico o incluso de la mera responsabilidad de «conservación», por no citar ya la accesibilidad al público en vistas a su educación, se evidencia como un fraude en este caso.

Este procedimiento también se considera deleznable en los círculos profesionales occidentales. A juzgar por las declaraciones de la doctora Heermann, el Linden-Museum parece haberlo practicado incluso después de la segunda guerra mundial. El hecho de que el museo practicara cada vez más el intercambio «también con coleccionistas privados y anticuarios», incrementaba naturalmente el riesgo de que estas piezas se perdieran para la ciencia y el público. De este modo, incluso aquellos primeros coleccionistas que tal vez tenían el sincero propósito de servir a la ciencia, acaban convertidos en proveedores del comercio de antigüedades.

Con no menos razón lamenta la señora Heermann «el desmembramiento de colecciones de épocas anteriores, como la de la Costa Sepik y Ramu, de Basilea^[74]». También esto guarda escasa relación con los principios invocados por los medios museísticos occidentales para rechazar las peticiones de devolución de las anteriores colonias.

Otros museos también se han desprendido de parte de sus existencias. Muy poco puede objetarse si se respetan las normas, pero... Meyer^[75] cuenta cómo el Metropolitan Museum vendió en los años veinte, en diversas subastas, piezas chipriotas «sobrantes» del Legado Cesnola, por un total de 100 000 dólares. La documentación científica no podía ser muy minuciosa, pues por descuido se liquidaron dos cabezas de Gerión, que el museo volvió a comprar más adelante. Mucho mayor revuelo provocó la subasta en 1972 de una gran parte de la considerable colección de monedas del Metropolitan Museum (por 1,5 millones de dólares en la casa Sotheby's, según Meyer). Toda la colección, de unas 11 000 monedas y medallas, había permanecido expuesta durante años en préstamo en las salas de la Sociedad Numismática. La conservadora Margaret Thompson señaló, hablando en nombre de esa sociedad, que no existía nada publicado sobre la colección y que, una vez repartida entre coleccionistas privados y anticuarios, no quedaría ningún testimonio de ella. Buena parte de las monedas procedía de Oriente.

No menos desalentador es el ejemplo de la colección del Pacífico, vendida en 1921 por la Leeds Literary and Philosophical Society a la ciudad de Leeds, junto con todo el edificio del museo. La ciudad hizo un buen negocio con esta casa. Sólo pagó 20 000 libras por ella y más tarde la vendió al Midland Bank por 600 000. Pero los objetos de los mares del Sur no tenían entonces un gran valor comercial. La ciudad fue subastando la colección a lo largo de los años cincuenta por cantidades insignificantes. «Es una vergüenza», declaró el secretario de la Society en 1980, al saber que dos piezas de esta colección — un tambor ornamentado y una talla de madera kanu— se habían vendido en Christies por 297 000 libras en total^[76]. A nadie le interesaba ya el contexto global de la colección.

Pero las inseguridades y riesgos internos palidecen frente a los externos. Ya hemos señalado que el Linden-Museum perdió un diez por ciento de sus existencias, y no las peores piezas, a resultas de los bombardeos de la segunda guerra mundial. Es decir, que, según sus propios datos, perdió entre 10 000 y 12 000 objetos. También los museos berlineses perdieron importantes piezas. Entre otros desapareció, por ejemplo, el (presunto) «tesoro de oro de Troya» de Príamo, obtenido por Schliemann, al igual que más de 400 valiosas piezas de la extraordinaria colección de Benin y una gran colección de lacas asiáticas. También se perdieron dos terceras partes de los casi 40 000 objetos de la sección del Asia oriental. El catálogo global de alrededor de 400 000 objetos (incluidas también piezas etnológicas europeas) quedó reducido a unos 342 000 tras la guerra.

El Museo Etnológico de Hamburgo no salió mejor parado de los bombardeos. El Überseemuseum de Bremen, blanco de repetidos ataques aéreos durante la guerra y luego sometido durante un tiempo a varios saqueos, para sufrir después inundaciones también provocadas por la guerra, no sólo perdió varias de sus más bellas piezas de gran tamaño (entre ellas una casa *batak* y una cabaña *machuculumbe*). En 1970, su director publicó una lista de alrededor de cien grandes objetos, *displays* y colecciones completas desaparecidas, y añadía: «Además, en la sección etnológica se perdieron como mínimo unos tres mil objetos de menor tamaño, que en 1969 todavía no se habían podido reconstruir —exhaustivamente por falta de personal, y que en parte ya no es posible identificar con precisión, puesto que aún no estaban catalogados cuando estalló la guerra».

No sería difícil continuar enumerando otros ejemplos, pero bastará con los citados para demostrar que los museos europeos (la guerra, evidentemente, no afectó sólo a los alemanes) tienen escasa autoridad para afirmar que en el

pasado han ofrecido mayores garantías de seguridad que los demás. Es suficiente hojear el catálogo de la British Library del British Museum: perdió más de 200 000 libros y manuscritos a resultas de los bombardeos alemanes durante la segunda guerra mundial.

En la era del átomo y los misiles, la amenaza que pende sobre los tesoros culturales en los países industrializados ha adquirido, como modernamente se dice, una «nueva dimensión», todavía más espantosa. Desde hace algunos años vuelve a ocupar el primer plano el debate en torno a una aniquilación nuclear. Pero el mundo museístico occidental finge no haberse enterado y no tener nada que temer de una guerra atómica. Un participante indio en el simposio de Londres sobre el tema que nos ocupa, exclamaba: «¡Con tantos misiles por todas partes, ¿cómo se atreven a hablar de seguridad?!». Los directores de los museos británicos allí presentes no se pronunciaron al respecto.

La destrucción por una «intervención exterior» constituye la más drástica refutación —en seguida silenciada por los círculos museísticos— del argumento de la seguridad. Pero los objetos de un museo no sólo pueden ser «retirados de la circulación», esto es, destruidos a todos los fines científicos y culturales a resultas de una guerra. El British Museum, con sus enormes existencias, puede preciarse, y lo hace, de que importantes hallazgos han quedado relegados de tal forma al olvido en sus almacenes, que de hecho podrían considerarse realmente perdidos. Si alguna vez visitan dicho museo, busquen las guarniciones de bronce de las puertas de Balawat en la sección asiria. Hormuzd Rassam, antiguo ayudante de Henry Layard, las desmontó en 1877 de las ruinas del palacio del rey Salmanasar II y las llevó a Londres. El par más grande está más visible, pero el segundo, todavía más antiguo (corresponde al reinado del padre de Salmanasar, Aurnasirpal, 883-859 a. J. C.), desapareció en los almacenes del museo y allí se quedó, si no para siempre, sí desde 1880 a 1956; 76 años en total, toda una vida humana fuera del alcance del público, a pesar de su gran valor. El museo, como explica con mucho tacto una inscripción, lo había «perdido de vista». Cuando se redescubrió la «mayor parte» de los fragmentos en las salas de almacenamiento, algunos de ellos «todavía estaban envueltos en un *Times* de 1880». Incluso los especialistas de la casa ignoraban totalmente lo que tenían en el almacén. Hay tantos millares de piezas allí guardados...

La experiencia del British Museum resulta fácilmente comprensible si se piensa en la grotesca sobresaturación de los depósitos de ese tipo de instituciones. En el almacén del Museo Etnológico de Frankfurt se acumulan

unos 40 000 objetos de África, América Latina y Oceanía, en parte por partida doble, triple o con todavía más ejemplares de una misma pieza. No existe la menor posibilidad de que pueda llegar a exhibirse al público la mayor parte de estas piezas. Muchos museos se encuentran en esta misma situación de falta de espacio, no sólo «arriba», sino también «abajo», en los depósitos. El Pelizäus Museum, de Hildesheim, resulta tan pequeño para los tesoros que posee, como el Linden-Museum de Stuttgart y muchos otros.

Pero los responsables también defienden con uñas y dientes esta desaprovechada e inprovechable sobreabundancia. Según una estimación del Instituto Italiano de Estadística, sólo un treinta por ciento de las existencias de los museos públicos italianos es accesible al público. Casi tres cuartas partes de las mismas se acumulan en sótanos y desvanes, algunas sin haber salido de sus embalajes durante siglos^[77].

Y por los datos hasta ahora conocidos, cabe deducir que la situación no puede ser mucho más alentadora en otros museos europeos, incluidos los de etnología, entre ellos también muchos alemanes.

Así lo atestigua, por ejemplo, esta cita del *Frankfurter Rundschau* del 26 de febrero de 1983: «Para ser exactos, la miseria del Museo Etnológico de Frankfurt ya se inició con su reapertura, hace diez años. Ya en la primera exposición... se evidenciaron cruelmente las deficiencias del nuevo domicilio. El edificio no era, y no es, en modo alguno adecuado para albergar un museo, y menos aún un museo etnológico, que no puede ni debe presentar sus piezas como meras rarezas exóticas, sino que está obligado a exhibirlas en su contexto histórico-cultural».

En estas circunstancias, no sorprende comprobar que muchos museos occidentales tampoco sirven muy bien los fines de «conservación». Ya conocemos las lamentables insuficiencias del Linden-Museum. En 1976, se desarrolló una campaña de cartas de los lectores al *Times* de Londres destinada a denunciar las condiciones de los almacenes del famoso Victoria & Albert Museum, en particular en lo tocante a su importante colección india. Arqueólogos e historiadores revelaban en sus cartas que esta colección había sufrido graves daños; colegas indios y paquistaníes protestaban indignados contra el mal trato dispensado a una importante parte de su patrimonio cultural.

La revista especializada *Museum*, editada por la UNESCO, dedicó en 1982 un número extraordinario a las condiciones generales de conservación en los museos. En él encontramos interesantes datos. Especialistas en la materia explicaron que «la mayor parte de los museos poseen unas

instalaciones y una organización del todo insuficientes para la buena conservación de las colecciones». Incluso los museos de nueva construcción carecen de las condiciones idóneas, decían. La mayoría de los almacenes no están dotados de los sistemas de climatización necesarios para evitar el deterioro de los objetos. «Probablemente sólo un cinco por ciento dispone de los medios necesarios para conservar sus colecciones en unas condiciones climatológicas controladas, tanto en la zona de exposiciones como en los almacenes». Un almacenamiento inadecuado y una iluminación defectuosa hacen el resto, y los sencillos sistemas de ventilación a menudo tampoco permiten mantener un nivel de temperatura y humedad ambiental seguros para los objetos exhibidos, en momentos de afluencia masiva de público.

El director del British Museum señala en el mismo número que «mucho material del museo se ha perdido por un progresivo deterioro. En el siglo XVIII esto ocurrió muchas veces por negligencia. En el XIX muchos objetos sufrieron una restauración irresponsable, pues se utilizaron materiales cuyas propiedades no se conocían demasiado bien». Las normas generales de seguridad siguen siendo insuficientes, como quedó demostrado con el incendio del Museo de Río, que destruyó todas las instalaciones en breve tiempo. O, para citar un ejemplo más próximo y sin duda más chocante, con el incendio del ciertamente bien dotado Deutsches Museum de Múnich, que a principios de 1983 causó daños por valor de más de cinco millones de marcos en su planta baja. Los bomberos no acudieron avisados por un sistema de alarma adecuado, sino gracias a la intervención de una persona que pasó casualmente por allí mientras paseaba su perro, ya entrada la noche.

Y hablando de deterioro, los representantes de la Asociación de Museos Renanos declararon en marzo de 1983, con motivo de su asamblea anual, que una tercera parte de las «existencias de las colecciones» de los 120 museos renanos estaban amenazados de deterioro. Otro cuarenta por ciento tendría que ser restaurado imprescindiblemente en el plazo de diez años^[78].

La seguridad requiere personal. Pero, en este aspecto, hasta las instituciones más destacadas están infradotadas, pese al escándalo del paro. Algunos museos ni siquiera pueden mantener abiertas de forma regular y segura todas sus salas de exhibición. Una tercera parte de las galerías del Metropolitan Museum de Nueva York permanece cerrada (de forma rotatoria) los días hábiles; en el Louvre se indican a diario en una pared de la entrada las salas que se hallan abiertas y las que permanecen cerradas. Un hecho que resulta particularmente irritante para los turistas extranjeros, que en general disponen de escasos días y tienen un apretado programa de visitas, con lo

cual, en la mayoría de los casos, no pueden intentar probar suerte al cabo de un par de días. Como tampoco constituye un gesto de hospitalidad regalarlos con un cartelito de «cerrado» a mitad de la semana, como el que cuelga todos los martes en los museos de París y otros días en los de otros países. Con ello queda reducida totalmente al absurdo la tan socorrida afirmación de que los grandes museos occidentales constituyen los centros de exhibición más idóneos para toda la humanidad, incluidos los pueblos de origen de muchas de las piezas exhibidas. No existe la posibilidad de acceso sin trabas que debería ir ligado a esa «misión».

Sin mencionar el hecho de que este argumento implica otra forma de desconsideración, altanería y desdén. Sin duda, el esfuerzo que les cuesta a los asiáticos, africanos, oceánicos o latinoamericanos viajar a Londres, París, Nueva York o Berlín, es muy superior al que tendrían que hacer los norteamericanos y los europeos para recorrer el trayecto en sentido contrario, si los tesoros del Tercer Mundo se exhibieran en los museos de aquellos países.

En el curso de mis viajes, en París es donde he visto llevar al absurdo más patente el argumento de que aquí, en Europa, adquieren mucho mayor impacto los tesoros del Tercer Mundo, incluso desde el punto de vista de los países de origen. Encontré dos ejemplos particularmente notorios en el Musée Guimet (en la práctica, la sección asiática del Louvre), en la Place d'Iéna, y en el antiguo Museo de las Colonias, ahora Museo Nacional de las Artes Africanas y Oceánicas, situado en la Porte Dorée, en el extremo suroeste de París. En una pared lateral de este edificio cúbico, más visible desde la calle, entre las ramas desnudas de los árboles, en invierno que en verano, puede leerse una impresionante lista de «héroes» y pioneros coloniales franceses. Entre ellos figuran nombres tan odiados por los colonizados, algunos incluso en la actualidad, como el del mariscal Clauzel —uno de los brutales conquistadores de Argelia—, coronada por la siguiente inscripción en letras gigantescas: «A sus hijos, que extendieron el imperio de su genio e hicieron amar su nombre más allá de los mares, Francia agradecida».

Evidentemente, en el interior sólo puede contemplarse una ínfima parte de los objetos que los amados ocupantes se llevaron de sus zonas de dominación o que obtuvieron en las colonias de otras potencias europeas en condiciones de dominación absolutamente similares. En total podían verse unas 2000 piezas en exhibición, y otras 4000 permanecían almacenadas.

Cierto es que ya no se trata de un museo colonial y tampoco recibe ese nombre. Sin embargo, cuando lo visité en 1981 todavía no se notaba

demasiado la influencia de los «nuevos tiempos». Se seguía considerando necesario dedicar un espacio considerable a la sala de recepción del ex ministro de las colonias, Paul Reynaud (construida especialmente para la exposición colonial francesa del año 1931). Reynaud es más conocido en Europa como el último jefe de gobierno francés antes de la capitulación del país en la segunda guerra mundial. Otra sala estaba dedicada al organizador de aquella exposición, el mariscal Lyautey, conquistador de Marruecos. Pero, al menos en teoría, el objetivo del museo ya no era la celebración de las hazañas coloniales, sino la simple exhibición del arte africano y oceánico. Aparentemente, no muchos visitantes acuden a él. Pude ver un par de grupos escolares... y un par de personas de los países cuyos «objetos» allí se exhiben y que, sin duda, estaban informadas del contexto y antecedentes históricos. Entre los visitantes adultos había escasos europeos.

Quien desee visitar este museo de la ciudad desde París, difícilmente llegará a primera hora, si tenemos en cuenta que el trayecto desde la parte oeste de la ciudad ocupa alrededor de una hora. Pero sin ninguna consideración por esta circunstancia, el museo cierra con rigurosa puntualidad al mediodía: a las doce en punto se invitó tajantemente a los visitantes a salir. Una persona que quisiera observar con detenimiento las piezas o trabajar en el museo, tendría que visitarlo durante varios días, excluyendo los martes, que, como ya indicábamos, está cerrado. Como también estaba cerrada, cuando pedí un catálogo, la «sección comercial», a pesar de que era lunes... El edificio producía impresión de abandono, y la gestión del museo parecía llevada con poco cariño. Seguramente, ningún parisino echaría de menos este museo si no existiera, y sin duda se haría un gran servicio a Francia y a todos los demás afectados cerrando este edificio y devolviendo los objetos exhibidos —en parte impresionantes— a los países de donde se sacaron un día.

El Musée Guimet, situado en el centro de la ciudad, no sólo posee la mayor, y seguramente también la más hermosa colección de esculturas camboyanas situada fuera de ese desdichado país (cuya más reciente desgracia comenzó, como es sabido, cuando Francia se negó rotundamente a abandonar su dominio sobre él tras la segunda guerra mundial, empeñándose en reincorporarlo a la fuerza al Imperio). También alberga la ya citada colección de Paul Pelliot (véanse pp. 67 y ss.). Pregunté en la caja por la sala Pelliot (en el segundo piso había dos). «¿Cómo dice?». «¡Pelliot!». «No lo he oído nunca. Aquí no existe». Muy poco amable ya la cajera.

Continuando con el papel de conservadores del patrimonio cultural de ultramar que se atribuyen gustosamente los museos, no puede pasarse por alto que tampoco ellos garantizan la seguridad contra los robos. En el utilísimo libro de Karl E. Meyer, *Geplünderte Vergangenheit*, se reproduce una apreciable lista de importantes robos de obras de arte ocurridos entre 1911 y 1975, que vale la pena leer. Los principales afectados fueron los museos, entre ellos los alemanes, o edificios públicos (incluida la catedral de Colonia y el St. James Palace de Londres), residencias de millonarios o galerías, en casi todos los casos lugares que solemos considerar más seguros que los maltratados sepulcros, templos y ruinas de palacios del Tercer Mundo. Evidentemente, la lista no quedó cerrada en 1975, y sigue ampliándose. En una exposición de la Interpol, citada en la revista *Museum* (1/1974; editada por la UNESCO), se reseñaban las siguientes denuncias de robos ocurridos en Francia y en Italia:

	Francia			Italia	
	1970	1971	1972	1971	1972
Robos en castillos y mansiones señoriales	112	102	131	151	186
Robos en iglesias	227	211	212	187	126
Robos en museos	37	36	67	26	32

En Francia, según datos de la misma publicación, la policía registró 1261 robos de cuadros en 1970, 1824 en 1971 y 2712 en 1972. No hay motivo para suponer que los robos de cuadros hayan cesado en ese país, simplemente porque no existen datos mejores y más actualizados. Como tampoco hay motivo para suponer que la República Federal de Alemania o cualquier otro país está a salvo de ese mal. Para comprobarlo, basta fijarse en los anuncios de búsqueda de objetos desaparecidos, publicados por los museos afectados en las revistas especializadas.

Durante la sesión de otoño de 1981 del comité de la UNESCO competente en este asunto, celebrada en el mes de septiembre en París, el representante de la Interpol hizo circular por la sala nada menos que trescientos de estos anuncios de búsqueda. Entre las piezas robadas figuraban algunas tan notorias como dos estatuillas egipcias, de unos 3000 años de antigüedad, desaparecidas del Louvre. De otros museos o colecciones provistos de modernas medidas de seguridad habían sido robados, entre otras cosas, dos Rembrandts, un Cranach y un Magritte. Comentario de un hombre de la UNESCO: «Todos apropiados por ladrones que contaban encontrar un mercado para ellos...».

Según datos publicados por la revista *Art* (núm. 3, 1983), el departamento criminal federal de Wiesbaden reseñó en 1981 un total de 2801 robos en museos, galerías, colecciones particulares e iglesias de la República Federal de Alemania, y «la tendencia es a aumentar». En mayo de 1983 fueron sustraídas del almacén del National Trust británico, en Aylesbury, antigüedades por valor de al menos un millón de libras esterlinas. Ese mismo mes fue sustraído un Rembrandt de la galería del Dulwich College, de Londres, institución que era robada por cuarta vez...

Alemania Occidental fue escenario o «víctima», hace un par de años, de un robo a un museo que no puedo dejar de encontrar divertido. La Federación de los Shuars es sin duda poco conocida entre nosotros. Así se autodenominan los descendientes de los jíbaros, una tribu de indios del Ecuador, antiguamente denostados como cazadores de cabezas humanas y especialistas en reducirlas (*tsantsas*), actividad que, naturalmente, ya han abandonado.

En 1964, los jíbaros constituyeron una federación, para mejor defender su

unidad étnica y cultural y sus derechos nacionales y de asentamiento frente a la colonización blanca. El representante de la federación en Quito, Karakras Ipiák, dirigió a finales de 1976 una larga carta al director del Instituto de Etnología de la Universidad de Gotinga, profesor Schlesier. En ella le presentaba su organización y los objetivos de la misma, entre los cuales se cuenta la preservación de su patrimonio cultural y su historia. Ya disponían de un museo en Quito y ahora deseaban establecer otro en su zona tradicional de asentamiento.

Ipiák continuaba exponiendo: «La historia del pueblo shuar como productor de cabezas reducidas es paradójica, pero cierta: gracias a la apropiación de muchas piezas por los extranjeros, no poseemos en estos momentos ni un solo ejemplar...». Sin embargo, informados de que «su museo posee tres *tsantsas*, la asociación de centros shuar se dirige a usted con el ruego de que... al menos una o dos *tsantsas* auténticas sean devueltas a sus auténticos propietarios, el pueblo shuar». Por su parte, la organización se comprometía a «enviarle el mismo número de *tsantsas*, pero de oso perezoso, y otros productos de artesanía». Una cabeza reducida de perezoso era idéntica a una humana, añadía. «Una respuesta positiva a nuestra petición representaría un apoyo muy valioso a un pueblo... que está empeñado con todas sus fuerzas en la recuperación de su legado cultural...».

La carta, de cuya autenticidad no dudaban, creó no poca consternación en Gotinga. Su contenido fue comunicado a los demás museos y a la comisión de la UNESCO y, pasado medio año, se respondió que no podía hacerse nada, puesto que el tema de tales devoluciones se estaba debatiendo en aquellos momentos en la UNESCO. (La cual, naturalmente, no se habría opuesto en absoluto; más bien al contrario, se habría alegrado, si se hubiera aceptado la petición aun sin su consentimiento).

Transcurrieron otros seis meses. Y entonces el Museo de Gotinga comprobó que habían desaparecido dos *tsantsas*. En su lugar se encontró una breve nota escrita a máquina en la cual se explicaba que las cabezas reducidas habían sido devueltas a sus legítimos propietarios...

Mayor expectación provocó, algunos años más tarde, la noticia de que un mexicano había sacado «en préstamo» el código azteca *Tonalmatl Aubin* de la Bibliothèque Nationale de París, pero en vez de devolverlo, se lo llevó a México, donde fue aclamado como un héroe nacional por esta gesta.

24. Enjuiciamiento científico de la situación

En otoño de 1976 vi una aparición en el Rijksmuseum de Amsterdam. Mientras lo recorría, de pronto me encontré ante una estatua de Federico *el Grande* (como era conocido entre nosotros cuando todavía vivían mis padres): el rey tocado con tricornio, a caballo, sobre un pedestal. El conjunto no era demasiado grande, tal vez de medio metro de altura en total. Provengo de una familia prusiana monárquica y había visto centenares de estas figuras ecuestres federiquianas en mi casa, en casa de otros parientes, en el Berlín de la preguerra, en Silesia. Parecía quedar excluida toda posibilidad de error.

Pero, curiosamente, esta figura ecuestre del Rijksmuseum no llevaba ningún rótulo de referencia; no se ofrecía explicación alguna. Estaba situada delante de un espejo inglés (con explicación), y frente a dos centauros, muy bien descritos, del año 1736, contemporáneos por tanto de Federico II (nacido en 1712). Sólo él permanecía totalmente de incógnito sobre su cabalgadura, contemplando el internacional flujo de visitantes que desfilaba ante él, ignorante de su identidad. En las proximidades no divisé ningún funcionario del museo que hubiera podido responder a mis preguntas.

Pero en realidad el visitante no ha aceptado este juego. La función del museo no es plantear enigmas, sino que, por el contrario, se ofrece para explicar e ilustrar. Para el objeto que aquí nos ocupa, incluso es indiferente que se tratara del viejo Federico, al cual se había omitido rotular o se había olvidado retirar. Para mí volvieron a quedar claras las cotas de no explicación y también de inducción al error que son capaces de alcanzar nuestros museos. Y en ningún ámbito resulta esto más tristemente patente que en el de muchas colecciones de carácter «etnológico» del Tercer Mundo, que en general poco o nada en absoluto explican sobre los pueblos en cuestión, y a menudo lo poco que dicen es erróneo.

Muchos miles de «objetos» de África, Asia y Oceanía que se encuentran en los museos occidentales ya constituían un enigma para quienes los coleccionaron. A lo cual se suma el hecho de que un número incontable todavía no ha sido adecuadamente registrado y catalogado hasta la fecha. En efecto, los exhibidores no han comprendido su importancia. Para comprobarlo basta observar cómo se describen las máscaras, estatuas de formas extrañas,

instrumentos y objetos curiosos en las colecciones privadas y museos públicos. «Objeto ritual», «fetiche», «máscara» (!), «máscara de baile» y otras denominaciones por el estilo indican, en casi la totalidad de los casos, que el museo tampoco sabe qué tiene entre manos. Los conocimientos occidentales sobre la materia son todavía muy insuficientes para poder explicar todo lo que se sacó de otros mundos desconocidos. Y algunas instituciones parecen demasiado indolentes para ofrecer de forma inteligible al público los conocimientos que puedan poseerse al respecto. En cualquier caso, la habitual presentación en conjunto poco puede transmitir al visitante más allá de despertar cierta sensibilidad por las formas y colores. Algunas pocas instituciones, como el «Museo Tropical» de Amsterdam y el «Museo de Ultramar». (Überseemuseum) de Bremen, han empezado a explicitar los contextos y relaciones de una forma desusada en los museos etnológicos «clásicos», pero el panorama general sigue siendo insatisfactorio. La inmensa mayoría de los museos no cumple con la tarea de explicar realmente esos pueblos y culturas extranjeras.

En otoño de 1982, realicé un pequeño recorrido indagatorio por las casas de subastas de Alemania Occidental. En una renombrada empresa de Colonia se ofrecían diversas piezas oceánicas. En una pared pude admirar dos figuras de madera pintadas en rojo y oro de Tailandia, casi de tamaño natural: representaciones de algún dios o santo, es de suponer. Y, efectivamente, el catálogo las presentaba con igual seguridad como «dos divinidades». ¿Cuáles, por favor? El comprador (posiblemente) privado puede llevarse con toda tranquilidad a su casa dos figuras que le han parecido exóticas, sin buscar en ellas otro interés más allá del meramente decorativo. Pero ¿puede exhibir un museo sus piezas con esta misma actitud? Lo cierto es que muchos lo hacen.

Los especialistas africanos se indignan especialmente ante las terribles deficiencias de la identificación de las figuras y objetos «exóticos» en los museos europeos —y en la literatura especializada—, con errores en la atribución, en las fechas y en la información sobre su significado e importancia. Alma Robinson citaba en *Africa*^[79] el descubrimiento por el ministro liberiano de Asuntos Culturales, Información y Turismo, Bai T. Moore, de una estatuilla mal rotulada en el British Museum. Le costó no poco esfuerzo convencer a la conservadora responsable. «Aquí dicen que ésta es una figura femenina. Pero corresponde a un culto masculino». «¿Cómo puede saberlo usted?». «Verá, conozco a estas gentes. Yo soy de allí...».

El secretario general de la Organización de Museos Africanos, Kwasi Myles, expone en un estudio que incluso académicos europeos, con largo

tiempo de permanencia en Ghana, han sido muy parcos en sus esfuerzos por considerar los objetos africanos desde una perspectiva africana^[80].

«Incluso objetos de uso corriente, muy sencillos, se han descrito a menudo como objetos rituales, porque a los europeos les faltaba imaginación para comprender su uso». Myles denuncia (y no es el único) la postura de «algunos, que lo ven todo a través de su prisma europeo y emplean criterios asimismo europeos para juzgar unos objetos que proceden de un contexto totalmente distinto». Así, «llegan a conclusiones erróneas que, sin embargo, son recogidas y, pasado un tiempo, cuesta trabajo eliminarlas de los textos». Un ejemplo: los europeos percibieron y describieron como «portavoz» al *okyeame*, cuyas tareas corresponden a las de un primer ministro en una monarquía parlamentaria, ofreciendo una visión «totalmente falsa y engañosa» de su papel.

«El insaciable apetito de los museos en su búsqueda de material fácilmente asequible desde finales del siglo XIX», les llevó a prescindir muchas veces de una documentación e interpretación adecuadas, dicen Diana Losche y Sue Walston, que trabajan en Australia tras completar su formación en Londres. Demuestran con el ejemplo del Abelam Museum (de Papúa-Nueva Guinea) la poca atención que prestan la mayoría de tales instituciones a la finalidad de las impresionantes máscaras de madera, de gran tamaño y vistosos colores, y la escasa información que ofrecen al respecto. De costumbre se exhiben aisladamente, seleccionándolas según criterios estéticos. En un museo «normal», el visitante no se entera de que esas máscaras se ejecutan para su utilización en festividades de iniciación, sobre las cuales se posee cumplida información y de las que nada se le dice^[81].

¿Es difícil para los europeos penetrar los secretos de las culturas extranjeras? Tal vez. En cualquier caso, debía tener razón el jefe del Servicio Oficial de Antigüedades de Nigeria, doctor Ekpo Eyo, cuando afirmaba que los investigadores de los países de origen y en ellos residentes estaban indiscutiblemente mejor situados que los europeos, norteamericanos y japoneses para aclarar y explicar los antecedentes, historia, significación y contexto de las piezas de colección. He aquí un motivo más para devolver lo relativamente poco que reivindican los países afectados.

Los especialistas también tienen sus peculiaridades. A finales de 1982, con motivo de una exposición celebrada en Munich, la prensa alemana descubrió los *quilts*, esas colchas respunteadas más o menos ricamente bordadas, aclamadas como muestra del arte popular norteamericano. Nadie se acordó de que los bengalíes practican este arte desde hace siglos.

Debemos al señor Kussmaul, director del Linden-Museum, el reconocimiento de que en la época de máximo esplendor de los coleccionistas europeos, y naturalmente también alemanes, los «especialistas» no siempre sabían demasiado bien qué estaban recogiendo. A menudo ignoraban por completo el contexto. Kussmaul lo expresa así: «Sólo en esas ocasiones se acudía a la perspectiva histórica, y dado que —sobre todo trabajando como etnólogo en un museo— se poseía un conocimiento muy limitado y superficial de la historia cultural y artística de los espacios extraeuropeos, no es de extrañar que, de vez en cuando, se incluyera entre el material etnológico alguna destacada pieza más antigua^[82]». Lo cual, sin duda, quiere decir que no reconocían la pieza destacada, pero que tampoco estaban mejor informados sobre las menos destacadas. No podemos reprocharles que «por descuido» confundieran grandes obras de arte con objetos (en su opinión) de inferior calidad, pero ¿por qué coleccionaban, en realidad? ¿Por afán de acumulación? En definitiva, poco podían comunicar a la «ciencia», excepto, como máximo, el lugar del hallazgo.

Mientras tanto, en el extremo norte, en Alaska, también cuentan con especialistas. El Alaska State Museum hizo descubrimientos importantes en el curso de sus expediciones de inventario por los museos europeos. No sabemos si con resignación o con la ironía que de hecho merece el caso, se ha escrito:

«Hasta el momento, el proyecto de establecer un inventario ha generado más preguntas que respuestas. La documentación de los objetos no siempre es completa y, a veces, ni siquiera correcta. Los problemas de traducción de la grafía alemana o rusa antigua se complican con el hecho de que numerosos exploradores pertenecían a un ámbito lingüístico desconocido para sus propios patrocinadores. Por ejemplo, Bering era danés, pero coleccionaba para los rusos. Jacobson, un noruego, coleccionaba por encargo de la Sociedad Geográfica de Bremen. Etolin era ruso, pero sus colecciones se encuentran en Helsinki, y toda la información está en finés o en sueco. Evidentemente, los coleccionistas poseían escaso o ningún conocimiento de las lenguas de los habitantes autóctonos de Alaska, entre los cuales recogieron estos objetos».

Lógicamente, los coleccionistas se equivocaban en sus intentos de identificar los objetos reunidos. El informe del Alaska State Museum prosigue así:

«Muchos objetos de las colecciones europeas se identifican como piezas procedentes de un grupo lingüístico que, según el estado actual de los

conocimientos, nunca produjo ese tipo de objetos. O bien los habían obtenido a través del intercambio o bien la tecnología, importada, se integró en la cultura local, pero sin aparecer documentada nunca en las fuentes de la historia de Alaska». En cualquier caso, los «especialistas» de Occidente no estaban bien informados al respecto.

Esta observación podría hacerse extensiva a gran parte de los objetos coleccionados. Como muestra, cabe citar la expedición hamburguesa a los mares del Sur. Los nativos huían a menudo de los exploradores de Hamburgo, pero aun cuando esto no ocurría, los alemanes disponían de muy poco tiempo o no contaban con un intérprete para las numerosas lenguas, de las que no conocían ni una sola. Incluso tardaron un tiempo apreciable en dominar el *pidgin English*. Uno de los miembros de la expedición señaló que la mera amplitud del programa ya excluía la posibilidad de un trabajo realmente científico.

El doctor Wilhelm Müller se quejaba, en otro contexto, de que la expedición se llevó centenares de máscaras de su zona de trabajo en Nueva Pomerania, y docenas de tallas de la cultura *siassi* de los puertos pesqueros *tami*, «sin tomar apenas nota de su nombre y mucho menos de cualquier tipo de información de carácter científico. Los objetos se alejaron a menudo en grandes lotes de su lugar de origen, sustrayendo a investigadores posteriores la posibilidad de llegar a averiguar todavía algo sobre ellos en el último momento». En parte se vaciaron las casas de pueblos abandonados (cuyos habitantes habían huido al aproximarse los alemanes), «dejando otros objetos en trueque... ¡Una etnología sin pueblos que estudiar!»^[83].

La redacción de los catálogos de los museos en definitiva también corre a cargo de especialistas, o eso se cree, al igual que la información que acompaña a las piezas exhibidas. Al respecto, he seleccionado un puñado de ejemplos. Cada uno puede hacer luego sus comparaciones y juzgar si exagero. Así, junto a un dibujo coloreado que parece representar una especie de pájaro carpintero de vivos colores con cabeza antropomorfa y penacho de plumas, leo la siguiente descripción: «Caperuza de baile en forma de pájaro, probablemente de los elema. Este tipo de caperuzas de baile guarda relación con los espíritus de la selva». Entendido.

Esta y las siguientes muestras de incompetente e inútil descripción proceden del lujosamente editado catálogo en dos tomos del Linden-Museum, *Ferne Völker-Frühe Zeiten*. Otro ejemplo: «Figura de yeso... Doble figura que representa a un hombre y una mujer, tal vez antepasados. Estas figuras estaban prácticamente en desuso a principios de este siglo». Tal vez...,

algunos... Y este otro: «Máscara en forma de caperuza, madera forrada de cuero, 25,5 cm de altura, Ekoi, Nigeria». A menudo se describen con todo detalle cosas que pueden apreciarse a simple vista. No se ofrecen explicaciones y sólo en algunos casos reconoce el museo que ignora la explicación. Lo cual es de agradecer, pero naturalmente no constituye una prueba de que se nos esté haciendo partícipes de los conocimientos de los etnólogos occidentales, cuya transmisión constituye la razón de ser declarada del museo. Al par de ejemplos citados podría añadirse infinidad más, también de otros museos y catálogos. En este sentido, el Linden-Museum no es peor, sino tal vez mejor, que otros.

Cuando uno se asombra ante los fallidos intentos de explicación, debe tener en cuenta que prácticamente ningún objeto estaba destinado a la venta. Su creador no los produjo pensando en una clientela de compradores de arte. Tenían un uso religioso, ritual o simplemente práctico. Los coleccionistas, a su vez, se interesaban poco por el contexto. Querían cosas exóticas. Prácticamente ninguno intentó obtener información sobre los objetos obtenidos. En general, no existía ningún tipo de contacto, y mucho menos diálogo, entre el adquiriente y las personas convertidas en proveedores, a menudo contra su voluntad. Bajo la influencia de la altanería colonial y del espíritu misionero, en aquella época de máxima actividad coleccionista, los europeos despreciaban a los productores y a los usuarios, lo cual representó un fortísimo freno para la sed de conocimientos de los occidentales. En muchos casos, esto convierte a los actuales «protectores» y admiradores en meros acaparadores y mirones de cosas que no entienden. Esta actividad exhibicionista constituye a menudo todo lo contrario de una misión instructiva y culturalizadora, moral o al menos científicamente justificable.

25. Ejemplos alentadores

Los casos de devolución que se relacionarán en este capítulo no incluyen los tradicionales ejemplos de la historia pasada de la humanidad, en el curso de la cual raras veces se ha devuelto algo por propia voluntad, sino casi siempre obedeciendo los dictados del vencedor. En este sentido, basta recordar el saqueo de Europa, gran parte de cuyo producto, sin embargo, tuvo que devolverse a sus antiguos propietarios; o las cláusulas del Tratado de Versalles con las imposiciones de devolución para Alemania, del de Saint-Germain para Austria o del de Riga de 1921, que obligaba a la Unión Soviética a devolver a Polonia el antiguo patrimonio cultural arrebatado desde 1772, o el acuerdo de 1946, en virtud del cual debían devolverse todos los objetos que hubieran cambiado de dueño durante la segunda guerra mundial.

A pesar de lo cual siguen quedando casos no resueltos, como demuestra la acción emprendida por Polonia hace algún tiempo, en relación al patrimonio cultural que supuestamente se halla todavía en manos alemanas (alrededor del veinticinco por ciento de los bienes culturales perdidos no pudieron ser identificados o localizados nunca). O el debate desarrollado recientemente en la prensa en torno a la devolución del patrimonio italiano después de la segunda guerra mundial.

Tampoco nos ocuparemos aquí de los casos en que las antiguas potencias coloniales devolvieron determinados objetos aislados o pequeñas colecciones a sus antiguas colonias inmediatamente después de declararse la independencia, como en el caso de Francia con Laos y Argelia (aquí se trataba de una colección de pinturas que originariamente se exhibían en el Museo de Argel) o la devolución de las joyas de la corona birmana por parte de Inglaterra.

En este capítulo nos interesa «explorar», sobre todo, aquellos casos en que el patrimonio cultural fue arrebatado a sus propietarios durante el período colonial, en la era del imperialismo. Sin duda, actualmente siguen dándose casos que representan una reparación de las injusticias cometidas durante la segunda guerra mundial. Al respecto, cabe recordar la devolución de la corona del rey Esteban a Hungría por los Estados Unidos en 1978. Así como la devolución de los dos cuadros de Durero *Das Ehepaar Haus y Felicitas*

Tucher a la República Democrática Alemana; tras trece años de proceso judicial, por cierto. En el Lejano Oriente todavía no se han saldado en un grado parecido, ni mucho menos, las viejas cuentas. Así, Corea posee una larga lista de peticiones de devolución de bienes culturales sacados del país durante la ocupación japonesa. Hasta la fecha se han devuelto muy pocas piezas; algunas fueran compradas por fundaciones con amplios recursos, como es el caso de las famosas pinturas del período Koryo, que actualmente se exhiben en el Museo de Ho-Am.

Por su parte, Corea también posee bienes culturales que se quedaron allí durante la segunda guerra mundial, como por ejemplo una valiosa colección de tesoros artísticos del Asia central, que no llegaron al Japón durante la retirada de su ejército, y actualmente se encuentran en el Museo Nacional de Seúl.

Aquí nos concentraremos sobre todo en el debate en torno a la devolución del patrimonio cultural reavivado a principios de la década de 1970, y que llegó hasta las Naciones Unidas, que en la práctica dio lugar a los primeros ataques contra el colonialismo en el terreno cultural. Una vez alcanzada la independencia política, los pueblos ya independientes comenzaron a plantear repetidas reivindicaciones en favor de la libre determinación de su desarrollo económico, social y cultural, tal como se expresan muy particularmente en la *Declaración de las Naciones Unidas sobre la concesión de la independencia a los pueblos y países coloniales*, de 1960. En 1979, se publicó el *Manifiesto cultural* de los primeros Juegos Culturales Panafricanos celebrados en Argel, en el que se reivindicaba la devolución del patrimonio cultural a los países de origen. Pero estas declaraciones e iniciativas no estaban destinadas a tener demasiado éxito.

BÉLGICA

Todo el proceso empezó a ponerse en marcha de 1973, cuando el presidente del Zaire, general Sese Seko Mobutu, exigió ante el III^{er} Congreso de la Asociación Internacional de Críticos de Arte, celebrado en Kinshasa, la devolución de todos los bienes culturales salidos del país durante el período de colonización belga. Para dar mayor resonancia a esta reivindicación, encargó a su delegación en las Naciones Unidas que presentara una propuesta de resolución ante la Asamblea General que iba a celebrarse ese mismo año.

Así se aprobó la famosa resolución del 18 de diciembre de 1973. En ella se insta la rápida devolución de los objetos artísticos, monumentos, piezas de museo, manuscritos y documentos, sin contrapartida, pues se considera sólo

una compensación por los daños causados. La Asamblea General de la ONU encargó posteriormente el problema a la UNESCO, como organización competente en la materia. Ésta actuó con gran celeridad, y en la XVIII Conferencia General de 1974 ya se aprobó una resolución, que recogía en gran parte la aprobada por la Asamblea General de la ONU el año anterior.

La resolución de 1973 de las Naciones Unidas estalló como una bomba en los museos y entre las autoridades culturales de Occidente, cuyos representantes afirmaron que si se cumpliera aunque fuera mínimamente la resolución, tendrían que cerrar todos los museos de arte que exhibieran objetos no europeos, así como la totalidad de los museos etnológicos. Un país se sintió particularmente afectado por esta resolución: Bélgica. En efecto, a ella iban dirigidas las reivindicaciones de Mobutu, sin tener en cuenta la existencia de un acuerdo, firmado algún tiempo atrás entre los gobiernos zaireño y belga, que preveía la devolución del patrimonio cultural al Zaire. Por ello, Bélgica interpretó las enérgicas reivindicaciones de Mobutu como una maniobra publicitaria y adoptó una actitud defensiva, al menos en el debate internacional.

Para comprender cómo se llegó al acuerdo de 1970 entre ambos gobiernos, es preciso remontarse un poco en la historia de Bélgica. La conferencia sobre África celebrada en Berlín en 1884-1885 concedió al rey Leopoldo II de Bélgica una zona de libre comercio en la cuenca del río Congo, región que se dedicó a saquear exhaustiva y brutalmente. En noviembre de 1908, el Congo pasó a ser una colonia, ante el desagrado del gobierno belga, no demasiado satisfecho con este regalo de su rey.

Durante su período de dominación personal sobre el Congo, el rey Leopoldo II contrató a científicos para que reunieran la mayor cantidad de material posible y lo trasladaran a Bélgica. Su actividad coleccionista no se limitó al material etnológico o a los objetos artísticos, sino que se hizo extensiva a las plantas, animales y rocas. Las colecciones se exhibieron por primera vez en Amberes en 1894, y luego en una exposición extraordinaria, en Bruselas-Tervuren, en 1897. Entonces surgió la idea, frecuente en aquella época —basta recordar la creación del Überseemuseum de Bremen a resultas de una exposición comercial—, de crear un Museo del Congo donde se conservarían las colecciones obtenidas.

Poco después de clausurarse la exposición, se construyó el museo, que todavía puede admirarse en Tervuren, en toda su antigua magnificencia colonial, en medio de un vasto parque. Desde 1960, cuando Bélgica tuvo que abandonar su colonia, lleva el nombre de Musée Royal de l’Afrique Centrale.

Este centro tendría como misión, por una parte, el estudio científico de sus colecciones y, por otra, la exhibición de estos «tesoros» al público. En el cumplimiento de la primera parte de su tarea, ha publicado hasta la fecha más de setecientos volúmenes, que abarcan todos los campos, desde la etnología hasta la historia y la música, así como los distintos ámbitos de las ciencias naturales.

El museo ha manifestado un gran interés en subrayar que todos los objetos que encierra fueron adquiridos de forma legal. El correspondiente párrafo de la revista *Museum* de la UNESCO dice así: «Conviene señalar que todos los objetos obtenidos por el museo fueron adquiridos por procedimientos regulares. Ninguna de las piezas, del tipo que sea, pasó a propiedad del museo a través de la coacción, el pillaje o el robo. Asimismo, en los archivos del Musée Royal de l’Afrique Centrale tampoco es posible encontrar indicios de que alguna adquisición se efectuara por vía de requisa o confiscación».

Basta tener una ligera idea de cómo se reunieron las colecciones de los museos etnológicos, y recordar de qué forma ejerció Leopoldo II su dominación sobre la cuenca del Congo, para abrigar serias dudas sobre el supuesto carácter inofensivo y legal de estas adquisiciones del Museo de Tervuren. Tan exculpadora visión del propio período colonial sólo puede provocar una reacción de asombrada sorpresa.

Aun así, cuando Bélgica concedió la independencia a su antigua colonia, de forma bastante precipitada y, por desgracia, poco preparada, el territorio contaba con un total de trece museos y otras instituciones que albergaban colecciones. Los desórdenes y enfrentamientos bélicos desencadenados tras la declaración de independencia del Zaire, provocaron la destrucción de la mayor parte de esas instalaciones, y su contenido se trasladó fuera del país o se perdió. No se puede reprochar a los nuevos gobernantes del Zaire que, en tales circunstancias, recordaran perfectamente que en Tervuren existía un Museo del Congo belga, en el cual se albergaban grandes tesoros de su país. En consecuencia, nada más alcanzar la independencia solicitaron la devolución de objetos.

Ante la firmeza de las reivindicaciones y dado que los belgas, por razones económicas —baste recordar la explotación de las minas de cobre del sur del país por las sociedades mineras de la metrópoli—, tenían interés en mantener unas relaciones relativamente buenas con el gobierno del Zaire, ya antes de 1966 empezó a sugerirse en Bruselas la posibilidad de crear un museo nacional en Kinshasa, en el marco de un acuerdo cultural. Las conversaciones

sobre el tema culminaron en el ya citado acuerdo de marzo de 1970 entre los dos gobiernos, el cual contemplaba dos aspectos centrales:

1. La aportación de personal científico y técnico, que colaboraría en la creación y organización de la infraestructura necesaria para el funcionamiento de un museo en el Zaire.
2. La devolución al Zaire de material etnológico y objetos artísticos por parte de Bélgica.

Entre las tareas de los expertos enviados por el gobierno belga figuraba también la redacción de los textos legales y ordenanzas necesarias para la protección del patrimonio cultural zaireño, a través del control de la vasta exportación ilegal de objetos culturales que seguía despojando al país de muchos de sus tesoros. Al mismo tiempo, esos expertos (fundamentalmente etnólogos y arqueólogos) realizaron, en colaboración con sus colegas zaireños —dentro de los límites de capacitación alcanzada entretanto por éstos—, estudios de campo y excavaciones en la totalidad del territorio del Zaire, con el propósito de comprobar cuánto material podía encontrarse todavía en el país y llevarlo al museo nacional o a los museos regionales, que también habían empezado a crearse entretanto. Esta misión tuvo un resultado en parte muy sorprendente: se descubrieron nuevas culturas y se recogieron objetos cuyo significado e importancia para la civilización zaireña habían pasado inadvertidos hasta entonces y que no estaban representados en ningún museo de fuera del país. En total, durante la campaña se reunieron alrededor de 50 000 objetos, que fueron a engrosar las colecciones de los museos zaireños. Así, en el artículo ya citado de la revista *Museum* se señala con orgullo el escaso número de piezas de determinado tipo existentes en el Museo de Tervuren, mientras que los museos del Zaire poseen muchísimas más.

Aun así, el Museo de Tervuren tuvo que reconocer que seguía poseyendo colecciones y objetos que no estaban representados en absoluto en el Zaire. Y se decidió enviar expertos belgas a Kinshasa y otras ciudades de aquel país para comprobar el alcance de estos huecos, aunque lo lógico habría sido dejar decidir a los propios científicos zaireños qué huecos quedaban por cubrir en sus colecciones. Sobre la base de los informes de estos expertos belgas se estableció una lista definitiva de las colecciones y objetos artísticos que debían ser devueltos al Zaire junto con la documentación existente en Bélgica. En este sentido, los científicos belgas concedieron gran importancia al hecho de que no sólo se trata de objetos artísticos únicos, sino también de colecciones completas pertenecientes a determinados grupos étnicos del vasto

territorio del Zaire, a través de las cuales puede lograrse una visión de conjunto de toda una cultura, incluidos sus aspectos económicos y sociales.

La devolución comenzó en 1977 y todavía no se ha completado. Entre las colecciones devueltas figuran también algunas depositadas inicialmente por los científicos belgas en el antiguo Institut de Recherche Scientifique en Afrique Centrale de Ruanda, y trasladadas al Museo de Tervuren tras la independencia en 1960.

Un aspecto importante de la devolución del patrimonio cultural zaireño por Bélgica es la creación paralela de la correspondiente infraestructura museística en el Zaire. Aspecto que los belgas descuidaron bastante durante el período de su dominación colonial y que, por otra parte, consideraban innecesario, puesto que de todos modos querían tener las colecciones en Bélgica. Se ha procedido a formar el personal necesario en todos los campos, desde científicos hasta restauradores y administrativos, pero también se ha acordado realizar estudios conjuntos del material que todavía se encuentra en Bélgica o que ahora empiezan a recoger los museos del Zaire, así como trabajos etnológicos de campo y excavaciones arqueológicas también en común. El ejemplo belga demuestra que la devolución del patrimonio cultural no se limita exclusivamente al retorno en sí, sino que abarca un campo mucho más amplio.

De vez en cuando, siguen apareciendo noticias en los periódicos y corren rumores en el sentido de que las piezas devueltas fueron vendidas por los museos zaireños, sobre todo por el Museo Nacional de Kinshasa. Así, se ha dicho que los colaboradores de ese centro vendieron algunas piezas cuando el gobierno empezó a sufrir dificultades económicas y manifestó el propósito de retirarles los coches oficiales. Los funcionarios del museo habrían utilizado el producto de las ventas para comprarse sus propios coches. Dada la permanente presencia de científicos belgas en Kinshasa —algunos en posiciones directivas—, los propios belgas tuvieron que reconocer que este tipo de ventas por parte del personal del museo no se han producido. Sin embargo, los museos del Zaire han sido objeto de diversos robos, cuyo producto fue sacado del país. Dichos robos también son moneda corriente en los museos europeos, como puede comprobarse consultando la lista que publica mensualmente la Interpol.

Bélgica puede preciarse de haber iniciado relativamente pronto la devolución —al menos antes del reciente debate en torno al asunto—, como mínimo en el terreno de la planificación, aun cuando sus motivos no fueran exclusivamente altruistas.

PAÍSES BAJOS

El segundo acuerdo importante en este sentido es el establecido entre los Países Bajos e Indonesia. Las primeras negociaciones para la devolución del patrimonio cultural indonesio exhibido en los museos holandeses o en manos de particulares comenzaron en 1974, esto es, después de que se planteara el tema en las Naciones Unidas y en la UNESCO. Los responsables de los museos holandeses siempre insisten, a semejanza de sus colegas belgas, en lo correcto de la adquisición de los objetos y colecciones por parte de sus propietarios en los Países Bajos. Y también señalan que el gobierno colonial holandés dictó muy pronto leyes destinadas a controlar la compra y exportación de objetos de sus colonias. Leyendo estos informes, como los publicados en el número ya citado de la revista *Museum*, uno no puede dejar de preguntarse cómo pudieron llegar a manos de los museos y particulares neerlandeses tan ricos y abundantes tesoros procedentes de Indonesia. Unas dudas que, desde luego, no sólo se plantean en el caso de Bélgica y los Países Bajos, sino que son extensivas a todas las antiguas potencias coloniales. A veces bastó incluso con la presencia de un solo buque de guerra, como en el caso de un navío ruso en el océano Pacífico, que dotó al Museo de Leningrado de la que es indiscutiblemente la mejor colección de material de Fiji fuera de la zona del Pacífico.

La Compañía holandesa de las Indias Orientales prohibió ya en 1795 la exportación de objetos de Asia, ciertamente no con el propósito de protegerlos, sino porque quería controlar todo el comercio. Hacia finales del siglo XVIII, el primer coleccionista holandés, un tal Nicolaus Engelhard, alto empleado de la citada compañía, reunió una colección de objetos que envió a la metrópoli.

En 1842 se promulgó una ley que declaraba propiedad del gobierno y objeto de protección los monumentos antiguos y lugares públicos. La misma ley exigía la realización de un inventario y prohibía la exportación de antigüedades. En 1858 se encomendó a la Batavian Society of Arts and Sciences el asesoramiento de la administración colonial en materias culturales y la recolección y conservación de objetos culturales indonesios para los Países Bajos. Bajo su influencia, en la segunda expedición militar a la isla de Lombok se incluyó un oficial responsable de los asuntos culturales. Al parecer, logró evitar el saqueo del tesoro del rey de Lombok y su reparto entre los oficiales y la tropa del ejército holandés, como ocurrió, por ejemplo, durante las conquistas británicas en la India. El tesoro fue trasladado casi completo a Yakarta (entonces Batavia). Una parte se envió luego a Holanda,

donde se exhibiría en Amsterdam, mientras el grueso del tesoro y de la colección que formaba parte del mismo quedó depositado en el nuevo museo de la Batavian Society of Arts and Sciences, donde quedó expuesto al público. Pero la parte que llegó a Holanda llamó tanto la atención que hubo interpelaciones en el Parlamento y el ministro de las Colonias dio orden de que toda la colección fuera trasladada a la metrópoli, para ser exhibida en el Museo Nacional, el actual Rijksmuseum, de Amsterdam. La exposición fascinó a los visitantes por la diversidad y esplendor de sus objetos. Pero también causó impacto el valor en dinero de las colecciones y se especuló con la posibilidad de vender todo el tesoro de Lombok para así resarcirse de los costes de la expedición militar. Afortunadamente, estas especulaciones no llegaron a materializarse. Pero las mejores piezas del tesoro de Lombok quedaron en Holanda, mientras se devolvía el grueso restante a la Batavian Society of Arts and Sciences. Este tesoro desempeñaría justamente un importante papel en las negociaciones sobre la devolución del patrimonio cultural a Indonesia por Holanda iniciadas en 1974.

Durante la segunda guerra mundial, los holandeses tuvieron que abandonar Indonesia y el país logró la independencia en 1945. Hasta 1963 no se establecieron relaciones diplomáticas entre ambos Estados, y en 1968 se firmó un primer acuerdo cultural, que también preveía una colaboración entre los museos de los dos países. Indonesia reivindicó en 1974 la devolución de su patrimonio cultural, y en 1975 se celebraron las primeras conversaciones. Se proclama con orgullo que ambas partes ya se conocían a través de numerosos contactos, lo cual permitió tratar amistosamente el tema también fuera de la sala de negociaciones. Conversaciones a las cuales se atribuye precisamente la rapidez con que pudo llegarse a un acuerdo.

Este acuerdo prevé la devolución a Indonesia de aquellos objetos y colecciones en posesión del gobierno holandés, de particular valor histórico para Indonesia; es decir, que desempeñaron un papel histórico importante o que poseen un valor emocional para la historia del pueblo indonesio. Entre ellos figura la famosa estatua de Singasari del Rijksmuseum de Leiden y la corona engastada de rubíes del tesoro de Lombok —que no es la corona del rey de Lombok, sino de una bailarina—, así como los demás objetos de dicho tesoro de Lombok que todavía se encontraban en los Países Bajos. El tratado establece asimismo que el gobierno holandés se preocupará de lograr la devolución de los objetos de particular valor histórico y emocional para el pueblo indonesio que no están en posesión del Estado, tanto si se hallan en manos de museos municipales o regionales o de personas privadas. Además,

el gobierno holandés procurará colaborar en la búsqueda de objetos desaparecidos, como por ejemplo las insignias de Luwu. Finalmente, se elaboró un programa común para establecer un inventario del patrimonio cultural indonesio sito en los Países Bajos y —análogamente al acuerdo entre Bélgica y Zaire— se acordó la realización conjunta de estudios de campo, excavaciones arqueológicas y otras tareas en Indonesia.

En junio de 1977, se devolvió a Indonesia el tesoro de Lombok. La famosa estatua de Singasari fue transferida al Museo Pusat de Yakarta en abril de 1978, al celebrarse el segundo centenario de la fundación del museo de la Batavian Society of Arts and Sciences. No cabe duda de que por parte indonesia se esperaba obtener algo más de los museos y colecciones neerlandesas, pero aun así se celebró el éxito alcanzado. En estos momentos se está negociando a través de muy pacientes, pero también muy tediosas negociaciones el retorno a Indonesia de otros importantes bienes culturales hoy en Holanda.

AUSTRALIA

Un tercer ejemplo de gran importancia en la devolución del patrimonio cultural es el caso de Australia. Aunque nunca tuvo colonias propias, administró a partir de 1921 las ex colonias alemanas de Nueva Guinea alemana y Kaiser Wilhelm Land, por mandato de la Sociedad de Naciones. De ahí que muchísimos de los objetos que los funcionarios coloniales y comerciantes alemanes no sacaron del país acabaran en Australia. Allí constituyeron el material inicial del Australian Museum de Sydney, así como de muchos otros museos menores.

Australia está desarrollando en la actualidad una política muy consecuente de devolución de estos objetos y colecciones. A semejanza del caso de Bélgica y el Zaire, las primeras deliberaciones y planes se habían iniciado ya antes de abrirse el nuevo debate en torno a la restitución del patrimonio cultural en 1973. El detonante fueron tres hechos ocurridos en 1972. En primer lugar, el Commonwealth Arts Advisory Board of Australia decidió enviar ese año varias expediciones a Papúa-Nueva Guinea, que deberían recoger todo el material etnológico y el mayor número de objetos artísticos que les fuera posible reunir. Un proyecto del cual no se informó a las autoridades australianas de Papúa-Nueva Guinea ni de la metrópoli, a pesar de que uno de los miembros de la junta directiva de esta organización también formaba parte del consejo de administración del museo de Port Moresby. Por fortuna, las colecciones así reunidas pudieron devolverse a Papúa-Nueva

Guinea, y el Commonwealth Arts Advisory Board of Australia quedó disuelto en 1973.

El segundo suceso fue el descubrimiento, en junio de 1972, de un plan para sacar ilegalmente varias cajas de objetos artísticos y material etnológico de Papúa-Nueva Guinea. El éxito de la actuación destinada a frustrar este plan se consideró una prueba de que Papúa-Nueva Guinea sería perfectamente capaz de velar por su propio patrimonio cultural una vez alcanzada su independencia, acontecimiento fijado para 1975 a más tardar.

El tercer aspecto fueron las conversaciones entabladas entre la administración australiana y los futuros responsables de Port Moresby, que resultaron en la elaboración de un plan de creación de un museo nacional. Con lo que se crearían también las condiciones idóneas para una conservación segura y adecuada del material. En 1977, alcanzada ya la independencia, se inauguró dicho museo, que pasó a figurar entre los mejores del mundo. Para su apertura, Australia, y más concretamente el Australian Museum de Sydney, donó diecisiete objetos.

El director del Australian Museum ya había iniciado en 1972 una campaña entre sus colegas de los demás museos australianos, en favor de la devolución del patrimonio cultural a Papúa-Nueva Guinea. Esta campaña recibió el apoyo del ministro de los Territorios de Ultramar, en un discurso pronunciado con motivo de la inauguración de una exposición sobre Papúa-Nueva Guinea en la Biblioteca Nacional australiana de Canberra, en septiembre de 1972, con la asistencia del futuro primer ministro de aquel país, Michael Somare.

El ministro anunció que Australia había aprobado un presupuesto de cinco millones de dólares australianos para contribuir a la salvación del patrimonio cultural de Papúa-Nueva Guinea. Señaló que dicho país había perdido una gran parte de su legado cultural, a semejanza de lo ocurrido en Grecia cuando los británicos se llevaron los *Elgin-Marbles*. Luego hizo un llamamiento a los representantes de las delegaciones extranjeras allí presentes para que devolvieran las colecciones pertenecientes a Papúa-Nueva Guinea. En este sentido, anunció que Australia había colaborado recientemente en la adquisición de la destacada colección Fellows, de las islas Trobriand, para Papúa-Nueva Guinea. Esta colección permanecería en Australia hasta la terminación del museo de Port Moresby.

El llamamiento tuvo resultados muy positivos en Australia, y actualmente la mayor parte de los museos de ese país aceptan la devolución del patrimonio cultural. Por otra parte, crearon un instituto nacional de conservación en

Canberra, que también ofrecerá muy especialmente sus servicios a los restauradores de los museos de la zona del Pacífico. Otras actividades australianas incluyen la elaboración de proyectos para un inventario de todas las colecciones extranjeras de los museos nacionales, así como la creación de un centro de documentación, aprobada en verano de 1982 en una conferencia internacional celebrada en Canberra.

En el ínterin, se ha ido ampliando el número de objetos devueltos. En 1978, con motivo de la declaración de independencia de las islas Salomón, el Australian Museum devolvió dos cabezas *kanubug* artísticamente talladas al Museo de Honiara. En aquel momento, dirigía esa institución una inglesa muy activa, que había adquirido una vasta experiencia en la preservación del patrimonio cultural del llamado Tercer Mundo, con motivo de una larga permanencia en Nigeria, fundamentalmente en Jos, en el norte del país, donde trabajó en el centro de formación de especialistas en museos de la UNESCO. Esta señora elaboró una relación muy exacta de los objetos y colecciones existentes en las islas Salomón, al mismo tiempo que apelaba a todos los museos del mundo en busca de información sobre cómo localizar las piezas. La mayor parte se encuentra en el British Museum, en el cual podía admirarse hace algunos años en el marco de una exposición muy bien presentada.

Pero Australia fue más allá de la devolución directa de objetos culturales. El Australian Museum actuó en un caso como intermediario, cuando una señora de Sydney quiso devolver a Papúa-Nueva Guinea una colección heredada de su suegro y de su marido. En ocasiones también asesoró a las autoridades aduaneras de Papúa-Nueva Guinea y australianas sobre la correcta elaboración de las acusaciones en casos de confiscación de objetos exportados ilegalmente. En uno de estos casos, consiguió que el propietario de objetos exportados ilegalmente se declarara dispuesto a devolverlos en el acto a Papúa-Nueva Guinea.

Otros museos australianos se sumaron a la campaña. Así, el Queensland Museum restituyó en 1979 un importante tambor manual de los *gogodala*, que habitan junto al río Aramia. Este tambor, del siglo XIX, está considerado como la pieza más antigua que se conserva de este tipo.

El mismo Queensland Museum devolvió en 1980 la mayor parte de las colecciones etnológicas de MacGregor al Museo Nacional de Port Moresby. Sir William MacGregor fue funcionario de la administración de la Nueva Guinea británica entre 1888 y 1898. Durante este período reunió una vastísima colección, que no pasó a ser propiedad del Queensland Museum, sino que sólo quedó bajo su custodia hasta que Nueva Guinea dispusiera de su

propio museo. La primera parte de la colección que se devolvió fueron 73 escudos, que llegaron a Papúa-Nueva Guinea en 1980. Procedían de diversas provincias del país, y entre ellos había algunos tan raros como uno de forma rectangular de la región de los massim, y 14 pintados de las islas Trobriand. El acuerdo entre los dos museos prevé la devolución de otras 5000 o 6000 piezas más, a fin de conservar completa la colección del antiguo funcionario colonial británico.

El Australian Museum de Sydney también devolvió un tambor hendido a Vanuatu, la ex colonia alemana de Nuevas Hébridas, que luego fue administrada conjuntamente por Inglaterra y Francia hasta su independencia en 1979. Igual que las restantes islas del Pacífico, también las Nuevas Hébridas fueron objeto de un vasto saqueo de sus tesoros culturales durante el período colonial. Australia retiene una parte de estos tesoros, entre ellos un tambor hendido de carácter ceremonial, de dos metros de altura y 1,35 metros de diámetro y que pesa unos doscientos kilos, el cual fue obtenido por un «coleccionista» australiano en 1897 en el poblado de Mele, en la isla Efate. Estos tambores hendidos que se levantaban junto a los poblados de alguna importancia son únicos en toda la zona del Pacífico.

Vanuatu es uno de aquellos pequeños Estados independientes formados por gran número de islas. La búsqueda de una identidad cultural nacional que mantenga la unidad del pueblo es tanto o más importante para estos países como para algunas naciones de África. Resulta comprensible, por tanto, que sus habitantes deseen conocer lo mejor posible su propia historia y quieran recuperar el patrimonio cultural que les permita definir su propia identidad cultural.

Al aproximarse el momento de la independencia de las Nuevas Hébridas, el director del Vanuatu Cultural Centre de Port Vila, la capital, intentó obtener la devolución de un tambor hendido del Australian Museum de Sydney. La solicitud de devolución fundamentaba la petición en las siguientes razones:

1. Sólo se conservan cuatro o cinco de estos tambores de la isla Efate.
2. Desempeñaron un importantísimo papel en la vida religiosa y ritual de los habitantes del poblado de Mele, del cual procede el tambor en cuestión.
3. A pesar de que en la isla Efate ya no quedan tallistas capaces de producir esos instrumentos, se ha empezado a reivindicar que vuelvan a utilizarse. Hecho relacionado con el renacimiento de un intenso interés por el propio legado cultural.

El Australian Museum de Sydney aprobó esta devolución, y el tambor fue entregado al gobierno de Vanuatu el 26 de marzo de 1981. El barco que transportaba el tambor fue recibido a su llegada por el presidente de la república, originario del poblado de Mele.

La devolución del tambor hendido a Vanuatu por parte de Australia pone de relieve el importante papel religioso y cultural que puede desempeñar un objeto de este tipo. Para el visitante australiano o europeo de un museo se trata de un tambor corriente, cuyo sonido puede proporcionar en el mejor de los casos cierto placer, suponiendo que se le permita tocarlo. Para los habitantes del poblado en el que fue fabricado, no sólo constituye un símbolo de su historia, sino que además simboliza la fuerza vital que ha permitido la supervivencia del pueblo hasta la fecha. Si esta fuerza se perdiera o le fuera arrebatada, el poblado estaría condenado a la desaparición, según creen sus habitantes. Por ello, la devolución del tambor lleva aparejada la esperanza de que la vida continúa en el poblado y de que puede confiarse en el futuro.

NUEVA ZELANDA

Nueva Zelanda constituye un caso particular en cuanto a la devolución del patrimonio cultural. Por una parte, el país lucha a fin de conservar muy especialmente el patrimonio cultural de su población no europea, los maoríes. Por otro lado, él mismo es objeto de las reivindicaciones de numerosas islas y Estados del Pacífico. En efecto, en los museos y colecciones privadas de Nueva Zelanda se encuentran abundantes tesoros que antaño pertenecieron a esos pueblos.

La venta de material de los maoríes comenzó con la salida de James Cook de Nueva Zelanda en el curso de su primer viaje, en el año 1769. A sus otras dos visitas siguió una invasión de navegantes, los llamados descubridores, balleneros y misioneros. Todos ellos participaron en el saqueo del patrimonio cultural maorí, y en poco tiempo éste estuvo mejor representado en los museos y colecciones privadas europeas y norteamericanas que en la misma Nueva Zelanda.

Las autoridades neozelandesas reconocieron relativamente tarde la importancia de salvar este patrimonio cultural, y no iniciaron la construcción de un museo nacional hasta entrado ya este siglo. Por diversas vías, desde principios del siglo xx comenzaron a volver al país colecciones propiedad de neozelandeses que residían en Inglaterra. Algunos organismos oficiales también devolvieron como regalo algunas pequeñas colecciones. Tal es el caso, por ejemplo, de la colección de lord St. Oswald, del Imperial Institute de

Londres, que inicialmente perteneció a la reina Victoria y al parecer formaba parte de la colección reunida por el capitán Cook en Otaheti, en el sur de Nueva Zelanda. Asimismo pudieron obtenerse para el museo algunas colecciones pertenecientes a particulares neozelandeses.

Pero la verdadera devolución de los tesoros perdidos no se inició hasta 1948, cuando se puso a la venta en Londres la colección de W. O. Oldman, sin duda la mayor colección de objetos oceánicos y material maorí del mundo entero. Pudo comprarse con la ayuda del gobierno neozelandés y fue repatriada. Su valor de mercado en aquella fecha se situaba por encima de los cinco millones de dólares estadounidenses.

La colección se repartió entre los distintos museos de Nueva Zelanda, tal como se había previsto. Al mismo tiempo, se procuró concentrar el material de determinadas islas polinesias y melanesias en un museo concreto en cada caso, a fin de crear unas condiciones más idóneas para su estudio científico. En aquel entonces no se consideró ni remotamente la posibilidad de devolver este material a las islas a las cuales pertenecía. Precisamente por ello Nueva Zelanda es hoy destinataria de numerosas solicitudes de devolución procedentes del ámbito melanésico y polinésico. En efecto, los neozelandeses no sólo obtuvieron directamente objetos de estas zonas, sino que también compraron parte de ellos a Europa y Norteamérica.

A los profesionales de los museos neozelandeses todavía hoy parece costarles abordar la devolución de este material con la misma publicidad y el mismo entusiasmo que dedican a la recuperación del material maorí.

A mediados de la década de 1970 salió a subasta otra colección de la zona del Pacífico, de fama mundial: la colección Hooper. Comprendía muchas piezas obtenidas por Cook durante sus viajes, de ahí su especial interés para Nueva Zelanda y las islas del Pacífico. Una minuciosa investigación e inventario realizados por un etnólogo neozelandés en casi todos los museos pertinentes del mundo, ha permitido comprobar entretanto la importancia del material recogido por Cook para los estudios científicos. En efecto, con ayuda de este material puede documentarse con toda claridad la evolución de los estilos artísticos de los distintos grupos maoríes. Evidentemente, más allá de su valor científico, estos objetos constituyen al mismo tiempo la documentación de un determinado período histórico y, por tanto, son documentos de un proceso histórico.

La noticia de la posible venta de la colección Hooper salió a la luz en diciembre de 1975, cuando se celebraba una reunión del Oceanic Advisory Committee de la UNESCO en Tonga. El hecho provocó gran expectación

entre los científicos y profesionales de museos allí presentes, que veían una oportunidad de recuperar este material para la zona del Pacífico. Todos eran conscientes, sin embargo, de que deberían pagarse importantes sumas por esta colección, y también sabían que tales cantidades iban a resultar inasequibles para los jóvenes Estados independientes del Pacífico. En consecuencia, acudieron a la UNESCO y solicitaron a su director general que empleara a fondo todas sus posibilidades e influencias a fin de obtener la colaboración de las ex potencias coloniales del Pacífico para la adquisición de determinadas partes de esa colección para sus antiguas colonias, y su cesión permanente a los Estados recién independizados. Se pensaba que Inglaterra podría hacerlo para Fiji y Tonga, Francia para Nueva Caledonia, las Marquesas y la Polinesia francesa, la República Federal de Alemania para Samoa occidental, Japón para Micronesia, Nueva Zelanda para las islas Cook, Chile para la isla de Pascua y los Estados Unidos para Hawai. Se deseaba evitar así la dispersión de las colecciones, y se sugirió que los países correspondientes se pusieran directamente en contacto con la familia Hooper, a fin de obtener en cada caso el conjunto del material en cuestión. Sin embargo, las ex potencias coloniales no manifestaron el menor interés por el asunto y el intento fracasó.

El material de Hawai y de los maoríes se subastó en Christie's en junio de 1977. Los precios subieron tanto, que incluso el gobierno de Nueva Zelanda, que había destinado una suma considerable a la adquisición, sólo pudo comprar siete piezas. Otros tres museos neozelandeses, entre ellos el Waikato Art Museum, consiguieron hacerse con otras pocas más.

El gobierno neozelandés, presionado por los profesionales de los museos, empezó a destinar en 1971 una determinada cantidad para la compra de material maorí con destino al Museo Nacional. Esta cantidad, fijada inicialmente en 25 000 dólares anuales, se elevó a 50 000 en 1973 y en adelante se mantendría así. Los altos precios alcanzados por los objetos de la colección Hooper demostraron que las previsiones eran poco realistas.

Otra subasta de piezas de la colección Ortiz, celebrada por Sotheby's de Londres en junio de 1978, volvió a dejar claramente de manifiesto este hecho. George Ortiz, un magnate boliviano del cinc, residente en Suiza, era propietario de una de las mejores colecciones oceánicas y figuraba entre los más reputados conocedores del arte de esa zona. En realidad, no tenía intención alguna de poner a la venta su colección, pero su hijita de cinco años fue secuestrada por criminales italianos en octubre de 1977. Para pagar el rescate de dos millones de dólares estadounidenses que solicitaban los raptos, Ortiz decidió subastar algunas de sus piezas. Entre ellas figuraba un

famoso dintel de puerta tallado maorí, cuya existencia ya había llegado a conocimiento de los neozelandeses en 1972 a través de la prensa. Esta pieza procedía de Te Kaha, del grupo Whanau-A-Apanui, que a principios del siglo XIX construyeron un gran almacén decorado con planchas y dinteles de este tipo. En 1870, poco antes de la invasión, otro grupo escondió este almacén en una cueva junto al mar. Actualmente se exhibe en el Auckland Museum. El dintel de puerta estaba considerado como una de las piezas más relevantes de los primeros diecisiete años del siglo XIX, cuando los tallistas comenzaron a trabajar por primera vez con el llamado material blando, a saber, con hierro y cobre, en vez de la diorita que habían utilizado hasta entonces.

Cuando el dintel se puso a la venta en una subasta, todos los responsables y los mismos miembros del gobierno coincidieron en la necesidad de recuperar esta pieza única para Nueva Zelanda. Roger Duff, director del Canterbury Museum, se puso en contacto con George Ortiz, a quien ya conocía, y obtuvo de él la promesa de que el museo no tendría que pagar en el acto el precio alcanzado, si éste era superior a la suma dispuesta por Nueva Zelanda para su adquisición. Reuniendo todos los fondos disponibles, Roger Duff llegó a los 65 000 dólares neozelandeses, mientras los grupos maoríes locales, al tener conocimiento de la inminente subasta del dintel, se declararon dispuestos a contribuir con una cantidad, sobre todo para el transporte aéreo de la pieza desde Inglaterra a Nueva Zelanda.

Sin embargo, en el curso de la subasta se evidenció que esa cantidad era insuficiente. La puja alcanzó los 81 000 dólares neozelandeses. Sin posibilidad de consultar con Nueva Zelanda, Roger Duff dio la orden de seguir pujando. Así consiguió recuperarse el dintel para Nueva Zelanda, aunque a costa de un descubierto financiero. Luego se requirieron algunos esfuerzos para reunir en Nueva Zelanda el resto de la cantidad adeudada.

El dintel se repatrió en agosto de 1978. Los maoríes lo recibieron, según la antigua tradición, en los tres *marae*, los monumentos de piedra de la Eastern Bay of Plenty, el mismo ritual empleado para recibir al espíritu de un antepasado que regresa del reino de los muertos. La pieza les fue regalada, y los maoríes, a su vez, la cedieron al museo para su conservación.

En este caso, gracias a las relaciones amistosas entre el coleccionista y el director del museo, fue posible lograr el retorno del dintel a Nueva Zelanda. En cambio, otra pieza de la colección Ortiz dio lugar a un proceso. En otra subasta de piezas oceánicas se puso a la venta la plancha frontal tallada de un almacén maorí, una *pataka*, que la prensa denominó «plancha Ortiz». El

director del Museo Nacional de Nueva Zelanda recibió el catálogo de Sotheby's poco antes de la subasta, y le pareció reconocer la pieza representada. Sin embargo, ante la duda, informó al director de un museo regional, que pudo identificar la pieza como robada.

Un trabajador maorí encontró esta pieza en una marisma en 1972. En 1973 la pieza desapareció de pronto. Pero fue posible comprobar que había sido adquirida por un marchante norteamericano, que en 1973 la sacó del país. A través de este marchante pasó a manos de George Ortiz, que la integró en su colección en Suiza. Después de pagar el rescate a los secuestradores de su hija, Ortiz quiso vender también esta pieza.

El director del Museo Nacional de Nueva Zelanda, J. Yaldwin, informó al gobierno británico y éste inició inmediatamente un proceso contra Sotheby's de Londres. La demanda se apoyaba en una ley neozelandesa de 1975, según la cual todas las piezas sacadas ilegalmente del país pasan a propiedad de la corona. Si una de ellas se pone a la venta en Inglaterra, la reina reivindica su propiedad, para devolverla luego a su dominio de Nueva Zelanda.

El proceso fue ganado en primera instancia por Nueva Zelanda, pero el fallo en segunda instancia resultó desfavorable. De momento, la acción judicial continúa y la pieza no se ha devuelto a George Ortiz, sino que continúa depositada en Sotheby's, en Londres. A Nueva Zelanda, por tanto, todavía le queda la esperanza de recuperar este objeto de primerísima importancia, que también data de principios del siglo XIX y fue realizado por un grupo de los taranaki. Éstos resultaron exterminados totalmente en aquellas fechas y al parecer enterraron una de sus más importantes tallas antes de su total desaparición.

Este proceso judicial y la publicidad que lo acompañó tuvieron dos consecuencias. Por una parte, los propios maoríes adquirieron mayor conciencia del problema del retorno del patrimonio cultural a Nueva Zelanda, lo cual originó un debate sobre la importancia de esas piezas para su propia identidad, y la conveniencia de conservarlos en los museos en vez de encargarse ellos mismos de su custodia.

Al mismo tiempo, surgió otro debate en torno a la absoluta insuficiencia de los medios destinados por el gobierno para la adquisición con destino a Nueva Zelanda de las piezas que se pusieran a la venta en el extranjero, a través del programa de ayuda directa antes descrito. Ante la práctica imposibilidad de incrementar estos recursos, empezó a discutirse de forma bastante abierta sobre si no sería más adecuado dedicar los medios disponibles a mejorar las condiciones de conservación de los objetos y

coleccionistas en los museos neozelandeses. Sobre todo se plantearon diversas críticas relativas a la conservación del material de campo.

La Art Galleries and Museums Society de Nueva Zelanda elaboró un informe que partía de que los museos del país poseían de momento la mayor riqueza de material maorí del mundo, al tiempo que señalaba que las piezas de esta cultura situadas en el extranjero desempeñan un importante papel en la difusión de la historia de los maoríes y apuntaba la posibilidad de completar o ampliar las colecciones existentes a través de donativos, préstamos, excavaciones arqueológicas e intercambios, si bien los elevados precios impedían seguir adquiriendo material en el mercado internacional de arte. Hechas estas consideraciones, el informe recomendaba dedicar los fondos disponibles a la conservación del material ya existente en Nueva Zelanda. Y acababa señalando la conveniencia de intentar que pasaran a propiedad pública las colecciones privadas y limitar las compras en el extranjero a los objetos de sumo interés histórico para toda la nación.

Pero los profesionales de los museos no aceptaron unánimemente las ideas expuestas en el informe. Más allá de la dificultad de definir qué piezas pueden considerarse de sumo interés para la historia del país, el inventario de David Simmon de todo el material neozelandés situado en los museos del mundo entero demuestra que el perteneciente a la época de los viajes de Cook permite documentar una gran variedad de estilos artísticos, que desaparecieron con gran rapidez tras la penetración europea.

En el curso del debate, totalmente público, en torno a la devolución del patrimonio cultural neozelandés, muchos profesionales de los museos se manifestaron en contra de los argumentos de la Art Galleries and Museums Society, que quitaba mucha fuerza a las reivindicaciones encaminadas a la recuperación. De momento no se ha tenido noticia de que Nueva Zelanda se haya preocupado de lograr la restitución de su patrimonio cultural, más allá de la compra de objetos concretos.

Por otra parte, no puede descartarse en absoluto la posibilidad de que los citados argumentos se utilicen también para oponerse a la devolución de material a las islas del Pacífico. Roger Neich, un destacado etnólogo neozelandés, ha reconocido que los museos de su país manifiestan gran entusiasmo cuando se trata de recuperar material maorí, pero mantienen una postura más bien reticente cuando se trata de devolver el patrimonio cultural de las islas del Pacífico. La mayoría de las restituciones efectuadas hasta la fecha obedecieron a motivaciones políticas, y en un caso el Museo Nacional mantuvo incluso una actitud muy obstaculizadora, impidiendo durante años el

retorno de tres piezas de gran tamaño, prometido por el gobierno, con la excusa de que eran demasiado frágiles para transportarlas. Un argumento que también se escucha con frecuencia en Europa.

A pesar de todo, se han devuelto numerosas piezas. Entre ellas, las treinta de las islas Cook devueltas en los años sesenta, en forma de préstamo por tiempo ilimitado. Con motivo de la inauguración del aeropuerto de Niue, el gobierno neozelandés devolvió una famosa *tapa* (estera estampada) de valor histórico. En la celebración de su independencia, Fiji recibió de Nueva Zelanda una maza, que se utilizaría como bastón de mando en el Senado. A ella debe sumarse la figura de un dios entregada con motivo del centenario de la pérdida de la independencia, para pasar a formar parte de los dominios coloniales británicos. Esta figura procedía del Canterbury Museum, el cual recibió ayuda financiera del gobierno de Fiji para la adquisición del dintel de puerta de la colección Ortiz, en compensación por la pérdida.

En 1981, se devolvieron a las islas Salomón más de un millar de objetos, reunidos en su momento por los misioneros. Pero entre el material devuelto había objetos de otras zonas melanesias, como Vanuatu, Santa Cruz y Malaita. Será interesante observar qué hacen las islas Salomón con este material, que en realidad no les pertenece.

Un caso particular es el de la devolución de objetos a Papúa-Nueva Guinea en 1974. Concretamente, se trataba de una colección reunida entre 1972 y 1973 por un ingeniero de montes neozelandés, que trabajaba al servicio de Papúa-Nueva Guinea en la meseta sur del país. Esta colección, muy bien documentada, fue sacada del país sin permiso de las autoridades de Port Moresby y donada luego al Museo Nacional de Wellington. Los científicos del museo se pusieron inmediatamente en contacto con sus colegas de Port Moresby y acordaron la devolución a Papúa-Nueva Guinea de una parte de la colección, en particular algunas piezas valiosas, como unas muñecas relacionadas con los ritos de fertilidad que no estaban representadas en el Museo Nacional de Port Moresby. El Museo Nacional de Nueva Zelanda recibió otras piezas a cambio.

SUDÁFRICA

El caso de devolución más inusitado, o al menos más inesperado para todo el mundo, es el de obras de arte al joven Estado de Zimbabwe por la República Sudafricana, en enero de 1981. Debido a su política de *apartheid*, aunque Sudáfrica pertenece a las Naciones Unidas, no es miembro de la UNESCO. Toda vez que las organizaciones no estatales suelen acatar las

decisiones de la UNESCO, el Consejo Internacional de Museos (ICOM) tampoco cuenta con un comité nacional sudafricano, sino sólo con algunos miembros aislados. No es de extrañar, pues, que la citada devolución causara sorpresa, tanto más cuanto que Sudáfrica procedió basándose explícitamente en los principios de la UNESCO y las recomendaciones del ICOM.

En septiembre de 1871, un geólogo y explorador alemán, Carl Mauch, descubrió en el actual territorio de Zimbabwe, entre los ríos Zambesi y Limpopo, unas ruinas que todavía causan gran impacto. Las construcciones estaban formadas originariamente por grandes sillares de piedra y parecían corresponder a un palacio o fortaleza. Estas ruinas halladas en plena selva africana dieron pie a innumerables especulaciones. Así, se pensó que podían pertenecer a la capital del legendario país del oro, Ofir, citado en el Antiguo Testamento. Lo cierto es que, efectivamente, las ruinas parecían tener algún tipo de relación con el oro. El reino africano al que pertenecían alcanzó su apogeo entre los siglos XIII y XV de la era cristiana, como pudo comprobarse mediante el carbono radiactivo y estudiando los restos de cerámica árabe y china hallados en ellas. El florecimiento de este reino se basó en el comercio del oro del interior de África que vendían a los árabes. El antiguo reino se llamaba Zimbabwe y el nuevo Estado independiente del África meridional, la antigua Rhodesia, adoptó ese nombre. Su escudo exhibe el mismo pájaro de piedra del cual se hallaron ocho figuras en las ruinas mencionadas.

La presencia de esos pájaros fue revelada por el explorador alemán W. Posselt en 1881, que se llevó una escultura y la vendió a Cecil Rhodes, el rey de los diamantes sudafricano, que en 1891 fue nombrado primer ministro de la colonia de El Cabo. Ante la expectación despertada por las minas en Europa, la Royal Geographical Society y la British South Africa Company decidieron financiar conjuntamente la expedición a Zimbabwe del geógrafo británico J. T. Bent. Éste sacó otros cinco pájaros de piedra del país, supuestamente después de llegar a un acuerdo con el jefe local, Mugabe Chipfumo, que no opuso objeción alguna. Los cinco pájaros fueron transportados a Londres, donde Bent disertó sobre sus hallazgos ante la Royal Geographical Society. Se pidió que los pájaros se quedaran en Inglaterra, pero Cecil Rhodes, que entonces era presidente de la British South African Company, insistió en que debían volver a Sudáfrica. Él ya había donado en 1891 al South African Museum el pájaro de piedra comprado al explorador alemán. Así, los seis pájaros pasaron a manos del South African Museum de Ciudad de El Cabo. Cecil Rhodes recuperaría más tarde el pájaro donado por él. Además de estos seis pájaros, se tiene noticia de otros dos. Uno de ellos, al

igual que la mitad de un tercero, permanecieron en el actual territorio de Zimbabwe, mientras que una parte del zócalo se trasladó a Berlín, donde se perdió durante la segunda guerra mundial.

Los periódicos empezaron a reclamar la devolución de las esculturas ya antes de la independencia de Zimbabwe. Una vez alcanzada ésta, se presentó una petición oficial de devolución. Pero el South African Museum no respondió a la demanda, pues en ella se manifestaba explícitamente que los pájaros habían salido en su momento de forma ilegal, y en ello se fundamentaba la petición. Sólo después de renunciar a la denuncia de la ilegalidad en una segunda petición, se declaró dispuesto el museo a efectuar la devolución, teniendo en cuenta el gran valor histórico y cultural de las esculturas para la identidad del nuevo Estado. Según declaraciones del South African Museum, en su decisión también pesó el hecho de que la situación de los museos de Zimbabwe era irreprochable desde el punto de vista de la conservación y no planteaba ningún obstáculo para la devolución.

De acuerdo con las recomendaciones del Consejo Internacional de Museos, dicha devolución debería adoptar la forma de un intercambio, con lo cual se convertiría en un trato privado entre dos instituciones culturales, sin que intervinieran los gobiernos. Se estudió largo tiempo qué objeto se podía pedir al Museo Nacional de Zimbabwe a cambio de los pájaros, y finalmente la decisión recayó sobre una importante colección de abejas, avispa y hormigas. El intercambio fue aceptado, pero dio lugar a un acalorado debate, dado el distinto valor de mercado de tan dispares muestras. Pero teniendo en cuenta su respectiva importancia para la investigación científica y como parte del legado cultural de una nación, se consideró justificado el trueque.

Los pájaros de piedra volvieron en 1981 a Zimbabwe, donde fueron recibidos por el primer ministro Mugabe, descendiente directo del jefe africano que en su momento autorizó su salida del territorio. Así se festejó el retorno de un símbolo nacional tras noventa años de exilio.

Lo interesante de esta devolución es que corrió a cargo exclusivamente de los museos —a nivel de gobiernos habría sido ciertamente imposible—, y que aquellas instituciones hallaron la fórmula para plantearla en términos de un intercambio totalmente normal.

En el África meridional se ha dado todavía otra devolución, esta vez de material de la Edad de Piedra, devuelto por la joven república de Zimbabwe al Estado independiente de Botswana. La operación afectó fundamentalmente a una colección de piedras recogidas por un geólogo rhodesiano en Bechuanalandia y depositadas en el Museo Nacional de Bulabayo. Esta

colección —con un peso total de tres toneladas—, de gran importancia para la arqueología y la historia de Botswana, fue devuelta al Museo Nacional de Gabonore en abril de 1982, con ocasión de una conferencia de museos del África meridional.

LOS AMERINDIOS

Los museos estadounidenses no sólo son objeto de peticiones por parte de los países centro y sudamericanos, asiáticos, africanos y del Pacífico, sino también de otras procedentes de su mismo país, más concretamente de su población autóctona: los amerindios. Los inmigrantes blancos no sólo les quitaron su tierra, la base de su existencia, sino también sus bienes culturales y religiosos. En la medida en que no fueron destruidos, se conservan ahora en los museos. La recuperación de su patrimonio cultural y espiritual desempeña un importante papel dentro de la creciente concienciación de los indios en lucha por sus antiguos derechos.

Esta reivindicación se halla refrendada en el decreto de libertad religiosa de los indios americanos (American Indian Religions Freedom Act) de 1978. Apoyándose en él, los indios reivindican la devolución de sus objetos religiosos por parte de los museos. En efecto, para ellos no se trata de interesantes piezas de museo, que ofrecen información sobre su modo «tradicional» de vida y sus concepciones religiosas, sino de objetos todavía imbuidos de un poder fundamental para la supervivencia de su sociedad.

Los más activos en el planteamiento de esta reivindicación son los iroqueses. Éstos conceden gran importancia a las máscaras, símbolos de los espíritus protectores que les ayudan en su vida cotidiana. Las máscaras también son utilizadas por los curanderos y sus ayudantes. Los iroqueses exigen la devolución de estas máscaras medicinales, que quieren volver a utilizar en sus ceremonias. Consideran que los museos no son en absoluto el lugar adecuado para ellas, pues allí no se tratan adecuadamente estos objetos cargados de poder, que para mayor escarnio a menudo son contemplados como piezas exóticas, primitivas o risibles por los visitantes.

Las reivindicaciones de los iroqueses llevaron a la inclusión de representantes indios en los consejos asesores de los museos, en vistas a una correcta exhibición e interpretación de estos objetos. (Un proceso análogo se ha producido entretanto en Australia con la exhibición de la cultura de sus primitivos habitantes). Pero la organización política de los iroqueses, el Iroquois Advisory Committee fue mucho más allá en sus reivindicaciones y exigió que también se retiraran de los museos y se volvieran a enterrar los

esqueletos o partes de esqueletos indios, así como la devolución de las perlas sagradas *wampum* al consejo de sus jefes, y al menos el préstamo de otros objetos ceremoniales. El consejo de jefes volvió a ratificar en 1974 la prohibición de transferir objetos sagrados a personas no indias y advirtió expresamente de ello a los museos. Éstos solicitaron poder disponer al menos de copias, con objeto de informar a sus visitantes sobre la religión de los iroqueses. Pero el consejo, tras un controvertido debate, decidió que todas las máscaras iroquesas son sagradas y prohibió cualquier imitación.

Los iroqueses lograron imponer ampliamente sus reivindicaciones, hasta el punto de que la Buffalo and Erie County Historical Society les devolvió todos los restos humanos, les transfirió millares de perlas sagradas *wampum* en forma de préstamo renovable anualmente, y retiró las máscaras medicinales de la exhibición. Éstas serían prestadas a los indios para sus ceremonias, aunque deberían ser devueltas al museo una vez concluidas las mismas.

Otros museos siguieron el ejemplo, y la North American Indian Museum's Association aprobó en 1980 unas directrices a los museos afectados por peticiones indias. En ellas se establecían las personas y organismos que pueden plantear tales peticiones. Junto a las distintas agrupaciones figuran el fiscal federal y los fiscales de los distintos estados, así como los jefes y médicos indios y otras personas. Entre los objetos afectados se incluyen los adquiridos por los museos en el extranjero.

Aparte numerosas consideraciones de orden totalmente práctico, como las instalaciones de los museos, la propiedad compartida entre indios y museos y la documentación conjunta, se plantean otras cuestiones. Por ejemplo, ¿quién determina la importancia de un objeto para la identidad espiritual o cultural de una tribu? La respuesta a esta última pregunta es rotunda y, en realidad, debería darse con la misma nitidez en todas las discusiones en torno a la devolución de objetos religiosos o culturales:

«Cada tribu decidirá por sí misma qué objetos poseen un carácter sagrado-religioso y definirá la importancia de cada uno para su cultura-religión. No es competencia de los gobiernos de los estados ni del gobierno federal decidir qué objetos son religiosos, puesto que las decisiones de esa naturaleza no son competencia suya».

Sin embargo, muchas veces los científicos creen estar mejor informados, a pesar de todo. Aun así, sólo se les permite su intervención como expertos y se puntualiza claramente: «Pero estos expertos no tienen acceso al conjunto de la

información relevante sobre el tema, y con frecuencia han interpretado de manera errónea el significado de la vida espiritual de los indios».

El ejemplo de los iroqueses no tardó en ser imitado por otros grupos indios: en California, por ejemplo, donde en 1981 volvieron a enterrarse, con aprobación de las autoridades, los hallazgos arqueológicos procedentes de sepulturas. Esto provocó una oleada de indignación entre los arqueólogos y profesionales de los museos, que presentaron una demanda judicial contra el director del Department of Parks and Recreation de Sacramento, en un intento de recuperar el material para la investigación científica.

Su indignación es hasta cierto punto comprensible, puesto que dicha agrupación india (Native American Heritage Commission) reivindica la devolución de todo el material indio, incluidos los restos del «hombre de Del Mar». La antigüedad de este esqueleto, que se encuentra en el Museum of Man de San Diego, se cifra en 40 000 años, lo cual lo convierte en el hallazgo humano más antiguo de América. La decisión del director causó gran sobresalto en el gobierno de Washington, el cual exigió al estado de California la entrega al gobierno federal de todo el material excavado con su autorización y ayuda financiera.

Por otra parte, también los indios se opusieron a la nueva inhumación. Aunque sólo porque los restos humanos y sus ofrendas funerarias se habían enterrado en un desordenado montón, sin seguir el orden marcado por el ritual y las ideas religiosas de los indios.

También en Australia se plantean reivindicaciones comparables a las de los indios de los Estados Unidos y Canadá, y se han establecido directrices análogas para los objetos de los primitivos habitantes del continente. El entonces presidente de la Asociación de Museos de Australia había sido anteriormente etnólogo jefe del Museum of Man, de Ottawa, y por tanto ya conocía el problema. En el Museum of Man se había encargado de comprar a la República Federal de Alemania la famosa colección Speyer, y luego tuvo que enfrentarse a su devolución a los indios.

Pero incluso en Europa se plantean reivindicaciones análogas. Por ejemplo, las de los lapones de Suecia y Noruega, que desean recuperar sus tambores de los museos de Oslo y Estocolmo.

Estos casos irán en aumento, puesto que se vinculan a la autodeterminación de las minorías nacionales. Pero, de momento, no son demasiado numerosas, toda vez que la principal preocupación de muchos países extraeuropeos, una vez alcanzada la independencia, es la creación de su identidad como nación. Un objetivo que a menudo va ligado a la adopción de

las fronteras coloniales, dentro de cuyos límites se agrupan arbitrariamente diversas poblaciones y culturas. Una tarea muy difícil.

EGIPTO

A principios de 1981, un tribunal francés falló en favor de la devolución de una estatua robada del dios Amón Min.

ETIOPÍA

En junio de 1982 se publicó en la prensa la noticia de que Italia había devuelto a Etiopía el trono del emperador Menelik II, que derrotó a los italianos en la batalla de Adua, en 1896, impidiendo que Etiopía se convirtiera entonces en una colonia. Mussolini ordenó el traslado de su trono a Italia tras la ocupación del país.

GUATEMALA

Como tantos otros países centroamericanos, Guatemala es víctima del premeditado saqueo de sus tesoros artísticos precolombinos. Una empresa en la que no se escatiman costes ni esfuerzos, con tal de sacar del país esas famosas estelas mayas, por ejemplo, algunas de las cuales pesan varias toneladas. Un caso particularmente notorio fue el saqueo de dos estelas de las ruinas de la ciudad de Piedras Negras, en la selva de Petén. El arqueólogo aficionado Ian Graham, escocés, trabajó durante muchos años en la elaboración de un inventario de las estelas existentes en esa zona, con ayuda de dibujos y fotografías. Pero este inventario llegó a convertirse en una carrera contra reloj. Muchas veces, cuando Graham llegaba a una zona, los saqueadores ya la habían visitado tiempo atrás, llevándose importantes piezas fuera del país.

Al gobierno de Guatemala le resulta prácticamente imposible evitar el robo de sus objetos culturales precolombinos, ante la insuficiencia del personal disponible para vigilar los monumentos dispersos por todo el territorio. Sólo el hallazgo arqueológico más importante, las ruinas de Tikal, está sometido a una vigilancia permanente. Lo cual no significa que no se robe también allí.

El inventario de Ian Graham, iniciado en 1960, sirvió de base para una exposición sobre el pillaje de obras de arte en Guatemala, que se presentó en el Peabody Museum de la Universidad de Harvard. Pero, lamentablemente, ello no impidió que los museos estadounidenses, y no digamos los

coleccionistas privados, continuaran comprando e incluso exhibiendo material guatemalteco.

Sin embargo, la labor realizada por Graham permitió localizar algunas de las estelas en los Estados Unidos y recuperarlas para Guatemala por la vía judicial. Las estelas de Piedras Negras también habían sido transportadas a los Estados Unidos, y el Brooklyn Museum de Nueva York había adquirido una de ellas en 1970. Pero cuando el gobierno de Guatemala publicó la descripción de las estelas perdidas, el museo se ofreció voluntariamente a devolverla.

Esta estela tiene particular importancia, pues contiene algunas claves para el estudio de la historia de los mayas. De ella se desprende que este pueblo adoptó un cálculo lunar unificado. Lo cual permite deducir la unificación de los mayas del interior del país en el siglo VII de la era cristiana. La pieza constituye, por tanto, un elemento fundamental del legado cultural de Guatemala, como testimonio de un acontecimiento de gran interés histórico.

Se devolvió en junio de 1972.

INDIA

Un caso muy comentado fue el de una estatua de Shiva, sacada ilegalmente del sur de la India para transportarla a los Estados Unidos, donde la compró el millonario Norton Simon por 900 000 dólares. El robo de esta pieza del templo de Shivapurah se descubrió a principios de la década de 1950, y el gobierno indio incluyó el objeto en la lista de piezas robadas y exportadas ilegalmente, elaborada en 1972. Ante la noticia de que el famoso Shiva Nataraja («Señor del Baile») se encontraba en manos privadas, el gobierno intentó la devolución de la escultura. Un acuerdo entre el millonario y el gobierno indio estableció que la pieza podría permanecer en los Estados Unidos hasta mayo de 1985, tras lo cual debía volver a la India.

El Museum of Fine Arts de Boston devolvió en verano de 1975 una estatua de Vishnú al Baniya Sahityaparisad Museum de Calcuta, de donde había sido robada algunos años antes junto con otras dos piezas. El museo norteamericano había pagado 50 000 dólares por la estatua.

INDONESIA

Un comerciante japonés devolvió en 1975 una antigua espada indonesia, tras averiguar que mil años atrás había pertenecido al rey de Padang, en Sumatra, como símbolo de ese reino. La espada había salido del país tras la

desaparición de dicho reino en 1933, y así pudo comprarla el comerciante de Kobe. Considerando ilegítima su posesión, la devolvió al gobierno indonesio.

En el marco de la campaña de salvación del templo budista de Borobodur, Bélgica devolvió a Indonesia, el 13 de marzo de 1980, dos cabezas de Buda que procedían claramente de este monumento.

IRAK

Irak presenta periódicas solicitudes de devolución a los más diversos museos del mundo. En efecto, este país sufrió un saqueo particularmente brutal de sus tesoros culturales. Baste recordar la puerta de Ishtar, que se encuentra en Berlín.

Lo cierto es que hasta la fecha, Irak ha tenido poco éxito en sus demandas, pese a estar muy bien elaboradas y documentadas. De hecho, el Departamento de Antigüedades del gobierno iraquí ha llegado a crear una sección especialmente encargada de las devoluciones y restituciones.

En un caso al menos estuvo a punto de lograrse el éxito. En 1979, durante las negociaciones económicas entre Francia y el gobierno iraquí celebradas en Bagdad, cuando los franceses ya creían haberlas completado con éxito, sobre todo en lo tocante al suministro de petróleo, los iraquíes exigieron inesperadamente la devolución del Código de Hammurabi —uno de los textos legales más antiguos del mundo—, como parte del acuerdo económico. Esta noticia cayó como un rayo sobre el primer ministro francés, puesto que el citado Código de Hammurabi se halla en el Louvre.

La importancia del Código de Hammurabi es esencial, sin la menor duda. Pero los franceses se mostraban reacios a desprenderse de esta colección de textos legales y ofrecieron entregar otros objetos a los iraquíes. Solicitaron a su vez 61 piezas de cerámica como contrapartida, para que la operación no apareciera como una devolución, sino como un intercambio rutinario entre museos, y así se hizo.

Pero la disputa por el Código de Hammurabi continúa. Además del Irak, también el Irán solicita a Francia su devolución. Así se evidenció durante la segunda asamblea del comité interestatal de la UNESCO sobre el tema de la devolución y restitución, celebrada en 1981, con la recepción de un télex de Teherán que impugnaba la solicitud de devolución de Irak. Irán afirmaba que el Código de Hammurabi fue hallado en un lugar que en aquel momento ya pertenecía al territorio del futuro reino de Irán.

El Museo Nacional de Bagdad obtuvo en 1982 un total de 584 tablillas con inscripciones cuneiformes del Semitic Museum de la Universidad de

Harvard, y del Oriental Institute de Chicago. Las tablillas habían sido desenterradas en 1936 en Nuzi y sacadas del país.

ISLANDIA

La devolución no es necesariamente un asunto entre los llamados países occidentales y los Estados ahora independientes del Tercer Mundo, como demuestra el ejemplo de una petición de devolución de Islandia a Dinamarca.

Islandia fue durante largo tiempo un territorio danés, y sólo en 1874 le fue concedido un estatuto de autonomía, en el cual se seguía imponiendo una unión con Dinamarca. También la monarquía proclamada en 1918 mantuvo hasta 1944 una unión personal con Dinamarca. Durante este período de dependencia danesa, numerosos objetos culturales fueron trasladados de Islandia a Dinamarca, entre ellos manuscritos y documentos que quedaron depositados en la Biblioteca Real de Copenhague o bien en la colección Amamagnae, Islandia reivindicó ya en 1907 la devolución de una parte de estos manuscritos y documentos, concretamente los que se consideraban parte de su legado cultural. Como tales se definen los manuscritos de autor islandeses y cuyo contenido se refiere exclusivamente o en su mayor parte al país, así como aquellos que recogen obras de narrativa de finales de la Edad Media.

Después de superar diversos obstáculos, en 1927 se entregó una parte de los manuscritos y documentos. En 1961 se produjo una nueva petición de los islandeses, que culminó con la devolución definitiva del *Codex Regius*, la *Edda* poética, el *Flateyjarbók* y otros 130 manuscritos. Las dos importantes recopilaciones de leyendas se devolvieron al final de las negociaciones, tras la firma de un acuerdo entre Islandia y Dinamarca, en marzo de 1971. Hasta noviembre de 1973 fueron devolviéndose otro centenar de manuscritos, acompañados de una detallada documentación sobre las medidas de conservación aplicadas en Dinamarca.

YEMEN

En verano de 1981, el Wellcome Institute de Londres devolvió una colección de objetos árabes del período himyarítico al Museo de Sana.

CAMERÚN

Durante su período colonial, este país del África occidental se vio despojado de muchos de sus tesoros culturales, gran parte de los cuales se encuentran en museos alemanes, sobre todo en Stuttgart y Berlín, aunque hay

otros en museos franceses. Además, a semejanza de lo ocurrido en otros países africanos, el expolio del país no concluyó con la colonización. Al pagarse más por las obras de arte africanas, sobre Camerún se abatió una plaga de comerciantes y aventureros dedicados al contrabando de objetos antiguos, que vieron facilitada su labor por la deficiente legislación y la escasa vigilancia existentes en el país.

Uno de los más famosos marchantes de arte africano, el neoyorquino Aaron Furman, adquirió una figura de los kom, un pequeño grupo étnico de la selva occidental del Camerún. La estatua estaba considerada una representación sagrada de un ancestro del citado grupo, que cuenta sólo 40 000 individuos. La figura se sacaba de su santuario en el palacio real y se exhibía ante el pueblo en las festividades dedicadas a los antepasados. También tenía un importante papel al producirse el fallecimiento de un rey, como símbolo de la continuidad hasta la entronización del nuevo rey. La antigüedad de la pieza se cifró en alrededor de un siglo, muy considerable en el caso de figuras de madera en el clima tropical de África y sometidas al ataque de los insectos. En 1966, la escultura fue robada de la sala donde se conservaba cuando no había festividades, al parecer con la ayuda de algunas personas influyentes entre los kom.

Toda vez que la Afo-A-Kom —así se denomina la figura— es un símbolo de la continuidad del grupo, los kom no aceptaron una imitación a cambio, y exigieron la pieza auténtica, en poder de Furman. Tras algunos tira y afloja, la devolvió en 1973.

En las negociaciones tuvo una importante intervención Warren Robbins, director del Museo Africano del Smithsonian Institute, un grandioso complejo museístico de Washington. Igual que en el caso de la devolución de patrimonio cultural al Zaire por parte de Bélgica, también esta vez se afirmó repetidas veces que la pieza había sido robada de nuevo o vendida por miembros del grupo kom tras su devolución, para pasar al mercado internacional de arte y esfumarse en una colección privada. Al parecer no es cierto, y Robbins anunció a finales de 1982 su intención de visitar el territorio de los kom, durante un viaje a África, para obtener fotografías del Afo-A-Kom que sirvan para confirmar que la pieza sigue allí.

KENIA

En octubre de 1981 se llevó a cabo una devolución entre Gran Bretaña y Kenia que se sale del marco habitual. En efecto, no se restituyeron tesoros artísticos ni colecciones etnológicas del país africano, sino el cráneo de uno

de nuestros posibles antepasados, el *Proconsul africanus*, cuya antigüedad se ha cifrado en 20 millones de años. El cráneo fue hallado por la paleóntologa doctora Mary Leakey en la isla Rusinga, en el lago Victoria, en 1948.

El caso no es excepcional únicamente por tratarse de un objeto cuyo interés se sitúa en el ámbito de la historia natural. De hecho, tales hallazgos están incluidos explícitamente en todas las listas de la UNESCO sobre el legado cultural, aunque hasta la fecha han sido un tema muy poco debatido en las conversaciones sobre la devolución. También es interesante el detalle de que uno de los representantes del gobierno de Kenia que reivindicó la devolución era el hijo de la doctora Mary Leakey, también paleontólogo de fama mundial y actual director del Museo Nacional de aquel país.

MÉXICO

En 1976, la Universidad de Harvard devolvió a México una valiosa colección de piezas de jade. Los objetos preciosos procedían de unas excavaciones realizadas entre 1904 y 1909 en un cenote o pozo sagrado en el cual los mayas efectuaban sacrificios humanos en el período precolombino, como parte de un ritual religioso muy complejo destinado a aplacar a los dioses de la lluvia.

El arqueólogo que efectuó las excavaciones, Edward H. Thompson, procedió con mucha astucia, y a finales del siglo XIX compró en Chichén Itzá 120 000 metros cuadrados de terreno en los que se encontraba el pozo sagrado. Como propietario del terreno pudo quedarse todos los hallazgos de la excavación, que constituyen uno de los tesoros más importantes encontrados en México. En efecto, además de los huesos humanos y algunas telas, el hallazgo comprendía fundamentalmente objetos de oro, cobre, madera y cerámica, así como piezas de jade y turquesa, que se rompían antes del sacrificio, según el ritual maya. Las piezas se trasladaron a la Universidad de Harvard y allí se recompusieron tras un laboriosísimo proceso.

Aunque en apariencia la propiedad jurídica de las piezas estaba bien clara, la Universidad de Harvard no debía sentirse tan segura de su posición, y ya en 1959 devolvió una parte de los objetos de oro. En los documentos oficiales sobre la devolución de las piezas de jade, en 1976, se insiste en el inmejorable espíritu de colaboración entre México y la Universidad de Harvard, sobre todo en el terreno científico.

PANAMÁ

Una de las personas que más tenazmente han pugnado por la devolución o restitución del patrimonio cultural de su país fue la señora Torres de Araúz, quien hasta su repentino fallecimiento siempre denunció con vehemencia el expolio de que había sido objeto Panamá.

La situación era aquí particularmente grave, a resultas de la utilización del istmo de Panamá como ruta de viaje por los buscadores de oro de la costa este de los Estados Unidos que se dirigían a California, antes de que se construyera el canal. Existen numerosas descripciones de los procedimientos brutales que se emplearon en aquella época. Para robar el oro, se abrían los sepulcros y se destruían las distintas capas. Puesto que el oro sólo se buscaba por su valor, se fundían sin ningún reparo las artísticas figuras de orfebrería. El saqueo del país continuó durante la construcción del canal. Hasta la devolución definitiva de la zona del canal a Panamá, ésta representó una vía fácil para sacar objetos culturales del país.

Tal fue la gravedad de la pérdida sufrida, que Panamá no podía ni plantearse la recuperación a través de la compra de objetos aislados o colecciones completas. Por su parte, la señora Torres de Araúz —en una apasionada intervención en una conferencia de prensa sobre el tema celebrada en Palermo— rechazó rotundamente la sugerencia de que un país expoliado de sus tesoros culturales, como lo había sido Panamá, todavía tuviera que pagar para recuperarlos.

Lo cierto es que en algunas ocasiones se han devuelto bienes culturales a Panamá. El caso más conocido fue el de los objetos arqueológicos precolombinos hallados durante las campañas de excavación desarrolladas por la Universidad de Harvard a finales de los años treinta y principios de los cuarenta, y trasladados a los Estados Unidos. Debe señalarse que la señora Torres de Araúz no pretendía recuperar todos los hallazgos de esa campaña, sino sólo el producto de una excavación concreta, que se había conservado prácticamente íntegro. No se trataba de las piezas más valiosas, ni tampoco de las más bellas, sino que su único interés residía en el hecho de tratarse de un hallazgo cerrado, que permitía documentar claramente la cultura de aquel período. Gran parte de las colecciones permanecieron —al menos provisionalmente— en el Peabody Museum de la Universidad de Harvard, y sólo una pequeña proporción se devolvió al nuevo Museo Nacional de Panamá, inaugurado el 15 de diciembre de 1976. La devolución se efectuó en forma de un préstamo a largo plazo, por un período inicial de diez años, aunque cabe suponer que se irá extendiendo a sucesivos plazos análogos.

Esta devolución dio pie, a su vez, a una suerte de intercambio. La Universidad de Pennsylvania, en Filadelfia, tenía material precolombino del importante hallazgo arqueológico de Sitio Conte, perteneciente a la misma cultura que las piezas del Museo de Harvard. Tras algunas negociaciones se llegó a un acuerdo similar al alcanzado con la universidad citada; el nuevo museo de Panamá recibió algunas piezas en forma de préstamo a largo plazo y Panamá, a su vez, prestó al museo de la Universidad de Pennsylvania otras piezas de las cuales poseía varios ejemplares.

La universidad también había entregado algunos objetos de oro panameños a Guatemala, para obtener algunas estelas mayas de aquel país. La señora Torres de Araúz se dirigió entonces a Guatemala en un intento de recuperar estos importantes hallazgos, de los que no quedaba ni una muestra en su propio país. La solicitud de devolución se fundamentó jurídicamente en la Convención de San Salvador de 1976, según la cual todos los países latinoamericanos se comprometen a proteger como si fueran propios los objetos culturales de los demás. La Universidad de Pennsylvania aprobó la devolución de las citadas piezas de oro a Panamá, y Guatemala las entregó el día antes de la inauguración del nuevo Museo Nacional.

PERÚ

Hasta la fecha, Perú no ha presentado oficialmente ninguna solicitud de devolución a los museos europeos y norteamericanos. Sin embargo, en diversas ocasiones se han restituido objetos sacados ilegalmente del país. Tal es el caso de una valiosa colección de setecientas piezas descubierta y confiscada en enero de 1981 por un aduanero del aeropuerto de Sallas.

Desde noviembre de 1981 existe un acuerdo entre los Estados Unidos de América y la República del Perú sobre recuperación y devolución del patrimonio arqueológico e histórico robado. En dicho acuerdo se establece la mutua obligación de informarse y colaborar en la recuperación y devolución del material exportado ilegalmente. Ambos gobiernos se comprometen asimismo a informar a la opinión pública, y muy particularmente a los turistas extranjeros que visiten el Perú, de la prohibición de exportar bienes culturales.

Evidentemente, este acuerdo no representará un freno definitivo al contrabando de colecciones y objetos peruanos con destino a los Estados Unidos. Los ladrones profesionales y los marchantes especializados en este tráfico ilegal siempre encuentran algún procedimiento para sacar las colecciones y objetos del país. Pero al menos se dificultará el contrabando.

La eficacia de acuerdos de este tipo ha quedado demostrada en el caso de Nigeria, donde policías y militares tienen instrucciones de detener a los viajeros en cuya posesión se encuentren objetos africanos, ya sean piezas antiguas o de artesanía realizadas expresamente para los turistas. Este aspecto ya se aclarará luego en la comisaría, pero de momento se quiere evitar todo riesgo.

En cualquier caso, los intentos de recuperar el patrimonio cultural exportado ilegalmente del Perú no se limitan al legado cultural precolombino. Perú también se ha preocupado por los objetos de los tiempos de la colonización española. Así, en mayo de 1981 se solicitó la devolución de pinturas coloniales robadas de iglesias y museos, que Sotheby Parke Bernet había sacado a subasta en Nueva York.

Los extraños caminos que puede seguir una devolución quedan patentes en el caso de dos muñecas peruanas devueltas por el Oakland Museum de California en 1977. El museo había recibido las dos piezas por correo en 1972, en una caja de zapatos y sin remitente ni indicación alguna sobre qué debía hacerse con ellas. Las ropas pudieron identificarse como precolombinas, pero no era tan segura la clasificación de las propias muñecas, aunque parecían ser figuras funerarias de Chancay, del siglo xv. Al principio, el museo no sabía qué hacer con ellas y decidió empezar por efectuar un análisis. Sin embargo, no le interesaba conservar las muñecas y, por tanto, las ofreció a otros museos de los Estados Unidos, entre ellos el Lowie. Éste respondió que tampoco le interesaban, pues en aquellos momentos había grandes dificultades para la recepción de material precolombino cuya procedencia no estuviera claramente documentada. El Oakland Museum se puso entonces en contacto con la embajada peruana y las dos muñecas se devolvieron a su país de origen en 1977.

SIRIA

En 1973, mientras el mundo artístico y museístico comentaba el escándalo del jarrón de Eufronio, sacado ilegalmente de Italia y adquirido por un millón de dólares por el Metropolitan Museum de Nueva York, otra institución norteamericana, el Newark Museum de Nueva Jersey, también daba que hablar. En 1971 había comprado a un anticuario de Nueva York fragmentos de un mosaico romano, probablemente del siglo iv o v d. J. C., que representaba una amazona con un escudo. El anticuario aseguraba que procedía de Apamea en Siria, e incluso llegó a insinuarse que la pieza era

producto de una excavación clandestina. Ello no fue óbice para que los norteamericanos compraran la pieza.

Para proceder a la clasificación del objeto, la especialista del departamento de antigüedades del Newark Museum se dirigió, en abril de 1972, a una colega belga que había escrito en 1968 una monografía sobre el mosaico de las amazonas de Apamea, en Siria. En efecto, las excavaciones de Apamea fueron realizadas por arqueólogos belgas, que continúan trabajando allí. La pieza recién adquirida presentaba una patente similitud con el mosaico descrito, por lo cual la norteamericana preguntaba a su colega belga si en Apamea había otro mosaico con amazonas.

El Museo de Newark se llevó una sorpresa cuando los belgas respondieron que la pieza adquirida era una parte del mosaico hallado en el palacio del gobernador romano en 1967, que según las noticias había sido robada en el invierno de 1968. Se trataba de un fragmento de un mosaico mayor, con dos amazonas que perseguían armadas de lanzas a un león y a un leopardo. Los belgas lo habían dado a conocer en 1968 y el fragmento adquirido por el Museo de Nueva Jersey era claramente identificable como una parte de la amazona de la derecha. Una restauración de la pieza robada, anterior a su venta en los Estados Unidos, había modificado algunos aspectos, como el extremo del velo que colgaba por encima del hombro de la amazona. La figura de la segunda amazona también desapareció de la excavación y no se sabe si quedó destruida por causa del saqueo o si fue a parar a una colección privada.

El paso siguiente consistió en ponerse en contacto con el director de la misión arqueológica belga en Apamea. Éste reafirmó que se trataba de un fragmento del mosaico de las amazonas y sugirió que se notificara el hecho a la Dirección de Antigüedades siria, a fin de poder restituir el mosaico a su lugar original. El Newark Museum se declaró dispuesto a devolver el mosaico a Siria. Los belgas informaron de inmediato a los responsables sirios, y el consejo de administración del museo aprobó, en abril de 1973, el inicio de las averiguaciones para determinar a quién pertenecía realmente la pieza, para así poder devolverla. En junio de 1973 se recibió la petición oficial de Siria y un año más tarde el mosaico era embarcado en un avión de la Pan-American con destino a Damasco. El anticuario devolvió al museo la cantidad pagada por la pieza.

Esta devolución representó un hito muy importante en las relaciones entre Siria y los Estados Unidos, que en aquellos momentos no mantenían relaciones diplomáticas a raíz de las crisis del Cercano Oriente. La operación

abrió un período de colaboración muy fructífera entre el Newark Museum y los museos sirios. Al mismo tiempo, la devolución también fue de suma importancia para el Consejo Internacional de Museos. En efecto, en 1971 se habían formulado unas consideraciones en torno a la ética de la adquisición de colecciones y objetos y a la obligación de devolver los que hubieran sido exportados ilegalmente, al tiempo que se solicitaba de los museos un autocontrol en la adquisición o recepción de objetos cuya procedencia no estuviera claramente documentada. La reacción altamente favorable del Newark Museum ofreció un encomiable ejemplo, muy útil para la propagación de estas ideas y su aceptación por el mayor número posible de instituciones.

TAHITÍ

Tahití, al igual que las restantes islas del Pacífico, sufrió un sistemático saqueo desde los tiempos de las expediciones de James Cook, en el siglo XVIII. Cuando, unos años atrás, se inició la construcción de un museo muy moderno y espléndidamente dotado, Tahití poseía muy pocas piezas antiguas de su propia cultura y la de las islas vecinas. El ejemplo de Nueva Zelanda demostraba que la recuperación de material antiguo del Pacífico a través de la compra era prácticamente imposible. Los precios se habían disparado de forma imparable, en parte porque ya no se fabrican. Los actuales habitantes de la Polinesia han perdido la habilidad necesaria.

Sin embargo, la inteligente política museística desarrollada por la directora, la señora Anne Lavonde, permitió recuperar algunas piezas para Tahití. Para ello contó con la ayuda de algunos museos franceses, como el Musée de la Marine de París y el Musée des Beaux-Arts de Lille. Este último cedió, de momento por un período de dos años, una colección de antiguos objetos polinesios, 37 piezas en total. Por otra parte, una organización ecuménica activa en Tahití recuperó de Roma y París piezas de las antiguas misiones católica y evangélica, que puso incondicionalmente a disposición del museo.

Pero el máximo éxito logrado fue la compra de algunas piezas de la ya citada colección Hooper, la cual se componía de dos partes: una pequeña colección de las islas Sociedad y objetos de las Marquesas. Ahora pueden admirarse nuevamente estas piezas en el Museo de Tahití.

Más allá de la recuperación de material polinesio, al Museo de Tahití también le interesa su estudio y documentación científica. En una reunión de la UNESCO-ICOM sobre la salvación del legado cultural y natural del océano

Pacífico, celebrada en Tahití en diciembre de 1980, se instó a todos los museos de la zona a realizar un inventario de sus existencias, con especial referencia a las colecciones no pertenecientes a su propia isla o archipiélago. Esta parte del inventario debería remitirse luego, acompañada de fotografías, a los correspondientes museos o centros culturales de la isla o archipiélago en cuestión, para facilitar así la localización del patrimonio cultural disperso. Hasta la fecha, Tahití es el único país del Pacífico que ha completado este inventario y lo ha puesto a disposición de los demás Estados o islas del Pacífico.

26. El caso Nefertiti

El 6 de diciembre de 1912, una expedición arqueológica alemana descubría en Egipto un busto policromado de la reina Nefertiti, «una obra maestra de todos los tiempos y el retrato de la antigüedad que mayor interés ha despertado desde aquella fecha^[84]». La expedición ofreció con él a la ciudad de Berlín una pieza de exhibición que ha fascinado a lo largo de los años a millones de personas del mundo entero. La Fundación del Patrimonio Prusiano es actualmente la satisfecha heredera de la lucrativa obra de arte, que muchos expertos (aunque no todos) sitúan entre las más importantes del mundo. El Parlamento de Bonn transfirió su propiedad —junto con la de otros bienes del antiguo territorio prusiano— a la fundación por una ley de 1957. El «caso Nefertiti» se convertía así en ejemplo paradigmático de la problemática que hasta la fecha sigue caracterizando la historia de las adquisiciones de bienes artísticos y culturales de los pueblos antiguamente colonizados.

La suposición de que la propiedad adquirida en las condiciones vigentes durante la colonización debe considerarse legítima, comienza a considerarse cada vez más absurda, al menos en aquellos casos en que la apropiación se efectuó claramente por la fuerza. ¿Pero no es igualmente una muestra de desdeñosa altanería seguir teniendo por válidas las normas de adquisición «civilizadas» y los derechos del período colonial, también basados en la fuerza de la ocupación?

El caso del busto de Nefertiti cae dentro de esta segunda categoría, pero además presenta todas las características de un relato policíaco. Durante décadas no se ha conseguido disipar, ni tampoco confirmar, la sospecha de que la actuación fue...; bueno, entonces no se la habría llamado canallesca. Por mi parte, estoy en situación de exponer algunos hechos, basados en documentos en gran parte no publicados del antiguo Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich y de la igualmente inédita correspondencia del profesor Ludwig Borchardt, que hacen difícil creer en la ausencia de responsabilidades oficiales en este asunto.

Como cabe esperar, la versión del actual titular es sencilla. Arqueólogos de diversos países realizaron excavaciones en Egipto (y en otras zonas del Oriente Próximo) desde principios del pasado siglo, y ciertamente a finales

del mismo, y desenterraron testimonios de la cultura y la grandeza pasada del país. Ello benefició no sólo a los museos europeos y norteamericanos, sino que también favoreció los intereses de la humanidad y contribuyó al avance de los conocimientos científicos y culturales. También los egipcios salieron beneficiados; muchas piezas se quedaron en el país y, además, había infinidad de ellas. El país estaba saturado de restos del pasado. Casi no sabía qué hacer con ellos y sus gobernantes los regalaban con verdadera prodigalidad. Su interés por los testimonios de épocas anteriores en general era nulo. Un argumento que se sigue utilizando en Occidente.

A los arqueólogos apenas les interesaba cómo eran y qué pensaban los egipcios vivos. Ellos se consideraban intermediarios cuya misión era acercar la cultura egipcia al mundo «civilizado» a través del traslado de sus impresionantes tesoros culturales. Y, además, también invertían mucho dinero en las excavaciones, aunque sin alcanzar ni mucho menos el valor de la mayoría de los hallazgos que se llevaron. La Deutsche Orient-Gesellschaft (DOG), que patrocinó las excavaciones del profesor Borchardt en Egipto, se financiaba en gran parte mediante donaciones privadas, en particular del gran comerciante berlinés James Simon (algodón y lino), si bien entre los miembros de su junta directiva figuraba el káiser Guillermo II. El rey Federico Guillermo III también se había interesado por los hallazgos arqueológicos egipcios, y sus considerables adquisiciones constituyeron la primera piedra del luego mundialmente famoso Ägyptisches Museum de Berlín.

Ante el éxito de la expedición dirigida por el profesor Borchardt, se adoptaron medidas formales destinadas a proteger también los intereses egipcios. La supervisión de toda la actividad arqueológica dependía de un departamento especial, que otorgaba las concesiones y al que debía mantenerse continuamente informado de su curso. Los hallazgos debían entregarse a los representantes de este Service des Antiquités (o Antiquities Service), el cual tenía automáticamente derecho a quedarse con la mejor pieza y la mitad de los hallazgos obtenidos en cada momento, que pasaban a ser propiedad del Museo de El Cairo (originariamente situado en la península nilótica de Bulak), sin ningún coste para el mismo. Los gastos corrían a cargo de los excavadores. Desde tiempos lejanos, los funcionarios habían procedido con bastante generosidad al repartir los hallazgos, concediendo a los excavadores más de la mitad de lo que les correspondía. Pero con los años, su actuación se había ido haciendo más rígida, sobre todo en el caso de piezas de valor excepcional y en particular «obras únicas».

En este sentido, Borchardt ya escribía el 11 de mayo de 1896 al reputado egiptólogo berlinés Adolf Erman, director del Ägyptisches Museum (hasta 1914), en relación con un transporte de «cascotes coptos» ya concertado: «No he enviado todas las piezas que usted indicaba, sino sólo las marcadas, en atención a los costes... Las restantes eran o bien demasiado pesadas o bien piezas únicas, lo cual me hacía temer que no conseguiría sacarlas de aquí. Aun así es dudoso que finalmente lo recibamos todo. Tengo que intentar llegar a un acuerdo con el museo. En realidad, casi no colecciona objetos coptos».

Borchardt simultaneaba sus tareas de excavación para la DOG con la dirección del Kaiserliches Deutsche Institut für Ägyptische Altertumskunde de El Cairo, dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores. El 14 de enero de 1913, Borchardt escribió una carta a su interlocutor en dicho ministerio en los siguientes términos:

«Distinguido señor consejero: Ante todo, mis mejores deseos para el nuevo año que acaba de empezar. Si resulta tan favorable para usted como el final del viejo año lo ha sido para nosotros aquí, no podrá quejarse. En efecto, en las últimas semanas hemos obtenido unos resultados poco frecuentes en las excavaciones. Si el destino también nos es un poco favorable en el reparto que ahora deberá efectuarse, el próximo verano podré mostrarle en Berlín cosas que dejan pequeña la cabeza de Amenofis que usted admiró una vez en el altar del museo...».

El destino les fue favorable, y el 7 de mayo de 1913 Borchardt pudo anunciarlo así:

«En mi carta del 14 de enero... le hablaba de mi inquietud ante el reparto de nuestro magnífico hallazgo de este año. Ahora me complace comunicarle que en agosto podré presentarle la totalidad del hallazgo en Berlín. Sólo algunas piezas deberán volver a El Cairo. Pero antes podremos hacer copias, de manera que en Berlín quedará, de hecho, el conjunto de esta colección francamente inigualable de esculturas. La cual de momento deberá conservarse en una sala no accesible al público, para así evitar que las condiciones de reparto de los hallazgos empeoren aquí». Esta última frase resultaría mucho más relevante de lo que suponían entonces los implicados en el caso de Nefertiti.

El principal implicado era sin duda Egipto, aunque curiosamente todavía hoy muchas personas, entre ellas los alemanes responsables, no lo creen así. Desde luego, los objetos excavados se encontraron en y bajo suelo egipcio. Pero ¿qué era, en realidad, Egipto? No existía como país independiente, y sus habitantes no tenían derecho a opinar. El país había caído bajo la dominación turca varios siglos antes, a principios del siglo XVI. En 1798 apareció Napoleón con un ejército expedicionario... y muchos expertos que,

admirados ante el arte y los tesoros artísticos egipcios, no se limitaron a tomar nota de ellos, sino que se dedicaron activamente a sacarlos del país. En 1801, el dominio francés tocaba a su fin con una estrepitosa derrota a manos de los británicos. Los cuales, como ya se ha señalado antes, se limitaron a desviar hacia Inglaterra no pocos de los tesoros reunidos para Francia.

La autoridad turca era, en definitiva, absolutamente nominal, situación que se acentuó bajo el mandato del gobernador o jedive Mohammed Alí. Éste era albanés, y Egipto le importaba sólo en función de sus propios intereses; una actitud que fue mantenida también por sus sucesores. Los ingleses se establecieron finalmente como potencia ocupante en 1882, siempre al amparo de un reconocimiento formal de la autoridad turca. En 1914, Gran Bretaña proclamaba su «protectorado», al que siguió, en 1922, la concesión de una «independencia» muy restringida, que apenas alteraba la dominación británica. Sólo en 1936, adquirieron los egipcios una mayor autonomía, aunque la verdadera independencia del país no se alcanzó hasta después de la segunda guerra mundial, y las tropas británicas no se retiraron de la zona del Canal hasta 1955.

Dentro de su dominación, más o menos formal según los intereses y las circunstancias (y, desde luego, siempre en nombre de las distantes autoridades turcas, y después de 1922 en nombre del monarca instaurado por ellos, el primero de los cuales fue el rey Fuad I), los británicos siempre cedieron cortésmente una pequeña parcela a los franceses, sobre todo en el ámbito de la arqueología. El Servicio de Antigüedades siempre estuvo dirigido por un francés.

El asesoramiento de las autoridades egipcias en materia de antigüedades (naturalmente no existía un departamento autóctono que entendiera en la materia) corría a cargo de un Comité de Egiptología. El profesor Borchardt formó parte del mismo durante largo tiempo, y también pertenecía a él en el momento del hallazgo del busto de Nefertiti.

En efecto, tras varias décadas de saqueo bastante incontrolado o al menos de «criba» de las antigüedades egipcias por «occidentales» de las más variadas nacionalidades, que destruyeron no pocas cosas con su actividad, el Service des Antiquités había llegado a la conclusión de que era necesario establecer cierto control. Propósito en el cual no siempre se vio secundado por los jedives, que a veces regalaban colecciones completas al extranjero y en algunos casos incluso las vendían. Aun así, con el tiempo fueron implantándose algunas normas y Egipto dejó de ser un «autoservicio» para los excavadores extranjeros. Evidentemente, estas normas nunca fueron

acompañadas de una rigurosa vigilancia capaz de frenar por completo el pillaje y el contrabando, pues ya quedaba excluida por problemas materiales. En general, los grupos extranjeros que trabajaban con autorización oficial conquistaron con el tiempo una acreditada fama de probidad.

Cuando la cuadrilla de Borchardt descubrió el busto de Nefertiti en Tell el-Amarna, el Servicio de Antigüedades acababa de sentirse burlado con motivo del reparto de un hallazgo efectuado por norteamericanos. Su director recomendó a los inspectores una observancia más rigurosa de las normas. Sólo dos días antes de su hallazgo, Borchardt comunicaba a Erman en una carta que el Ministerio de Hacienda de El Cairo acababa de ordenar «que en adelante el reparto sea meticuloso y que se vendan los ejemplares repetidos que el museo (egipcio) no necesite». Y añadía en tono consolador (y anticipándose al futuro): «Pero la cosa no será tan grave como se anuncia».

Gaston Maspero, director general del Servicio de Antigüedades (de 1881 a 1887 y de 1899 a 1914), tenía fama de ser muy comprensivo con los arqueólogos extranjeros. Sin embargo, no asistió personalmente al reparto que Borchardt aguardaba con cierta inquietud, sino que se hizo representar por el inspector Gustave Lefebvre, también francés. Borchardt supo ofrecerle una hospitalaria acogida.

«El señor Lefebvre llegó alrededor de las diez para proceder al reparto — escribe en su informe sobre la excavación—. Después de ofrecer un refrigerio a Lefebvre, se le presentaron fotografías de todos los hallazgos, que luego pudo contemplar en la oficina donde se hallan depositados, donde también se le ofrecieron los diarios de la excavación».

Evidentemente, sólo un malpensado se pararía ante la referencia al «refrigerio» ofrecido al inspector. Así, el actual director del Ägyptisches Museum de Berlín, profesor Settgast, deduce simplemente del informe de Borchardt que «los dos principales actores, entre los que ya existía una buena amistad de años, supieron abordar con gran escrupulosidad la de por sí ingrata tarea del reparto^[85]».

Llegados a este punto, debe señalarse la conmoción que se creó luego, al conocerse el resultado del reparto. Los alemanes parecían haber logrado burlar de alguna forma al Service des Antiquités. El inspector Lefebvre incluso dejó constancia escrita de que no recordaba demasiado bien... Este hecho obliga a detenerse en la aparentemente inocua mención antes citada. En efecto, la descripción de Borchardt prosigue así:

Lefebvre «prestó especial atención a las piezas de piedra maciza: estelas, la figura policromada de la reina, las estatuas y cabezas de las princesas, la

reina y el rey...».

La «figura policromada de la reina» era el busto de Nefertiti. Pero desde luego no era de piedra maciza. «Está moldeada en una piedra calcárea bastante blanda con añadidos de yeso», puede leerse en un escrito del predecesor de Settgast, Rudolf Anthes, publicado por el Staatliche Museen Preussischer Kulturbesitz, Ägyptisches Museum de Berlín, en 1973. Y Settgast se basa ampliamente en un informe del escultor Richard Jenner, que en 1925 realizó una copia del busto y efectuó un detallado estudio del mismo con la aprobación del citado museo. Evidentemente, Borchardt ya observó y señaló que la peluca de Nefertiti estaba recubierta de una gruesa capa de estuco (de dos centímetros de espesor). Jenner también comprobó que «la aparente base de piedra también está vaciada y rellena de estuco en los hombros, pecho y espalda».

Este detalle, tal vez irrelevante, en cualquier caso no parece atestiguar precisamente en favor de la «escrupulosidad» y la especial atención que los actuales usufructuarios de Nefertiti atribuyeron al reparto.

Pero ¡a qué viene tanta desconfianza! ¡Todo se hizo correctamente! Ambos —Lefebvre y Borchardt— aceptaron la lista de piezas objeto de reparto. «Al principio se indican como objetos más importantes: la estela, para El Cairo, y la figura policromada de la reina, para la DOG», escribe Borchardt. En este caso, la «estela» era (en palabras de Borchardt) un pequeño «altar portátil» de piedra caliza, decorado con una pintura de la familia real. Como él mismo contó más tarde, Borchardt había indicado a Lefebvre que el Museo de Berlín ya tenía otro parecido.

El busto de Nefertiti pasó así a manos de los berlineses, junto con muchas otras cosas. De hecho, pertenecía al doctor Simon, patrocinador de la expedición, pero lo cedió al museo, primero como préstamo y luego, en 1920, como donativo. Los tesoros egipcios se albergaron inicialmente en la Museumsinsel (Isla de los Museos) en el actual Berlín Este, pero después de la guerra el busto de Nefertiti se trasladó a la zona occidental. Los actuales usufructuarios ratifican retrospectivamente, y con la mirada puesta en sus tesoros, el pasado acuerdo entre Simon y Borchardt: «Una tercera institución salió infinitamente beneficiada de su asociación y alcanzó la fama mundial gracias a las obras de arte que ésta le reportó: el Ägyptisches Museum».^[86]

Dejemos ahora las versiones alemanas de los hechos y pasemos a considerar una curiosa cadena de sucesos e indicios, cuya interpretación puedo confiar tranquilamente a las lectoras y lectores. En efecto, desde la perspectiva egipcia el asunto tenía una cariz muy distinto. Cuando se exhibió

el busto de Nefertiti en Berlín, la reacción en El Cairo fue de indignada sorpresa. ¿Cómo había podido llegar a Alemania un hallazgo tan sensacional, cuya enorme significación y calidad era señalada unánimemente por los egipcios interesados y por los franceses encargados de velar por sus intereses arqueológicos? ¿Las autoridades no tenían desde hacía tiempo instrucciones de velar rigurosamente por la permanencia en el país de las mejores piezas cuando se efectuaba un «reparto»? ¿Qué podían decir al respecto el Service des Antiquités y el inspector que había efectuado el reparto? ¿Lo habían engañado? ¿Se encontraba realmente la pieza entre la gran cantidad de objetos del hallazgo, varias cajas en total, objeto del reparto? ¿O quizá la habían camuflado los alemanes, a fin de que no resultara patente su verdadero valor?

Su jefe consideraba a Lefebvre un «hombre de indiscutible probidad y competencia», y mantuvo esta opinión después de salir a la palestra el «caso Nefertiti». Pero, en discrepancia con las entusiastas declaraciones alemanas sobre la extrema meticulosidad con que se habían examinado las piezas y se había efectuado el reparto, el director seguía exponiendo en estos términos la postura de Lefebvre: «Aunque no recuerda exactamente lo ocurrido, supone que deben haberle mostrado la cabeza y que debió equivocarse al juzgar su auténtico valor. En consecuencia, declara con total honradez que el acta emitida debe considerarse válida. Su firma es vinculante para nosotros, puesto que actuaba como nuestro representante legal, y el Servicio no tiene argumentos jurídicos para oponerse a la operación. Pero ¿le faltan acaso argumentos morales?...».

Éstas fueron las palabras del director general del Service des Antiquités, Pierre Lacau. Cito el acta de una sesión del Comité d'Égyptologie celebrada el 28 de noviembre de 1925. Lacau fue el sucesor del ya citado Maspero. Más adelante tendremos ocasión de volver a considerar con mayor detalle esta sesión. En cualquier caso, las palabras de Lefebvre citadas por Lacau no demuestran que éste tuviera la certeza (o quisiera dar a entender que la tenía) de haber visto uno de los hallazgos más sensacionales del antiguo Egipto.

Los alemanes dicen que Lefebvre no tenía suficiente talla profesional. Pero aunque su fama estaba basada sobre todo en sus estudios lingüísticos (al igual que la de quien fue durante muchos años director del Ägyptisches Museum de Berlín, Erman), también había participado en excavaciones. Cuando intervino en el reparto del hallazgo de Borchardt, ya llevaba ocho años en activo como uno de los pocos inspectores del Service des Antiquités (ejerció estas funciones de 1905 a 1914). ¿Es probable que permaneciera ciego durante todos esos años a los tesoros de la antigüedad que constituían el

objeto de su trabajo? De 1919 a 1982, fue conservador adjunto, primero, y conservador luego del Museo de El Cairo, seguramente no a causa de su incompetencia.

Cierto es que al menos una persona —por razones algo sospechosas— no manifestó una opinión tan positiva sobre él. Esa persona era Borchardt, que también se vio requerido para explicar cómo era posible que Lefebvre no hubiera comprendido el extraordinario valor de la pieza y no la hubiera conservado para Egipto. En efecto, además de la versión difundida por los alemanes, según la cual el inspector no era competente, sólo cabían tres posibilidades:

- no se le mostró el busto;
- el busto se había camuflado hasta hacerlo irreconocible, por ejemplo pegándole otro material encima;
- comprendió perfectamente su valor, pero quiso hacerle un favor a su compañero Borchardt. Sin embargo, poco antes de este reparto se recomendó la máxima atención y rigor al inspector...

La parte alemana, con su actuación y sus declaraciones, es la única responsable de que llegaran a barajarse tan indignas posibilidades. Las declaraciones de los responsables alemanes sobre este caso se han caracterizado fundamentalmente, hasta la fecha, por el intento de engañar al público, lo cual contribuyó a alimentar las sospechas de que la aparición del busto de Nefertiti en Berlín constituía un caso poco claro. De un modo u otro, hasta su «aparición», y con ella la posibilidad de que los egipcios reaccionaran, transcurrió toda una década. «Maspero no sólo agradeció oficialmente a Borchardt el enriquecimiento del Museo de El Cairo, sino que también mandó a Berlín las obras de arte seleccionadas por Lefebvre para Egipto, en préstamo, con destino a la primera gran exposición sobre Amarna presentada en lo que entonces eran los Museos Reales Prusianos (Königlich Preussischen Museen). En consecuencia, en el invierno de 1913-1914 volvieron a reunirse brevemente en Berlín, la parte egipcia y la parte alemana del hallazgo de Amarna». Así lo manifiesta el director del museo, Settgast, en un artículo publicado en el *Berliner Morgenpost* del 4 de octubre de 1977. Y añade: «¿Lo habrían autorizado los franceses al servicio de los egipcios si Nefertiti... hubiera salido ilegalmente del país del Nilo?».

Pero el profesor no reveló a su vasto público lector la circunstancia totalmente extraordinaria de la ausencia del busto de Nefertiti de la citada

exposición. El profesor Settgast seguía, de esta manera, una muy honrosa tradición.

Más de sesenta años antes, la Deutsche Orient-Gesellschaft también fue sumamente parca en su informe sobre este acontecimiento.

«Algunas de las piezas llegadas a Alemania procedentes de las excavaciones realizadas el pasado año en Tell el-Amarna, en Egipto, fundamentalmente las halladas en el taller de escultura de Tutmosis, pudieron reunirse en el marco de una pequeña exposición presentada en la sección egipcia de los Museos Reales (Königlichen Museen). Gracias a la amable colaboración del director general del Museo Egipcio de El Cairo, *sir* Gaston Maspero, fue posible exhibir también, durante un período limitado de tiempo, los originales reservados para Egipto en el reparto del importante hallazgo. Éstos se han sustituido ahora por copias fieles. Tras una presentación previa a Su Majestad el káiser, supremo protector de la Deutschen Orient-Gesellschaft, la exposición quedó abierta a nuestros miembros, primero, y luego al público en general. Ha despertado un enorme y todavía palpable interés en todos los círculos sensibles al arte y la cultura antiguos».^[87] Ni una palabra sobre la pieza más valiosa de todas.

Igualmente parcós en palabras fueron los *Informes oficiales sobre las Reales Colecciones Artísticas (Amtlichen Berichten aus den Königlichen Kunstsammlungen*^{[88])}: «La Deutsche Orient-Gesellschaft inauguró el 5 de noviembre de 1913, en la sala de columnas de la Sección Egipcia, una exposición extraordinaria con una selección de los hallazgos de las excavaciones realizadas en Tell el-Amarna en 1912-1913, cedidas en préstamo a los Museos Reales (Königlichen Museen) por el doctor James Simon...». Una selección que no incluía el busto de Nefertiti, cuya existencia tampoco se menciona. ¿Por qué esta ausencia? Borchardt así lo deseaba y tenía suficiente influencia para imponer sus deseos. Temía que surgieran dificultades con Egipto, como efectivamente ocurrió cuando el busto salió por fin de su escondrijo prusiano. Los propósitos de la DOG y del museo coincidían con los de Borchardt, y es comprensible que se amparasen en el silencio. Y el hecho de que sus sucesores pretendan, casi setenta años más tarde, que el busto de Nefertiti formaba parte de la exposición de noviembre de 1913 también debe obedecer sin duda a una finalidad concreta. Desde luego, resulta difícil avalar científicamente su actitud.

A fin de intentar aclarar de una vez por todas (y para siempre) este punto, cedemos la palabra a los responsables y demás personas que intervinieron en el asunto en su momento. Ante todo, examinemos la breve acta de la sesión

del 1 de junio de 1918 de la Comisión de Expertos de la Sección Egipcia del museo. Estuvieron presentes el director del centro, profesor Schäfer, que al mismo tiempo presidía los *Geheime Regierungsräte* (Consejos asesores privados del gobierno), los profesores Erman y Meyer, el consejero privado Sachau, y los profesores Graf Baudissin y Güterbock. Temas tratados: «1. El director comunica la decisión de la junta rectora de la Deutsche Orient-Gesellschaft de levantar el secreto en torno a los hallazgos del taller de escultura de Tutmosis en Tell el-Amarna, previa consideración de las explicaciones del consejero Borchardt y del director. Acuerdo de la Comisión: la Comisión se adhiere por unanimidad a las consideraciones expuestas por el director, y declara apremiante levantar finalmente el innecesario y perjudicial secreto en que se han mantenido los hallazgos y muy especialmente el busto de la reina».

Un secreto innecesario e incluso perjudicial... Años más tarde (el 22 de octubre de 1925), el director, profesor H. Schäfer, se expresaba así en una carta dirigida a un corresponsal del Ministerio de Asuntos Exteriores:

«Desde buen principio, consideré un grave error ocultar ese busto. Debería haberse expuesto de noviembre de 1913 a junio de 1914 en la sala de columnas... junto con las demás piezas». Ocultarlo había sido «absurdo». «El hecho de que se actuara así contra mi voluntad despertó en todas partes la sospecha de que no se había procedido correctamente al adquirirlo. Una sospecha que llegó a arraigar de tal forma, que ya fue imposible disiparla pese a todas las pruebas documentales, etc. Me he topado continuamente con este recelo, y mis enérgicos desmentidos siempre han sido recibidos con amable indiferencia y una “comprensiva” sonrisa».

La ocultación duraba ya casi cinco años cuando la comisión decidió recomendar que finalizara. Para Borchardt aún no había transcurrido suficiente tiempo. Después de la ya citada reunión de la junta rectora de la DOG, Borchardt había dirigido un escrito al canciller del Reich (conde Georg Hertling), con fecha 4 de mayo de 1918 y en papel del Kaiserlichen Institut:

«Tengo el honor de comunicar a Vuestra Excelencia que en una reunión de la junta rectora de la Deutsche Orient-Gesellschaft celebrada ayer, se acordó la exhibición de un hallazgo de primerísima categoría encontrado en el curso de las excavaciones de la Gesellschaft en Tell el-Amarna, en 1912-1913, y que hasta la fecha se había mantenido fuera del alcance del público en atención a la situación reinante en Egipto.

»Esta pieza única... nos fue concedida en el reparto, a pesar de que el funcionario del Service des Antiquités egipcio acababa de recibir instrucciones de proceder con el máximo rigor en los repartos, precisamente a resultas de un caso análogo, en el cual se concedió a los norteamericanos una pieza de particular importancia... Ante ese hecho, Kitchener^[89] intervino enérgicamente y declaró que no debía repetirse algo parecido. En consecuencia, cabía temer que cuando se descubrieran públicamente las características de esta pieza que, a pesar de todo, nos fue concedida, no tardarían en introducirse nuevas restricciones en lo tocante a los permisos de excavación y al reparto y exportación de los hallazgos. Rogué, pues, al propietario de la pieza, el doctor James Simon, que se abstuviera de exhibirla por el momento...

»El director de la sección^[90], incómodo, propuso levantar la prohibición, aprovechando que se le ofrece la oportunidad de exhibir la totalidad del hallazgo. Según pude apreciar en la reunión, los presentes, incluido el influyente doctor Simon, estaban bien dispuestos en favor de la propuesta. No obstante, les expuse mis reservas al respecto. En estos momentos, nuestros intereses en Egipto son más vulnerables que antes de la guerra. El conocimiento de la existencia de la pieza podría incitar de tal modo la codicia del Egypt Exploration Fund^[91], que éste se hallaría en condiciones de anexionarse nuestro campo de excavación de Tell el-Amarna, en el que hasta ahora no hemos tenido ninguna injerencia gracias a las influencias de algunos amigos... Considerando que uno de los objetivos de las negociaciones de paz es la protección de nuestros intereses científicos en Egipto a través de un tratado, una publicidad demasiado temprana de esta pieza podría dificultar la tarea de los negociadores alemanes. Por, ello, solicité el aplazamiento de la exposición hasta que el acuerdo de paz hubiera aclarado la situación en Egipto. Sin embargo, como ya he señalado, mis aclaraciones fueron inútiles.

»El perjuicio que en mi opinión puede causar una publicidad demasiado temprana de la pieza, evidentemente no recaería sólo sobre la Deutsche Orient-Gesellschaft y los Museos Reales de Berlín, sino que se haría extensivo a todos los museos y expediciones arqueológicas alemanas que trabajan en Egipto...».

La audaz exposición de Borchardt requiere algunas aclaraciones. «... Hasta la fecha se había mantenido fuera del alcance del público en atención a la situación reinante en Egipto», dice. La situación en 1913, un año antes de estallar la primera guerra mundial, nada menos. Ciertamente una cobertura muy amplia para ocultar el simple hecho de que Borchardt temía represalias por la obtención de la pieza. ¿Y por qué había de temerlas, cuando (según la versión oficial alemana hasta el día de hoy) el representante de Egipto, único experto calificado que había visto (presuntamente) el busto de Nefertiti, a todas luces no parecía haberle concedido tan gran valor?

En cualquier caso, la repentina preocupación por las negociaciones de paz, pocos meses antes de la capitulación de Alemania, revela una interesante falta de perspicacia para valorar las futuras posibilidades de ese país. Por lo demás, según Borchardt, Egipto parece destinado a ser eternamente británico. En cuanto al Egypt Exploration Fund, uno de sus más destacados científicos, Flinders Petrie, ya había trabajado en Tell el-Amarna en 1891-1892 (la DOG inició sus trabajos allí en 1907). Los británicos obtuvieron la concesión de las excavaciones en 1920 y trabajaron en ellas de 1921 a 1936. Dicha concesión les fue concedida, por tanto, antes de que se conociera la existencia del busto de Nefertiti en Berlín.

Otros aspectos de la argumentación de Borchardt fueron refutados por el director de la Sección Egipcia de los Museos Reales, el profesor Schäfer, en un extenso escrito fechado el 30 de mayo de 1918:

«... Presenté la propuesta como director de la Sección Egipcia y, naturalmente, no porque el mantenimiento de la restricción me resultara incómodo, según palabras del señor Borchardt, sino porque desde el principio he considerado un grave error la ocultación de una parte importante de los hallazgos de las excavaciones de 1912-1913... Intentar ganarme la aprobación de los caballeros presentes en la reunión en favor de mi propuesta, habría sido un esfuerzo inútil. En efecto, yo ya sabía, sin necesidad de

ello, que todos... eran tan contrarios como yo a mantener en secreto los hallazgos, y que incluso el doctor James Simon sólo había accedido a los deseos del señor Borchardt atendiendo a su condición de descubridor de los mismos.

»No es correcto referirse sólo al busto de la reina y mencionar de pasada las piezas halladas junto con él. En el tema que nos ocupa es preciso considerar siempre el conjunto del rico contenido del taller de escultura de Tutmosis. Estos hallazgos se exhibieron desde principios de noviembre de 1913 hasta principios de junio de 1914 en la sala de columnas de la Sección Egipcia, y atrajeron durante meses una masiva afluencia de visitantes de Berlín y de otros lugares, incluso del extranjero... El interés despertado por la exposición no habría podido ser mayor aunque también se hubiera exhibido el busto de la reina. Si se deseaba evitar la publicidad, habría debido cancelarse toda la exposición...

»En cuanto al busto de la reina en sí, es sabido que inmediatamente después de su llegada a Berlín se hicieron tallar copias minuciosamente fieles en piedra, una de las cuales se halla en posesión de Su Majestad el káiser y la otra está en poder del señor Simon. Ambas han estado al alcance de los visitantes, sin restricciones, de modo que con toda seguridad han sido contempladas por centenares de personas del interior del país y del extranjero. El señor Borchardt adjuntó, de forma algo inconsecuente, una reproducción parcial del busto al informe publicado en el boletín de la Deutsche Orient-Gesellschaft, que es leído por alemanes y extranjeros. Estas reproducciones han despertado en muchas personas el deseo de ver el original. La mayoría de los miembros de la familia real y de la corte, así como muchos socios de la DOG, han podido contemplarlo por mi mediación y la del señor Borchardt. Entre otras recuerdo las visitas de la señora Gerard, del señor Armour, de la princesa Lichnowsky y muchas personalidades más.

»Evidentemente, con motivo de estas visitas se planteó repetidamente la pregunta de por qué no exhibíamos semejante pieza. El señor Borchardt nos impuso, a mis colegas y a mí mismo, la respuesta de que no disponíamos de espacio. En cada ocasión, nos hemos visto en la penosa obligación de ofrecer una explicación tan poco convincente, puesto que el verdadero motivo sólo podía revelarse a un reducidísimo número de personas. Y en cada ocasión nuestra respuesta era acogida con amable condescendencia o con una comprensiva sonrisa, cuando no se manifestaba claramente el recelo de que no todo hubiera sido correcto durante la adquisición. Todas las aseveraciones en sentido contrario fueron en vano. Resultaba francamente indigno y una muestra preocupante de mezquindad de criterios que nos viéramos obligados a ofrecer a personas entendidas la excusa de la falta de espacio, en el caso de una pieza para la que podría encontrarse un lugar en un abrir y cerrar de ojos, aunque fuera retirando cualquier otro objeto. A medida que pasan los meses y el busto lleva ya cinco años oculto, resulta más difícil convencer a nadie de la legitimidad de nuestros derechos, cuando las experiencias de esta guerra precisamente deberían enseñarnos...

»La situación se hace ahora insostenible, toda vez que en las últimas semanas la Sección Egipcia por fin ha conseguido... obtener una sala en el primer piso del nuevo museo, que resulta apropiada y ofrece abundante espacio para poder exhibir el conjunto de los hallazgos de Tell el-Amarna.

»Los visitantes podrán contemplar así la parte nunca ocultada de las piezas del taller de Tutmosis, lo cual hace absolutamente imposible seguir manteniendo escondido el busto de la reina...

»Los señores Cromer, Kitchener y Maspero ya no viven. Por otra parte, el arte de Tell el-Amarna no goza de igual apreciación en Francia y en Inglaterra —injustamente, a nuestro entender— como entre nosotros, en Alemania... En consecuencia, no es de esperar que la inclusión de los hallazgos hasta ahora no expuestos públicamente despierte el mismo interés que la anterior exposición extraordinaria...».

En el escrito del profesor Schäfer sorprende, naturalmente, su afirmación de que el busto ya se conocía de todos modos. Las copias en poder del káiser y del doctor Simon difícilmente podían haber tenido el mismo impacto electrificante sobre los expertos extranjeros y menos aún durante una guerra mundial. Pero ¿qué significa la alusión al boletín de la DOG y a la inclusión «poco consecuente» de una reproducción? Al respecto, vale la pena leer primero cómo describió realmente Borchardt el busto en aquel informe.

Después de describir un busto de Amenofis del taller del escultor «Tutmos», Borchardt continúa así:

«Nuestro maestro no siempre lograba completar satisfactoriamente estos retratos a la primera tentativa, y a veces tuvo que efectuar repetidas rectificaciones en honor a la fidelidad, como demuestra el busto de la reina, que encontramos en una versión definitiva... y en una fase anterior de realización... En esta primera tentativa la cara había quedado demasiado llena, y las formas de las mejillas y el mentón redondeadas en exceso, con un expresión demasiado saludable, y tampoco había resultado logrado el trazo enfermizo bajo el ángulo interior del ojo. Tutmos marcó con firmes pinceladas negras las rectificaciones necesarias y repitió el retrato, esta vez con pleno éxito. Dejemos ahora los modelos de nuestro maestro...»^[92].

Ciertamente no puede decirse que ésta sea una muestra de exposición entusiasta, adecuada al valor de la obra, sino más bien la descripción de otra cabeza, inacabada. La reproducción no es más que una pequeña fotografía en blanco y negro de un fragmento del perfil. Es posible que en la actualidad, del busto entero y su colorido, pueda deducirse algo a partir de ella. Pero en aquel entonces nadie lo conocía, fuera de un reducidísimo círculo de berlineses. El hallazgo, simplemente, no se había «publicado», en el sentido científico de la expresión.

Contrastemos ahora estos datos con los comentarios, en verdad desconcertantes, con que Borchardt replicó a su vez al escrito del profesor Schäfer, en una carta del 24 de septiembre de 1918 (la burocracia también era lenta en aquella época), que en muchos aspectos constituye una mina de información:

«... No soy responsable de la realización de las reproducciones, que ya constituyó una violación del secreto.

»3) Mi proceder al dar a conocer ese fragmento no pecó de inconsecuencia sino que, como ya era del conocimiento de Sch., me impulsó a ello el propósito de quitar hierro a posteriores acusaciones por mantener el secreto. El fragmento reproducido se escogió de manera que no resultara visible toda la belleza del busto, aunque es suficiente para acallar cualquier comentario de terceros sobre su ocultación.

»4) Son de lamentar las diversas violaciones del secreto... La princesa Lichnowsky poseía una recomendación imposible de desestimar... Le informé de la necesidad de mantener el secreto y los verdaderos motivos del mismo, y no he tenido noticia de que lo rompiera...

»6) El problema no está en las posibles dudas en cuanto a nuestros derechos, ratificados oficialmente, sino en los perjuicios que pudieran derivarse de su posesión...

»10) El escaso aprecio del señor Maspero por el arte de Tell el-Amarna podría basarse en parte en su insuficiente conocimiento de una pieza como este busto». (Borchardt añadió la palabra «insuficiente»).

Más adelante se lee:

«... 12) El reparto de 1912-1913 se describe oficialmente como *à moitié exacte*, pero de hecho a nosotros nos correspondió con creces la mejor parte... Este resultado se produjo porque al representante del Museo de El Cairo, señor Lefebvre, le parecieron demasiado duras, como él mismo me dijo, las instrucciones telegráficas de repartir *à moitié exacte*. Posiblemente su menor capacitación para valorar obras de arte —está especializado en el estudio de inscripciones y papiros— tampoco le permitió

identificar correctamente el valor de la pieza en cuestión. Finalmente, sin duda, también supe llevar la negociación mejor que él...

»15) En El Cairo no se conocía la pieza principal del hallazgo; sólo el señor Lefebvre la había visto...».

Finalmente, Borchardt cerraba su declaración de principios con el reproche de que «Sch. y los demás caballeros quisieran actuar sin considerar los intereses alemanes más generales que representa el Ministerio de Asuntos Exteriores».

Este argumento patriótico, que sin duda debía considerar particularmente convincente, se repite en la carta que escribió al día siguiente al canciller del Reich:

«Lo importante es saber si la exposición del busto de la reina, que debería tener lugar ahora, podría crear dificultades a los negociadores en las futuras conversaciones de paz, en cuanto a asegurar los intereses científicos alemanes y de nuestros museos en Egipto».

Y él mismo ofrecía la respuesta:

«La presente exposición del busto de la reina podría añadir nuevas dificultades, en estos momentos todavía evitables, a las difícilísimas tareas que ya se les plantean a los negociadores. Dificultades que, de no lograr superarse, sin duda dañarían gravemente nuestros intereses científicos y museísticos en Egipto».

Una mina de información, como decía. Ante todo, los datos de Borchardt sobre cómo fue manipulada la reproducción se prestan a una clara interpretación, que él mismo reconoce: se estaba fabricando una coartada. ¿Sólo porque temía un endurecimiento de las regulaciones egipcias (esto es, las de los ingleses, que mandaban allí) sobre excavaciones y hallazgos arqueológicos? Esto ya era inminente de todos modos, como se desprende de otros informes, algunos del propio Borchardt. Y cuando éste decidió ocultar el busto de Nefertiti, en el invierno de 1913-1914, difícilmente podía tener en mente a los negociadores alemanes en las conversaciones de paz de una guerra que todavía no había estallado.

En segundo lugar, él mismo desmiente dos leyendas que todavía hoy circulan por Berlín y que ya entonces debieron crearse como una protección contra las protestas de Egipto. Por una parte, queda claro que Maspero no conocía el busto o sólo insuficientemente. Y no podía ser de otro modo, puesto que ya había muerto cuando los berlineses sacaron a la luz pública a Nefertiti. Maspero dejó su puesto de El Cairo en 1914 y falleció en París en 1916. Sin embargo, los berlineses (como el profesor Settgast ya citado) actúan todavía como si Maspero hubiera aprobado expresamente la exportación del busto.

Asimismo, el punto 12 del escrito de Borchardt desmiente que el reparto se efectuara «según las normas», como afirmaba el predecesor de Settgast, Anthes, en el folleto *Nofretete*, también editado por el Ägyptisches Museum en 1973. Anthes añadía que las personas que intervinieron en el reparto «al parecer no entendieron debidamente la singularidad del busto de Nefertiti», un comentario que cabe calificar de hipócrita.

Cuando Borchardt redactó su declaración de principios contra Schäfer, todavía no se había expuesto el busto de Nefertiti, y su propósito era continuar evitando que esto ocurriera, Dios sabe por cuánto tiempo. Sus temores a las represalias egipcias sin duda tendrían siempre el mismo peso. Casi nos vemos obligados a pensar que su intención era mantener eternamente en secreto esta pieza, de la que, sin embargo, estaba tan orgulloso. Pero para eso habría podido dejarla en Egipto.

Comoquiera que fuere, el argumento nacionalista causó su impacto en el gobierno. Nefertiti permaneció oculta todavía un largo período: en total, casi una década. Borchardt sólo la presentó detalladamente al público en 1923, en el libro *Porträts der Königin Nofretete. Ausgrabungen der Deutschen Orient-Gesellschaft in Tell el-Amarna III*^[93], con grandes e impresionantes fotografías en color y en blanco y negro, desde todas las perspectivas, y una descripción más exacta. Por cierto que entonces escribió su nombre como «Nofretete». En una reedición del libro *Ägypten und ägyptisches Leben im Altertum* de los profesores Erman y Ranke (este último había participado en las excavaciones), publicado en las mismas fechas, la reina se llamaba Nefretete. En la mayor parte del mundo se la sigue conociendo todavía como Nefertiti.

La fecha exacta de su exhibición en el Museo de Berlín para el resto del público ya no es tan importante. Seguramente tuvo lugar ese mismo año. Y a partir de ese momento comenzaron a levantarse en El Cairo las voces de protesta que claramente anticipaba Borchardt.

En el ínterin, su instituto había perdido la referencia al káiser y se llamaba Deutsches Institut für Ägyptische Altertumskunde. Borchardt volvía a ser su director. Desde este cargo restableció antiguos contactos, y recuperó algunos bienes del instituto, confiscados a los alemanes durante la guerra. Devolvió al sucesor de Maspero al frente del Service des Antiquités, Pierre Lacau, las piezas que el primero había enviado tan generosamente a Berlín para la exposición del hallazgo. Pierre Lacau dirigió hasta 1914 el Institut Français d'Archéologie Orientale de El Cairo y era, por tanto, colega directo de

Borchardt. En efecto, la actividad del instituto no se limitaba a las excavaciones, y reanudó sus tareas científicas.

Borchardt no tardó en topar con «el» tema. El 18 de mayo de 1924 comunicaba al Ministerio de Asuntos Exteriores que Lacau tenía intención de aumentar las restricciones en materia de excavación, y también quería suprimir el sistema de reparto vigente hasta entonces. El siguiente informe de Borchardt al Ministerio, fechado el 8 de junio de 1924, daba cuenta de una conversación mantenida con Lacau:

«Volvió a expresar los mismos propósitos que ya exponía en mi anterior informe sobre estas cuestiones, basándome en nuestra anterior entrevista. Citó concretamente las piezas “únicas” que en los últimos tiempos han salido de Egipto con motivo de la nueva ley. Como ejemplo, se refirió ante todo al busto policromado de la reina Nefertiti que se exhibe en el Museo de Berlín... ¿Cómo era posible que una pieza como ésa hubiera salido del país? Le señalé el acta del reparto firmada por el señor Lefebvre... y por mí, que se encontraba entre los documentos que teníamos encima de la mesa. Opinó que el señor Lefebvre había cometido un error y que yo debería haberle advertido que una pieza de esas características debía permanecer en Egipto. Logrado ya el principal objetivo de mi pregunta, como en seguida expondré, no me consideré obligado a responder a este curioso reproche. Nunca me he considerado llamado a asesorar a los funcionarios egipcios en el cumplimiento de sus obligaciones, y en el caso que aquí nos ocupa, ello habría significado un grave menoscabo de mis funciones como director de las excavaciones de la Deutsche Orient-Gesellschaft.

»A continuación comentamos otros casos análogos, como el del grupo de Micerino, que actualmente se encuentra en Boston y que en su momento valió muy duros reproches de *lord* Kitchener al señor Maspero. Le mencioné la cabeza de bronce romana de las excavaciones de Meroe que se encuentra en el British Museum y cuya existencia parecía desconocer. Él se refirió a su vez a los papiros de Oxirrinco^[94], de los que ya se han dado a conocer más de un millar, mientras el Museo de El Cairo sólo conserva 68 (!). Evidentemente, eludí toda referencia a los papiros arameos de Elefantina, de los que el Museo de El Cairo sólo posee algunas muestras sin importancia, en parte duplicadas, mientras que las importantes quedaron en Berlín. Me limité a decirle que no había perdido gran cosa, puesto que todos los papiros tuvieron buena difusión y, por tanto, era indiferente dónde se encontraban...».

En una entrevista del año 1924 queda perfectamente claro hacia dónde apunta el contenido del presente libro. Pero sigamos leyendo a Borchardt:

«Todos estos casos, a los que sin duda podrán añadirse muchos más, evidentemente servirán de fundamento para la reforma legal que propone. Siguió argumentando que nosotros, esto es, los eruditos europeos, debíamos inspirar confianza a los nativos; de lo contrario éstos irían todavía más lejos en la dirección que él ahora apuntaba. No pude dejar de observar que su propia confianza en los nativos no es demasiado grande y, además, los juzga correctamente. En consecuencia, le manifesté que hasta la fecha, en las excavaciones egipcias en general, han reinado la mutua confianza y la buena fe, circunstancia que quedaría alterada por la nueva legislación, y que cuando los puestos de responsabilidad del Servicio fueran ocupados por nativos, sin duda era concebible que en algunos casos pudiera comprarse a los Responsables de los repartos. Lo reconoció sin rodeos. Para cubrirse, señaló que en el futuro siempre enviaría dos funcionarios a efectuar los repartos, ya que cuatro ojos ven más que dos.

»Un caso ocurrido recientemente, que se escapa un poco del tema, parece haberle impresionado particularmente, pues me lo describió con todo lujo de detalles. El señor Lythgoe, del Metropolitan Museum de Nueva York, les presentó a él y al señor Quibell la bellísima estatua de Nar-em-heb ya embalada, a la espera del permiso de exportación, pero no les informó de la importancia ni del lugar del hallazgo de esta pieza, que ahora se ha dado a conocer, la cual, además de su belleza, es de suma importancia histórica en razón de la inscripción que la acompaña. Concedieron el permiso de

exportación sin abrir totalmente la caja. Tampoco habrían podido conservarla para el Museo de El Cairo, pero, de haberse enterado de la importancia de la pieza, habrían debido prohibir su exportación. (De pasada también pude saber el precio que tuvo que pagar el señor Lythgoe: rd. 200 000 GM)^[95]. Supongo que el señor Lythgoe tampoco se consideró autorizado a dar lecciones sobre el valor de las antigüedades a los funcionarios del museo local...».

Tras algunas referencias al aplazamiento de la nueva ley hasta el año siguiente, Borchardt acaba con estas palabras:

«Creo que sin duda me estará permitido añadir una referencia al acertado fundamento de los temores que me impulsaron a imponer a los Museos Berlineses el secreto en torno al busto de Nefertiti, así como el triste favor que hicieron a sus intereses en Egipto los caballeros responsables de la Sección Egipcia del Museo de Berlín y de la Deutsche Orient-Gesellschaft, cuando se apresuraron a exhibir el busto en cuanto se les brindó la oportunidad de burlar mi prohibición. Ahora, tal como había previsto, se convertirá en una de las excusas para el endurecimiento de la legislación sobre antigüedades. Un hecho que habríamos podido aplazar».

Una de las excusas... Ya nos alejamos un poco de la gran alarma, cuya anticipación impulsó supuestamente a Borchardt a «mantener el secreto». Sobre este hecho, ya se ha dicho aquí lo suficiente, y también la dirección del Ägyptisches Museum de Berlín debe haber comprendido que es preferible no remover más este sospechoso asunto. Comoquiera que fuere, de la cita anterior se desprende que el caso Nefertiti no pudo ser tan trascendente como pretendía Borchardt para la reforma de la legislación egipcia. Ya tendremos ocasión de volver sobre el tema de su perfectamente discernible importancia para los alemanes.

No errará quien juzgue francamente cínico el tono en que Borchardt se refería a Egipto. Él, en cambio, se equivocó (aunque seguramente de forma deliberada) al rechazar cualquier tipo de obligación ante el país del que era huésped. Cuando desenterró el busto de Nefertiti y también cuando efectuó el «reparto» con el inspector Lefebvre y no se le ocurrió «informarlo», Borchardt formaba parte de la jerarquía estatal directamente relacionada con las antigüedades egipcias. En efecto, como ya hemos señalado, formaba parte del Comité d’Egyptologie, cuya función era asesorar al gobierno y, más particularmente, al Service des Antiquités, incluso en los temas de concesión de permisos para excavar. Antes de la primera guerra mundial, este comité estaba integrado por diez miembros, según lo estipulado en sus estatutos, número que en 1914 se incrementó a doce. De ellos sólo dos eran extranjeros no directamente adscritos al gobierno egipcio, cuya inclusión en el comité venía motivada por su condición de expertos en la materia. Uno de ellos fue precisamente Borchardt, que ocupó el puesto durante largo tiempo hasta que la primera guerra mundial puso fin a su participación en el comité, y el otro... Pierre Lacau, incorporado al mismo el 1 de febrero de 1914.

Evidentemente, la principal preocupación de los extranjeros integrados en la administración de Egipto no era la defensa de los intereses de este país. Sin embargo, la simultánea actividad como miembro del Comité d'Egyptologie y como excavador al servicio de los museos alemanes debería haberse basado en un sentido de equidad que Borchardt a todas luces no poseía. En cambio, los documentos demuestran claramente que los ingleses (como máximas autoridades ocupantes) y los franceses (nominalmente responsables de las antigüedades) empezaban a tener en cuenta el derecho de los egipcios a su patrimonio cultural y preocuparse de la defensa de los intereses del pueblo que administraban. La protección del legado cultural egipcio comenzó a concebirse como un deber, pese a las múltiples deficiencias de los primeros esfuerzos en este sentido. Una actitud inevitablemente contraria a las aspiraciones de las numerosas expediciones arqueológicas y también, como evidencian los documentos antes citados, en contra de las concepciones de Borchardt. Éste no consideraba a los egipcios, al menos los vivos, un pueblo tan digno de consideración como cualquier otro, y tachaba de «nacionalismo» su lucha por la autodeterminación y la independencia.

Poco después del citado informe del 8 de junio de 1924, Borchardt volvía sobre el tema del endurecimiento de la reglamentación. El 22 de julio de ese mismo año se dirigió al Ministerio de Asuntos Exteriores en estos términos:

«... (Lacau) dijo que los permisos de excavación que se concedan a partir del próximo otoño (de 1924) ya se regirán por la nueva ley... Las normas que más nos afectarán, al igual que a todos los demás que puedan realizar excavaciones, serán las referentes a la supresión del reparto de los hallazgos en dos partes iguales. El gobierno egipcio, al cual en adelante pertenecerán *de iure* todos los hallazgos, seleccionará primero cuanto considere necesario para llenar los anaqueles del museo local y se reservará el derecho a conceder el resto a los excavadores... En otras palabras, ha triunfado el nacionalismo egipcio. El señor Lacau no ha hecho nada para suavizar la decisión o el contenido de la ley. En anteriores informes ya he expuesto el alcance del perjuicio que causará esta nueva ley a los intereses científicos y museísticos europeos, incluso si de momento se aplica con cautela».

Nacionalismo egipcio... A Borchardt (y con él a muchos arqueólogos de numerosos países occidentales) no se le ocurrió pensar que el mantenimiento del mundo no europeo como colonia cultural al servicio de los investigadores, excavadores y directores de museo es difícilmente justificable. De sus informes se desprende, sin embargo, que los funcionarios no egipcios que actuaban en nombre de Egipto habían comenzado a tomar conciencia de su deber de defender también los intereses del país a cuyas expensas vivían. En cambio, el más destacado representante de la cultura alemana en El Cairo habría preferido continuar beneficiándose del derecho de ocupación.

La reacción defensiva de las autoridades iba dirigida contra todos los extranjeros. Sin embargo, Borchardt no tardaría en descubrir que El Cairo

tenía los ojos puestos en el caso que él siempre había temido, aunque intentara cubrirse con la apariencia de una preocupación general por las normas sobre las excavaciones: el caso Nefertiti. Lo cual significaba: el caso Borchardt.

Cierto es que al principio, como se ha visto, Borchardt abrigaba la ilusión de que todo continuara siendo tan fácil como antes de su partida, a finales de marzo de 1914. Así sucedió en el caso de otros grupos. Y las perspectivas para el proyecto favorito de Borchardt, la continuidad de las excavaciones en Tell el-Amarna (la concesión alemana había quedado suspendida a resultas de la guerra), también parecían favorables. A principios de 1925, Borchardt tenía la impresión de que la Egypt Exploration Society empezaba a desinteresarse de ellas, pocos años después de hacerse cargo de los trabajos ocupando el lugar de los alemanes. Así, el 3 de febrero de 1925, Borchardt le comunicaba a Erman:

«Le ruego... mantenga en absoluto secreto lo que voy a comunicarle. Concretamente: desde ayer tengo en mis manos la aprobación escrita de los fondos para la próxima excavación alemana. En cuanto disponga de un lugar idóneo, comenzaré a utilizarlos. Naturalmente, preferiría que fuese en Tell el-Amarna».

El 15 de abril de 1925 se dirigió a su antiguo mecenas:

«Estrictamente confidencial»

*El Cairo, Jardín de Gesir
15 de abril de 1925*

Muy apreciado doctor Simon:

Ante mis sospechas bastante fundadas, en base a determinados indicios, de que la Egypt Exploration Society no continuaría las excavaciones en Tell el-Amarna durante el próximo año laboral y renunciaría al permiso de excavación, el pasado 10 de abril presenté una solicitud para continuar las exvacaciones de Tell el-Amarna, en caso de que la Egypt Exploration Society decidiera no renovar el suyo. Hice entrega de la solicitud directamente al señor Lacau, actual director general del Service des Antiquités, y no planteó serias dificultades. En consecuencia, considero muy probable que hacia el mes de noviembre podamos reanudar las tareas en Tell el-Amarna.

Le adelanto a usted esta información, toda vez que hasta la fecha a usted hemos debido exclusivamente la posibilidad de excavar en Tell el-Amarna. Al mismo tiempo, aprovecho la ocasión para preguntarle si podremos volver a contar con su ya probada generosidad para la continuación de nuestros trabajos.

Sin embargo, debo añadir que un caballero alemán, que aprueba nuestra comparecencia en el extranjero a través de actividades científicas, ya ha puesto medios francamente considerables a mi disposición para la próxima excavación alemana en Egipto. Concretamente, en los siguientes términos: en caso de reunirse varios patrocinadores dispuestos a sufragar conjuntamente los gastos de esta excavación, el citado caballero aportaría el doble de la cantidad reunida, y en cualquier caso ofrecería un aportación provisional por un año de 20 000 marcos... Sería una satisfacción para mí poder contar también con su activa colaboración esta vez, en un momento en que se trata de recuperar una de las posiciones perdidas a resultas de la guerra...

James Simon rehusó. Una negativa que sin duda debió preocupar mucho menos a Borchardt —que al parecer ya contaba con suficientes fondos— que la desestimación de otra de sus peticiones. El 20 de marzo de 1925 informaba sobre esta última al portavoz diplomático para asuntos orientales del Ministerio de Asuntos Exteriores, doctor Herbert Freiherr von Richthofen:

«Sobre el... asunto de Tell el-Amarna, debo comunicarle que acaba de surgir un contratiempo de forma totalmente inesperada. He recibido un escrito del señor Lacau, en respuesta a mi solicitud de una posible concesión futura del permiso de excavación, en el cual, una vez consultado el comité, me comunica lo siguiente: “La Egypt Exploration Society no ha renunciado a Tell el-Amarna, pero aunque éste fuera el caso, el comité no podría concedernos el permiso de excavación en tanto no se haya rectificado un error cometido en el reparto de 1913, es decir, en tanto no nos hayan quitado otra vez la *reina policromada...*”. Indignado, Borchardt habló de “coacción”. Se aseguró de que los ingleses continuarían excavando al menos otra temporada en Tell el-Amarna (de lo cual seguía informando a Richthofen) y, por tanto, de momento la concesión tampoco sería otorgada a terceros»».

«Después me senté a preparar el borrador de la respuesta al señor Lacau. Exposición de la realidad de los hechos: si cabe hablar de un error, éste sólo puede achacarse a su Service, y querer responsabilizarnos de él es contrario a toda lógica, tanto ética como jurídica. Ataque general contra su política artística, que sólo perjudica al país al cual representa. Ruego presentar nuevamente el caso ante el comité. A fin de ahorrarle la necesidad de traducir mi respuesta al francés para los miembros del comité, le adjuntaría también una traducción. La carta está redactada fundamentalmente pensando en los jefes del comité, puesto que no hay esperanzas de convencer al señor Lacau, quien domina el comité como único experto en la materia. Al mismo tiempo, sus términos intentan ofrecer a los colegas extranjeros —todos los cuales están enfrentados con el señor Lacau precisamente por esta política artística (¡el arte egipcio para los egipcios!)— una oportunidad de lanzar un ataque generalizado contra el señor Lacau o contra la composición del comité para empezar, cosa que ya se viene intentando desde hace dos años. Creo que en este asunto encontraremos aliados en Inglaterra y América.

»En consecuencia, comenté la situación con Mertens, Schmidt-Roelke y Pilger^[96], con quienes conversaremos del nuevo consejo de batalla el próximo sábado, para decidir los términos exactos de la respuesta al señor Lacau. Una vez enviada ésta, nos proponemos abordar individualmente a los miembros del comité. Si se presenta la ocasión, Mertens también hablará con Ziver^[97], con el ministro de Trabajo^[98] o con ambos. Si Egipto desea firmar un tratado precisamente con nosotros, al menos debería recomendar cierta consideración hacia nuestros intereses a sus funcionarios franceses.

»También le pregunté a Mertens por la conveniencia de rogar a usted que considerara la posibilidad de poner en antecedentes del caso al nuevo enviado diplomático egipcio en Berlín...».

Poco después, el 29 de julio de 1925, también salía un informe de la legación alemana en El Cairo, con destino al Ministerio de Asuntos Exteriores. Tras un resumen de lo ya expuesto por Borchardt, el jefe de la legación, Pilger, proseguía:

«El profesor Borchardt remitió duplicados de este escrito a algunos miembros del comité y recibió una respuesta de Lacau, en el sentido de que el asunto sería examinado nuevamente por el comité. Sin embargo, la próxima sesión no debía celebrarse hasta el próximo mes de noviembre y, por tanto, sería imposible ofrecer una solución antes de esa fecha. En vista de ello, Borchardt intentó aclarar la situación en una entrevista directa con Lacau. En esa ocasión, Lacau manifestó que un permiso de excavación es un favor, que no se puede conceder a quienes han jugado una mala pasada (*joué un mauvais tour*) a Egipto.

»Con motivo de la primera resolución del comité sobre la solicitud para excavar, la legación ya trató de interesar en el asunto al Ministerio de Asuntos Exteriores egipcio... En el curso de una breve

conversación con el bajá Waguih^[99] en Alejandría, éste me presentó al subsecretario adjunto del Ministerio de Trabajo, a fin de intentar una primera aproximación. Durante esta conversación quedó de manifiesto que el subsecretario Hussein Bey Sirry, también presente, sostiene la opinión de que Egipto no tiene derecho legal al busto de la reina, en razón del reparto de los hallazgos de la excavación aprobado sin ninguna reserva en 1913. Sin embargo, se trata de una pieza única, no representada en Egipto, circunstancia que podía haber inducido a la instancia poseedora a poner la obra de arte a disposición del Estado egipcio. Por otra parte, instituciones científicas de América, Inglaterra y Francia ya han manifestado en los últimos años su sorpresa por el hecho de que el busto se encuentre en Berlín. En cualquier caso, un permiso de excavación es un favor que Egipto concede a los extranjeros. Por tanto, en el presente caso se trataba de condicionar la concesión de ese favor a la obtención, en contrapartida, de otro favor de Alemania. Ante su insistencia en las palabras *faveur contre faveur* le repliqué que era totalmente inaceptable mezclar ambas cuestiones...

»Hussein Bey Sirry aceptó después mi propuesta de examinar el asunto del busto en presencia del profesor Borchardt. Esta entrevista se celebró en El Cairo el 23 del corriente. El profesor Borchardt expuso el desarrollo de los hechos durante el reparto de 1913, insistiendo, en particular, en la imposibilidad de achacarle ningún error por su parte. A continuación, sacó a relucir diversos ejemplos de obras de arte valiosas concedidas también a instancias extranjeras en el curso de otros repartos, sin que posteriormente se hubieran denegado futuros permisos de excavación. Por último, manifestó que, en cualquier caso, la cabeza de la reina nunca le había pertenecido, y que tampoco ahora tenía ningún derecho a disponer de ella, con lo cual no veía la forma de resolver el asunto por esa vía. Como máximo, podría hacerse una copia de la cabeza para entregarla al museo local. Por último, señaló que le urgía la pronta concesión del permiso de excavación, a fin de tomar las pertinentes disposiciones para el próximo invierno.

»Hussein Bey Sirry respondió que, lamentándolo mucho, no podía intervenir en las decisiones del comité...».

Por fin se celebró la tan esperada reunión del comité. Éste se ratificó en su anterior resolución, pero propuso someter el asunto al arbitraje de un tribunal, al tiempo que expresaba preocupación por salvar el honor de los alemanes; en particular, naturalmente, el de Borchardt. Pero los alemanes no tenían intención de ceder.

El 23 de diciembre de 1925, Borchardt escribía al director de la sección cultural del Ministerio de Asuntos Exteriores, director ministerial Heilbron:

«... En relación con el permiso de excavación en Tell el-Amarna, el comité ha decidido que, teniendo en cuenta que somos los más idóneos para hacerlo, nos lo concederán si los ingleses renuncian a él, siempre que entretanto hayamos devuelto la reina policromada (!). También someterán el asunto al arbitraje de un tribunal, pues en su momento la administración egipcia cometió un error... Hasta el momento sólo ha hablado de ello al señor Pilger..., director en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El señor Pilger le respondió que en tal caso el tribunal también debería tener en cuenta otros de los numerosos casos análogos (americanos, franceses, etc.). Esto hizo reflexionar al caballero del Ministerio, y así está de momento la situación. En cualquier caso, no aceptaremos someternos al arbitraje de un tribunal o a cualquier otro procedimiento que pudiera desembocar en la entrega de la reina policromada...».

Y en otro punto del mismo escrito, Borchardt señala que «pese a la “libertad” de Egipto, las relaciones entre la Residency y los ministerios egipcios siguen siendo las mismas de antes...».

Al regreso de unas largas vacaciones, el jefe de legación Mertens se dirigió por escrito a Heilbron el 4 de febrero de 1926 (la carta no llegó al

Ministerio de Asuntos Exteriores hasta el 16 de abril). El bajá Waguih le había hablado del arbitraje.

«De inmediato me opuse a esta idea y le manifesté que considero que, dadas las circunstancias del caso, es totalmente impropio someterlo al arbitraje de un tribunal. Como máximo, cabía la posibilidad de que Alemania ofreciera una copia lo más exacta posible de la cabeza. En fecha más reciente he conseguido obtener bajo mano una copia del acta de la sesión, así como de un informe del profesor Lacau sobre su postura en este asunto. De momento no he puesto en antecedentes al profesor Borchardt sobre la existencia de estos dos documentos, toda vez que me fueron entregados de forma totalmente confidencial. Sin embargo, no he querido dejar de remitírselos en las presentes circunstancias, dado su indudable interés para hacerse una clara idea de los antecedentes del caso, así como de la interpretación vigente entre las instancias egipcias competentes.

»De ello se desprende que, en opinión de la parte egipcia, el reparto fue efectuado en su momento con la mejor voluntad por ambas partes, pero que también por ambas partes se cometió un error y, por tanto, el busto debería ser devuelto por motivos morales. Un punto de vista que comprendo perfectamente, pero me atrevería a aventurar que ahora que los ricos tesoros de la tumba de Tutankamón, sin equivalente en el mundo entero, han llegado a El Cairo^[100], la determinación del gobierno egipcio en cuanto a recuperar el busto debe haber perdido, sin duda, parte de su firmeza. En consecuencia, opino que una eventual oferta de entregar una copia del busto tal vez sería bien acogida a pesar de todo. De no recibir instrucciones en sentido contrario, me consideraría autorizado a hacer una oferta de estas características llegado el caso...».

El jefe de la legación cierra su carta con una conclusión basada en el acta de la sesión del comité, en el sentido de que «la opinión sobre el señor Borchardt en los círculos arqueológicos competentes no puede considerarse demasiado favorable, aunque se reconocen sus cualidades científicas».

También tenemos ante nosotros las copias del informe y el acta citadas por el jefe de la legación. Se impone ofrecer amplias citas de las mismas; los textos hablan por sí solos. La carta de Lacau (quien como director general del Service des Antiquités también presidía el comité) al ministro de Trabajo, bajá Ismail Sirry (del cual dependía el Service des Antiquités), está fechada el 6 de diciembre de 1925. Lacau expone, entre otras, las siguientes consideraciones:

«La conclusión del debate es que el comité debe atenerse a la resolución del pasado verano (sesión del 6 de mayo de 1925), que entonces se formuló así: “Honestamente, no podemos considerar ninguna nueva solicitud de concesión de dicha institución en tanto no haya regresado a Egipto la pieza que nos ocupa”».

Para facilitar este retorno, el comité, a instancias mías, se permite recomendar a Su Excelencia el sometimiento del caso al arbitraje de un tribunal. El o los colegas que, por común acuerdo entre los gobiernos egipcio y alemán, fueran llamados a integrar este tribunal, deberían dar su veredicto sobre los dos puntos siguientes:

»1) ¿No deberían haber permanecido en Egipto ambas piezas contrapuestas en el reparto (el busto de la reina y la estela)? ¿No deberían formar parte ambas de nuestra colección nacional? ¿Y no es, por

tanto, un error que los responsables del reparto permitieran la salida de una de ellas?

»2) En el supuesto de que una de las dos piezas pudiera salir del país, ¿no es evidente que el busto es con mucho la más importante y que se impone repetir el reparto, al estar éste distorsionado por un evidente error? Si en este nuevo reparto tanto la estela como el busto quedaran en Egipto, tendríamos que pagar una compensación, puesto que los excavadores tenían derecho a la mitad del valor de los objetos encontrados. Podríamos pagar esta compensación en objetos procedentes de Saqqara, por ejemplo.

»Si sólo el busto permaneciera aquí y dejáramos salir la estela, continuaríamos adeudando una compensación, pues a nuestro entender el valor del busto es muy superior al de la estela. Hemos considerado que el arbitraje de un tribunal... simplificaría el asunto, dejando a salvo el honor de las partes implicadas...

»Por mi parte, me permito... insistir en que no debemos ceder en un asunto de tanta trascendencia. Ello causaría gran desazón entre nuestros colegas extranjeros, que no comprenderían que nuestra candidez llegara al extremo de considerar intrascendente e irreparable un error de tamaño magnitud. Y añadiré que debemos tener en cuenta también a la opinión pública, que quedaría muy sorprendida si el Service des Antiquités no llegara hasta las últimas consecuencias en la defensa de sus intereses científicos. La próxima generación podría reprocharnos amargamente no haber logrado recuperar un monumento que es una parte de su legado artístico».

Han transcurrido casi sesenta años desde que se escribieron estas palabras, pero siguen de actualidad.

Del acta de la reunión se han citado ya las palabras de Lacau en el sentido de que Lefebvre no recordaba exactamente lo ocurrido, aunque su firma era vinculante para el Service, que por tanto se encontraba jurídicamente desarmado. Según el acta, Lacau añadió:

«Pero ¿estamos también desarmados moralmente? Nunca lo he creído así. En efecto, es de suponer que durante el reparto el señor Borchardt advirtió el error del señor Lefebvre, aunque no se lo señaló y se aprovechó de este error. Sería difícil encontrar expresiones amables para calificar semejante actitud. En aquel entonces, el señor Borchardt formaba parte de nuestro Comité d’Egyptologie y, por tanto, el gobierno egipcio le había encomendado la defensa de sus intereses en caso necesario. En consecuencia, no podemos considerar ni por un momento la posibilidad de que se aprovechara deliberadamente del error del señor Lefebvre. Tenemos que suponer que se equivocó, al igual que nuestro representante y al mismo tiempo que éste.

»Luego, la pieza salió de Egipto y sólo más tarde se advirtió el error. ¿Cómo se habría procedido entre personas que actúan de buena fe? ¿Puede limitarse el señor Borchardt a decir, más o menos explícitamente: “Os habéis equivocado; peor para vosotros”? Ante mi insistencia, el señor Borchardt tuvo una airada reacción y apeló a una intervención diplomática. En su respuesta..., incluso parece negar la existencia de cualquier error y da a entender que ambas piezas son de igual importancia y el reparto fue, por tanto, equilibrado. Sin embargo, yo afirmo que el busto es mucho más importante que la estela, y solicito el arbitraje de nuestros colegas sobre este punto».

El acta recoge a continuación las intervenciones de Sirry Bey, Lacau y Anthony:

«Sirry Bey: “En cambio, hablando conmigo el señor Borchardt manifestó que sólo había advertido la importancia del objeto después de catalogarlo y exhibirlo en el Museo de Berlín. En su reciente visita en compañía del encargado de negocios alemán, me dijo”: “Estaba convencido de que las piezas contrapuestas eran de igual valor. Sólo más tarde advertí la diferencia”».

«Lacau: “Prefiero mil veces que el señor Borchardt reconozca ahora su error y acojo con gusto esta información; me dejé anonadado que realmente pudiera equiparar ambos objetos. Y añado que ambas

piezas, siendo cada una única en su género, no deberían haberse contrapuesto. El señor Borchardt estaba al corriente de que la ley autorizaba al gobierno a apartar primero para nuestros museos las piezas que deben permanecer en Egipto. Si nosotros lo olvidamos, debería habérselo recordado. Resumiendo: acepto personalmente la responsabilidad de lo ocurrido. Es doloroso para un servicio admitir que cometió un error. Habría estado en mi mano evitar llegar a esto, pero no tenía derecho a hacerlo. Considero que mi obligación era advertir al gobierno egipcio... Pero si ya resulta penoso ser víctima de un error, todavía hay algo más lamentable: aprovecharse de él. Si se nos niega una rectificación, tenemos un arma: denegar la concesión. Y si ésta es la única, la emplearemos, por hostil que parezca. Tenemos que pensar en el futuro. Dentro de veinte años, se lamentaría amargamente la ausencia de esta cabeza incomparable de nuestras colecciones. La próxima generación debe saber que lo hemos intentado todo para intentar recuperar esta cabeza con destino al patrimonio egipcio. Y recuerdo que aquí sólo somos asesores. ¡La responsabilidad de la decisión final recaerá sobre otros!».

«Sirry Bey: “Quisiera hacer una pregunta: El señor Borchardt ¿está calificado para obtener una concesión en el futuro?”».

«Lacau: “Ya he aclarado ese punto. Sin duda no estaría calificado si pudiéramos suponer que no se equivocó en el reparto y que, habiendo reconocido la verdadera importancia de aquel objeto, se lo llevó aprovechando el error de nuestro representante. Pero ya hemos descartado esta hipótesis. El señor Borchardt se equivocó. Por otra parte, el Instituto alemán realizó unas excavaciones extraordinarias desde el punto de vista científico en Tell el-Amarna, y la competencia del señor Borchardt no está en tela de juicio. Pero el problema no es este. El señor Borchardt, repito, formaba parte del Comité d’Egyptologie. El gobierno había depositado su confianza en él. Por tanto, debe ser el primer interesado en rectificar su error. ¿Cómo se procede entre personas de honor cuando se ha cometido un error? Se rectifica”».

»“En consecuencia, cuando el gobierno alemán dice: Mi representante se equivocó, al igual que el suyo, la buena fe exige la inmediata devolución, para así descartar toda sospecha”».

«Sirry Bey: “¿Qué pediría como compensación si el gobierno alemán y el señor Borchardt reconocen el error, pero conservan el busto?”».

«Lacau: “No existe compensación posible... Sólo nos interesa esta pieza absolutamente única...”».

«Sirry Bey: “El gobierno alemán ¿no dispone de otras personas capaces de hacerse cargo de una excavación, además de Borchardt?”».

«Lacau: “El señor Borchardt es el director del Instituto Alemán de Arqueología y también un hombre de valía, que ha prestado servicios a nuestra ciencia...”».

«Sirry Bey: “Personalmente soy partidario de ratificar la anterior resolución del comité...”».

«Anthony: “El museo ¿ha efectuado hasta ahora alguna gestión en Berlín para intentar recuperar ese busto?”».

«Lacau: “En cuanto se me notificó la presencia de ese busto en Berlín, hace dos años, no he desperdiciado ocasión de comunicarle al señor Borchardt mi desagradable sorpresa ante un error de tamaña magnitud, y ya en aquel momento le informé que no podía silenciar este asunto”».

«Anthony: “En consecuencia, nuestra decisión no puede constituir ahora una sorpresa...”».

He resumido muchísimo el acta de la sesión aunque, naturalmente, sin modificar el sentido.

Leyendo versiones alemanas más recientes, que proceden del círculo de los «herederos» de Nefertiti, diríase que los egipcios casi nunca dieron un paso. «De todas formas, no cabía hablar bajo ningún concepto de “devolución^[101]”», se declara orgullosamente aquí. Cuesta creer que la noticia de la permanente indignación egipcia no llegara a oídos de los arqueólogos alemanes. La legación de El Cairo la percibió con toda claridad e informó puntualmente de ella. Léase esta carta del jefe de la legación, Pilger, fechada en El Cairo, el 13 de enero de 1927:

«... El asunto del busto de la reina parece ser objeto de muy vivos comentarios en los círculos egipcios en estos momentos, y no cabe descartar la sospecha de que el director general del Servicio de Antigüedades egipcio, señor Lacau, no esté desarrollando una activa campaña de propaganda en favor de la devolución. Unos días atrás, con motivo de una comida ofrecida por el embajador francés, tuve oportunidad de hablar con el senador Mohammed Mahmoud Bey Khalil, vicepresidente de la Société des Amis pour l' Art. La conversación recayó sobre el tema de la posible incorporación de nuevos jueces alemanes a los tribunales mixtos^[102]. Khalil Bey declaró que, en el futuro, Egipto mantendría una postura muy reticente al respecto, y que Alemania sólo podría volver a aspirar a un trato de favor cuando correspondiera con la misma moneda a Egipto en un caso cuya resolución se deseaba fervientemente.

»Al interrogarle al respecto, resultó que Khalil Bey se refería al caso del busto de la reina. Insistió en que Egipto debía mantenerse firme en su propósito de recuperar dicha pieza. Aunque Khalil Bey se mostró receptivo a todos los argumentos en sentido contrario que le expuse, para demostrarle que una devolución no era posible, se ratificó en su idea de que Alemania debería devolver voluntariamente el busto, en atención a su importancia para el arte egipcio, toda vez que se trata de una pieza única.

»Hoy acudió a la legación el... diputado doctor Hafiz Bey Affifi, líder del Partido Liberal-Constitucional, y me comunicó que es preciso llegar urgentemente a la devolución del busto de la reina, ante la creciente ampliación de los círculos que la piden... Hafiz Bey Affifi señaló también que, llegado el caso, Egipto estaría dispuesto a ofrecer, en contrapartida, un sillón de la tumba de Tutankamón, por ejemplo...

»Comoquiera que fuere, el tema comienza a entrar en una fase más aguda y cabe esperar que Egipto nos presione de un modo u otro con su exigencia de devolución... Ciertamente es imposible ignorar la impresión de que el asunto del busto va ligado al permiso de excavación, y que Egipto al parecer también condicionará a la resolución de este asunto su actitud hacia nosotros en otras cuestiones...

»Toda vez que el permiso de excavación no es apremiante para nosotros, podría parecer acertado dejar que Egipto dé el primer paso en la cuestión del busto. Sin embargo, quisiera exponer humildemente a su consideración la conveniencia de interesar a la Residencia inglesa en este país en el asunto, e intentar ejercer alguna presión sobre el gobierno egipcio con su ayuda...».

Ahora se esperaba conseguir la ayuda de los ingleses, tan denostados por el profesor Borchardt en su correspondencia. Los alemanes no deseaban su ayuda en el caso Nefertiti, puesto que de todos modos estaban decididos a conservarla, sino para conseguir nuevos privilegios pasando por encima de los sentimientos heridos de los egipcios, de cuyo patrimonio cultural, en definitiva, se trataba; para obtener un permiso de excavación, de la que no esperaban salir con las manos vacías...

Todavía en la actualidad, con toda la comprensión por el supuesto espíritu de aquella época, resulta penosamente claro que Borchardt y quienes le apoyaban en su lucha no tenían ni un pensamiento positivo hacia los egipcios, entre quienes querían continuar trabajando. El «derecho» al que apelaban los alemanes nada tenía que ver con los egipcios; era el derecho de ocupación, del cual querían continuar aprovechándose, como si la historia del mundo se hubiera detenido. Léase, por ejemplo, esta cita de una carta del Ministerio de Asuntos Exteriores al jefe de legación Mertens, fechada el 6 de abril de 1926:

«... Me permito comunicarle que el arbitraje de un tribunal en el caso del busto de la reina queda totalmente descartado. Por nuestra parte, no podemos permitir que se plantee la menor duda en cuanto a la legalidad del asunto y, en consecuencia, tampoco cabe considerar ninguna forma de desautorización

del profesor Borchardt. Si considera que puede ser de alguna utilidad ofrecer una copia, nos inclinamos a aceptar lo que usted crea más adecuado. Por nuestra parte, no creemos que pueda derivarse de ello ningún beneficio, más aún teniendo en cuenta que en el Museo de El Cairo no deben exponerse copias. Incluso cabe albergar cierto recelo de que esa copia pudiera incrementar el deseo de poseer el original...».

Los egipcios y quienes defendían sus intereses empiezan a aparecer progresivamente como una descarada pandilla de mendigos.

Pero no debemos olvidar que el fundamento en el cual basaban su reivindicación —su «derecho»— los alemanes eran las declaraciones, en absoluto verificables, de Ludwig Borchardt. De las vagas palabras de Lefebvre no podía deducirse que hubiera visto una Nefertiti capaz de justificar el entusiasmo de Borchardt. El acta del reparto nunca apareció, a pesar de que en el momento del enfrentamiento, y tras el sospechoso secreto mantenido durante años, habría podido constituir un importante argumento. Aunque desde luego no habría solventado en absoluto la cuestión del «error».

En estas circunstancias, un radiotelegrama de El Cairo recibido en Berlín el 14 de octubre de 1925 debió provocar cierta inquietud a los responsables del Ministerio de Asuntos Exteriores. El consejero de la legación lo había cursado dos días antes, el 12 de octubre. Decía así:

«En relación permiso excavación Borchardt Wreszinski^[103] me comunica funcionarios Service Antiquités egipcio comparten unánimemente opinión de que busto reina sólo pudo llegar en 1913 a Alemania debido a camuflaje con otros materiales, como estuco o parecido, o cualquier otro procedimiento, impidiendo valorar en reparto... Resentimiento en círculos arqueológicos egipcios, bien informados situación Berlín. Ruego urgentemente interroguen con detalle a B. sobre circunstancias reparto...».

El 15 de octubre, Pilger ampliaba el telegrama con una carta, que fue recibida en el Ministerio el día 24:

«... Lo que me dejó perplejo fue que tanto el señor profesor Wreszinski como el ayudante del instituto, señor Rusch^[104], me manifestaron sin rodeos su opinión de que durante el reparto tal vez hubiera podido tener lugar el engaño que ahora alega la parte contraria. De ser cierto eso, y si la parte contraria pudiera aportar pruebas en tal sentido, el asunto adquiriría un cariz muy distinto, y no sé si la legación podría continuar respaldando al profesor B., como ha venido haciendo hasta este momento. En efecto, estoy convencido de que el profesor B. jamás reconocerá haber procedido de ese modo en su momento. Aun así, tal vez puedan obtenerse de él algunos datos sobre el desarrollo del reparto que permitan obtener una visión relativamente fidedigna...».

Su propio ayudante (y los ayudantes del Instituto de El Cairo no eran imberbes mozalbetes) no era una persona cualquiera. Borchardt se encontraba precisamente en Berlín cuando llegó el telegrama. El director ministerial Heilbron telegrafió la siguiente respuesta:

«Borchardt declara: Desde momento hallazgo hasta hoy no se ha efectuado ninguna alteración busto. Durante reparto, Lefebvre vio busto tal como ahora. En informe provisional Borchardt 1913

aparece ya reproducción^[105] conocida mundo científico. Desarrollo reparto fiel y detalladamente recogido en réplica Borchardt de Lacau^[106] Sospechas sin ningún fundamento. Imposible por tanto existan pruebas sentido contrario. Aconsejamos averiguar informadores Wrezinski...».

La carta de Pilger ya no se le pudo mostrar a Borchardt en Berlín, pues había partido de nuevo. Heilbron repitió en una respuesta manuscrita la versión telegráfica del desmentido y añadió:

«B. explica la inquietud de W. por su desconocimiento de la situación en Egipto. Le ruego continúe manteniendo la postura de que el reparto se efectuó reglamentariamente en su momento, y no hubo ningún tipo de manejo por parte alemana, particularmente una alteración del busto».

Y ésta continuó siendo en adelante la postura oficial alemana. Que Borchardt se aferrara con firmeza a su versión no es de extrañar. Evidentemente, en justicia tampoco puede descartarse la posibilidad de que tuviera razón, y en tal caso los abrumadores indicios, fundamentalmente el secreto guardado durante años, no constituyan una prueba en su contra. En los documentos que todavía se conservan (muchos de los documentos relevantes de la sección cultural del Ministerio de Asuntos Exteriores se perdieron durante la segunda guerra mundial) pude localizar dos párrafos de los que podría deducirse sin dificultad que su conciencia estaba tranquila.

En una carta del 21 de mayo de 1924 dirigida al ministerio, al consejero privado Terdenge, según parece, escribía:

«Me alegra que le haya gustado la “reina policromada”. Sin embargo, por el informe adjunto podrá comprobar que esta destacada pieza tal vez sea la última que saquemos de Egipto por procedimientos honorables».

Y el 25 de febrero de 1925 le escribía a Erman:

«Sin duda no puede ser cierto que los rumores sobre el robo de la “reina policromada” procedan de Lacau. Él conoce los documentos, que por otra parte ambos examinamos conjuntamente el verano pasado».

Permítaseme aquí un inciso para señalar que Borchardt no siempre consideró estas excavaciones como su tarea principal en Egipto, ni mucho menos. Así, poco después del hallazgo de Tell el-Amarna (el 3 de enero de 1913) escribió a Erman:

«Confío que no será interpretado como una falta de modestia puntualizar que lo que usted describe eufemísticamente como la labor de mi vida sólo representa para mí una pequeña parte, ni siquiera un tercio, de la misma. Me alegra haber tenido algunas veces la suerte de emitir un juicio acertado sobre ciertos objetos arqueológicos, pero ¿dónde quedan entonces el estudio científico de la arquitectura y el instituto? El azar y la vocación han hecho de ambos la auténtica labor de mi vida en su momento, y ahora no pueden avanzar. El uno vegeta sepultado bajo un alud de facturas de las excavaciones, libros de cuentas y demás papeleo necesario, y el segundo topa con dificultades a diestro y siniestro».

Borchardt había conquistado por primera vez la fama como estudioso de la arquitectura, con sus estudios sobre la historia del ornamento vegetal, y más concretamente de la columna egipcia decorada con formas vegetales, a resultas de las excavaciones en la isla nilótica de File.

Durante un tiempo también tuvo a su cargo la reelaboración del catálogo general del Museo de El Cairo. «También y muy particularmente para él, lo más importante era, ante todo, el trabajo sobre y en favor de los monumentos del país... Ver ahora en Borchardt únicamente al hombre que se preocupó de llevar el busto policromado de Nefertiti a Berlín, sin recordar que también fue el descubridor, con su excavación de Amarna, el periodo cultural más fascinante de Egipto, es a mi entender pecar de parcialidad», manifestaba el profesor Kaiser, del Deutsche, Archäologisches Institut, Sección de El Cairo, en una carta dirigida al autor del presente libro en el verano de 1978.

Pero, volviendo a nuestro tema, el hecho de que los alemanes rechazaran el arbitraje propuesto por Egipto, no solventó en absoluto el asunto desde el punto de vista de El Cairo. Esta respuesta no satisfizo a los franceses que ocupaban la cumbre directiva del Service des Antiquités, ni tampoco a los mismos egipcios, que con el tiempo fueron adquiriendo mayor influencia en sus propios asuntos. Los defensores del punto de vista alemán se complacen en señalar que los egipcios sólo presentaron escasas quejas. Prescindiendo de que esto en nada puede alterar la esencia del asunto, se trata de una subvaloración abusiva, por no decir despectivamente altanera, de las circunstancias. Si bien los británicos concedieron un mayor margen de autogobierno a Egipto en 1936, el país, como ya se ha señalado, sólo accedió a la verdadera independencia después de la segunda guerra mundial. Las tropas británicas abandonaron la zona del Canal el mismo año que la República Federal de Alemania recuperaba también su completa soberanía: en 1955. Y Egipto (al igual que otros Estados árabes) no mantuvo relaciones diplomáticas con Bonn de 1965 a 1971, mientras que las relaciones antes y después de este período se vieron continuamente obstaculizadas por el problema de Israel. Egipto tuvo que hacer frente a un cúmulo de problemas en el camino hacia la independencia y éstos no menguaron después. Baste recordar la crisis de Suez, las guerras contra Israel, las terribles dificultades económicas. No obstante, El Cairo volvió a presentar sus quejas recién terminada la segunda guerra mundial, esta vez ante el gobierno militar norteamericano. Pero éste dictaminó que Nefertiti era alemana.

En la prensa y en los archivos oficiales se encuentran indicios de otras tentativas, a través de las embajadas egipcias en Washington y otros lugares,

en los años 1952, 1953, 1954 y 1955. El embajador en Bonn presentó sus quejas al entonces secretario de Estado Hallstein. La postura alemana permanecía inalterada: los derechos de propiedad eran indudables. Al mismo tiempo se añadió, con una mezcla de reproche y satisfacción, que los egipcios no habían realizado nunca gestiones oficiales, como si la diplomacia alemana no estuviera al corriente de la práctica secular de sondear primero si una gestión oficial podría tener éxito.

Sin embargo, los egipcios tuvieron una oportunidad e incluso estuvieron a pocos pasos del éxito en una ocasión. A finales de 1929 ofrecieron a los berlineses a cambio del busto de Nefertiti dos piezas de la misma categoría (expertos alemanes dicen que más valiosas) procedentes del Museo de El Cairo, lo cual causó gran impacto.

Acababan de sufrir poco antes un nuevo desaire. El 28 de marzo de 1929, el barón Von Richthofen, ascendido entretanto a director general para asuntos orientales, efectuó unas explícitas declaraciones a propósito de una comida ofrecida el 23 del mismo mes al ministro de Asuntos Exteriores egipcio con motivo de su visita al país. Primero citó las palabras del ministro, en el sentido de que, contra lo que se afirmaba en la prensa, no tenía la misión ni el propósito de «tratar el tema de la devolución del busto de la reina Nefertiti» durante su visita. Pero a continuación, el embajador, bajá Nashat, mantuvo «un aparte» con Richthofen, durante el cual no se habló de otra cosa:

«En relación con el busto, él mismo estaba directamente interesado en llegar a una solución. No le parecía concebible que pudiera mantenerse mucho tiempo la situación, con la negativa de todo permiso para excavar en Egipto a los competentes egiptólogos alemanes. Por ello deseaba solventar la cuestión, en nuestro interés. Le respondí que la sugerencia de someter el asunto al arbitraje de un tribunal había partido del propio gobierno egipcio. Sugerencia que no habíamos rechazado *ad limine*, limitándonos a proponer que se enviara a Berlín a un experto en la materia, a fin de abordar amigablemente la problemática global con las instancias interesadas de nuestro país.

»Añadí que el busto no era propiedad del gobierno alemán, el cual no tenía ni ha tenido nunca derecho a disponer de la pieza. La cabeza pasó en su momento a propiedad alemana de forma legítima, como afortunadamente también se reconoce ahora por parte egipcia, y fue donada a un museo por un particular. El museo tiene un compromiso moral ante el donante, el cual todavía vive aquí y ha perdido la mayor parte de su fortuna. En consecuencia, yo no veía ninguna posibilidad de resolver este asunto por la vía diplomática, de gobierno a gobierno. En Alemania no era posible la expropiación.

»Si por parte egipcia se consideraba esencial continuar adelante con el asunto, la única posibilidad real que veía era que se enviara un experto egipcio a Berlín...».

Richthofen tuvo «la impresión de que mis explicaciones, unidas a las declaraciones publicadas en la prensa alemana el día anterior, no dejarán de surtir su efecto, y que los egipcios han archivado de momento el asunto». Ahora se trataba de averiguar «cuánta presión podrán ejercer sobre el rey Fuad las personas interesadas en El Cairo».

El nuevo argumento sobre la consideración debida al donante particular no tendría larga vida, como veremos, pues pronto amenazó con volverse contra quienes lo utilizaban.

Lo cierto es que los egipcios no archivaron el asunto, sino que le dieron un nuevo giro con la oferta de intercambio directo de museo a museo. Un giro desconcertante, considerando que los diversos expertos consultados al respecto por el ministro de Cultura prusiano Grimme, dictaminaron que las piezas ofrecidas eran más valiosas y recomendaron el cambio, empezando por el propio director del Ägyptisches Museum, profesor Schäfer.

Pero quienes se oponían a la devolución lograron desencadenar una campaña de prensa contra Schäfer. El empeñamiento de los usufructuarios en considerar innato su derecho a su recién adquirida propiedad, la chovinista altanería con que acogieron la oferta de intercambio egipcia como una auténtica impertinencia, quedaron ampliamente demostrados en un ataque anónimo contra Schäfer publicado en la *Börsenzeitung* de Berlín el 11 de junio de 1930. El artículo acababa así:

«Ningún pueblo se desprendería de la más preciada presa de sus tesoros culturales, ¿y se espera que lo hagan los germanoprusianos? ¡Los responsables en última instancia de la decisión no permitirán jamás que eso suceda!».

De hecho, no era la pieza más preciosa, como habían dictaminado claramente los expertos. Alemania poseía ciertamente tesoros más que suficientes de origen menos dudoso. Pero las interesadas invectivas causaron su impacto. No he podido verificar la intervención de Borchardt en la campaña. Ya sabemos la escasa simpatía que le inspiraba el director Schäfer. Por otra parte, Borchardt se había retirado en 1929, abandonando la dirección del Instituto de El Cairo, aunque continuó residiendo y trabajando privadamente allí.

Finalmente, el veredicto de los expertos consultados no impidió la capitulación del director general de los Museos Estatales (Staatlichen Museen), consejero privado Waetzoldt, y del ministro prusiano de Ciencia, Arte y Educación, Adolf Grimme. El 22 de junio de 1930 se hizo público en Berlín el siguiente comunicado de Grimme a Waetzoldt:

«En su informe del 16 de junio, exponía usted los motivos a favor y en contra de la continuación de las negociaciones en torno al intercambio del busto de Nefertiti. Su conclusión es que, de momento, no cabe contar con la autorización ministerial para llevar adelante esta operación. Me complace saber que ésta es la decisión de los museos. A juicio de los expertos, el Ägyptisches Museum de Berlín habría enriquecido sus colecciones con los objetos ofrecidos a cambio. Sin embargo, a mi entender, no puede pagarse por este beneficio el precio de la pérdida de una obra de arte también de alta categoría y con un impacto tan vivo y actual como el que causa Nefertiti».

Pero entonces manifestó su opinión el hombre, tan a menudo citado en las negociaciones, precisamente como la persona sin cuya aprobación era imposible devolver el busto. El doctor James Simon dirigió una carta abierta al ministro, cuyo texto, publicado el 28 de junio de 1930, en la edición vespertina del *Berliner Tageblatt*, debió desconcertar a la opinión pública. A continuación reproducimos el texto de la carta, del que sólo se ha suprimido un párrafo de secundaria importancia:

«Señor ministro:

»Los Museos Estatales obtuvieron en su momento por mi mediación el busto policromado de la reina Nefertiti, junto con muchas otras obras de arte procedentes de Amarna. De ahí que desde un principio haya seguido con el máximo interés las negociaciones referentes a esta pieza.

»Profeso cierto afecto al busto y no soy indiferente a su particular atractivo, pero, aun así, al tener noticia de la oferta de intercambio del Museo de El Cairo —iniciativa que va en contra de su política habitual, pero que tenía por finalidad mejorar las tensas relaciones entre ambos museos—, me incliné decididamente por dicha oferta.

»Opinión que hacía patente al señor ministro en mi carta del 2 de abril del presente año. Por su respuesta, pude comprobar con agrado que mi criterio le merecía una decisiva consideración. De ahí mi sorpresa al enterarme por la prensa que ha cambiado de parecer. Imposible decir cuánto lo lamento.

»En efecto, en mi opinión, que sé coincide con el criterio unánime de todas las personas verdaderamente entendidas, y del director de la colección egipcia de Berlín, profesor Schäfer, en particular, una sola de las piezas ofrecidas en contrapartida por el Museo de El Cairo, la estatua de pie de Ranofer, ya supondría para nuestro museo la adquisición de una obra de arte inigualada e inigualable en Europa. Sólo existen otras cuatro o cinco estatuas de pie, todas ellas sitas en Egipto, comparables en su noble grandeza —junto con unas pocas estatuas sentadas— a esta obra mundialmente famosa del período más antiguo y también de máximo esplendor del antiguo arte egipcio. El llamado alcalde que se conserva en El Cairo y el escriba sentado del Louvre, con toda su belleza y su fama, no poseen ni mucho menos el impacto del Ranofer, dado su tamaño inferior al natural. El British Museum no posee ninguna pieza que pueda comparársele. Si en el futuro llegara a encontrarse otra pieza de igual categoría, según lo estipulado en la presente legislación egipcia sobre antigüedades, no abandonaría en ningún caso el país. Con muy buen criterio, el profesor Schäfer insistió en obtener esta pieza como contrapartida, toda vez que nuestra colección es rica en hermosos relieves del Imperio Antiguo, pero relativamente pobre en esculturas de bulto redondo del mismo período.

»Al mismo tiempo, incluso después de entregar el busto policromado de Nefertiti, la amplitud y valor artístico de las obras de arte del período de Amama que quedarían en el Museo de Berlín superarían a cualquier otra colección, incluidas las de El Cairo. Y entre nuestras existencias figura más de una pieza de mayor valor artístico que el elegante busto de la reina...

»Sin embargo, a estas consideraciones que parecen aconsejar el intercambio, se añade en mi opinión el hecho de que, desde el punto de vista de la ética comercial, es improcedente la no aceptación en un estado tan avanzado de las negociaciones. Temo que causemos una impresión de poca seriedad e incompetencia a los egipcios si nos retiramos de las negociaciones ahora que se han decidido a aceptar —con dolor— el precio, ciertamente no escaso, que les exigíamos. Incluso un mero aplazamiento de la decisión ministerial ya podría entrañar el riesgo de que los egipcios retirasen su oferta. También preveo que, más allá de la seguridad de que no se va a levantar el veto a nuestras excavaciones, en el futuro tendremos que afrontar otras dificultades por parte del Service des Antiquités. Una situación que, como promotor durante décadas de las excavaciones en Egipto, me resulta difícilmente admisible. Pero más grave considero aún la pérdida de prestigio de Alemania en el extranjero, que estoy firmemente convencido sería el resultado inevitable no de la “claudicación” que supondría devolver el busto, como afirman ciertos círculos, sino precisamente de la retirada de las negociaciones iniciadas».

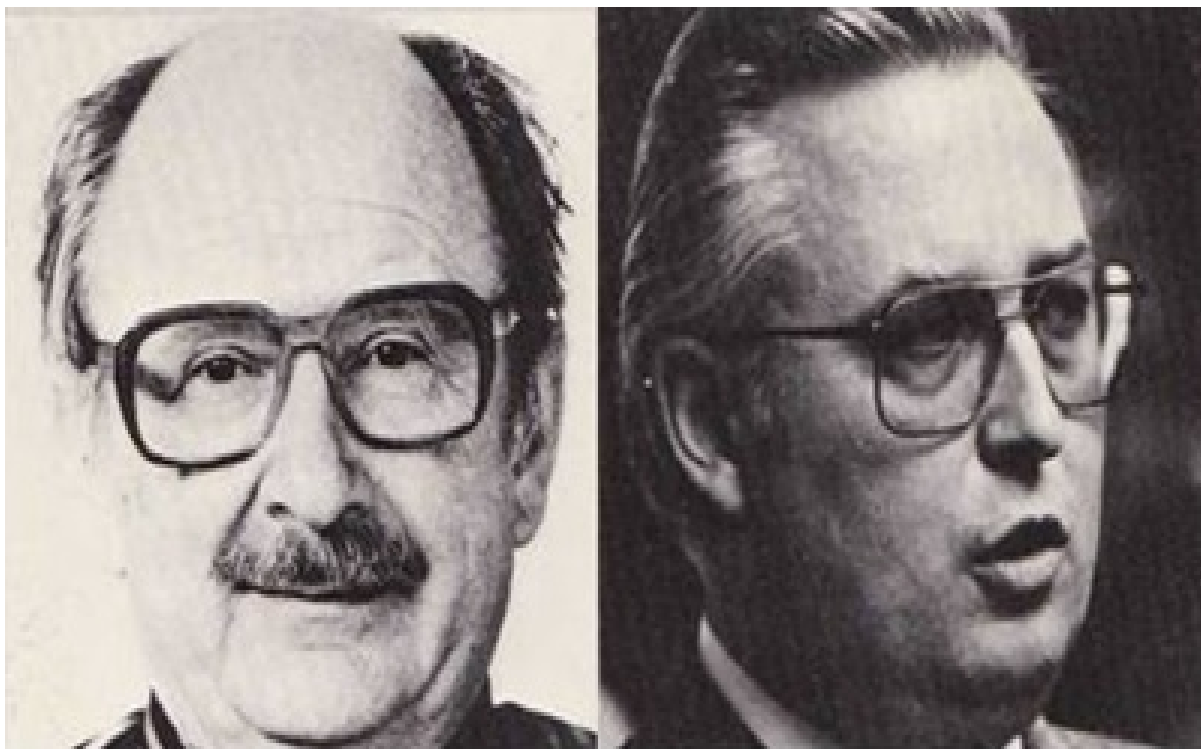
Así se expresó el hombre gracias al cual se pudo obtener el busto de Nefertiti. El «particular alemán», el donante, hacia el cual el museo tenía «naturalmente un compromiso moral», según palabras dirigidas al embajador egipcio por el director ministerial doctor Herbert barón von Richthofen, responsable de asuntos orientales en el Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich. Pero este compromiso moral debía haberse esfumado en el menos de medio año transcurrido. En efecto, el intercambio no se formalizó.

Los argumentos que entonces se barajaron eran tan engañosos como despreciables pueden parecer en la actualidad. Desde el momento en que el busto fue donado al Museo Nacional (Staatliches Museum), el Estado estaba lógicamente autorizado a disponer de él. Bastaba para ello la autorización parlamentaria, exactamente igual que ocurre en la actualidad. No puede seguir justificándose el rechazo al amparo del donante.

A más de setenta años de distancia del hallazgo de la «reina policromada» y del «reparto», sería imposible verificar ya si Borchardt procedió de buena fe o si, por el contrario, su actuación fue incorrecta incluso desde la perspectiva de su concepción de la equidad en el momento de los hechos. Sin embargo, como ya era evidente entonces, esta concepción se basaba en unas leyes establecidas por los dominadores europeos, que éstos respetaban y en virtud de las cuales se consideraban autorizados a disponer del patrimonio de los egipcios. Pero estas leyes, impuestas a los egipcios sin su libre aceptación, favorecían el expolio. Ahora se alega a modo de excusa que las cosas no podían verse de este modo en la época, antes de la primera guerra mundial. Es posible. Pero ¿y después de esa guerra, poco antes de que estallara la segunda? Ya entonces era precisa mucha cortedad de vista. Y un par de décadas más tarde, al tratar con los Estados antes sometidos y ahora soberanos..., sólo una ceguera total puede explicar la resistencia a comprender la enorme vergüenza que deberíamos sentir, al menos retrospectivamente. O bien ha de tratarse de un caso de mala intención. ¿Dicen que los tiempos del colonialismo han quedado atrás? Sin embargo, éste continuará vivo mientras nuestras autoridades se empeñen en conservar los beneficios obtenidos al amparo de las «normas» entonces vigentes, entre ellos los tesoros culturales. Y el problema subsistirá hasta que los países antes colonizados no recuperen al menos las partes esenciales de su patrimonio cultural. La historia del busto de Nefertiti pone de manifiesto cuán huecas deben sonar las apelaciones a los «principios del derecho internacional» por parte de los alemanes y otros europeos en sus relaciones con el Tercer Mundo.

Ya propuse en una ocasión que si no se quería devolver el busto de Nefertiti, al menos se «compartiera», permitiendo su exhibición alternada en Berlín y en El Cairo. ¿Y qué podría objetarse a que en Berlín se exhibiera con un rótulo que indicara —¡ya!— «cedida en préstamo por el Estado egipcio»?

La futura evolución del caso Nefertiti será también un buen baremo para comprobar si continúa vigente en nuestro país a finales del siglo xx la misma mentalidad que a principios del mismo.



GERT FRANZ-JOSEPH VON PACZENSKY Y TENCZIN (nacido el 21 de agosto de 1925 en Hausneindorf; falleció el 1 de agosto de 2014 en Colonia) fue un periodista, escritor y crítico gastronómico alemán.

Después de sus estudios secundarios, fue declarado apto para el servicio militar obligatorio y sirvió en la Fuerza Aérea de 1942 a 1945. En 1946, comenzó su carrera periodística como reportero de *Deutsche Nachrichtenagentur* en Stuttgart; luego se convirtió en escritor en la sede de DANA en Bad Nauheim antes de dirigir el departamento de DANA en Berlín. A partir de 1947 trabajó para *Die Welt* (corresponsal en Londres de 1949 a 1952, luego en París hasta 1957, y luego dirigió el departamento de «política exterior»). A partir de 1960 trabajó para NDR, donde creó en 1961 con Rüdiger Proske la revista de televisión *Panorama*. Su contrato con este canal no fue renovado en 1963 debido a muchos informes críticos sobre el gobierno en este programa (por ejemplo, sobre Franz Josef Strauss en el asunto *Fibag* y el asunto *Spiegel*).

Fue editor asistente de *Stern* en 1963/1964. A finales de 1965 fundó una editorial con Bernt Engelmann en Hamburgo, que a principios de 1966 publicó el periódico *Deutsches Panorama* (que dejó de publicarse en 1967 por problemas económicos). Durante un breve período en 1969/1970, luego en 1973, fue editor en jefe de *Radio Bremen*, donde también trabajó como

coanfitrión de *Talkshow 3 nach 9*. Fue jefe de «Grundsatzfragen, Inneres und Justiz» en la Oficina Federal de Prensa, donde Conrad Ahlers lo había designado temporalmente. En el congreso de la Unión de Escritores Alemanes en Saarbrücken, fue elegido miembro de la junta federal, donde sirvió de 1984 a 1987.

HERBERT GANSLMAYR nació en 1932. Después de terminar la escuela, estudió Pedagogía, Antropología, Historia y Egiptología en Munich y Basilea.

Después de completar su tesis doctoral en 1965, Ganslmayr ocupó un puesto de asistente en el Instituto de Etnología y Estudios Africanos de la Universidad Ludwig-Maximilians de Munich. Además de dar conferencias, Ganslmayr también fue al sur de Nigeria para realizar trabajo de campo allí.

Después de trabajar como curador en el Museo de Ultramar de Bremen durante algunos años, Ganslmayr se convirtió en su presidente principal en 1975. Además, fue presidente principal del Comité Internacional de Museos Etnográficos desde 1986.

Herbert Ganslmayr murió el 27 de abril de 1991 en Atenas.

Publicaciones: *Das Krokodil im Kult und Mythos afrikanischer Stämme* (1969); Maquet, Jacques / Ganslmayr, Herbert: *Africa. Die schwarzen Zivilisationen* (1970).

Notas

[1] Antiguo código del derecho sajón. (*N. de la t.*). <<

[2] *International Herald Tribune*, 164-1971. <<

[3] Citado en T. G. H. James, *The British Museum & Egypt*, Londres, 1981. <<

[4] James, *op. cit.*, p. 6. <<

[5] Brian Fagan, *The Rape of the Nile*, Nueva York, 1975, p. 274. <<

[6] Fagan, *ibid.*, p. 332. <<

[7] Erhard Gorys, *Kleines Handbuch der Archäologie*, dtv Nr. 3244/1981, p. 31. <<

[8] Londres, 1971, ed. revisada de 1975, p. 90. <<

[9] Rey de Lagash alrededor del año 2050 a. J. C. <<

[10] Gorys, *op. cit.*, p. 54. <<

[11] A mediados del siglo III a. J. C. <<

[12] Actualmente en el Louvre. <<

[13] Actualmente en el British Museum. <<

[14] Superficie rectangular cubierta con un bajorrelieve. <<

[15] Figura femenina que sustenta la estructura adintelada. <<

[16] *Ethniki*, 19 de marzo de 1891. <<

[17] Véase el capítulo 10, «El saqueo de Benin», pp. 93 y ss. <<

[18] Véase Paczensky, *Weisse Herrschaft*, Fischer TB Nr. 3418. <<

[19] 11.^a edición de 1910 (vol. IX, p. 37). <<

[20] *Museumskunde*, Heft 2/1982. <<

[21] Humbert Fink, *Auf den Spuren grosser Archäologen*, Munich, 1982. <<

[22] W. Austin Simmonds, *African Art Treasures: will they go home?*, UNESCO Press, marzo de 1975. <<

[23] *Museum* 4/1981. <<

[24] Paul-Marie Grand, «Les chaînons retrouvés», *Le Monde*, 29 de diciembre de 1982, p. 15. <<

[25] *Far Eastern Economic Review*, 16 de julio de 1976. <<

[26] «Oriental Printed Books and Manuscripts» por D. A. Gaur, Assistant Keeper, en *Treasures of the British Museum*, sir Frank Francis, ed., Londres, edición revisada de 1975. <<

[27] Gerd Gropp, «Archäologische Funde aus Khotan, Chinesisch-Ostturkestan», *Die Trinkler-Sammlung im Übersee-Museum Bremen*, Bremen, 1974. <<

[28] *Ancient Egypt*, 1/1923, «Notes and News». <<

[29] Peter Hopkirk, *Foreign Devils on the Silk Road*, Londres, 1980. <<

[30] Munich, 1979. <<

[31] *International Herald Tribune*, 23 de enero de 1980. <<

[32] *Le Monde*, 17 de mayo de 1981. <<

[33] Joelle Ilous y Philippe Hayat. <<

[34] «La tierra de los ewe» (tribu), en el actual Togo. (*N. de la t.*). <<

[35] *Vom Raritätenkabinett zum Bremer Überseemuseum*, Bremen, 1970. <<

[36] *Museum fur Volkerkunde, Berlin*, tomo 2, Stuttgart, 1980, p. 11. <<

[37] *Treasures of the British Museum*, p. 250. <<

[38] Oxford University Press, 1921-1922. <<

[39] *British Museum Guide*, p. 129. <<

[40] *Far Eastern Economic Review*, 21 de noviembre de 1980. <<

[41] *Museum für Volkerkunde, Berlin*, tomo 1, p. 8. <<

[42] Leipzig, 1924. <<

[43] Entrevista realizada por el doctor Hanns Meyer, reproducida en Herbert Abel, *Vom Raritätenkabinett zum Bremer Überseemuseum*, *op. cit.*, pp. 237 y ss. <<

[44] *Museum News*, marzo de 1973. <<

[45] Citado en el *Informe anual* de la Smithsonian Institution para 1959. <<

[46] Adolf Erman fue director del Ägyptisches Museum de Berlín, 1884-1914. Conquistó su reputación con sus trabajos sobre la lengua egipcia. <<

[47] Presidente del Consejo de Ministros egipcio de 1930 a 1933 y de 1945 a 1946. <<

[48] Templo de la reina Hatshepsut. <<

[49] Gobernador de Bengala en 1742, gobernador general de las Indias Orientales de 1744 a 1785. <<

[50] East India Company. <<

[51] Entonces capital del principado de Oudh, el actual Uttar Pradesh. <<

[52] Equivalente a casi mil millones de marcos alemanes actuales (unos cincuenta y cinco mil millones de pesetas). <<

[53] Entonces unos 22 marcos hamburgueses. <<

[54] Aproximadamente 100 000 marcos hamburgueses. <<

[55] Citado en Peter Fleming, *The Siege at Peking*, Nueva York, 1959, p. 242.

<<

[56] Peter Fleming, *ibid.* <<

[57] *Do Mau*, Leipzig, 1936. <<

[58] *The Siege at Peking*, 1959. <<

[59] Posteriormente sería secretario general de la Organización Africana de Museos, OMSA. <<

[60] *Museum*, 2/1982. <<

[61] *King of the Confessors*, Londres, 1981, pp. 81 y 86. <<

[62] Karl E. Meyer, *Geplünderte Vergangenheit...*, p. 91. <<

[63] Karl E. Meyer, *op. cit.* <<

[64] Hans Fischer, *Die Hamburger Südsee-Expedition*, Frankfurt, 1981, p. 120.

<<

[65] *The International Council of Museums*, 80/CT 5, abril de 1980. <<

[66] Nicho de las oraciones en el muro de la mezquita desde el cual el imán dirige las plegarias. <<

[67] Tras el título «rey del Hejaz» se oculta una anécdota muy significativa del período colonial. Al principio de la primera guerra mundial, el «rey del Hejaz» era Sherif Hussein ibn Ali de la Meca. Los británicos prometieron ayudarlo en sus intentos de alcanzar el califato (el máximo rango político en el mundo islámico) a cambio de su apoyo a Gran Bretaña en su lucha contra los turcos (aliados de Alemania). El hijo de Hussein, Feisal, encabezó el ataque de las tropas árabes contra los turcos. Cuando los aliados ganaron la guerra, los árabes esperaban obtener la prometida independencia. Feisal fue designado rey de la Gran Siria, con capital en Damasco, por el Congreso Nacional Árabe. Pero Siria pasaría a ser un protectorado francés y los franceses, que no se consideraban vinculados por las promesas británicas, destituyeron a Feisal. Los británicos lo nombraron entonces rey de Irak, en el lugar de su hermano Abdallah, elegido por el Congreso Nacional Árabe. Para éste, los británicos, en su condición de potencia mandataria sobre Palestina, crearon un nuevo trono, separando de Palestina el «Estado» de Transjordania, al este del río Jordán, con Abdallah como rey. Hejaz fue conquistado por Wahabit ibn Saud en 1924-1925, y desde entonces forma parte de Arabia Saudita. No existe constancia de quién recibió el Corán. <<

[68] Gerd Höpfner, *Masken aus Ceylon*, Berlín, 1969. <<

[69] *Museum*, 2/1982. <<

[70] Construcción semiesférica de carácter sagrado. <<

[71] Anthony Paul, «Borobodur ein Heiligtum in Gefahr». *Das Beste*, mayo de 1976, reproducido de *Asia Magazine*, 6 de octubre de 1974. <<

[72] Friedrich Kussmaul, director del Linden-Museum de Stuttgart. <<

[73] *Feme Volker - Frühe Zeiten*, Recklingshausen, 1982, pp. 9 y ss. <<

[74] Ríos del Norte de Papua-Nueva Guinea, *Feme Völker - Frühe Zeiten*, *op. cit.*, página 142. <<

[75] *Ibíd.*, p. 71. <<

[76] *Guardian*, 18-6-1980. <<

[77] *Die Zeit*, 10-9-1982. <<

[78] Informe publicado en la *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 17-3-1983.
<<

[79] Núm. 59, julio de 1976. <<

[80] *Study of the Situation in Ghana*, París, 29-7-1981 (Informe de la UNESCO). <<

[81] *Museum*, 1/1982. <<

[82] *Feme Völker —Frühe Zeiten*, tomo 1, p. 13. <<

[83] Cit. en Fischer, pp. 122-123. <<

[84] Cyril Aldred en *Excavating in Egypt*, Londres, 1982, p. 96. <<

[85] *Ägyptisches Museum Berlin, Westermann-Reihe, Museum, 1982, p. 62. <<*

[86] Settgast en *Ägyptisches Museum*, p. 57. <<

[87] *Mitteilung der Deutschen Orientgesellschaft*, núm. 53, abril de 1914, p. 31. <<

[88] Año XXXV, núm. 54, enero de 1914. <<

[89] Residente británico en Egipto. <<

[90] Sección egipcia del museo. <<

[91] El equivalente británico de la Deutschen Orient-Gesellschaft, fundado en 1882 y financiado fundamentalmente con donativos hasta la segunda guerra mundial. Tomó el nombre de Egypt Exploration Society después de la primera guerra mundial. <<

[92] *Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft*, núm. 52, octubre de 1913, p. 42. <<

[93] Leipzig, 1923. <<

[94] Papiros griegos descubiertos en Egipto por el Egypt Exploration Fund. Los documentos ingleses cifran en un número ligeramente más elevado la cantidad que quedó en Egipto, pero sin que ello modifique esencialmente la situación. <<

[95] Sin duda se trata de Reichsmark (RM). <<

[96] Jefe, secretario y consejero de la legación, respectivamente. <<

[97] Presidente del Consejo de Ministros. <<

[98] El Servicio de Antigüedades dependía del Ministerio de Trabajo. <<

[99] Suplente del subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores. <<

[100] Descubiertos en noviembre de 1922. <<

[101] *Berliner Morgenpost*, 4-10-1977. <<

[102] Tribunales establecidos a partir de 1876 para los procesos en los que estaban implicados europeos, como parte de la situación de privilegio establecida, especialmente para británicos y franceses, durante el período colonial. <<

[103] El profesor doctor Walter Wrezinski, también egiptólogo, especialista en historia del Antiguo Oriente, miembro de la Deutsche Orient-Gesellschaft. <<

[104] Por tanto, en la práctica, ayudante de Borchardt. <<

[105] Véase p. 205. <<

[106] Sin duda debería decir «a Lacau». <<